



*El Camino
de la
Seducción*

ISABEL ACUÑA

El Camino de la Seducción

Isabel Acuña

©Isabel Acuña.
Registro de la obra: 1-2018-35173
Oficina de Registro de Autor. Ministerio de Justicia.
Colombia.

Editada por: Vivian Stusser.
Diseño de portada: Isa Quintin.
Primera Edición: Mayo 2018

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para Roger, por acompañarme en
este sueño.
Te amo.*

Llévame grabada en tu corazón, ¡llévame grabada en tu brazo!
El amor es inquebrantable como la muerte, la pasión inflexible como el
sepulcro.

¡El fuego ardiente del amor es una llama divina!
El agua de todos los mares no podría apagar el amor; tampoco los ríos
podrían extinguirlo.

Cantar de los cantares.

TABLA DE CONTENIDO

[PRELUDIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPITULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPITULO 28](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

PRELUDIO

París, 6 de noviembre de 1815

Anthony Morland, conde de Somerville, había ido al teatro esa noche. En Francia ese arte era un buen medidor de la opinión pública y del estado de ánimo de los franceses. Había habido una pelea entre soldados franceses e oficiales ingleses durante el intermedio, lo que alargó el reinicio de la obra cuarenta minutos más; ese tipo de incidentes eran comunes en los tiempos que corrían y más con el Tratado de Paz a pocos días de su firma. La aventura de los cien días desde que Napoleón hubiera huido de la isla de Elba, su capacidad de entusiasmar a los franceses, lo que ocasionó la batalla de Waterloo donde fue derrotado, todo eso se le cobraría caro al pueblo francés. Anthony sabía que los aliados endurecerían el tratado en puertas. París aún era un polvorín.

Salió del teatro dispuesto a caminar hasta su lugar de residencia. Atravesó la Place du Carrousel a paso firme hasta llegar al palacio de las Tullerías donde el ambiente estaba encendido, un destacamento de la Guardia Nacional Francesa pasó por su lado persiguiendo a una muchedumbre furiosa. Caminó por callejuelas secundarias hasta que escuchó que otro grupo de gente se acercaba por una calle aledaña. Un escalofrío de mal presagio recorrió su cuerpo. El grito de terror de una mujer se elevó por encima de las voces soeces de los hombres. Apresuró el paso y al doblar la esquina, no hizo el menor intento de ocultarse. Activado por el coraje se acercó a punta de codazos y golpes hasta ponerse frente a la multitud que deseaba lastimar a una jovencita tumbada en el suelo que lucía una expresión aterrorizada y ya tenía rota la parte frontal de su vestido.

—¡Déjenla en paz! —gritó Anthony con firmeza.

Un hombre andrajoso y con mirada turbada por el alcohol lo enfrentó.

—Tendrá que esperar en la cola. —Agarró a la mujer del brazo y la arrastró hasta el zaguán de una casa abandonada—. Yo la vi primero.

Anthony se acercó y golpeó al hombre, los demás lo rodearon.

—¡Vete! —le dijo a la mujer, que no esperó un segundo más para desaparecer, el grupo ya había encontrado otra víctima.

Anthony trató de defenderse con puños y patadas. El puñal que siempre

llevaba escondido bajo la manga apareció en su mano, pero eran cuatro contra uno.

—Otro de los esbirros de Wellington. ¡Maldito inglés!

—Acabemos con él.

De pronto se escuchó el repiqueteo de los pasos de la autoridad, uno de los hombres sacó un arma y le disparó con intención de matarlo, pero Anthony se levantó de golpe, evadiendo así el tiro mortal, pero quedó herido en el muslo izquierdo. Los hombres huyeron enseguida.

Una fina película de sudor envolvió todo su cuerpo. El hedor metálico de la sangre —su sangre, que manaba, caliente y pegajosa, empapándole el pantalón— le llegó hasta la nariz y le ocasionó un mareo. Apretó los dientes para luchar contra la debilidad. No quería morir así, en medio de un charco de su propia sangre en una mugrienta calle en París. Necesitaba volver a su hogar, fue todo en lo que pudo pensar mientras multitud de imágenes saturaban su mente: una boda, un baile, la tersura de la piel de un rostro, una larga cabellera roja cayendo por una espalda desnuda, una mirada pícaro en un baile, el toque de su madre, su aroma a lavanda. Lo invadió la oscuridad. ¡Me duele tanto! ¡Dios mío, no me dejes morir aquí!

Sentía que flotaba en medio de un intenso calor, trataba de abrir los ojos, pero el mundo de sus sueños era mucho más amable. Escuchaba voces apagadas y cuando por fin pudo enfocar la mirada y comprender que no estaba en su casa, los cerró de nuevo. Alguien lo consolaba, no sabía quién, solo quería escuchar la voz de su esposa y sentir el toque de sus manos. Quiso hablar y su boca emitió un tembloroso quejido. El dolor era terrible. No sabía cuánto tiempo llevaba enfermo, no recordaba gran cosa. Volvió en sí en varias ocasiones para caer de nuevo en la inconsciencia. Se sentía cansado, el malestar no le daba un instante de tregua.

Mientras ardía en calor por culpa de la fiebre que lo consumía, trató de recordar cómo era tenerla entre sus brazos, pero le fue imposible precisar los detalles, lo único que evocó fue la calidez de su mirada. “¡Amanda! ¡Perdóname, por favor!”, suplicaba, en medio del delirio, una y otra vez. Alguien lo cuidaba con esmero, sintió una mano fresca en la frente y unos brazos que trataban de incorporarlo para que bebiera agua.

A medida que pasaban los días, la visión se le aclaraba y una tarde las sombras luminosas que veía en ocasiones al fin se materializaron para dar forma al rostro de Eleonor y al del médico que lo atendía.

El dolor punzante en la pierna lo mantuvo despierto solo unos cuantos minutos esa vez, pero antes de volver a caer en el sopor, alcanzó de decir unas palabras:

—¡Quiero volver a casa! Ya es hora.

CAPÍTULO 1

Londres, abril de 1816

Por la forma en que el hombre la miraba parecía estar temiendo que, como en la famosa frase “matar al mensajero”, ella fuese a descargar sobre él toda la ira que sus noticias debían estarle provocando. Aunque había recibido las novedades con aparente tranquilidad, la condesa Amanda Somerville ya sabía que estaba condenada al fuego del infierno. No lo supo cuando vio entrar el coche por el camino, ni cuando vio bajarse de este al rubicundo hombre que ahora estaba sentado frente a ella. Lo supo en cuanto él puso en su mano la carta que le enviaba su esposo desde el continente y se esforzó por disimular la expresión de pánico que la asaltó, como si una culebra venenosa hubiera saltado a su regazo.

—¿Me ha escuchado, señora condesa? —indagó el hombre—. Su esposo volverá en tres días.

Nada en su semblante indicaba que lo escuchado la hubiera afectado de alguna manera. Sus pensamientos eran otra historia. La avalancha de recuerdos amenazó con atravesar la gruesa puerta que los contenía, no podría pensar en ello en ese momento o se desmoronaría ante el anciano administrador de los bienes de su marido.

El señor Bronson le comentaba los últimos sucesos con un gesto alicaído que hacía aún más pronunciada su papada. Tamborileaba los dedos en su voluminoso abdomen.

Mientras lo escuchaba con gesto distraído, Amanda paseó su mirada por el saloncito de recibir visitas. Los rayos de sol que atravesaban la ventana impregnaban de luminosidad el ambiente. La estancia había sido decorada con gusto por y para ella; observó las sillas francesas tapizadas en damasco color amarillo claro, mesas con pequeñas imágenes y algunos floreros, cuadros de paisajes delicados, el piso brillante cubierto con una gruesa alfombra, una chimenea al fondo que en ese momento estaba apagada. Al fin, con parsimonia, abrió el sobre que el hombre le había entregado.

A medida que leía el contenido de la misiva —en la que el conde le comentaba en su característico tono afable y formal más o menos lo mismo

que ya le había dicho el administrador—, Amanda pensó que no habría salvación para ella por desear el mal a su marido.

La pose de la condesa era formal, como le habían enseñado años atrás su madre y la institutriz encargada de su formación. Su vestido de color rosa pálido era sencillo, de mañana, con escarpines a juego. “Una dama no muestra jamás sus emociones”, le habría dicho su madre. Era el sino de todas las mujeres educadas para esconder hasta sus mínimos pensamientos. “¿Qué dirá tu esposo cuando vuelva?”.

—¿Todo está claro, señora condesa? —preguntó el viejo abogado con evidente incertidumbre.

Amanda se percató de que la miraba de forma curiosa debido a la impassibilidad de su semblante. Asintió pensativa y apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Sí, lo entiendo muy bien, señor Bronson —se apresuró a responder, con más aspereza de la que había pretendido. Dejó la misiva dentro del sobre, encima de una mesa esquinera y tomó una pausa antes continuar—. Mi esposo volverá al hogar después de tres años de ausencia. Dice que se lastimó de manera severa una pierna, aunque ya está bastante recuperado, solo cojea y anda con bastón. ¿Por qué no me avisó de lo ocurrido, señor Bronson?

Lo miró con severidad. El anciano bajó la cabeza, con gesto apenado.

—Lo siento mucho, lady Somerville. El hecho ocurrió hace varios meses, unos días antes de la firma del tratado, él no quiso angustiarla y por eso me impidió que le comentara lo sucedido.

—Perdone, no he debido reclamarle. Usted no tiene la culpa.

Se levantó enseguida, dejando el bordado a un lado. Ella seguía siendo la última en enterarse de las cosas. Hacía ya más de un año, supo que el conde había perdido su ojo izquierdo cuando el tema ya se había convertido en la comidilla de las diferentes tertulias, donde se elucubraba acerca de las circunstancias en las que había sucedido. La impresionó mucho saberlo. No había vuelto a abrir las cartas de su esposo desde lo sucedido.

Caminó por el salón un par de pasos y de repente, como si recordara algo, se volvió y le plantó cara al hombre. No dijo nada y volvió a sentarse. Aferró las puntas de los dedos a la falda y los soltaba sin cesar y ese gesto, característico de ella, traicionaba su intento de parecer tranquila.

Al fin se movió hasta el borde del sillón y se inclinó como si le fuera a hacer una confidencia.

—¿Puedo preguntarle algo delicado, señor Bronson?

El aludido levantó la ceja y se sonrojó. Tenía en alta estima a la condesa que, a pesar de su rango, durante el tiempo de ausencia del conde se había involucrado en cada una de las decisiones que se tomaron respecto al mejoramiento de las propiedades; cada tanto las visitaba en su compañía y se aseguraba de que todo marchara como debía. Pocas cosas se le escapaban. Siempre la vio firme y compuesta, pero era de esperar que el regreso del conde la perturbara.

—Claro que sí. Pregunte, señora condesa. —Carraspeó, algo incómodo y se llevó la mano al cuello de la camisa, como si el nudo de la corbata lo ahogara.

Amanda reparó en su nerviosismo. Suponía lo que ella le iba a preguntar y no se equivocaba. Se estremeció de manera imperceptible.

—¿Esa mujer volverá con él? —soltó y miró al administrador con expresión desafiante—. Le pido que no me mienta, por favor.

El hombre se quedó en silencio. Un tanto apenado, fijó la mirada en uno de los adornos de la mesa esquinera. Tosió antes de hablar.

—Se han hecho arreglos al respecto, condesa, pero usted no debe preocuparse de nada.

Amanda soltó una sonrisa irónica y volvió su mirada a la ventana, aunque sin fijarse en el paisaje exterior.

—Bien, si me disculpa, señor Bronson, debo arreglar el regreso de mi esposo.

El anciano se levantó de manera ágil para su peso y con gesto aliviado. Amanda estaba segura de que no le había hecho ninguna gracia la labor encomendada. ¿Qué esperaría que ocurriera? ¿Tal vez que ella llorara, reclamara, insultara? ¿Que exigiera el divorcio o se negara a recibirlo? Estaba ante una dama, por Dios.

—Por supuesto, señora condesa y cualquier otra cosa que desee preguntar, por favor, envíeme un mensaje.

—Le agradezco todo, señor Bronson —le dijo, mientras pensaba que muy pocas personas habían sido sinceras con ella.

Amanda se acercó a la ventana que daba a un hermoso jardín, donde una alfombra de rosas blancas, rojas y rosadas embellecía el entorno. El lugar era cuidado por ella con la ayuda de dos jardineros. De pronto, la sala de estar le resultó opresiva. Quería estar en algún otro sitio. No solo eso. Deseaba estar en otro tiempo, cuando era joven e ilusa, y creía que conquistaría el mundo.

Abrió la puerta a los recuerdos: su llegada a Londres para su primera

temporada con un equipaje de fastuosos vestidos y un baúl de ilusiones y esperanzas, la emoción ante su primer baile en Almack's, los paseos por Hyde Park, la corte de jovenzuelos que aspiraban a su mano, las meriendas campestres. En esos momentos no creyó que podría llegar a tener la vida más fastuosa y a la vez la más miserable.

Hija de un baronet venido a menos por culpa de las malas decisiones y el juego y con dos hermanas más por casar, Amanda se sintió impelida a escoger lo mejor que la sociedad ofrecía en ese momento. Dueña de una belleza cautivadora, aunque con una sed de aprendizaje impropia de una dama, gracias al madrinazgo de una vieja duquesa, prima segunda de su padre, había encandilado a varios caballeros nada más llegar a Londres. Hasta un aristócrata francés había pedido su mano. Al igual que casi todas las mujeres de alcurnia, le habían inculcado que tenía el deber de casarse siguiendo los deseos de sus padres.

A los dos meses conoció a su príncipe azul y se enamoró como solo las protagonistas de un cuento de hadas se enamoran, es decir, soñando con lo que ese hombre podría llegar a ser para ella. Dos meses después se comprometió con él, para dicha suya y de su familia. Se casó absolutamente enamorada en la Catedral de St. George, en Hanover Square, ante toda la nobleza y el príncipe regente.

El hombre de sus sueños por fin sería suyo. Tendría muchos hijos y vivirían felices por siempre jamás. Amanda sabía que a su marido lo habían impactado sus ojos azules, su tez clara y sus cabellos rojos, además de su cuerpo tentador, pero esperaba que también supiera apreciar su manera de ver la vida, su espontaneidad y su alegría sin límites ante todo lo que vivía día tras día.

Los primeros meses fueron maravillosos: amaneceres acurrucados en la cama, comidas campestres, bailes, paseos por Hyde Park y esas sencillas veladas frente al fuego de la chimenea en las que disfrutaban de algún juego o de la lectura. Congeniaban en muchos aspectos, Anthony tenía buen tema de conversación y para ella era un alivio no tener que esconder que era una mujer instruida e inteligente.

El cambio ocurrió unas semanas antes de su partida, cuando llevaban nueve meses de casados. Su esposo comenzó a visitarla solo por las noches para cumplir con sus deberes conyugales, pero poco la tenía en cuenta durante el día. La dejaba sola hasta altas horas de la noche y en la mañana salía temprano sin decirle adónde.

Amanda, optimista incurable, se resignó a compartir una pequeña parte de su tiempo, entendiendo sus múltiples ocupaciones. Pensó que sería una situación pasajera. Pasaba sus días entre las actividades inherentes al recién adquirido título, sus nuevas amistades y la extensa biblioteca propiedad de su esposo, que era como entrar a un mundo poblado de sueños que la ayudaban a evadir la realidad.

El día que su marido la llamó al estudio y le dijo que partiría para el continente —Francia, para ser más preciso—, a atender algunos negocios y de paso, visitar viejas amistades, y le advirtió, que no sabía cuándo regresaría, Amanda no entendió el porqué de tan abrupta decisión. No era un buen momento, Europa continuaba en guerra, tras la batalla librada en Vitoria, España, entre los aliados de la Sexta Coalición y las tropas de José Bonaparte, que finalizó con la rendición de los franceses. Esperó que él le pidiera que lo acompañara, pero nunca lo hizo y a ella el orgullo le impidió pedírselo.

Espantó sus pensamientos, consternada. Muchas cosas habían pasado en los casi tres años transcurridos desde la última vez que lo viera.

—Por favor, George —dijo al mayordomo—. Llame a la señora Jacobs, dígame que la espero en el estudio.

El anciano salió a cumplir con la orden.

No había sido nada fácil ganarse el respeto de los criados después de la deserción de su marido, pero lo que él no vislumbró en el poco tiempo que compartieron juntos fue que estaba ante una personalidad de temple. Su enérgico temperamento le permitió mantener la cabeza en alto a pesar de todo lo que ocurrió después.

Mientras esperaba al ama de llaves, pensó en lo que implicaría el regreso de su esposo. Debía airear su habitación. Había cambiado el color y algo de la decoración el año anterior.

Se levantó, afligida. Cada vez que se topaba en los periódicos con cualquier noticia de él y sus escándalos, le deseaba todos los males del mundo. Por eso cuando supo lo del ojo, se sintió culpable, y ahora lo de su pierna... No, ella no le había deseado en serio esas cosas, era solo su despecho el que actuaba en esos momentos. “No te mientas, Amanda, muchas veces lo deseaste muerto”. Jadeó, consternada, tendría que enfrentarlo.

Había muchas cuentas por saldar y no eran las económicas. Ya no era la niña de dieciocho años, inmadura y enamorada, que vivía embobada por

todo lo que él hacía. No, ese sueño estaba pisoteado en un olvidado rincón de su alma junto con las ilusiones de una vida feliz. Pero anhelaba una oportunidad de demostrarle que no se había casado con una insulsa, sino con una mujer de verdad.

Ahora tenía las cosas claras.

Las noticias de sus extravagancias y los cotilleos se habían ido sucediendo durante los primeros años de su ausencia y la decepción iba haciendo mella en su ánimo, pero enterarse de que su marido tenía una amante fue demasiado para Amanda. Los sueños e ilusiones que, ahora lo comprendía, había mantenido vivos a pesar de todo, saltaron por los aires. Y al saber luego que él se presentaba con aquella mujer en todas las fiestas y reuniones en el continente mientras los países triunfantes en la contienda con Napoleón se repartían Europa, una furia ciega la invadió. Ella lo hubiera seguido hasta el fin del mundo, pero las malditas convenciones sociales, así como la indiferencia con que la trató justo antes de su partida, pudieron más que su deseo de correr tras él.

Lord Anthony Maurice Ethan Morland, conde de Somerville, volvía a su hogar y Amanda no imaginaba qué podría esperar de ella ese desconocido que era hoy su marido. El abismo entre ellos era demasiado profundo.

—Señora condesa. —El ama de llaves hizo una reverencia al entrar al salón—. George me dijo que me necesitaba.

Mientras se volvía a mirarla, en su mente Amanda clamó, pidiéndole fuerzas a Dios.

—Señora Jacobs, el conde llegará en tres días.

—Oh, pero esas son buenas noticias... —Calló de repente, al ver el gesto de ella.

—El que vuelva lo es, pero las condiciones en las que llega no lo son tanto —suspiró, mientras trataba de acallar sus miedos.

Llevó una mano a su estómago, donde sentía un nudo de pavor. Se levantó de golpe y caminó por la estancia.

El ama de llaves, de figura rellena y pelo entrecano, la observaba con cariño. Amanda podía adivinar lo que la buena mujer estaba pensando.

—¿Le pasó algo a Su Señoría?

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—El conde tiene una pierna lesionada que está en recuperación, por lo cual me imagino que deberá guardar cama varios días o por lo menos descansar.

Aún estaba molesta por ser la última en enterarse de las cosas. Su esposo era un hombre activo, amante del aire libre, no lo imaginaba confinado a una cama.

—¡Oh, Dios mío! —La mujer se llevó una mano a la boca, consternada. Conocía al conde desde que era un niño.

—Debemos tomar algunas medidas para su bienestar.

—Soy toda oídos, señora —contestó la otra, de nuevo en su papel.

—George.

La elegante mujer saludó al viejo mayordomo, mientras le entregaba los guantes, la capa y el sombrero bajo la cúpula de figuras griegas que coronaba el vestíbulo de la mansión Somerville.

—Buenas tardes, Su Gracia, la condesa la espera en el salón amarillo.

—Gracias, George.

Las pisadas se escucharon por el largo pasillo hasta que llegó a su destino.

Elizabeth Kendall era una de las mejores amigas de Amanda. Se habían conocido durante la primera temporada social a la que la condesa de Somerville asistió tras la partida de su esposo al continente. Estaba casada desde hacía tres años con el arrogante duque de Lakewood y lo amaba con locura.

—Querida. —Tomó sus manos en un gesto de cariño—. Ni te pregunto cómo estás, por tu cara veo que ya sabes lo que es la comidilla en esta ciudad.

—Oh, Elizabeth, no sé qué voy a hacer —contestó Amanda con expresión angustiada.

La duquesa se sentó a su lado y tomó su mano para calmarla.

—Primero que todo debes tener valor —sentenció—, y segundo, no debes demostrarle lo que has sufrido todo este tiempo.

Amanda se levantó de nuevo y caminó nerviosa por el lugar. Con Elizabeth podía ser ella, no necesitaba fingir, era su mejor amiga y había sido una gran compañía durante la ausencia del conde.

—Es tan difícil, te juro que nunca le deseé un mal así. —La duquesa levantó una ceja y la miró con la duda en su semblante—. Está bien, no te voy a negar que tuve malos pensamientos, pero tenerlos y que se hagan realidad es otra historia.

—No pasa nada, todos tenemos derecho a pensar mal alguna vez. Recuerdo cuando conocí a una de las amantes que tuvo mi marido antes de casarnos, en uno de los bailes del marqués de Greystone. Deseé en el alma que se enredara en su propia enagua en cuanto le hizo la reverencia al duque como si fueran simples conocidos. Sabes que esa mujer me hizo la vida imposible, pero la devoción Philip por mí echó tierra a mis inseguridades. Así que te entiendo, querida, Anthony vuelve, no hay mal que por bien no venga, como decía mi abuela española. Su exilio no iba a ser eterno.

Amanda se acercó a la campana, la tocó distraída y al momento apareció una criada a la que le ordenó té con pastas.

Elizabeth era una hermosa mujer de enormes ojos verdes y cabellos del color del oro, alegre y temperamental. Sus inicios en la alta sociedad estuvieron llenos de especulaciones, ya que nadie sabía de su existencia hasta que fue rescatada de una vida en el campo por su tía, viuda de un conde que vivía en América. Ella y Amanda se hicieron amigas desde el mismo día en que las presentaron, en una de las tantas veladas a las que las invitaban. Al conocerse, descubrieron que tenían muchos intereses en común y se volvieron inseparables.

—Su lesión hará que permanezca en casa, lo que evitará... que se encuentre con esa mujer. A lo mejor las cosas ya han terminado.

Amanda tomó asiento en frente de su amiga y le lanzó una mirada confusa.

—No he pensado en eso, me preocupa más la convivencia, es un desconocido, solo estuvimos juntos nueve meses antes de que se marchara. No sé cuáles serán sus intenciones.

—¿Qué dice su administrador?

—Se limitó a informarme que volvía e hizo una lista de sus lesiones. Debe guardar algo de reposo para poder recuperarse satisfactoriamente.

Elizabeth sabía que Amanda se había casado muy enamorada de su marido y fue consciente en todo momento de su desengaño. Su trato con el conde había sido escaso, estaba recién casada con el duque cuando lo conoció y le costaba todavía entender las reglas de la sociedad.

—Tarea difícil para un hombre como él. ¿Qué deseas tú? ¿Qué esperas?

Ella hizo una larga pausa antes de responder, luego se encogió de hombros.

—No lo sé, una disculpa no arreglará nada. Ni siquiera deseo saber qué ocurrió, ni por qué de un día para otro todo cambió y salió de esta casa como

alma que se lleva el diablo.

—Debes tomar todo con calma, espera a que se recupere. Según lo que me cuenta mi marido, El conde siempre ha sido un hombre fuerte, decidido, no hay nada que no se proponga y logre —sentenció en tono grave—. La ventaja es que no tendrás a esa mujer revoloteando por aquí. Podrías hacer que se enamore de ti. Recuperarías tu orgullo y a tu marido.

—Anthony es incapaz de experimentar sentimientos fuertes por mí —replicó Amanda, consternada—. A lo mejor está enamorado de esa mujer y yo no lo deseo cerca de mí.

Elizabeth le apretó un poco la mano.

—Tendrán que llegar a algún acuerdo. Por Dios, Amanda, mírate en un espejo, los hombres te persiguen, eres la beldad de todos los bailes, la cuestión es: ¿estás dispuesta a perdonar? —A Amanda casi le hizo gracia la pregunta. En sus ojos brillaron la rabia, la desilusión y el deseo de revancha. Elizabeth soltó la carcajada—. Pobre hombre, no tendrá oportunidad.

—Será la mía de hacerle pagar bien cara su ofensa.

—No lo vayas a dejar más lisiado de lo que está —contestó la duquesa en tono de broma.

—Oh, no te preocupes, mi venganza será más fina —concluyó Amanda, con ojos chispeantes.

La criada entró con el servicio de té. Guardaron silencio mientras les servía la bebida caliente.

Elizabeth tomó con una pinza un par de pasteles, los depositó en un plato mientras la criada servía el té. Segundos después, la empleada se retiró, dejándolas solas de nuevo.

A Amanda, después de la noticia, no le entraba un gramo de comida, solo sorbía su té, distraída en pensamientos.

La condesa de Somerville era muy consciente de sus encantos. Los hombres habían empezado a perseguirla tan pronto su marido se alejó por el camino, y se volvieron insistentes cuando comenzaron a llegar los rumores de su infidelidad. Pensaron que ella le pagaría con la misma moneda y que pronto invitaría a su cama al alguno de los calaveras del momento. Estaban equivocados, los valores morales de Amanda eran firmes como una roca y no se iba a prestar a devaneos, pues sabía que la única perjudicada sería ella.

Durante ese tiempo fue como Penélope en Ítaca y eso era algo que nunca le perdonaría a su marido. Todos los días tejía el manto de su amargura para destejerlo al llegar la noche, en medio de lágrimas.

El ruido de la taza de porcelana chocando sobre el plato en la mano de su amiga la sacó de sus divagaciones para percatarse de que Elizabeth ya iba por el tercer pastel.

—Cuando tu marido se dé cuenta del éxito que tienes, quedará sorprendido.

—Eso no me importa, querida.

La duquesa frunció los hombros.

—Algún día te robaré a tu cocinera, estos pasteles son los mejores de todo Londres, cremosos, suaves y exquisitos.

Amanda sonrió al observar cómo se llevaba de forma exquisita el último bocado a la boca y miraba, tentada, los que aún quedaban en el plato.

—No te conviene. El duque te echará cuando engordes por andar comiendo pasteles todo el día.

Elizabeth se limpió la boca con una servilleta y exhaló un cansino suspiro.

—¿Cuándo podremos tener los mismos derechos en el matrimonio? Ellos exhiben sus barrigas, sus calvas y sus canas, y nosotras tenemos que momificarnos por el bien del bello sexo, tenemos prohibido comer en exceso, engordar, Dios no quiera que nos llenemos de canas antes de los cuarenta y que no recuperemos la figura después de nueve meses de embarazo.

Amanda negó con la cabeza.

—Nunca —respondió, firme—. Estoy segura de que el matrimonio fue un invento de ellos para tenernos en un puño y créeme, nunca lo aflojarán.

—A pesar de lo feliz que soy en el mío, me duele la manera en que nuestros hombres nos controlan —adujo la duquesa—. No nos dejan estudiar, nos prohíben el deporte. Ni siquiera podemos aferrarnos al tan cacareado honor del que tanto se pavonean ellos, porque el nuestro nos lo arrebatan en la noche de bodas.

—Por lo menos nos casamos con hombres ricos, tenemos un puesto en la sociedad, piensa en las mujeres del común, que no lo tienen tan fácil.

—Muchas de nuestras pares tampoco —objetó Elizabeth con cautela—. Es una suerte para ellos que seamos muy pocas las que pensemos así. Algunas actúan como tontas y tratan de manipular de otra forma, otras están cómodas con las cosas como están, pero la mayoría acatamos lo que digan nuestros maridos, ellos tienen el poder.

—Así son las cosas —dijo Amanda, melancólica. Su matrimonio era buena prueba de ello.

—Anímate, vamos de compras a la calle Bond. —La duquesa se levantó, entusiasmada—. Así dejaré de comer pasteles. No, mejor a la calle Oxford. La lencería que trajo madame Colette es para morirse. Trajo un buen surtido de medias de seda transparentes, que las tocas y parece que fueran a desaparecer, enaguas de encajes y ligueros de colores indecentes. Me compraré una docena.

—No sé si me gustaría salir y ser vista con lástima.

—No eres tú la que ahora necesita de un bastón para sostenerse, van a hablar de él salgas o no.

Con un suspiró afligido, Amanda cedió.

—Está bien —contestó, más por complacerla que por otra cosa.

Después, mientras se acomodaba en el coche, pensó que una buena tarde de compras era lo que necesitaba y no porque pensara que Anthony iba a ver las nuevas medias de seda o los ligueros de colores vivos, no, lo haría por ella misma. Su esposo tendría que darse cuenta de otra manera de lo que se había perdido todos esos años. Sonrió para sí, una buena lencería sería un excelente comienzo.

CAPITULO 2

—¡Charles! —tronó la voz el conde de Somerville desde la tina donde tomaba un baño, poco antes de desembarcar.

—¿Sí, señor conde? —Su ayuda de cámara se acercó, algo temeroso. La presencia del conde intimidaba, así estuviera recluido en una tina.

—¿Es que piensas dejarme aquí hasta que me convierta en uva pasa? —exclamó el hombre, molesto.

—No, claro que no, señor. Permítame un momento, llamaré a Tom para que nos ayude. —Aunque robusto y fuerte, Charles era mucho más bajo que el conde y este le había ordenado utilizar un lacayo para que lo ayudara.

—¡Maldita sea! —bramó, frustrado y dio un golpe en el agua que humedeció el suelo mucho más de lo que ya estaba.

Cuando el conde Somerville recibió el tiro de mosquete a manos de un bonapartista furibundo, no creyó que su lesión lo fuera a dejar lisiado por tanto tiempo. Como mínimo, pensó en una herida superficial, pero esto... era un castigo divino. Había pasado un mes sin saber si perdería la pierna y tres meses más para que sanara y poder volver a su patria. Movidado por un sentido de supervivencia primitivo, había burlado a la muerte en más de una ocasión. Odiaba sentirse vulnerable por primera vez en su vida, ni siquiera al perder el ojo se había sentido así. Los dolores habían menguado, cada día podía apoyar la pierna un poco más y dar contados pasos. Realizaba dolorosos ejercicios para reponerse pronto. Le molestaba depender de otras personas para tener satisfechas sus mínimas necesidades. Había sido activo toda su vida, un gran deportista y luchador nato, y la inmovilidad lo estaba volviendo loco.

Cuando estuvo arreglado y listo, le preguntó a Charles:

—¿La señorita Eleonor está lista para desembarcar?

—Sí, señor.

—Charles, ¿enviaste la carta al administrador con las instrucciones que te pedí?

—Sí, señor.

—No sabes contestar otra cosa, amplía tu vocabulario, viejo amigo, y tráeme un coñac.

—Como ordene, señor.

Él sonrió.

—Así está mejor.

¡Su hogar! Volvía a su hogar al lado de su encantadora esposa y las preguntas habían estado rondando los confines de su memoria desde que escribiera la carta una semana atrás. ¿Cómo la habrían tratado estos años? ¿Seguiría igual de hermosa? Desde lo ocurrido había dejado de recibir sus cartas. Sabía que había cambiado, no podía culparla, estaba seguro de que había sido la comidilla de una ciudad que gozaba más con esa clase de chismes que con las victorias sobre el enano francés, sonrió irónico.

Su mujercita lo recibiría toda corrección y rectitud. En esos años habría aprendido que los hombres como él tienen amantes por doquier. A lo mejor ella había tenido sus aventuras también. Un puño le estrujó el corazón ante la idea de que hubiera compartido cama con otro hombre, pero no podría reprocharle nada. Haría borrón y cuenta nueva. No lo tendría fácil, sabía que era peligroso lidiar con una mujer despechada y por más que no se hubieran profesado sentimientos profundos, Amanda debía haberlo pasado mal. Esperaba que su administrador, al que envió por delante para allanar el camino, le hubiera explicado las condiciones en que llegaba y que ella se condoliera de lo ocurrido a su rostro y a su pierna. Esperaba mucho, lo sabía.

No se casó enamorado, pero sí preso de una atracción irresistible en cuanto sus ojos se posaron en ella en un baile en Almack's. Recordó la noche en que le dio el primer beso y le gustó lo receptiva que fue, era franca e inteligente, nada de mohines estudiados y boca remilgada. La comparó a una yegua de cría y vio en ella a la mujer adecuada para perpetuar su linaje. Su alegría e inteligencia, además de su belleza, le auguraban hijos hermosos y felices. Contrario a otros hombres, a él no le molestó que fuera culta y que con ella se pudiera hablar de algo más que del clima y la moda. La cortejó como solo él sabía hacerlo y la enamoró hasta que le dio el sí en la iglesia. Pero ese día, el de la boda, cuando caminó hacia el altar, se percató de que era la mujer que había escogido para envejecer a su lado. Cuando ella lo miró con sus enormes ojos, de un azul igual al del mar al que bordeaba las costas de Irlanda, lo cautivó. Nadie lo había mirado así jamás, con tanta confianza en el futuro y a la vez con ternura, fue como recibir un puñetazo en el estómago. Y cuando en sus noches de intimidad descubrió el fuego que barría sus entrañas, sintió algo diferente a lo que había sentido con otras mujeres en el pasado, pero se negó a darle nombre a esos sentimientos, la vida le había

enseñado que mostrar algún tipo de vulnerabilidad era estúpido, quiso ignorar el remordimiento que le causaba cada una de las miradas de mudo reproche de ella.

Si no hubiera estallado la crisis que se desató en el país ya con el final de la guerra a espuestas, estaba seguro que algo se habría inventado para salir corriendo de la cercanía de ella, de su cuerpo tentador, de su perfume, de su olor que aún hoy su simple recuerdo, lo afectaba físicamente.

Anthony poseía atractivo, encanto y riqueza, pero prefería mil veces luchar con situaciones delicadas y al límite que lidiar con un corazón enamorado. Esa situación era más peligrosa que enfrentarse a cualquier ejército sediento de sangre. Su mujer no quería saber nada de él, estaba seguro. Deseaba hijos, aunque como estaban las cosas, esos hermosos chiquillos que soñó algún día estaban aún más lejanos que la China.

Rato después, se encontraba listo para la nueva contienda.

Unos golpes se escucharon en la puerta, dio la orden de entrar. Una pequeña mujer, rubia y de ojos verdes, que en ese momento vestía con sencillez, se asomó. Anthony le hizo una seña para que entrara. Eleonor era una mujer hermosa acostumbrada a mimetizarse siempre que la ocasión lo requiriera. Podía representar tanto a una simple viuda de un oficial, como a una duquesa rusa venida a menos.

—Querido, ya vamos a desembarcar. ¡Uy, pero qué guapo te has puesto!
—dijo ella. Se acercó, lo tomó de las manos y lo miró con cariño.

—Eleonor querida, la ocasión lo amerita. —Aunque su tono era desenfadado, su expresión se mantenía tensa, pero la relajó al ver la preocupación en la expresión de ella—. No te preocupes, todo se arreglará, ya lo verás.

—Hiciste lo que creíste correcto en ese momento —dijo, soltándolo—. No te atormentes.

—Díselo a la mujer que me está esperando en casa.

—Lo importante ahora es tu recuperación —contestó ella, cambiando de tema—. Prométeme que harás los ejercicios.

Anthony la deslumbró con una de sus sonrisas. A pesar de los cambios en su rostro, seguía siendo un hombre guapo. Llevaba una chaqueta de terciopelo verde, pantalón de montar y botas de caña alta, era un descanso estar vestido de manera decente otra vez, la pierna le dolía, aunque ya estaba desinflamada, dio unos pocos pasos aferrado a una mesa.

—Te prometo que en un par de semanas estaré como nuevo.

—Creo que me despediré de ti en este momento, no queremos más habladurías. ¿O sí? —dijo ella con sonrisa coqueta.

—Eleonor, ha sido un placer compartir este tiempo contigo, lo digo en serio. —La acercó a él y la abrazó. Ella cerró los ojos, afligida—. Hice unos arreglos para ti, espero que no te ofendas.

—Tengo que evaluar cómo están las cosas. Gracias, querido amigo, no deseo causar más problemas. Mereces ser feliz —dijo en su hombro.

—Tú también lo mereces y no es ningún problema.

—Adiós, amigo.

—Hasta pronto, Eleonor.

Desembarcó una hora después, apoyado en su bastón y con su ayuda de cámara al lado, para evitar alguna caída, hecho que le molestaba sobremanera. La gente en el puerto lo miraba con curiosidad. Era un hombre alto y corpulento, de cabello oscuro por los hombros, el parche en el ojo izquierdo le daba algo de ferocidad a sus facciones sin opacar lo atractivo de sus rasgos patricios, mientras que su único ojo de color azul se mantenía en guardia, observando el entorno.

Se acomodó con algo de dificultad dentro del coche, con Charles al frente y su administrador, que había ido a recibirlo al puerto. El vehículo se puso en movimiento rodando a lo largo del muelle tapizado de prostíbulos, tabernas y almacenes en hilera.

El conde de Somerville cerró los ojos, agotado por el esfuerzo. Dos largos años pasó cubriéndoles las espaldas a Wellington y a lord Castiereagh en los diferentes escenarios en los que estos se reunieron con las personas más influyentes de Europa, en el final de la guerra. Luego, en el Congreso de Viena, durante el acuerdo entre los vencedores, se mantuvo entre bastidores, participando en la tremenda lucha encubierta entre naciones, cada una tratando de sacar una buena tajada del botín, donde intrigas, conspiraciones y negociaciones estuvieron a la orden del día. Todo habría ido bien si Napoleón se hubiera quedado en el exilio, pero su regreso, apoyado por buena parte del pueblo francés, condujo a la batalla de Waterloo. Anthony interceptó y malogró una serie de atentados contra la cúpula del ejército y del gobierno inglés. Después de la derrota, Bonaparte volvió a París y se rindió formalmente por segunda vez, y entonces vinieron las negociaciones del Segundo Tratado de Paz de París en noviembre de 1815, que endureció en muchos aspectos lo acordado en el primer tratado, como retaliación por lo ocurrido en Waterloo. Alrededor de esas negociaciones, que no eran coser y

cantar, se movían diferentes intereses políticos, comerciales y personales.

Anthony nunca recibiría medallas al mérito por valor en batalla, pero su trabajo había sido igual de importante, con la red de espías de élite creada por el Ministerio de Relaciones Exteriores inglés por toda Europa. Habían reclutado a los mejores hombres de esa generación, inteligentes, bravíos y con ánimo de servicio. Muy pocas personas lo sabían. Además, poco importaba, con Napoleón desparramando caos allá por donde pasaba, era imperativo que hombres como él, de alcurnia, accedieran a lugares donde otros comunes y corrientes no hubieran tenido cabida. Con Eleonor habían fingido ser una pareja de amantes vividores para tener acceso a todos los salones de Europa; esa era precisamente su tapadera, la de un libertino, un jugador, un completo crápula sin interés en la contienda. Aunque su asociación con ella había sido producto de un accidente. Nunca pensó que su labor se viera enturbiada por una relación que, por circunstancias externas y delicadas, se había visto obligado a aparentar.

Nadie pensaría que había sido entrenado en duras disciplinas físicas e intelectuales para poder servir al Rey y a su patria. Nadie pensaría al verlo pulular por los salones con aire indolente, que su mirada de halcón daba cuenta de cada detalle, de cada gesto, de cada palabra escuchada. Había asestado golpes contundentes, acabando con cientos de franceses, pero no a punta de bala o de pistola, sino con un mortífero carisma y una inteligencia nata para sonsacar información a los demás.

Pudo haber rechazado la misión años atrás, nadie lo había obligado. Pero era su deber patriótico. Las bajas en las batallas que libró el Reino Unido en 1813 hicieron imperativa la presencia de hombres como él detrás de bastidores. Eso y el cúmulo de sensaciones en su corazón revuelto lo hicieron poner pies en polvorosa a la primera ocasión. Y él dio el paso al frente sin pensar que con su actitud había herido de muerte su incipiente matrimonio, dándole la estocada final dos años después.

Expulsó sus negros pensamientos. Todo había llegado a su fin. Su servicio a la corona había concluido. Los años dedicados a trabajar por su país habían cobrado su precio. Se llevó una mano al parche que cubría la cuenca del ojo. Era hora de enfrentar sus demonios y seguir con su maltrecha vida. La primera tarea, limpiar su reputación de marido licencioso. No sería nada fácil y más después del daño que con toda seguridad le había hecho a su esposa. Se enfrentaba a una nueva guerra a ganar, esta vez no en el frente ni ante gente peligrosa. No, esta guerra la ganaría en las cuatro paredes de su

hogar, dentro de los cuatro postes de su cama. Sí, señor, ya era hora.

El repiqueteo del trote de los caballos y el movimiento de las ruedas del coche lo distrajeron un momento de sus pensamientos. Observó el paisaje por la mirilla de la ventana. Una gran cantidad de coches entorpecía el tráfico, la acumulación de gente y el olor a hollín le dijeron que su viaje había concluido, que estaba en casa otra vez.

—Está haciendo buen tiempo —anunció su secretario para aliviar en algo la tensión—. El final del invierno ha sido benévolo con Londres, la primavera pinta más cálida que la del año anterior.

Anthony levantó la ceja en un gesto característico. Aferró más su mano al bastón, la pierna le dolía.

—Espero que Londres sea benévolo conmigo. —“Mejor dicho, espero que la condesa sea benévola conmigo”, pensó, asustado por primera vez en mucho tiempo.

Su administrador le preguntó si lo recibiría al día siguiente, Anthony le contestó que sí, necesitaba ponerse al frente de sus asuntos sin pérdida de tiempo. El hombre se despidió y se apeó del coche en Picadilly.

El coche entró en el camino de árboles y rosaledas de la mansión. Charles fue el primero que bajó y le prestó la ayuda necesaria al conde. Una vez en tierra, Anthony se tomó un momento para contemplar la imponente residencia que se alzaba a sus ojos. Era una de las varias viviendas ubicadas en Park Lane, a pocos pasos de Hyde Park. Era elegante y señorial, construida en piedra, con verjas altas y amplios jardines.

George y un lacayo se apersonaron de la situación enseguida.

—Bienvenido, señor conde —saludó, feliz, el viejo mayordomo.

Con paso lento y negándose a entrar apoyado en alguno de los hombres que lo rodeaban, el conde ingresó a su hogar. Los pisos de mármol estaban relucientes. Su esposa poco había cambiado la decoración en esos años, si acaso había un par de cuadros nuevos, el resto permanecía igual: los mismos frisos dorados decoraban las paredes, las mismas arañas de cristal iluminaban los salones.

—Viejo George, ¿aún escondes el brandy en el armario de los sombreros?

El anciano le sonrió, dando a su rostro normalmente adusto cierta calidez.

—Solo de vez en cuando, señor.

Miró alrededor e iba a preguntar por su esposa, cuando la vio bajar las

escaleras con expresión inescrutable.

Anthony quedó anonadado al verla. Esa no era la mujer que poblaba sus sueños, era una diosa y su esposa la última vez que se vieron, le susurró un diablo al oído. Estaba muy hermosa, con un vestido de tarde azul cielo que resaltaba su piel y el color de sus ojos, más azules de lo que recordaba, su hermoso cabello cobrizo peinado con sencillez, su talle perfecto. Sintió que se ahogaba y empezó a sudar frío. ¡Dios! Se había olvidado de respirar.

Ambos se quedaron mudos, observándose. El mayordomo carraspeó y Amanda pareció salir del trance.

—Milord, bienvenido a casa —saludó, con una voz cultivada y un rostro de expresión hermética.

—Caramba, Amanda, ¿quién hubiera dicho que mi ausencia te haría florecer así? —comentó Anthony con tono de voz enronquecido en cuanto pudo volver a pronunciar palabra.

Se acercó a ella, anhelando un abrazo. ¡Cuánto lo necesitaba! Pero Amanda tenía otras ideas y dando un paso hacia atrás, puso una enorme distancia entre los dos y solo le tendió la mano para que se la besara. Algo decepcionado, llevó sus labios a la suave piel del dorso, y cuando la notó escalofriarse, comprendió, aliviado, que no todo estaba perdido.

—Las habladorías dan a la piel un brillo que parece natural —contestó ella, en tono indiferente, pero sonrojada como una colegiala, soltó su mano enseguida.

“*Touche*”, caviló Anthony, al confirmar sus sospechas: Amanda no estaba dispuesta a recibirlo con los brazos abiertos, lo hacía por protocolo, pero se juró a sí mismo, mientras la observaba de pies a cabeza, que lograría que le perdonara cada una de esas habladorías. Ella, por su parte, sentía la mirada de su marido fija en su cuerpo, haciendo que este se estremeciera levemente. Necesitaba distraerse de esa mirada, mostrarle que le era indiferente, aunque no fuese cierto, respiró tan profundo como pudo debido al corsé y tomó las riendas de la situación. Miró a George y al lacayo, y los increpó con tono de voz firme.

—¿Piensan dejar al conde en la entrada?

Los empleados se movieron con celeridad y siguieron sus pasos hasta el salón, pero él se negó a sentarse, quería estar de pie frente a ella, mostrarle que a pesar de sus lesiones seguía siendo el mismo hombre que abandonó el hogar hacía tanto tiempo. Apoyó su peso en el bastón e ignoró las pulsaciones de su pierna, cuando ella estuvo otra vez frente a él se encargó de

mirarla a los ojos, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, fue Amanda la que habló.

—¿Cómo estuvo el viaje, milord?

—Endiablado —fue su lacónica respuesta, sin dejar de observarla sorprendido, dolido, furioso consigo mismo por todos los errores cometidos y que habían erigido un muro alrededor de ella.

—He preparado el estudio en vista de tu... —Miró la pierna herida con un deje de preocupación y luego levantó la mirada a su rostro, se notaba consternada. Anthony se percató de que deseaba hacer preguntas, pero a lo mejor el orgullo no la dejaba—... lesión, pero tu habitación está lista en caso de que prefieras estar en ella. —Él la observó, aún estupefacto. ¿Dónde estaba su dulce esposa? La mujer delante de él no parecía la misma que había dejado años atrás—. ¿Dónde deseas estar, Anthony? ¿En tu habitación o en el estudio? —Le preguntó ella con la misma amabilidad que hubiera usado si él fuera un simple conocido y no el esposo ausente durante dos años.

“Dentro de ti”, pensó, excitado como no lo había estado en mucho tiempo. Enrojeció de repente. Amanda lo miraba, esperando una respuesta. No se percataba de sus pensamientos.

—Mi habitación. —Por nada del mundo escogería el estudio, ahora que estaba en casa necesitaba mantenerse cerca de su esposa—. Deseo descansar hasta la cena —contestó con voz entrecortada y el corazón en un puño.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Su mirada era inexpresiva. Aun sabiendo que las cosas no resultarían fáciles, pensó que al ver la gravedad de sus heridas ella sería más benevolente. Sin embargo, ahí estaba, delante de su esposa, esperando por cosas que él mismo había destruido.

—Sí, muy bien, gracias, algo cansado. Cenaré en mi habitación, si deseas acompañarme. —Soltó el comentario al aire y pensó que sería rechazado.

Amanda hizo un gesto afirmativo casi mecánico.

—Nos vemos en la cena —contestó y con pasos elegantes y porte digno se alejó por el pasillo hacia la biblioteca.

Anthony subió las escaleras lentamente, su orgullo le impedía pedir algún tipo de ayuda delante de su mujer. Cuando llegó a su habitación, el cansancio por el esfuerzo que había hecho al subir fue reemplazado por una honda nostalgia. Echó un vistazo a la estancia, todo seguía exactamente igual a como lo había dejado.

Bueno... no todo. Observó que la decoración estaba algo diferente, el color de las paredes era distinto y su mujer... estaba más arrebatadora que nunca. Sus libros seguían en el mismo puesto. Dio unos pequeños pasos hasta la pequeña biblioteca, apoyado en el bastón. Acarició un viejo ejemplar de la Odisea, mientras un par de sirvientes descargaban un baúl. Se le acentuó el dolor que venía sufriendo hacía varios días. “¿La línea de los senos de Amanda había aumentado o era impresión suya?”. Ah, el edredón era ahora de color azul oscuro. “¿El aroma de su sexo sería tan embriagador como recordaba?”.

En ese momento deseó retroceder el tiempo y nunca haber aceptado esa misión que lo llevó al mismísimo infierno y ahora lo devolvía lisiado, a lo mejor de por vida. ¡No! No se daría por vencido, el día que lo hiciera debería darse por muerto. Otro sirviente entró y encendió el fuego en la chimenea, los días todavía estaban fríos, aunque el invierno ya estaba lejos y la primavera dejaba ver sus colores. Paseó sus ojos por las páginas del libro y se detuvo en algunos pasajes:

“Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas; echóle los brazos alrededor del cuello, le besó la cabeza...” (XXIII, 205—208).

“Y Odiseo lloraba, abrazado a su dulce y honesta esposa...” (XXIII, 231—232)”.

¡Qué frío había sido su propio reencuentro con su esposa! No tenía nada que ver con lo que acababa de leer. Cerró el libro y caminó hasta su cama, donde se recostó, negándose a caer en la desesperanza. Le gustó el olor a espliego de las almohadas, y los diferentes aromas que había olido en su camino a la habitación, la casa tenía un brillo que estuvo ausente mientras él fue el único dueño.

El peligro ya había pasado, pensó febrilmente, estaba en casa, debía tratar de arreglar las cosas con su esposa y después, cuando fuera posible, contarle por qué había hecho lo que había hecho. Claro, si todavía le interesaba. Era lo primero que estaba dispuesto a averiguar.

En ese momento, Charles entró en la habitación.

—¿Qué te demoró tanto?

—La condesa deseaba saber cómo estuvo el viaje y si usted necesitaba al médico enseguida.

El conde levantó una ceja, confuso.

—Estoy con la pierna fracturada y tuerto, no sordo ni mudo. ¿Por qué no me preguntó a mí?

El hombre le obsequió una mirada enigmática.

—Lo mismo me pregunté yo. Deberá hablar con ella. ¿Desea tomar algo, señor?

Anthony negó con la cabeza.

—Voy a descansar algo, me despiertas para la cena, por favor.

—Como ordene, señor.

Anthony blanqueó los ojos.

El sirviente lo ayudó a quitarse las botas y la chaqueta, y al acostarse de nuevo en su cama, se sintió extraño. Trató de dormir, pero fue infructuoso. El rostro de su esposa se paseaba frente a él. ¿Cuáles serían sus intereses ahora? Por los informes que su administrador le había hecho llegar, Amanda había llevado muy bien el manejo de la casa, no era derrochadora, ni tampoco tacaña con los sirvientes, las partidas de dinero las manejaba con discreción. Sabía todo de su vida, a quiénes frecuentaba, qué actividades llenaban sus días, el informante era a la vez un empleado de la casa que no la perdía de vista en ningún momento. También había sido entrenado por si se presentaba una situación peligrosa, no hubiera estado tranquilo en el continente sabiendo que su esposa corría algún tipo de peligro o estaba desprotegida.

En su último informe le decía que Amanda tenía desde algún tiempo atrás un asiduo acompañante, el vizconde Plymouth —además de sus amigos de siempre, los duques de Lakewood—, lo cual lo tranquilizó, ya que debido a las inclinaciones más que conocidas del vizconde, estaba seguro de que no tenía intenciones románticas. Bien, les agradecía la compañía, pero pronto sería únicamente él quien acompañara a su esposa a todas partes.

CAPITULO 3

Amanda no supo cómo llegó a la biblioteca. El impacto experimentado al volver a ver a su marido había hecho que su helada compostura se tambaleara. Cerró la puerta temblando en medio de convulsiones de llanto. Se acercó vacilante al escritorio mientras se limpiaba las lágrimas que escurrían por sus mejillas.

A pesar de su resentimiento, una sensación de tristeza la circundó al verlo así, con sus bellas facciones transformadas. El parche le daba una apariencia dura a su rostro. ¿Cómo se sentiría? No tenía que preguntar quién lo había cuidado en su convalecencia. Lloró de rabia por todo lo que le había hecho sentir en ese breve encuentro: ansiedad, ganas de correr y abrazarlo, y un anhelo que la aturdió. ¡Dios! Qué patética era. En esos breves instantes recordó todos sus momentos juntos.

Inspiró unas cuantas veces, hasta que estuvo más calmada. Anthony estaba más corpulento que cuando se fue y seguía teniendo buen porte a pesar de lo ocurrido a su pierna. Pero no era el mismo que había salido de su casa tres años atrás, un noble sin mayores preocupaciones, con suficiente garbo y apostura para que todas las mujeres reunidas en un salón lo siguieran con la mirada. Había adquirido una veta peligrosa, se había convertido en un hombre duro.

Amanda no lo entendía. Se suponía que había salido de Inglaterra a darse la gran vida y en el camino echarse una amante, pero había regresado como un lobo apaleado y con heridas. Como si en lugar de estar bailando en los salones de los aristócratas del continente que se mantenían ajenos a la guerra, hubiera estado en el mismísimo frente. Tenía el cabello demasiado largo, el rostro curtido, lo único que parecía no haber cambiado era esa maldita sonrisa que la había hecho caer como una tonta por él desde que la viera por primera vez años atrás.

Poco a poco recuperó su presencia de ánimo, inspiró profundamente y, con su escudo protector nuevamente en alto, hizo llamar al ayuda de cámara.

Minutos después golpearon la puerta. Ya totalmente compuesta, se

dispuso a recibir a Charles. Era el sirviente de su esposo desde hacía ocho años, lo conocía como nadie y le era absolutamente leal. El hombre entró e hizo una reverencia.

—Charles, ¿será necesario traer al doctor?

Amanda estaba sentada detrás del escritorio mientras sostenía una pluma sobre un papel, aparentando una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—Oh, no lo creo, señora condesa. Un doctor de a bordo le hizo una visita antes de abandonar el barco.

Ella asintió y levantó la vista, dejando la pluma en su puesto.

—Me imagino que el conde deseará la opinión de otros profesionales. Hay un cirujano amigo del duque de Lakewood al que podríamos llamar para que lo examine.

El hombre la miró con gesto confundido.

—Debería preguntárselo usted misma, señora.

El tono de voz subyacente en la frase, con algo de reprobación, hizo que Amanda frunciera el ceño. Si sus sirvientes estaban pensando que debía recibirlo con bombos y platillos, estaban muy equivocados.

—Eso haré. Cualquier disposición especial, hable con la señora Jacobs, cualquier cosa que necesite el conde, no tiene más que pedirlo.

—Sin ánimo de ofender, señora condesa —empezó en voz baja, tras una larga pausa—, lo que necesita el señor ahora es compañía, ha pasado por mucho y...

Amanda lo interrumpió enseguida.

—¿Qué tal estuvo el viaje, algún inconveniente?

—No, señora, todo estuvo muy bien. Su Señoría se ha ido recuperando.

—Charles... —Se arrepintió enseguida—. Nada, nada, puede retirarse.

El hombre la miró con algo de conmiseración.

—Como guste, señora.

Haciendo una rígida reverencia, salió del salón y Amanda se quedó con una terrible sensación de incomodidad y curiosidad insatisfecha. Deseaba averiguar qué le había pasado, pero su orgullo se lo impedía. ¿Cómo se había lastimado? ¿En qué circunstancias? La inquietaba el gesto de dolor que atravesó su rostro al dar unos cuantos pasos, la recuperación debía estar siendo lenta y dolorosa.

Horas después, frente al tocador, la charla de Maggie, su doncella personal, la distrajo de sus preocupaciones. Era una humilde joven irlandesa de no más de veinticinco años, de mejillas sonrojadas y pícaros ojos café.

—Señora, todos comentaron la forma en que la miró el conde en cuanto atravesó la puerta —dijo la mujer, mientras le pasaba la pinza caliente, elaborándole el peinado para esa noche. Amanda se percató de que le acicalaba el cabello más que de costumbre.

—Tonterías, como siempre, ustedes exagerando —contestó la condesa, aparentando desdén—. ¿Y... qué más comentan? —preguntó, después de una ligera pausa en la que peleó con su orgullo.

La joven se quitó una horquilla de la boca.

—El conde sigue enamorado de usted. Ahora que está aquí, podrán reconciliarse y llenar esta casa de niños.

Amanda soltó una carcajada y negó varias veces con la cabeza.

—De ser tú no apostarí el salario por ello.

La mujer dejó la pinza en la superficie del tocador.

—Discúlpeme, sé que no me corresponde hablar de los señores, pero...

—Es cierto, Maggie. —Amanda se volteó para mirarla fijamente, a pesar de las normas y protocolos, sus empleados eran lo más cercano que tenía a verdaderas amistades y se moría de curiosidad por saber lo que rumoreaban—. No me gustaría que descuidaran el trabajo por estar con habladorías, pero confieso que ustedes son una buena fuente de información y sé que tu lealtad está de mi lado así que... ¿Qué más se comenta por ahí? —indagó.

—Pidió su postre favorito para la cena. La señora Jacobs ordenó preparar la comida favorita del conde como gesto de bienvenida, pero Su Señoría envió el menú al cocinero y desea que esta cena tenga todos los platos favoritos de usted. La señora Jacobs dijo que no tuvo que recordarle ningún plato, pues los recordaba todos.

Amanda no se dejaría ablandar por detalles como ese. Pensó en hacerle entender a su doncella que lo que el conde deseaba era suavizarla de alguna forma, seguro le iba a pedir que aceptara su relación con esa mujer, ahora que estaban de vuelta en Inglaterra, aquello nada tenía que ver con una supuesta reconciliación. Pero no quiso desencantar a la joven o no le volvería a contar nada, prefirió guardar silencio y que continuara con su arreglo personal.

Su gran amigo el vizconde Plymouth le había enviado una nota en la tarde, recordándole la invitación al teatro que le había hecho la semana anterior. Cenaría con su esposo e iría después a la función con el vizconde Plymouth y los duques de Lakewood.

Ataviada con un vestido de noche azul cobalto de escote profundo y los

hombros desnudos, se presentó en la habitación de su esposo.

El conde había dado orden de traer una mesa para dos, estaba arreglada eficazmente con candelabros de plata y un pequeño jarrón con flores. Estaba de cara a la chimenea, sentado en una silla de espaldar alto, su pose era indolente, con la pierna herida totalmente extendida y apoyada en un mueble bajo. Estaba vestido con un pantalón claro y una camisa desabrochada, y miraba concentrado el fuego de la chimenea.

—Buenas noches, milord —saludó ella, entrando en lo que consideraba la guarida del lobo.

Un escalofrío la embargó cuando él volteó enseguida y dirigió la mirada hacia su figura. Caminó con pasos lentos y provocativos, acercándose cada vez más a él.

Como ya le había pasado en la tarde, Anthony se quedó sin habla. Su mente, en cambio, volaba y le daba ideas... como que podría extender el brazo, tomarla de la cintura y sentarla en su regazo. Sonrió para sus adentros, su gesto no sería bienvenido y además, no estaba en condiciones de hacerlo. Se dedicó a observarla, estaba bellísima, un rizo le caía sobre el hombro, el escote del vestido atraía la atención sin ser vulgar, recordó la textura de su piel y el contorno de sus pechos en sus manos, el color del vestido hacía juego con sus ojos, que mudaban según la emoción que los embargara.

Ella se limitó a observarlo, impassible. Controlando sus caóticas emociones mientras se observaban, la habitación se sumió en un silencio interrumpido solamente por el crujir de la madera en la chimenea. Anthony inhaló la suave esencia de su esposa. La hermosa joven se había convertido en toda una mujer. Negó con la cabeza y habló en voz baja para romper el silencio.

—Vaya... Estás muy hermosa, Amanda. —No se había dado cuenta de todo lo que le hacía falta en su vida hasta ese momento. Había cambiado. Ahora era consciente de lo que su presencia causaba a los hombres.

—Gracias. ¿Descansaste?

Ella se alejó de él y se acercó a una mesa en la que había copas y una botella de su vino favorito. Sonrió, irónica y satisfecha, lo había dejado con la boca abierta, pero la victoria no le duró mucho al preguntarse por qué lo hacía. ¿Qué buscaba arreglándose así para reunirse con él? ¿Que se percatara de la mujer que había dejado atrás? El orgullo acudió en su auxilio. No tenía por qué demostrarle nada si ya no estaba interesada en él. Sirvió dos copas y le pasó una a Anthony.

—No mucho, pero es bueno dormir en mi propia cama nuevamente.

—¿Cómo estás? ¿Te duele?

—¿El ojo o la falta de él o la pierna?

Ella lo miró, consternada.

—Estoy bien, querida, no te preocupes.

“Querida...”. Aún recordaba cómo se derretía cuando la llamaba así con ese tono de voz ronco y carnal que acarició sus oídos y tuvo eco en otras partes de su cuerpo. De pronto sintió calor, molesta por su manera de reaccionar y por sus pensamientos, enderezó los hombros y degustó de la copa de vino.

—Si hubiera sabido que era una cena formal —dijo él con voz oscura— me habría puesto más elegante. —La miró de arriba abajo con aire posesivo.

A Amanda no le gustó la manera en que la miraba y le contestó en tono desenfadado y con su máscara mundana bien ajustada.

—Oh, es que tengo una invitación al teatro después. Decidí arreglarme enseguida.

Algo en la expresión de Anthony cambió.

—Al teatro. —La miró de nuevo, fijamente— ¿Y con quién vas, si puede saberse?

El tono en el que pronunció sus palabras le resbaló por la columna vertebral como la caricia de una pluma.

—Con los duques de Lakewood y el vizconde Plymouth —contestó, sorprendida, no sabía si por lo impertinente de la pregunta, por el tono de voz que había utilizado o por su propia respuesta—. ¿Nos sentamos? —Le señaló las sillas alrededor de la mesa.

—Sí, claro —contestó Anthony, llamando a Charles, que lo ayudó a levantarse y a caminar hasta la silla en donde se acomodó. Soltó un largo suspiro en cuanto estuvo frente a ella. Amanda notaba que se sentía frustrado y furioso por su condición.

Apareció uno de los lacayos con una bandeja de bebidas.

—¿Deseas tomar otra copa de vino antes de la cena? —preguntó, con los ojos fijos en su boca.

Ella aceptó el ofrecimiento, el vino le relajaba los nervios.

—Más vino para la condesa y un whisky para mí —ordenó, tajante—. Cuéntame, querida, ¿cómo han ido las cosas en mi ausencia?

Amanda lo miró con ojos entornados.

—Tu administrador podrá darte más informes que yo.

Él negó con la cabeza y se recostó en la silla con la copa en la mano.

—Quiero escucharte —soltó, con un tono de voz grave y sensual que sin duda afectó a su esposa, porque se removió, inquieta, en la silla.

Durante los siguientes minutos hablaron de las reformas hechas a la casa, de la remodelación de la cochera y del cambio de puertas en el establo. Amanda contestó a todas las preguntas que Anthony le lanzó, aun cuando en algunas le pidió más explicaciones de las necesarias.

Cuando se casó con ella, no llegó a percibir lo industriosa que era, según su administrador y lo que le contaba el sirviente que la vigilaba, manejaba a la servidumbre como a un pequeño ejército y sacaba lo mejor de las personas. Se daba cuenta de que su esposa no solo había sido un adorno de sociedad y se sentía orgulloso por eso.

Tomaron sus bebidas charlando de trivialidades, pero la mente de cada uno estaba concentrada en los cambios ocurridos en los dos durante el tiempo en que estuvieron separados. Anthony no conocía a la mujer que tenía enfrente. Su corazón se arrugó de tristeza, el poco tiempo en que habían convivido se le hizo lejano o a lo mejor una visión, un sueño de su imaginación.

Amanda observaba sus facciones que ningún parche o cicatriz lograban opacar, su boca carnosa y bien delineada, sus dientes blancos, el ancho de su cuello, tenía el cabello oscuro como el carbón, la camisa abierta mostraba el inicio de su pecho cubierto de un vello suave. No pensó que esa imagen la perturbara, ni tampoco la visión de sus manos, grandes, fuertes, de uñas cortas y bien cuidadas, esas manos que la habían acariciado hasta la locura... Sabía que no debía dejarse ir por esa línea de pensamientos, pero era inevitable, su marido exudaba sensualidad por cada poro de su piel y ella no era para nada inmune a eso, es más, estaba segura de que él sabía exactamente cómo se sentía.

“No hay derecho”, pensó, molesta. “Tiene una amante”, se dijo, más molesta aún.

—¿Pasa algo, querida? —preguntó él, curioso, al observar su expresión.

—No pasa nada. Solo estoy recordando algo que no debo olvidar —contestó, y evitando mirarlo, trasladó su vista a un punto detrás de él.

—Estuve mucho tiempo sin recibir correspondencia tuya —dijo él, sin dejar de admirar la línea de su cuello y el nacimiento de sus pechos.

Esperaba que esa noche llevara algo más que la cubriera. Los celos le jugaron una mala pasada, sabía que su esposa había enfrentado atenciones no

deseadas de algunos de sus pares, quiso tenerlos enfrente y partirle la cara a cada uno de ellos. ¿Estaría enamorada de alguien? El agente que estaba infiltrado en su casa desde que él partiera para Francia no le había dicho nada al respecto, pero viéndola frente a él, convertida en una mujer impactante, se dijo que tendría una ardua charla con el joven al día siguiente.

—Seguro se perdieron por el camino, milord —respondió, incisiva.

—Puedes llamarme Anthony, no tienes que ser tan formal. —Se daba cuenta de que ella necesitaba esa formalidad, guardar las distancias—. Pero tienes razón. La guerra y luego las negociaciones hacen difíciles las comunicaciones.

Amanda sintió como si hubiera recibido un dardo, su espalda quedó tiesa.

—Vaya, me alegra saber que aparte de tus bailes y las compañías licenciosas, te enteraste de que había una guerra —contestó en tono duro, con los ojos como dardos.

Entró el lacayo con el primer plato. Les sirvió una sopa de vegetales, mientras ambos parecían concentrados en cada uno de sus gestos, lo que puso al joven algo nervioso. Al terminar hizo una rápida reverencia y se retiró enseguida.

—No voy a justificar mi tiempo en el continente, Amanda —dijo él en tono ronco. Años de esconder su verdadera cara hicieron su aparición.

Ella alzó la vista, esperaba una disculpa y no ese tono de suficiencia, su ánimo se sublevó.

—No lo necesito, todo Londres tenía tu itinerario. Tus aventuras eran pasto para los malditos periódicos y para los tés de las murmuradoras.

El conde emitió un suspiro de resignación. Su mujer estaba flanqueada por muros de resentimientos que él entendía; si le hubiera pasado algo similar, no estaría sentado frente a ella en ese instante. Pero, aunque la situación lo afligiera, tenía que sostenerse en su papel.

—Amanda esto es serio, tienes que entender que...

—¿¡Qué es lo que debo entender, milord!?! —preguntó con ojos como dardos dirigidos a él. Soltó la servilleta en el mantel y se levantó de la mesa.

¡Por Dios! Anthony empezó a impacientarse. Había pasado tres años en un jodido infierno, hecho toda clase de cosas, y ahora ella quería que se disculpara, que se arrastrara, que pidiera perdón... ¿Por qué? Él ya no podía hacer nada para borrar lo sucedido. Le dolía en el alma, pero Amanda tendría que pasar página.

—Que Eleonor no significa nada para mí.

Una carcajada irónica fue la respuesta.

—¿En serio, milord? ¿Crees que con afirmar eso será suficiente?

Toda la frustración por el viaje, el dolor en la pierna y ahora la negativa de su esposa a llegar a algún entendimiento hicieron erupción en él.

—¡Anthony! ¡Mi nombre es Anthony! —palmeó la mesa con rabia.

Amanda caminó hacia la ventana y se abrazó a sí misma como presa de una ola de frío. Después del dolor y la humillación sufrida, ¿qué pretendía Anthony que hiciera?

—Amanda, deseo una nueva oportunidad... Admito que mi comportamiento no fue el mejor, pero estoy dispuesto a arreglar las cosas entre nosotros. Quiero que volvamos a estar bien.

Ella se dio la vuelta, caminó de nuevo a él y lo interrumpió, ya sulfurada.

—¡Nunca volveremos a estar bien! —Lo miró, furiosa y dispuesta a mandar todo al diablo.

Anthony se tomó unos segundos para ganar compostura, no podía perder el control, no en su primera cena juntos después de tres años. No pensó que fuera tan difícil, en ese momento quiso un acercamiento sincero con ella, no algún tipo de acuerdo para salvar apariencias. Necesitaba a su esposa.

—Por el bien de nuestro matrimonio, por favor —rogó— hablemos con calma.

Le molestaba no poder pararse de la jodida silla y encararla de frente, tocarla, estaba seguro de que ella se ablandaría. Quiso acercarse, tocarle el cabello, besarle el cuello, llevarla hasta la cama y acariciarla, y no solo eso, hablarle y buscar su consuelo. Se sentía en desventaja allí sentado, sin poder hacer más.

—¿El bien de nuestro matrimonio? ¿Estoy oyendo bien? —Se le encaró ella con ambas manos a lado y lado de la cadera.

La herida estaba ahí, como cuando se fue, recordó las tardes interminables llorando sin parar, la angustia de no haber sido lo suficiente mujer para que se quedara a su lado, recordó que estuvo enferma varias semanas, después de enterarse de lo de Eleonor, una severa pulmonía, ella lo que había querido era morir al saberlo.

—Sí, estás oyendo bien —replicó, en tono molesto.

—¿Cómo puedes hablar del bien de nuestro matrimonio cuando te revuelcas por toda Europa con esa mujerzuela y quién sabe con cuántas más?

Eres un hipócrita y un arrogante.

—¿Qué quieres que te diga?

¿Cómo convencerla? ¿Qué argumentos esgrimir? No se le ocurría nada, tenía un puño aferrando su corazón.

—¡No tienes que decirme nada! Porque solo me dirás mentiras. Quiero el divorcio.

La palabra divorcio se escurrió por la mente de Anthony, se quedó quieto, mirándola fijamente. ¡Vaya! Eso no se lo esperaba.

—¡Nunca te daré el divorcio! No sabes de lo que hablas. No nos arrastraré por el fango. —Palmeó la mesa de nuevo.

—¡Yo ya he estado en el fango todo este tiempo, milord!

Anthony miró las paredes y luego a ella con insolencia.

—No lo creo, Amanda. —Extendió los brazos abarcando las paredes—. Has vivido entre algodones todo este tiempo.

—No te atrevas a echarme en cara lo que por derecho me corresponde. —Alzó la barbilla, desafiante.

Aunque no supo en ese momento por qué, tuvo la urgente necesidad de saber si ella había abrigado hacia él sentimientos profundos, o toda esa rabia solo era debida a su orgullo herido. Pero preguntarle a su esposa si alguna vez... No, su propio orgullo se lo impedía. La miró, afectado por su decisión, a lo mejor su esposa tenía un amante, ese pensamiento lo encolerizó.

—No puedes divorciarte —contestó él, desesperado—. Para bien o para mal, estás casada conmigo.

—Para lo que me ha servido.

—No te quejes, has tenido todo lo que has querido.

—No, no todo.

—¿Qué te ha faltado?

Su mirada se fijó en ella con una intensidad tan abrumadora que Amanda tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no soltar el llanto.

—¡Un marido! —gritó, sin importarle nada—. Amor, hijos, compromiso.

Él sintió como si una mano le apretara el corazón, se sintió perdido.

Ella no quería la expresión de lástima que empezaba a aparecer en su mirada, pero no iba a dejar de endilgarle los reproches que tenía atragantados desde que lo había visto entrar a la mansión. Se sentó de nuevo frente a él, la sopa seguía intacta.

—Te parece que me hizo muy feliz estar en este mausoleo,

representando el papel de “pobrecita la condesa, qué tendrá de malo que su esposo saliera corriendo casi después de la boda a darse la gran vida por el continente y que terminara echándose una amante”.

—Lo siento mucho, Amanda.

—Tus disculpas llegan tarde, milord.

Anthony se pasó las manos por el pelo, otra vez enfadado.

—Si nos arrastras a un divorcio, conservarás el título, pero perderás todo lo demás, la posición social, tus amistades te darán la espalda y no te daré un maldito céntimo. —Amanda se quedó mirándolo, espantada, no le conocía ese tono de voz frío y despiadado, comprendió que en realidad lo conocía muy poco—. Llevas mi nombre y no lo someteré al escarnio de un divorcio. Deseo un heredero, Amanda.

Se arrepintió enseguida de su petición, no debió soltarla así. Había perdido su toque. Este era uno de los momentos en los que debería sacar a relucir esa vena diplomática que lo había hecho famoso en el continente, convencer con artimañas para lograr un acuerdo con inteligencia y tacto, pero parecía que se le había extraviado el don en el camino y no sabía la razón.

Ella abrió los ojos, incrédula, pasmada por su petición. La furia y la desesperación la inundaron.

—¡Oh, Dios mío! —Se puso una mano en el corazón.

—Hablo en serio, tú eres mi esposa y Eleonor ya no es mi amante.

—No deseo hijos, ya no —contestó Amanda, desviando la mirada con un sombrío movimiento de cabeza.

—Pues bien caro que pagué ese derecho cuando me casé contigo, es hora de que cumplas tu parte del trato.

Ella se levantó de nuevo y tuvo el impulso loco de tirarle el vino en la cara, pero años de educación la contuvieron. Apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó para contestar.

—¡Cuando los cerdos vuelen! Eres un miserable si piensas que me voy a meter a esa cama contigo, después de todo lo que ha pasado. Este matrimonio siempre ha sido una maldita farsa, lo dejaste claro cuando saliste corriendo.

El conde le regaló un chasquido de dientes y una risa burlona producto de los celos que lo azotaban al querer saber quién sería el receptor de las atenciones de su esposa esa noche en el teatro.

—Pues ve pensándotelo, porque es lo que va a ocurrir. Recuerdo muy bien nuestro tiempo juntos y no fue ninguna farsa. Hay reglas, Amanda, así estés en contra de ellas. Sabes muy bien cuáles son.

—No puedes obligarme —exclamó, furiosa, y se alejó unos pasos—. ¡Malditas reglas y maldito seas tú!

—Insulta todo lo que quieras, querida. Sabes que sí quisiera podría obligarte —contestó él, beligerante—, pero nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora.

—¿De verdad crees que voy a permitir que me intimides? ¿Piensas que con eso puedes recuperarme?

—Nunca te he perdido. —Con una mirada insolente la recorrió de arriba abajo.

— ¡Te odio! —Le temblaba todo el cuerpo.

—Gracias por decírmelo —Él se limitó a obsequiarle su sonrisa más ladina.

—¡Vete al diablo!

Amanda salió dando un portazo y dejó a su marido con la palabra en la boca y la sangre encendida. Dio gracias a Dios por estar herido de la pierna o hubiera sido capaz de arrastrarla hasta la cama y hacer valer sus derechos de cualquier forma. “¡Dios mío! Pero qué estoy diciendo, la voy a perder, si no es el divorcio será una separación”.

Meditó en la mejor forma de hacerla entrar en razón. Era evidente que el retorno a su corazón y a su cama sería un camino difícil de recorrer. “Pero no imposible”. Era mucho lo que la había lastimado, la amarga decepción de los últimos años había cambiado la expresión en sus ojos. Ya no era la niña que lo miraba con cara de cachorro. Era una mujer deslumbrante, hasta su cuerpo había cambiado y alcanzado su esplendor, aparte del porte regio y la compostura, que hoy había perdido por sus comentarios. La imaginaba enfrentándose a los ecos de una sociedad que no tenía compasión con sus pares. Cuando de escándalos o chismes se trataba, actuaban como verdaderas hienas sobre la presa escogida. Su mujer debió haberse revestido de capas y más capas de hielo para volverse inmune a los comentarios y seguir frecuentando la alta sociedad. Amanda había sido víctima de una situación bochornosa que a él se le salió de las manos, se sintió apenado por haberla hecho sufrir, pero no tenía idea aún de cómo repararlo.

Debía crear una estrategia para poder conquistarla de nuevo.

En el puerto francés de Dieppe, un hombre de alta estatura, delgado como un junco y de grueso gabán subió al barco Morning Start que zarpaba con la marea rumbo a Inglaterra.

El capitán lo instaló en un cubículo pequeño y sin aire. Al quedarse solo se quitó las botas y se acomodó en la ruinosa hamaca que era el único mobiliario del lugar. Tumbado en la maloliente lona, meditó sobre los pasos que daría para acercarse a sus objetivos y eliminarlos. Había recibido una de las mejores pagas de su carrera por llevar a buen término la misión. Sonrió, no sería difícil, era uno de los mejores en su oficio, el asesino a sueldo más letal de Europa, capaz de camuflarse fácilmente en cualquier entorno y pasar desapercibido, razón por la que lo apodaban el Camaleón.

Sacó un trozo de papel del bolsillo pequeño de su chaleco y con la escasa luz que entraba por una sucia claraboya observó fijamente lo escrito en él. Cuatro apelativos, cuatro talones de Aquiles por descubrir para dirigir a ellos sus flechas envenenadas. Se suponía que los ingleses tras esos sobrenombres, pertenecientes a la aristocracia, eran espías relacionados con el Departamento Exterior inglés que estuvieron en Francia durante toda la ocupación europea que desembocó con la derrota de los franceses en la batalla de Waterloo. Sus ocupaciones habían sido poco claras. No quería equivocaciones, se había topado con uno de los alias de la lista durante los últimos años de la guerra. Había estado cerca de que lo atraparan y se había llevado a media docena de espías por delante, pero el más importante de la lista, según una de las personas que pagaba por sus servicios, seguía vivo y el hombre lo quería muerto. No entendía el porqué, total, la guerra había terminado, pero él no era quien para cuestionar las motivaciones de quienes lo contrataban, cumpliría la misión y punto.

Siempre lo invadía la excitación al comienzo de la cacería. En cuanto empezaba un nuevo trabajo, la sangre corría más veloz por sus venas. Repasó los nombres en el papel. Ahora tenía que descubrir si correspondían de verdad a las identidades que buscaba. Debía llenarse de datos, cualquier detalle por insignificante que fuera tendría valor para él. Hacía años que no visitaba Inglaterra, pero aún contaba con gente que le podría servir en un momento determinado. Se pondría en contacto con ellos tan pronto pisara el país. Tendría que secuestrar a alguno de la lista para poder sonsacarle información y también dinero. Aunque no se hacía muchas ilusiones de que el secuestrado fuera a cantar como un pájaro, quería ver la reacción de sus pares, ahí tendería la trampa y actuaría.

CAPÍTULO 4

En el palco de los duques de Lakewood, una Amanda poco animada esperaba el inicio de la función. Tenía al vizconde de un lado y del otro a Elizabeth y su marido. Era el estreno de Hamlet y uno de los primeros espectáculos de la temporada, la crema y nata de la sociedad estaba allí esa noche.

Aún hervía de furia por la discusión con Anthony. ¿Cómo se atrevía? Pero estaba más molesta con ella misma por haber perdido los estribos de esa manera. Estaba enojada y avergonzada al mismo tiempo por no haberse controlado lo suficiente, por haberle dado poder, porque con ese exabrupto, él se había dado cuenta de que todavía le importaba. Pero estaba loco si pensaba que lo iba a recibir en su cama después de todo lo ocurrido.

Amanda había sobrevivido a muchas cosas y había crecido fuerte, madurada a la fuerza por culpa del desprecio de su marido y se había construido una vida sin él. En su tiempo y recién descubierta la traición, lloró por su estupidez, por su credulidad y por todo aquello que había soñado. Los motivos eran más que suficientes para justificar haberse liberado de los vínculos de lealtad y compromiso, pero no lo había hecho. Era respetable, hacía obras de caridad y las mujeres más jóvenes la buscaban para recibir sus consejos. Se había rodeado de todo lo bueno que tuviera que ofrecerle la sociedad a la que pertenecía.

—¿Qué le pasa a la mujer más bella de la noche? —preguntó Nicholas, mirándola con un brillo jovial en sus ojos verdes.

—Oh, nada, querido amigo, no te preocupes. —Con el abanico le dio un cariñoso golpe en la mano.

—¿Cómo está él? —preguntó sin poderse aguantar.

—Bien dentro de lo posible, arrogante, como siempre.

Eran amigos desde hacía más de ocho meses, cuando el título le había caído a Nicholas de cabeza, al morir un primo lejano. Como era nuevo en la sociedad y de personalidad más atrayente que el antiguo vizconde, ella y los duques de Lakewood lo tomaron bajo su protección. Era un hombre joven de modales impecables, alto, delgado y rubio, con una mirada soñadora que

hacía suspirar a más de una debutante.

—No dejes que te altere.

—Créeme, es algo difícil —contestó Amanda, observando que todas las miradas iban de ella al vizconde.

Él tomó su mano en un gesto de cariño, confortándola.

—Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites. Déjalo correr, Amanda, el tiempo pondrá en orden las cosas, por lo demás, tengo una curiosidad insana por conocerlo.

—Gracias por tu interés, querido, lo conocerás, daré una cena en las próximas semanas.

Amanda disfrutaba al ver la dirección de cada mirada en los palcos del frente. Sus pares se preguntaban si habría algo más que amistad entre el vizconde y ella. Ella no tenía ningún deseo de deshacer los rumores y rogó porque llegaran a los oídos del conde.

—¿Cómo se encuentra su esposo, Lady Somerville? —preguntó el duque, con mirada curiosa.

Era un hombre atractivo, alto y corpulento, de cabello negro y mirada perspicaz, uno de los hombres más inteligentes de su generación. Anthony y él habían sido amigos desde que ambos estudiaban en Eton.

—Mejor de lo que esperaba.

—Oh, hierba mala nunca muere —adujo Elizabeth con los ojos clavados en el tocado de la marquesa de Fontenay, una aristócrata francesa radicada en Londres desde hacía una década y que era el epítome del buen gusto.

El duque reaccionó ante el tono altanero de su mujer con un levantamiento de cejas.

—Condesa, en esta vida no todo es blanco o negro, hay muchos matices de gris. —La observó, preocupado—. No lo olvide.

—Muchas gracias, milord —respondió Amanda—, lo tendremos en cuenta la próxima vez que vayamos a la modista.

Elizabeth soltó la carcajada.

—Te acaban de poner en tu sitio.

—Eso creo —respondió su esposo, sonriendo.

Aún no había empezado el espectáculo, la charla, los vestidos fastuosos y los perfumes caros dominaban el ambiente. Amanda se daba cuenta de que varias de las miradas, con binóculos o sin ellos, iban dirigidas a ella. No tenía que ser adivina para saber lo que sus pares se estaban preguntando. ¿Qué hacía en la función mientras su esposo, que había llegado convaleciente de su

tour por Europa, se quedaba en casa? ¡Hipócritas!, quiso gritar a los cuatro vientos; eran los mismos que meses antes cuchicheaban a sus espaldas todas las aventuras de su marido y la miraban con lástima. Nunca olvidaría la humillación.

—Amanda, cambia la cara, parece que estuvieras a punto de matar a alguien —comentó Nicholas en voz baja y con el fin de distraerla de sus tortuosos pensamientos.

—Ganas no me faltan.

El cortinado del teatro se abrió y la música empezó a sonar.

—Va a empezar el espectáculo.

—Por fin.

Los días siguientes se vivió una calma tensa en la mansión Somerville. Hasta los sirvientes andaban de puntillas.

El conde se instalaba en la mañana en el estudio, después de realizar con Charles una serie de ejercicios que le habían sido recomendados por uno de los mejores galenos de Londres. Ahí permanecía todo el día en compañía de un secretario al que dictaba cartas y otros documentos, se reunía con administradores e inversionistas, dando cuenta del manejo de sus negocios. Veía poco a su esposa, a quien los compromisos mantenían alejada de la mansión, aunque de vez en cuando se encontraban para cenar y estas cenas estaban plagadas de silencios y mudos reproches. Anthony no se podía quejar del trato que le dispensaba Amanda después de la discusión, era cortés, estaba pendiente de que estuviera bien atendido, que nunca faltaran tabaco en el estudio, que sus mínimas necesidades y caprichos fueran satisfechos, que paseara por el jardín para ejercitar su pierna, pero eso sí, nunca lo acompañaba en ninguno de sus paseos.

Su casa marchaba a la perfección, como máquina bien engrasada respondía al mandato de su esposa, y él, a pesar de haberse criado allí, se sentía como un invitado.

Un criado anunció una visita a inicios de la tarde.

—Viejo amigo, bienvenido a casa —lo saludó el recién llegado, un hombre contemporáneo con él, en cuanto entró al estudio. Si se sorprendió del nuevo aspecto del conde, sus gestos no revelaron nada más que una alegría genuina por volverlo a ver.

Anthony estaba en su escritorio frente a una pila de documentos que necesitaban su supervisión. Alguien había descorrido las cortinas y la luz de la tarde se colaba por los ventanales. Se levantó con el bastón y a paso lento, salió al encuentro de su amigo, dándole un fuerte abrazo.

—Gracias, Derek.

Lord Derek Spencer, futuro marqués de Clevedon, era uno de los mejores amigos de Anthony, amistad que ambos habían “heredado” de sus respectivos padres.

—Siento mucho lo que te pasó, aunque te sienta esa veta de pirata —sonrió, malicioso—. Siempre has vivido al límite.

Anthony sonrió, no tenía idea de qué tanto sabía Derek de lo que había sucedido y prefirió salirse por la tangente.

—Ya estoy en casa —contestó, satisfecho—. Mis días de correrías han acabado, quiero instalarme como un venerable lord, ocupar mi escaño en el Parlamento, cuidar mis tierras y tener algunos hijos.

—Ya era hora —contestó el joven, mirándolo con curiosidad.

Se acercó a la campanilla para solicitar el servicio y un joven sirviente con uniforme impecable entró enseguida en la habitación.

—¿Sí, señor conde?

Anthony se dirigió a su amigo.

—¿Deseas un coñac o algo más fuerte?

—Un brandy mejor.

—A mí un whisky.

Se sentaron en cómodos sillones mientras el joven les preparaba las bebidas, después los dejó solos.

—¿Cómo estás? —inquirió el visitante.

Anthony se percató de la expresión preocupada de su amigo.

—Bien —contestó él, mirando el fondo de su vaso—. Mi esposa me cree un incordio, aún me cuesta caminar, aunque he progresado con algunos ejercicios y ya no creo que mis facciones despierten suspiros en Almack's —señaló el parche—. La vida sigue, el mundo no deja de girar, amigo mío.

—No puedes culpar a Amanda... La pobre mujer ha tenido que soportar las miradas de lástima y los comentarios malintencionados en las fiestas. Tu conducta fue de verdad escandalosa.

Anthony soltó una carcajada carente de alegría y dejó el vaso de licor en la mesa.

—Son cosas que pasan, tendrá que superarlo.

Derek lo observó, sorprendido, pues el comportamiento de su amigo era lejano a su forma de ser.

—¿Tenías que hacer tanto escándalo?

—Lo superé, no la volveré a ver, solo quiero recuperar a mi esposa.

Ahora fue Derek el que se quedó mirando el fondo del vaso.

—Lo entiendo, viejo amigo. Espero que tengas éxito, te será un poco difícil solucionarlo.

En ese momento, entró Amanda al estudio. El marqués se levantó enseguida.

—Derek, qué sorpresa —Se acercó a él con una cálida sonrisa y le extendió las manos.

“Derek”.

—Estás más hermosa que siempre. Créeme, el placer es todo mío —dijo el marqués besando una de sus manos.

—Eres un adulador, deja esos comentarios para la cantidad de debutantes que suspiran cada vez que paseas por Hyde Park. ¿Vas a ir al baile de inicio de la temporada en Almack's?

El hombre la miró con genuino horror.

—¡Ni Dios lo quiera! Me encontraría casado antes de terminar la estación.

Amanda no se sorprendió al oírlo. Se echó a reír.

—Vamos, Derek, te creía de los valientes.

A los oídos de Amanda había llegado la historia del marqués, que se había ido a la guerra comprometido con Lady Sophia Eddington y al volver la encontró casada con su hermano menor. Había sido un matrimonio por amor, luego Derek estuvo de viaje un par de años y mantenía un trato distante con la pareja.

—En esto no, lady Somerville, soy un escéptico de las relaciones.

Ella soltó un suspiro.

—Como gran parte de nosotros —adujo, mirando a Anthony de reojo.

Observó que aunque Derek era un hombre guapo, apenas un poco más bajo que su marido y de interesante mirada café, no le hacía ninguna sombra a este, aun con el parche. Las dos semanas transcurridas desde su vuelta, le había huido como a la peste, se percataba de los intentos que él hacía para saltar el enorme abismo que los separaba y ella, tenía que reconocerlo, no había sentido ni un ápice de piedad. Se decía que estaba en todo su derecho, por más que la infidelidad de su esposo le había quitado la venda sobre su

matrimonio, estaban unidos de manera inexorable, lo del divorcio lo había dicho en un arranque de rabia, pero no lo contemplaba, en cambio una separación, sí. Él podría irse a vivir a la casa en el campo, o a la mansión de Bath, podrían pasear por sus propiedades sin encontrarse en todo un año, negociar a qué compromiso asistiría cada uno, y lo de los hijos no estaba en su panorama, no podría volver al lecho de Anthony jamás.

Solo le estaba dando tiempo a que se recuperara para abordar el tema, pero había algo que la inquietaba: la mirada de deseo que veía en sus ojos, el gesto sensual que mostraban sus rasgos cuando estaban en el mismo salón. Era algo que la preocupaba, que después del tiempo de ausencia y de lo ocurrido, su esposo aún tuviera el poder de perturbarla, eso ella no se lo podía permitir.

Anthony la miraba de forma sombría, con todos sus sentidos puestos en ella. Pocas situaciones en su vida lo embargaban de inseguridad y confusión, la muerte de su padre y ahora esto, le molestaba que algo se escapara de su señorío. Era consciente de que aquella sensación de pérdida de control había aparecido desde lo sucedido en París, desde ese momento la situación se había salido de sus manos. Y en la distancia la cosa era manejable, al fin y al cabo no tenía que ver a su esposa día a día. Pero ahora se sentía en el infierno, viendo la esbeltez de su figura, el tono de su piel y la manera en que le sonreía a su amigo. “¡Maldita sea mi estampa!”, caviló.

No pensó que al volver, la sed y el hambre que sentía por su esposa le jugarían esas malas pasadas, se excitaba con su mera presencia como un colegial y eso que ella nunca tenía una sonrisa para él, ni una sola mirada de cariño, ni siquiera como las que le estaba dirigiendo ahora mismo a su amigo, y unos celos negros lo consumieron. Sabía que no tenía derecho, pero ahí estaba ella prodigando a Derek unas sonrisas que eran suyas, solo suyas, estaba siendo posesivo por primera vez en su vida, quería sus caricias para él. No quería que ningún hombre se le acercara, la rozara o tratara de besarla. ¿Por qué lo llamaba por su nombre?

Trató de respirar profundamente para calmarse. Estaba cansado del desdén de su mujer, no estaba acostumbrado al rechazo. Todavía le dolía que le hubiera sugerido el divorcio, qué idea tan absurda.

Esa tarde estaba muy hermosa, la apreció como siempre que la tenía frente a él, vestía un traje color lila bordado de flores negras que resaltaba el color de sus ojos.

—¿Te sientes bien, milord? —preguntó ella, preocupada, al mirarlo de

soslayo.

“No, no estoy bien”, quiso contestar, “quiero que me sonrías, quiero que me hables, quiero que me toques”.

—Sí, estoy bien —contestó, seco, mirando a su amigo de forma oscura.

Derek, dándose cuenta de lo que pasaba por la mente de Anthony, le devolvió una sonrisa maliciosa.

—Voy a una reunión con el comité de viudas y huérfanos, estaré aquí para la cena —informó Amanda—. Está noche vendrán los duques de Lakewood, tú también estás invitado, Derek.

—Siento no poder asistir, milady, tengo un compromiso previo.

—No habrá damas casamenteras —insistió Amanda en tono divertido.

El marqués le devolvió la sonrisa y Anthony deseó romper algo.

—Para una próxima ocasión, entonces, fue un placer volver a verte.

—Milord —se despidió ella, mirándolo de reojo.

Anthony no iba a dejar las cosas así.

—Ven acá un momento, Amanda —ordenó en tono de voz bajo e íntimo.

Ella lo miró, sorprendida, y se acercó a él como si se estuviera acercando a una serpiente cascabel. Derek cruzó los brazos y apoyó una mano en su barbilla, observando el intercambio.

De repente, Anthony sonrió, esa sonrisa cálida y encantadora que la había enamorado, le aferró la mano y le dio un beso en la palma que casi le hace doblar las rodillas. No podía rechazarlo sin ponerse en evidencia ante alguien ajeno a la familia. Se sonrojó y se soltó de su agarre con suavidad.

—Anthony... —murmuró confusa. Era la segunda vez que la tocaba desde su llegada.

“Anthony”, así estaba mejor.

—Te esperaré ansioso, Amanda.

Quiso atraparla en sus brazos, pedirle a Derek que los dejara solos, que los encerrara, hacerle ver a Amanda que su lugar estaba a su lado. ¿Cómo habrían hecho sus antepasados en circunstancias parecidas? Estaba seguro de que no habrían tenido tantas contemplaciones.

Tras ponerse los guantes, Amanda se alejó, dejando una estela de perfume de rosas. Anthony inspiró su aroma y contuvo la respiración para retenerla más tiempo en su nariz.

—Caramba —rio Derek, al percatarse de que miraba a Amanda desaparecer por la puerta como un perro miraría un hueso—. Tienes que

arreglar las cosas con tu mujer o tendrás una apoplejía. —Con un encogimiento de hombros, Anthony volvió a la bebida—. ¿Has probado a hablar con ella? —sugirió, sentándose en la silla frente a él.

Por la mente de Anthony pasó volando el recuerdo de la noche en que lo había intentado. No había vuelto a hablar con ella de algún tema personal. Solo frivolidades que ya lo estaban cansando. Cuando Amanda estaba en casa a la hora del té, o no recibía visitas, se reunía con él en el estudio, habían sido pocas veces, pero las esperaba con ilusión, porque despachaba a las empleadas y lo atendía ella misma. En esos momentos, su mirada hambrienta acusaba cada uno de los gestos de sus manos, la delicadeza con que tomaba la tetera y luego vertía la leche, y su momento favorito: cuando se acercaba a él para entregarle la taza y vislumbraba la piel cremosa de sus pechos. Era el mejor momento del día. Luego le pasaba la bandeja con pasteles y él le preguntaba por algunos conocidos, sobre sus familias, evitando a toda costa el tema de la condesa viuda. No entendía por qué Amanda se había apegado a su madre durante su ausencia. Cuando volvían los silencios y ella se disponía a abandonar la estancia, él intentaba por todos los medios atraerla, hablándole de mil fruslerías con tal de que se quedara. Suspiró, la voz de su amigo lo devolvió a la realidad.

—Conquistala, sedúcela, ¿ya se te olvidó como se hace? —insistió Derek de manera súbita.

—No quiere ni oír hablar del tema, a duras penas me presta atención y solo hablamos del manejo de la casa o de banalidades. Sobre mi salud solo habla con el médico cuando viene y con Charles.

—¿Qué les pregunta exactamente?

—Si duermo bien, si siento dolor, qué instrucciones dejó el médico. —Anthony encogió los hombros con rictus amargo.

—Se preocupa.

—Me imagino que es una formalidad —replicó, con timbre sombrío.

—No, amigo, ella es una buena mujer, está herida y es orgullosa. ¿Has probado a arrastrarte, a humillarte, a pedirle perdón?

Anthony negó con la cabeza.

—He pensado en todo, pero no sé por dónde empezar.

—Pues debes empezar por algún lado, se la ve muy a menudo en compañía de cierto vizconde que lleva a las debutantes de narices, hay rumores.

Anthony tuvo que controlar el aumento de ritmo cardiaco y lo aturdido

que lo dejó la noticia con un levantamiento de cejas y su pose más flemática. Años de esconder emociones evitaron que saltara de la silla al escucharlo.

—¿El vizconde...? —preguntó en tono de voz frío y calmado.

—Plymouth —contestó Derek.

Claro, lo había olvidado. Soltó una risa burlona.

—¿Un hombre calvo y cuarentón al que le gustan los chicos? ¿Qué rumores puede haber?

Derek sonrió y negó con la cabeza.

—Ese vizconde murió hace un año y el título fue asignado por el Rey a un apuesto primo del fallecido, al que tu mujer tomó bajo su protección para introducirlo en sociedad.

Anthony quedó perplejo, se le borró la sonrisa burlona de la cara y el marqués se dedicó los siguientes minutos a alabar al personaje.

“Su protección, una mierda”, pensó, furioso. Lo único que aquel petimetre deseaba seguramente era meterse debajo de las faldas de Amanda, si es que no lo había hecho ya. Imaginarla en brazos de cualquiera le ocasionó una presión en el pecho y aferró el vaso de licor que casi se rompe.

—¿Está enamorado de ella? —preguntó con mirada oscura. Así que él estaba condenado a pasar todo el día en casa como un inútil, mientras un petimetre se paseaba con su mujer por todo Londres. “No lo puedo permitir”. Necesitaba otro trago de licor, mejor dicho, necesitaba toda la jodida botella.

—Eso tendrías que preguntarle al lord en cuestión. —Derek lo miró sin saber cómo iba a tomar lo que le iba a decir—. La condesa ha tenido más de una oportunidad de adornarte la frente, es lo que esperaron muchos cuando empezaron los rumores de tu aventura con esa mujer, pero ya quisieran muchos de nuestros pares que sus esposas se comportaran como ella. Amigo, aunque furiosa, te ha esperado, su reputación es intachable.

—La necesito —susurró, vulnerable.

Derek lo miró, sorprendido.

—Tengo el presentimiento de que has tenido el mal gusto de enamorarte de tu esposa.

Una sonrisa sardónica fue la respuesta.

—El amor es para imbéciles.

CAPÍTULO 5

Esa noche, Anthony llegó caminando solo al salón donde lo esperaban los invitados a la cena, que en ese momento degustaban un aperitivo antes de pasar al comedor. Ayudado de su bastón, sudó frío durante el trayecto, pero quedó satisfecho por el esfuerzo realizado.

A medida que pasaban los días, podía apreciar la mejoría, esperaba reanudar su vida normal en unas semanas, montar a caballo, caminar hasta el club, asistir a algún baile de la temporada con su esposa, caminar por su propios medios, sin bastones de por medio o muletas que lo hacían sentir un inútil. Le costaba el manejo de esos artilugios, no sabía si era porque su equilibrio se había visto alterado al perder el ojo, pero nada de eso importaba esa noche, se sentía bien y su pierna le había respondido. Las conversaciones se interrumpieron y todos lo observaron al entrar.

—Buenas noches, damas, caballeros.

Se acercó a su esposa, que esa noche llevaba un vestido de crepé rojo vino. La cintura ceñida estaba otra vez de moda, pensó Anthony, perplejo, sin quitarle la mirada de encima a la línea de su figura y lo esponjado del vestido. Le pasó el brazo por la espalda y acercó los labios a su oído, ante la mirada curiosa de todos.

—Como siempre, la más hermosa —pronunció en un tono inesperadamente ronco.

Sabía que ella no podría hacer nada sin suscitar comentarios. Decidió aprovecharse de ese detalle. Le hizo una ligera caricia en la cintura y le dio un suave beso en el lóbulo de la oreja. La sintió estremecerse. Sonrió.

—Lady Lakewood, es un placer volverla a ver. —Saludó a la duquesa con un ligero beso en la mano.

Ella le destinó una mirada interrogativa, seguro preguntándose que se traía entre manos.

—El placer es mío, milord —devolvió el saludo con algo de frialdad.

Se acercó al duque, cuya bienvenida fue mucho más cálida que la de su esposa.

—Philip, viejo amigo. —Le estrechó la mano.

—Quería venir antes a saludarte, pero algunos asuntos me lo impidieron, me alegra mucho verte, te has recuperado muy bien.

Amanda se apresuró a presentarle al único hombre de la sala que no conocía. Estaba al otro lado de habitación, diagonal a la chimenea, sostenía una copa de licor en la mano y vestía con elegancia.

—Déjame presentarte al vizconde Plymuth. —Notó un dejo nervioso en la voz de su mujer.

—Lord Somerville, es un placer —saludó el joven, dedicándole una leve reverencia.

No tendría más de veinticinco años, a Anthony le pareció demasiado joven. Una edad peligrosa, le susurró su diablo al oído.

—Es un placer conocerlo, al fin —lo saludó el conde con mano firme y mirada mordaz—. Agradezco la compañía que le brinda a mi esposa mientras termina mi convalecencia.

El joven levantó una ceja como respuesta.

Los siguientes invitados eran los vizcondes Yelverton, una pareja de mediana edad, que eran amigos recientes de Amanda. Los conocía de vista, tenían un par de hijos en Eton. Habló con ellos un rato. Su mirada no perdía de vista a Amanda, que se había alejado tan pronto él fue capturado de nuevo por el duque de Lakewood y envuelto en algunos temas de negocios y política. Se había instalado cerca de la chimenea junto al vizconde Plymuth, la veía sonreír ante los comentarios del joven rubio y en ocasiones usaba su abanico para ocultar las pequeñas carcajadas ante algún comentario de él. La sangre le hervía, pero estaba determinado a no perder la compostura.

Tomaron otra ronda de aperitivos, charlaron de trivialidades, hasta que George se presentó para hacerlos pasar al comedor.

El conde se apresuró a tomar la mano de su esposa, que había vuelto a su lado, y colocarla en su brazo. El contacto lo quemaba a través de la tela de la chaqueta y la camisa, como si sus dedos le imprimieran su forma en la piel. Ella no pudo negarse, ahora se la notaba confusa y tensa, cuando hacía un momento reía de las bromas de su amigo Nicholas. Anthony deseaba adornar la pared del salón con la nariz del tipo a cada sonrisa y mirada de afecto que su esposa le prodigaba.

El comedor era otra de las habitaciones de la casa que su esposa no había tocado, la mesa larga de madera y las sillas finamente talladas, la araña de cristal con su multitud de velas le daban un aspecto majestuoso a la

estancia.

Dejó resbalar la mano por la espalda de Amanda y la puso en su cintura justo sobre la curva de la cadera y le susurró al oído:

—Gracias, todo está perfecto.

¿Qué se traía entre manos Anthony?, pensó Amanda, sobresaltada ante la tercera caricia de su marido esa noche. Ahí, en la mesa del comedor, le estaba acariciando la muñeca con el pulgar de arriba abajo. Era incapaz de levantar la mirada del movimiento del dedo, mientras él comentaba anécdotas de diferentes personajes, como la del ataque de almorranas que sufrió Napoleón durante la batalla de Waterloo y que hizo que descuidase su táctica militar, lo que obró en beneficio de los aliados. Ella apenas le prestaba atención, todos sus sentidos estaban puestos en el roce del dedo sobre su piel, la ligera fricción le había endurecido los pezones y contraído el vientre. Otra vez aquella risa sensual. El sonido la acarició como si su aliento le hubiera rozado la nuca.

No podía retirar la mano sin ponerse en evidencia y Anthony lo sabía. ¡Oh, cuánto lo odiaba! La mortificaba el caudal de sensaciones que le tenían revuelta el alma y le llenaban la mente de imágenes de los dos juntos, sudorosos, envueltos en sábanas de seda. Apenas probó bocado, pero para los demás invitados, la cena fue agradable. Levantó la mirada y se percató de que su esposo tenía la vista puesta en su corpiño y con expresión posesiva, subió la mirada hasta el cuello; ella se llevó una mano nerviosa al lugar y se sonrojó enseguida.

El hombre sonrió, más que satisfecho. Amanda no pudo evitar posar los ojos en su blanca camisa, la corbata negra anudada a la perfección, la barbilla recién afeitada que tenía un tono gris azulado, el parche que incitaría a más de una jovencita a revolotear alrededor de él en cuanto se iniciara la temporada social, la elegante chaqueta de terciopelo negro que no lograba disimular lo corpulento que estaba. Era un aristócrata de la cabeza a los pies, con trazas de filibustero y que causaba una honda impresión en el sexo femenino. Se reprendió por imbécil y se obligó a participar de la conversación, donde se pusieron al día en los últimos chismes y las últimas extravagancias del príncipe regente. Lo escuchó reír de una broma del duque y un escalofrío surcó su piel al recordar como el sonido de esa misma risa le acariciaba la piel.

Para el tercer plato ya estaba más compuesta y participaba de la conversación, le gustaba incluir a todo el mundo, la mirada del único ojo de

su marido iba de ella a Nicholas, como tratando de adivinar qué tipo de relación los unía. Se dedicó a mostrarse más amable con el joven. Notó la tensión en su esposo por la manera en que aferraba la copa de vino.

Rato más tarde, las mujeres se retiraron para que los hombres fumaran y tomaran algo un poco más fuerte. La animadversión de Anthony por Nicholas era evidente.

—Cuénteme, milord. ¿Qué hizo para heredar el título? —le preguntó con toda intención al joven, mientras acariciaba la copa de coñac con el dedo pulgar.

El duque de Lakewood lo miraba con la ceja enarcada y una sonrisa cínica en los labios.

—Nada tan siniestro como lo que usted desea oír —contestó Nicholas, devolviéndole con agilidad la indirecta. Sin duda esa era una de las cosas que habrían llamado la atención de su esposa. Le gustaba rodearse de gente inteligente y vivaz—. Mi primo el vizconde era proclive a enfermar, una pulmonía se lo llevó en el invierno antepasado.

—A rey muerto, rey puesto. —Hizo un brindis con la copa de coñac que degustaba en ese instante—. Le llegó en una buena época de su vida.

—No realmente. No he sido ambicioso. Aunque agradezco a los dioses su regalo, también vivía satisfecho con mi vida como pequeño terrateniente.

—Ya veo.

Siguieron hablando de política, y de algunos conocidos del Parlamento, de las nuevas leyes que habría que aprobar en cuanto se reanudaran las sesiones, de la guerra, de los millares de jóvenes muertos en los campos de batalla, del nuevo orden que imperaría en Europa desde ese momento.

Más tarde se unieron a las señoras. Amanda evitaba mirarlo. Él, como un tonto, envidiaba a las personas que retenían su atención, la manera en que se inclinaba a escucharlos, el movimiento de sus manos. Algo más tarde los deleitó con un pequeño recital de piano.

Anthony observaba los dedos de ella sobre las teclas. Era una excelente ejecutora del instrumento y rememoró el día en que decidió que sería su esposa. Amanda estaba al piano, deleitando a las hermanas Studley en un recital a la hora del té. Él llegó de improviso con un par de amigos. Había ido a visitarla a su casa, su madre le había dicho dónde estaba y se dirigió al lugar. Deseaba verla y presentarla al par de jóvenes que lo acompañaban. En cuanto puso sus pies en el salón, se percató de que era una pieza ejecutada de forma magistral, su fino oído no detectó fallos. Se acercó, queriendo conocer

al dueño de ese talento y entonces su mirada tropezó con la de ella.

Suspiró, volviendo al presente. Recordaba esos mismos dedos sobre su piel. Se revolvió, inquieto, en la silla, menos mal que la chaqueta era larga y ocultaba la evidencia de su deseo.

La ira y los celos lo asaltaron al invitar Amanda a Nicholas a tocar a dúo. Empezaron a ejecutar una alegre pieza de moda. Se percató de que los demás invitados sonreían y llevaban el ritmo con el pie y también se percató de que terminaron la pieza con una estruendosa nota final y luego ambos soltaron la carcajada. Como si recordaran una broma íntima.

Anthony quería matar a alguien. La ira ardía en su pecho como una hoguera, pero hizo un enorme esfuerzo por aplacarla y permaneció en su asiento con la mirada fija en ella. Estaba desconcertado consigo mismo, no era hombre de dejarse llevar por sus emociones, hubiera muerto en el continente de haber permitido que su pasión se hubiera impuesto a la razón. No entendía ese primitivo deseo de separar a Nicholas de un empujón solo porque respiraba el mismo aire que su esposa. Recordó lo que esos sentimientos habían hecho en su padre y se compuso enseguida, no era como él, nunca sería como él, pero tampoco iba a quedar como un tonto delante de sus amigos. Ahora estaba en casa y Amanda tenía que entender que estaba dispuesto a ejercer su papel como amo, como conde y como marido.

Miró hacia el ventanal y, dispuesto a tomar un poco de aire, cojeó hasta el balcón que estaba a un costado de la habitación. El duque estaba allí con su esposa.

La duquesa lo había estado mirando de reojo durante toda la velada y no se le habían escapado las miradas que le lanzaba al vizconde. Se acercó sigilosa a su esposo y movió su abanico para susurrarle, sin levantar suspicacias:

—Creo que el conde desea matar a Nicholas.

Aun así, Anthony la escuchó.

—Yo estaría igual si tú estuvieras haciendo lo mismo —aseveró el duque, llevando un brazo a los hombros descubiertos de su esposa y acariciándola con ternura.

El conde se avergonzó por escuchar una conversación a todas luces íntima, pero no desistió.

—Se lo merece, por todo lo que la ha hecho sufrir —replicó Elizabeth.

—Es una situación lamentable, pero si Somerville tiene buenas intenciones, Amanda debe darle una nueva oportunidad.

—Ella necesita amor y total lealtad, no se conformará con menos.

El duque le regaló a su esposa una mirada tierna.

—Lo sé, mi amor.

—Quiero verla feliz y dudo mucho que Anthony tenga lo que se necesita para hacerlo. —agregó ella, con dulzura, mientras rozaba con los dedos su pierna.

—Espera y verás, querida. El tiempo y una buena charla arreglarán este matrimonio, estoy seguro.

—Yo no lo estaría tanto.

Anthony enfocó su atención en el vaso de whisky que sostenía entre sus manos. Necesitaba calmarse, pero si su esposa seguía sonriéndole a ese imbécil, le sería difícil controlarse.

Todos los invitados se despidieron pasada la medianoche. Amanda iba camino a las escaleras para retirarse a descansar, cuando el conde la interceptó:

—Amanda, necesito hablar contigo —dijo con gesto inescrutable y el único ojo brillándole como carbón encendido.

—Me temo que estoy algo cansada, milord. ¿Podremos dejar la charla para mañana?

Estaba inquieta, había vislumbrado una mirada aterradora en su marido casi toda la noche y no le gustaba. Se sentía expuesta, como si él pudiera mirar dentro de ella. Además, sentía puntadas en la cabeza, dentro de poco tendría jaqueca.

—¡No! —vociferó, mirándola furioso—. Ven enseguida o... ¿prefieres que te visite en la alcoba?

Siguió su camino hacia el estudio, sin esperar que lo siguiera. Amanda bajó los pocos escalones con celeridad. Al entrar ella al estudio, él cerró la puerta.

—¿Una última copa? —le ofreció, yendo al aparador.

—No, gracias, creo que he bebido suficiente por esta noche.

La invitó a sentarse en una de las sillas. Él hizo otro tanto. Estiró la pierna. Amanda notó que le dolía por el gesto crispado en su semblante.

—¿Hace cuánto que te acuestas con él? —preguntó de golpe.

Amanda apenas pudo hablar de la indignación.

—¿Perdón?

Dagas parecían salir de la mirada de Anthony.

—Lo que oíste —insistió—. ¿Hace cuánto que te acuestas con él?

Qué venganza tan perfecta sería esa, pensó Amanda mientras lo miraba de reojo. La rabia lo carcomía. Pero ella no era tan ruin, ni tenía el alcance para decir mentiras, sin embargo, sonrió de medio lado.

—¿De qué te ríes? —volvió él a la carga.

—Duele, ¿verdad?

—Entonces te acuestas con él —reclamó, iracundo—. ¡Como una soberana golfa!

Imaginarla en brazos de otro hombre lo ponía furioso, estaba siendo irracional, no tenía derecho a reclamarle nada, la había repudiado años atrás con su comportamiento. Cuánta impotencia, si al menos pudiera decirle...

—¡Yo no soy como tú! —ripostó ella enseguida— Yo respeto mis votos, aunque no sé aún por qué.

—¡No me provoques, Amanda!

Mientras Anthony pronunciaba esas palabras, la figura de Amanda cobró mayor rigidez, su boca se endureció aún más y a sus bellos ojos asomó una expresión de indomable terquedad.

—No me provoques tú, cínico, desvergonzado, ¿con qué autoridad moral me vienes a exigir fidelidad, cuando tú tienes la moral de un gato en celo?

Anthony se quedó en silencio, mirándola, estaba hermosa pesar de la dureza de su expresión, pero algo era seguro, por la fuerza no la doblegaría. Y si continuaba en esa actitud de energúmeno, lo odiaría más aún. Entonces recordó el consejo de Derek. Sí, no le quedaba otra opción.

—¡Perdóname! —La voz le temblaba. Para su orgullo y arrogancia era difícil el pedir perdón, pero si era el precio que tenía que pagar por lograr algún tipo de acercamiento, rogaría, suplicaría y hasta se pondría de rodillas—. Sé que te fallé, que soy un bastardo y mucho más, pero eres mi esposa y necesito tu perdón, eso se acabó, te lo juro, no volveré a verla...

—¡No te creo!

Anthony cerró los ojos, resignado. No iba a ser tan sencillo. Ella estaba demasiado lastimada, porque le pidiera perdón y reconociera su culpa no la convencería. La rabia y la impotencia por la injusta situación se paseaban por su pecho. Iba a necesitar paciencia y humildad por montones para que ella volviera a tener confianza en él. Recordó lo ocurrido en la reunión y sus buenas intenciones se fueron lejos.

—No quiero volver a ver a Plymouth cerca de ti —susurró con los dientes apretados.

Amanda enrojeció de indignación.

—Yo puedo ver a quien quiera, milord, no soy su prisionera.

—Amanda —susurró suave, chasqueó los dientes y se levantó, no sin algo de esfuerzo—, mi querida esposa... —Se acercó y le tocó el rostro, pensó que le retiraría la mano, sin embargo, se quedó quieta, como si esa caricia hubiera lanzado un conjuro sobre ella. La pierna le dolía muchísimo, pero no le importó—. ¿Quieres que te lo recuerde?

Acercó su rostro al suyo, lleno de expectación. Ella negó con la cabeza. Podía estar herida, tal vez odiarlo, pero en sus ojos había un vestigio de deseo.

—Vamos, Amanda, soy tu marido.

—Yo no te conozco —murmuró, mirándole los labios.

—No te preocupes —ronroneó, sin dejar de tocarle las mejillas con el pulgar—. Volverás a hacerlo. —Podía sentir los latidos del corazón de Amanda en consonancia con los suyos. Se dispuso a hacer lo que había deseado durante toda la noche. Juntó sus labios a los de ella con suavidad, sabiendo que no sería bien recibido, pero era su mujer y haría bien en recordárselo. En cuanto saboreó su boca, la acaparó en un beso apasionado, deseaba que ella claudicara y lo dejara llegar al interior. ¡Era deliciosa! ¡Y tan dulce como recordaba!

La besaba, presa de un hambre y una ansiedad que lo sobresaltó, con un profundo deseo de ella, solo de ella, por la soledad que lo acompañó esos años. Intentaba terminar el beso, pero su aroma, su piel, su tacto y el poder por fin tocarla no lo dejaban alejarse y enseguida empezaba un nuevo beso, mucho más profundo que el anterior. Lo invadió la nostalgia por todo lo que había perdido y el anhelo de cariño, un deseo fuerte de ser acariciado, consolado por todo lo que había tenido que pasar. Necesitaba sentir el bálsamo de sus caricias, ella había sido su luz en la tremenda oscuridad en la que estuvo todo ese tiempo, el recuerdo de todo lo único bueno e inmaculado que una vez había sido suyo, la imagen que lo consolaba en los momentos más duros.

Amanda trataba de alejarse de él.

—Lo recuerdo todo, Amanda —le susurraba, pegado a su boca—, la pasión, ese placer tan caliente, tan salvaje... —La soltó, mirándola con deseo —: No olvides a quien perteneces.

Amanda lo miró, pasmada y con la respiración agitada, levantó la mano con el ánimo de abofetearlo, pero Anthony le aferró la muñeca y le hizo un

gesto de negación.

Ella se soltó con brusquedad y salió corriendo hacia su habitación.

CAPÍTULO 6

Una breve misiva del Ministerio de Relaciones Exteriores lo distrajo de su obsesión por su esposa. Casi no había podido dormir la noche anterior rememorando los breves minutos compartidos con ella. Amanda le había sabido a gloria, a pasión, a flores y estaba desesperado por volverla a sentir. Poco faltó para que irrumpiera en su cuarto como un energúmeno y la hiciera suya de cualquier manera. Recordó que lo había hecho alguna vez en los viejos tiempos y ella lo había recibido, gustosa y se había entregado a él.

La nota le venía como anillo al dedo. Lo que necesitaba era pensar en otras cosas. ¿Qué diablos podría querer su instructor y director de grupo?

—George, dile al sargento Finley que me espere, iré con él. Ofrécele algo para desayunar.

—Como guste, señor conde.

El mayordomo le hizo una venia y salió a cumplir su cometido.

Charles, que había oído el intercambio, preguntó:

—¿Qué querrá ahora el viejo cascarrabias?

—No tengo idea, pero lo que sea, desde ya me niego.

El ayuda de cámara terminó de cepillar la chaqueta y lo ayudó a colocársela, le revisó el nudo de la corbata y por último, le pasó el bastón.

—¿Desea que lo acompañe, señor?

—No, viejo amigo, estaré bien.

Charles, aparte de ayuda de cámara, era su guardaespaldas y tenía formación militar, pero para todas las misiones era solo un criado. Al volver a Inglaterra, Anthony sabía que el hombre hubiera podido volver a su hogar en Cornwall, donde tenía una casa en la que vivía su hermana mayor, pero había decidido quedarse debido a su accidente. Aunque suponía que tampoco la quietud y la calma de la vida en el campo eran lo que su sirviente y amigo necesitaba. Al menos no todavía.

La cita era en la residencia de soltero de Jordan Grey, barón Bedford. La apariencia exterior era de una vieja mansión estilo Tudor reformada, su interior era lujoso, con arañas de cientos de velas, frisos y cornisas, cuadros licenciosos y muebles de colores vivos. De cuando en cuando el barón

celebraba fiestas bárbaras para mantener la reputación viciosa por la que lo conocían. En ese mismo lugar, en los subterráneos, estaban las locaciones del centro de operaciones del grupo que él manejaba desde hacía una década.

Era algo tarde cuando Anthony hizo acto de presencia en el lugar. El mayordomo lo llevó hasta la biblioteca, donde se encontró de frente con Max Daniels, secretario y mano derecha del barón.

—Buenos días, lord Somerville —saludó respetuoso el hombre alto y enjuto de nariz aguileña y pelo entrecano.

La estancia estaba decorada como el resto de la casa, un ambiente recargado de pinturas, libros y muebles en madera tallada de diversos estilos. Anthony sonrió, ese lugar no mostraba la verdadera esencia del hombre que lo había formado y al que consideraba su mentor. Sabía que tenía una casa, a una hora de Londres, que ninguno de sus pares conocía, donde pasaba varios días de la semana cuando no estaba en alguna misión, y donde se dedicaba a la pesca y a la caza.

—Buenos días, Max.

—Por aquí, señor conde. —El hombre le señaló una pared.

Se tomaban todas las medidas de seguridad. Max movió un artilugio cerca de la chimenea y el muro se abrió, mostrando unas escaleras. Anthony entró por la abertura y percibió el momento en que la pared se cerró otra vez tras él. Solo sus buenos reflejos y el conocer el lugar como a la palma de su mano, impidieron que se diera un buen golpe en la crisma al quedar en total oscuridad. Bajó despacio los escalones, ya su pierna se empezaba a resentir, cuando le vino a la mente el rostro de Amanda, su cabello, sus ojos. Anhelaba el paraíso que estaba entre los brazos de su mujer, se lo merecía después de tanto sufrimiento, de tanta sangre derramada.

Los goznes chirriaron al abrirse otra puerta que dio a una sala iluminada, donde dos hombres y una mujer se levantaron para recibir al visitante.

—Anthony, que alegría verte. —Eleonor se levantó con los brazos extendidos y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Hola, Eleonor, ¿te encuentras bien? —Aunque era una mujer hermosa, ese día la veía algo demacrada.

—Siempre tan galante —dijo ella, sonriendo, y tomó asiento de nuevo.

Una imperiosa voz de barítono hizo volver la cabeza de Anthony hacia el escritorio, detrás del cual estaba sentado Jordan Grey, el director de una de las redes de espionaje más efectivas de Europa, con largos tentáculos y cantidad de células en todos los continentes. Grey era un hombre en la

cincuentena, con el pelo entrecano, barba, y ojos negros de mirada profunda, alto y atlético. Era un guerrero en toda la extensión de la palabra, con marcas en su cuerpo que atestiguaban su lealtad a la familia real y a su país. Al ver al conde, lo miró con cinismo.

—Llegas tarde, Somerville.

Anthony estrechó la mano de su preceptor y amigo, sorprendido por la firmeza de su saludo.

—Mil disculpas —contestó, con cierto retintín.

—¡Por Dios, Jordan! El hombre llevaba alejado de su esposa casi tres años. Está recuperando el tiempo perdido —dijo el otro hombre presente.

Alexander Hawkston, duque de Shuterland, era uno de los espías más letales con que contaba la corona. Su actitud despreocupada y pícara desaparecía como por encanto ante cualquier contingencia. Era un luchador nato, con una inteligencia a tono, frío y competente, además de atractivo, alto y de enigmáticos ojos verdes, lo que lo convertía en el objetivo de todas las madres con hijas casaderas que pululaban en salones y eventos durante la temporada social. En ese momento fumaba su pipa sin importar la presencia de Eleonor, que era considerada una más de los suyos, sin los remilgos usuales de las damas.

—Caballeros, por favor, hay una dama presente —replicó Jordan.

Anthony escrudiñó la habitación.

—¿Dónde está Lonsdale? —Se sentó despreocupadamente en un sillón —. ¿Llega tarde también?

Se refería a James Sthepen Maurice Ashton, vizconde Lonsdale, otro de los miembros del grupo.

—A lo mejor se quedó entre las sabanas de la señorita Lavinia —murmuró Alexander, aludiendo a una conocida y llamativa cortesana que había ofrecido sus favores al vizconde meses atrás.

—No estamos en Almack's. No los preparé para que me vengan con chismes de sociedad. Solo falta que empiecen a hablar de bailes, flores y vestidos —gruñó Jordan Grey, que se levantó del escritorio con las manos enlazadas a la espalda, se acercó a la chimenea y observando las llamas, soltó —: Lonsdale lleva desaparecido tres semanas.

—A lo mejor está en su propiedad en Kent —indicó el duque.

Jordan le dirigió una mirada dura. Era obvio que ya había peinado las propiedades de él y las de su familiares cercanos, el vizconde no aparecía por ningún lado, ni siquiera su fiel ayuda de cámara tenía idea de lo ocurrido.

—Si Cedric no tiene idea de dónde se encuentra, el hombre está en problemas. —aseveró Anthony. Rememoró la última vez que vio al vizconde y puso a trabajar su mente de forma frenética por si algo de la conversación sostenida se le había pasado por alto—. La última vez que lo vi fue a las afueras de Lyon, en una fonda, recién había ocurrido mi accidente. No recuerdo nada relevante, solo que nuestra charla duró unos pocos minutos, él iba hacia la costa por un mensaje de los tuyos. No he sabido de él desde entonces. ¿Hay alguna amenaza en concreto? —preguntó.

Jordan Grey tomó asiento de nuevo.

—Uno de nuestros contactos envió un mensaje cifrado hace cinco días, apenas ayer en la tarde se logró develar el contenido de la nota.

—¿Y? —Alexander dejó la pipa en un cenicero de metal.

—El Camaleón está tras nuestro rastro.

El duque de Shuterland se enderezó con expresión sorprendida.

—¡Quiero acabar con ese malnacido! —susurró.

—Nadie sabe quién es, nadie puede darnos una descripción. Además, si tuvo algo que ver con la desaparición de Lonsdale, quiere decir que ya está en el país —informó Jordan.

—Sabemos que hay gente dentro del mismo gobierno y la industria que puede pagar sus honorarios —aseveró Alexander—. Los mismos culpables de la debacle económica sufrida después de la batalla de Waterloo. Son los malditos chacales que ven en la guerra un negocio millonario y que manteniéndonos en conflicto con otros países ven aumentar sus capitales.

—¡Malditos! —gruñó Anthony—. Si esos malnacidos supieran lo que un conflicto bélico hace en el alma de las personas, se lo pensarían dos veces. O quién sabe, a lo mejor les importaría muy poco.

—No me extrañaría que el maldito de Montevilet estuviera detrás de esto ¡Debiste matarlo esa noche, Somerville! —exclamó el duque.

—No sabes cómo lamento no haberlo hecho— contestó el aludido—. Eleonor y yo nos hubiéramos evitado la maldita farsa.

—Recuerden que Montevilet era seguidor de Lemercier —interrumpió Jordan— y que este renunció a su título nobiliario por seguir a Bonaparte, pero nuestros informes dicen que desea el poder para él y está con los que quieren deponer a Luis. Podríamos escribir varios nombres detrás de esta conspiración. Los mismos a los que nos será imposible acusar sin tener pruebas muy sólidas.

—No creo que sean los franceses, tienen problemas más graves que

buscar vengarse de un grupo de hombres. Si Montevilet está detrás de esta nueva conspiración, es por dinero, ha perdido mucho. Igual que Woodgate, ese usurero tenía muchos intereses en Francia, recuerda que lo investigué el año pasado. En cuanto al Camaleón, no tiene identidad, nadie sabe de dónde es, por lo que sabemos, podría ser nuestro vecino. Una vez que hablemos con nuestros informantes, se reducirán los nombres —señaló el conde.

—También pueden aumentar, querido amigo —dijo Alexander, mientras se limpiaba una mota imaginaria de su chaleco de brocado.

—Investigaré a Woodgate más a fondo —aseguró Jordan.

—¿Qué fue lo último que se supo de Lonsdale?— preguntó Eleonor, pálida como un muerto.

—Salió de su casa en la mañana de un lunes hace tres semanas para un paseo por Hyde Park, al parecer iba al encuentro de alguien. Partió solo, sin ningún tipo de escolta. No hay noticias tuyas desde ese día.

—Hay que desplegar agentes —sugirió Anthony—, tratar de desandar sus pasos y descubrir lo que hizo.

—Ya he puesto a otro equipo a trabajar en ello. No quiero que se involucren. Solo quiero que se protejan ustedes y a sus familias.

Anthony palideció de repente al volver a pensar en Amanda. El corazón le martilleaba en el pecho ante la idea de que algo le llegara a ocurrir o cayera en manos de ese malnacido. Conocía la trayectoria del Camaleón como nadie. Y sabía que Jordan esperaba que se ofreciera para capturarlo. Se debatía entre los dos deberes. Su sangre cazadora y guerrera anhelaba salir y darle caza a ese maldito que tanto daño le había hecho al mundo. Pero su mujer también lo necesitaba y lo único que deseaba era cuidarla. Tendría que lidiar con las dos cosas de cualquier forma, no le podía dar la espalda a un amigo.

—Quiero ayudar, Jordan.

—¡No! —fue la respuesta tajante de su jefe.

—¿Por qué?— preguntó, sorprendido por su negativa.

—No estás en condiciones físicas. Te estás recuperando de una herida grave. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte en este momento.

—Puedo hacerlo.

—¿Qué dirá tu esposa, Somerville? —preguntó, mirándolo fijamente.

Anthony acusó el tono usado por Jordan, y se dio cuenta de que su mentor estaba al tanto de sus problemas maritales.

—Un momento... Tú cómo diablos sabes qué pasa...

El hombre se levantó de nuevo y puso ambas manos sobre el escritorio.

—Soy espía y te enseñé todo lo que sé. Aunque no necesito desplegar un equipo para saber que las cosas entre tú y ella no están nada bien.

Anthony se levantó enseguida sin importar cuanto se resintiera su pierna por ese movimiento.

—¡Es mi maldito problema!

—Lo siento mucho, Anthony —dijo Eleonor.

—Vaya, viejo amigo... —añadió Alexander.

—La culpa también es mía —afirmó Eleonor—. Si no hubiera pasado lo que pasó esa noche, nada de esto estaría ocurriendo.

—Fue culpa de todos —sentenció Jordan—. Esa farsa de ustedes como pareja nos dio grandes dividendos, no se podía delatar o echar para atrás la tapadera, que fue auspiciosa en su momento. Pero ya pagaste tu cuota, Somerville. La condesa deberá superarlo.

Eleonor lo miró, consternada.

—Lo hiciste por protegerla a ella, pero claro, aún no lo sabe —dijo.

—Y no puede saberlo. No podemos correr ningún riesgo. A los ojos del mundo ustedes fueron amantes y eso ya se acabó. Tú tendrás que lograr que tu mujer lo acepte y te perdone.

Anthony caminó hasta la biblioteca, dándoles a ellos la espalda.

—Lo sé y no deseo hablar más del tema. Lo importante ahora es Lonsdale, y no la situación de mi matrimonio.

Alexander se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Yo dispongo de tiempo libre para darle caza al maldito.

—Nunca se termina —se lamentó Anthony, incapaz de librarse de la oscuridad que había caído a su alma—. “¿Quién eres, maldito hijo de puta?”, murmuró para sí.

Para él no cabía duda de que quien se había llevado al vizconde era el sicario más letal de todos. Y ese hombre se acercaría a él y a su familia, si es que no lo había hecho ya. Observó a Eleonor y se percató de su mirada compungida, por lo que sabía, su relación con Lonsdale era lejana y no podía culparla, el espía era como un tempano de hielo y reacio a tomar una misión en la que ella estuviera de por medio. No entendía por qué la mujer parecía una mascota apaleada en su silla, no era el primer compañero en peligro.

—Eleonor, ¿qué sucede? —inquirió, al ver que faltaba poco para que soltara el llanto.

—No podemos dejar a Lonsdale en manos de ese tipo —musitó, rehuendo la mirada de sus compañeros y posándola en Jordan.

—Lo entendemos, es un compañero... —insistió Anthony.

—¡No entienden! —Se levantó de forma brusca con los ojos llorosos y con las manos aferradas a su pequeño bolso, les dijo—: Mi hijo necesita a su padre.

La miraron, atónitos.

—¿De qué diablos estás hablando? —bramó Jordan.

—Que mi pequeño Maurice necesita a su padre. No solo tú perdiste algo esa noche, Anthony.

—¡Que me aspen! —susurró Alexander, sentándose de nuevo.

Se hizo un silencio sombrío en la estancia, mientras en su interior, el conde se preguntaba cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que entre ellos existía algo. Ahora entendía muchas cosas. La frialdad con que su amigo de la infancia lo trataba desde que había aceptado la misión. No le harían mucha gracia los rumores que llegaban a sus oídos.

—¿Él sabe de la existencia de ese hijo?

—No —susurró ella.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Alexander.

—En Devon, con mi hermana, su esposo y sus hijos.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Jordan.

—Cinco años.

—¡Dios bendito, Eleonor! —exclamó Alexander—. No le va a sentar muy bien el que se lo hayas ocultado todos estos años.

—Debemos protegerlo, no sabemos qué tanto sabe el Camaleón de la existencia de ese niño —adujo Jordan, preocupado.

—Lonsdale no lo sabe y esa es una ventaja sobre el crío —intervino Anthony.

—Pero puede que ese asesino sí lo sepa.

Anthony siempre había admirado la sangre fría de su amiga, que podía representar cualquier papel a la perfección, desde cortesana hasta dama de alcurnia, hablaba varios idiomas y tenía un temple de acero. Pero la mujer que tenía enfrente en esos momentos lucía aterrorizada.

—Enviaré hombres para el cuidado de tu hijo y de tu familia. Enseguida.

—Bien, ¿y qué hacemos ahora? —Alexander miró a Jordan.

Debatieron en la siguiente hora sobre los pasos a seguir y la cantidad de hombres de los que dispondrían para la protección de sus familias. Se despidieron más tarde.

Con mirada taciturna y paso renco, Anthony cruzó el vestíbulo de su

hogar. Tendría que mejorar a la brava. Haría más ejercicios, necesitaba agilizar su caminar. Se juró a sí mismo que antes de quince días estaría como nuevo. Contrataría gente, antiguos militares entrenados en el oficio de proteger personas. Ni una pulgada de su casa o los alrededores estaría libre de protección. Con gesto mecánico entregó guantes y gabán al mayordomo.

—¿Dónde está la condesa?

—En el jardín, milord.

—Llama a Charles, lo necesito inmediatamente.

CAPÍTULO 7

Lady Somerville no había podido dormir y todo por culpa del demonio que invadía su tranquilidad. Sus besos... los recordaba todos: los del noviazgo, tiernos, suaves y perfectos. Luego de la boda, el fuego fue aumentando y recordaba lo voraces y apasionados que eran. No quería acordarse, no quería sentirse vulnerable otra vez, se había acostumbrado a vivir de esa manera y ahora... Estaba en el filo de la navaja, sabía que si no se quemaba en las brasas, terminaría en la sartén. ¿Dónde estaba su maldito orgullo cuando más lo necesitaba?

Se levantó al amanecer, no demoraría en entrar la joven encargada de la chimenea. Se miró en el espejo con reprobación y lástima. Era tan estúpida. A ese paso, el camino a su cama sería recto y llano. El orgullo era su arma más poderosa, la había sostenido desde que empezó todo. ¿Dónde se había metido el día anterior? Quiso ser promiscua, refregarle las infidelidades, en cambio, bajó la guardia tan pronto él le dijo un par de cosas dulces. Se sentía incapaz de desentenderse de las infidelidades de su marido, a lo mejor en ese momento Anthony se lamentaba de haberse casado con una mujer tan poco mundana y sofisticada.

Se arrebujo de nuevo en la cama, no saldría de allí en todo el día. Se sintió una cobarde. No hacía más que esconderse, escudándose en múltiples quehaceres, salidas y compromisos, ignorando al desconocido que pasaba su día en el estudio. Era una situación insostenible, conocía una buena cantidad de parejas que vivían separadas sin ningún problema, debía hacerlo desistir de tener herederos y todo estaría bien. El título no corría peligro de caer en una persona ruin o incapaz, Marcus, el primo de Anthony, era un buen hombre que vivía en el campo, con hijos adorables. Tendría que convencer a su esposo de que esa era su mejor opción.

Maggie entró con una taza de chocolate un par horas más tarde y se sorprendió de encontrarla ya despierta.

—Buenos días, señora condesa —saludó, formal y dejó el chocolate en la mesita, mientras Amanda se sentaba.

La doncella abrió las cortinas. El cielo estaba azul y eso mejoró su ánimo.

—Buenos días, Maggie. —Sorbió de la taza de chocolate—. Alístate el vestido gris de arreglar el jardín, voy a trabajar un rato con mis rosas.

Sería mucho mejor que quedarse en la cama hasta el día del juicio final. Además, no le daría el gusto a Anthony de que percibiera cuán afectada estaba por su beso.

Tomó un austero desayuno y al preguntar, como era su costumbre, por la salud del conde, se extrañó al enterarse de que había salido a una hora temprana.

Después de contestar una carta a su hermana Anne, en la que le prometía una visita después de la temporada, Amanda se puso un sombrero de ala ancha de paja color amarillo y un delantal blanco encima del sencillo vestido. Su familia vivía en Durham, al norte de Inglaterra y ella los veía una o dos veces al año. Al final del verano o a veces en fechas cercanas a Navidad, enviaba por sus hermanas y se concentraban en Somerville Manor hasta finales de enero. La relación con su madre era cercana, en cambio su padre les destinaba un trato distante, ya que siempre lamentó no tener un hijo varón. Ella cada tanto les enviaba una encomienda a sus hermanas con vestidos, chales y lazos, además de libros, pues sabía lo solitaria y triste que era la vida en su hogar.

Impartió algunas instrucciones sobre el manejo de la casa, le hizo una cura a una de las mucamas, que se había quemado con un leño de la chimenea de su cuarto, y se dirigió a su sitio favorito.

—Buenos días —saludó en tono amable al par de jardineros que la ayudaban a cuidar su jardín de rosas.

Aquel era su lugar feliz, el sitio donde podía refugiarse durante horas. En ese pequeño espacio, Amanda olvidaba todo lo que la entristecía. El olor a tierra húmeda, a rosas y a abono tenía la facultad de devolverle la paz.

Ese día, el olvido parecía imposible. Lo pasado la noche anterior la tenía muerta de miedo. ¿Y si caía nuevamente? Su marido era la única persona capaz de infligirle un daño terrible y con sus acciones terminar de machacar su maltrecho corazón. Debía endurecer su barrera. No podía permitirse otro desliz o volvería a salir lastimada.

—Buenos días, Amanda —la saludó una voz que identificó como la del causante de sus pensamientos.

Se tensó enseguida y luego de varios segundos en que hizo acopio de

fuerza, levantó el ala del sombrero y lo miró con curiosidad. Una sonrisa bailó en sus labios, no le daría el gusto de notar su incomodidad.

—¿Qué haces aquí?

Anthony tenía el ceño fruncido, se apoyaba en su bastón, vestía de manera impecable, chaqueta azul, pañuelo de cuello blanco y unos ajustados pantalones color ante, que envolvían sus musculosas piernas sin una sola arruga. El chaleco, sin ningún tipo de faltriqueras u adornos, era un atuendo sobrio y elegante. Amanda se dijo que no habría más de media docena de caballeros de la nobleza que supieran llevar la ropa tan bien como su marido.

—Creo que solo tengo un área vetada en esta casa —contestó, petulante—, y no por mucho tiempo, espero. Es mi jardín, puedo pasear por él cuando quiera.

Tenía una réplica a su comentario, pero decidió dejarlo correr, los enfrentamientos solo le harían ver que todavía le importaba y no era esa su intención, se ordenó respirar de manera profunda y cambiar de tema.

—¿No es demasiado pronto? —dijo, señalando su pierna y el bastón.

Anthony se decepcionó, deseaba enojarla, que hiciera un comentario mordaz, se veía hermosa disgustada, pero por lo visto su esposa había decidido cambiar de estrategia.

—Debo hacer ejercicio para acelerar la recuperación.

Dio unos cuantos pasos sin ayuda del bastón, dentro de poco sería un objeto inservible. Amanda siguió con su labor como si él no existiera. Se sentó en una de las bancas de piedra que rodeaban el lugar.

—Sigue gustándote la jardinería.

—Sí —contestó ella, agachada, removiendo la tierra con una pala pequeña.

Siguieron en silencio por un rato, en el que Anthony aprovechó para estudiar a su esposa, que al terminar de revolver la tierra, tomó unas pinzas y recortó algunas rosas para colocarlas en un canasto.

Se sintió vacío al ver todo lo precioso que había perdido cuando, tres años atrás, había partido en busca de aventura. Y era algo irrecuperable. Le molestaba que no le permitieran explicarle a Amanda lo sucedido y revelarles su ficticia relación con Eleonor, aunque entendía las razones de Jordan. Y ahora, con el maldito Camaleón rondándolos, la tranquilidad se había esfumado. Le gustara a ella o no, él se convertiría en su sombra, debía protegerla a como diera lugar y sin que lo notara, pues tampoco podría revelarles las razones por las que corrían peligro. Había tenido una charla con

Charles, al que puso al tanto de lo ocurrido y tomó disposiciones advirtiéndole que su esposa no podía enterarse de ellas.

Volvió de sus pensamientos al observar a Amanda secarse el sudor del cuello con un pañuelo que sacó del bolsillo del delantal.

El beso de la noche anterior apenas lo había dejado dormir, se había perdido en esa caricia. ¿Cómo había hecho para conquistarla años atrás? Estaba seguro de que las mismas artimañas de antes no funcionarían con la mujer que ahora tenía enfrente. Había demasiado dolor, demasiados silencios y a la vez la veía arrebatadora e inalcanzable. Recordó la manera en que lo trataba antes de su partida. Las miradas de adoración, el sentirse al lado de ella como un héroe. Ahora... apenas reparaba en él.

Definitivamente, no estaba en el cenit de la autoconfianza en ese momento. ¿Y si le repelía su rostro? ¿Si le fastidiaba estar con un lisiado? Cuánto no daría por volver a ser su héroe y porque lo quisiera ahora como estaba seguro de que lo quiso una vez.

Amanda se levantó de su labor, se sacudió el delantal y se quitó los guantes, que dejó en un canasto de herramientas que uno de los jardineros retiró enseguida.

—¿Vas para el orfanato? —preguntó Anthony. Ahora más que nunca necesitaba saber el itinerario de su mujer.

Ella levantó una ceja y lo miró, sorprendida, no acostumbraba a indagar acerca de sus salidas.

—No, deseo dar un paseo un Hyde Park.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó, expectante.

Trataba de parecer despreocupado, solo él sabía que las manos le sudaban y que corría el riesgo de romper el bastón por la tensión con que lo agarrotaba. Necesitaba tender un lazo, no quería forzarla, no quería que lo rechazara, pero de ahora en adelante no saldría sola con un loco suelto por las calles de Londres.

Ella se tensó enseguida.

—No creo que sea conveniente para tu pierna, milord —contestó. No deseaba que la vieran con él más de lo necesario y un paseo a esa hora del día estaría en boca de sus pares para la hora del té.

—Soy más que capaz de caminar por el parque. —Le regaló una sonrisa—. Vamos, Amanda, es un simple paseo. ¿De qué tienes miedo?

—¿Miedo? —preguntó, extrañada—. Yo no tengo miedo de nada, milord.

—¿Entonces? —volvió a la carga él, llevándose una mano al parche—. ¿Te avergüenzas de mí? ¿Es eso?

Amanda lo miró como si se hubiera vuelto loco. Anthony sabía que estaba apelando al juego sucio de la autocompasión, pero no se arrepentía.

—¡Por Dios! No te hagas la víctima conmigo, recuerda que te conozco. Y las cosas de las que me avergüenzo no tienen nada que ver con tus facciones. —Con la espalda rígida, se volvió y echó a andar por el sendero hacia la casa. Sin mirar atrás, le dijo—: En media hora estaré lista, milord.

Él esbozó una sonrisa lenta y cautivadora. Aunque su mujer se hubiera dado cuenta de su treta, esta había funcionado.

—No te arrepentirás —dijo en tono ronco.

—No digas más, yo ya me estoy arrepintiendo —contestó ella mientras atravesaba la puerta.

Salieron en coche hacia el parque por Rotten Row. A Anthony le hubiera gustado ir en cabriolé, pero la herida sufrida en la pierna no le daría la estabilidad necesaria para el manejo de dicho vehículo. Charles y un cochero los acompañaban, junto al agente que había permanecido en la casa desde sus correrías en el continente.

Se bajaron del coche y a Anthony le subió el nivel de las pulsaciones al colocar Amanda los dedos en su brazo para iniciar una tranquila caminata. El lugar estaba repleto de gente, carruajes, familias con niños, niñeras y jóvenes elegantes paseaban alrededor del Serpentine. Había varios niños persiguiendo patos y un par de ancianas tiraban migajas de pan a los gansos.

El conde observó el lugar y la disposición de los paseantes. No vio nada sospechoso, pero seguía estando nervioso. Aunque lamentaba tener que alterar la rutina de su esposa, tendría que inventar algo para limitar sus salidas de la casa.

—Te noto preocupado. ¿Sucede algo? —indagó Amanda.

—No, en lo absoluto.

Llegaron hasta un pequeño espacio poblado de flores y se sentaron en una de las sillas que rodeaban el jardín, a la vista de todos los paseantes. La gente los miraba con curiosidad, eso era algo que Amanda detestaba y Anthony lo sabía. Había sido parte de las comidillas años atrás y ahora, con su regreso, las cosas volvían a ser igual. Amanda no pudo evitar dirigirle una lenta mirada de resentimiento que él acusó perfectamente. Se la merecía.

—Trata de sonreír, Amanda, todos nos observan —dijo él, mientras observaba risueño uno de sus bucles, que se había soltado del austero peinado y le acariciaba la nuca. Luchó contra la tentación de agacharse y tomarlo con la boca.

—Sé que a ti no te importan las murmuraciones —masculló ella entre dientes, al tiempo que saludaba con la mano a la duquesa de Rothwyn, que la miraba desde lejos sin ningún disimulo—. No has tenido que pasar por todo lo que yo he pasado.

—No vamos a hablar de eso en este momento —dijo, él saludando con un gesto de cabeza a un viejo vizconde—. Vamos, Amanda, relájate, haz una tregua, estás muy tensa.

Bufó, mirándolo burlona.

—Tus estrategias no funcionan conmigo, milord.

—No tengo ninguna estrategia en mente, solo pasar un rato agradable con mi esposa. —Tomó su mano y se la llevó a la boca en un gesto tan rápido que ella no pudo oponerse.

Anthony notó el estremecimiento que la recorrió ante el profundo beso que le implantó en la palma de su mano, así estuviera su piel cubierta con unos guantes de seda.

—Milord —susurró Amanda.

—¿Qué? —ripostó él, en un susurró ronco.

Ella le dirigió una mirada vulnerable.

—¿Puedes soltarme?

—En un momento.

Volteando su mano, le besó el dorso y cada uno de los dedos. Solo entonces la soltó.

Amanda se levantó enseguida y echó a andar. Él la siguió con algo de trabajo, por lo que ella se vio obligada a ralentizar sus pasos. En otro momento se hubiera sentido humillado, pero estaba tan desesperado intentando remendar los hilos sueltos del raído tapiz que era su matrimonio, que el pequeño detalle de que su esposa casi corriera delante de él apenas le importó.

—No entiendo qué pretendes —dijo ella, mientras saludaba con un gesto a las hijas del barón de Meldón. Las chicas, que eran encantadoras, lo miraban de reojo y hacían comentarios entre ellas.

—Eso es evidente, quiero lo que tuvimos tiempo atrás.

Amanda parpadeó con sus grandes ojos de zafiros.

—Imposible, te encargaste de destruirlo.

—Acepto mi culpa, Amanda, y aceptaré cualquier castigo que me impongas —ella lo miró, esperanzada, y él le adivinó las intenciones, porque enseguida agregó—: menos que te alejes de mí.

La mujer agachó los hombros y jugueteó con la correa de su bolso. Era raro que un hombre se disculpara. Observó su rostro atravesado por el parche, se moría por preguntarle los detalles de la pérdida del ojo, pero no quería que tomara su interés por algo más. Tenía que recordarse, minuto a minuto, cuánto lo había odiado en su ausencia, pues su cercanía la hacía vulnerable y no podía permitirse serlo o saldría lastimada otra vez.

Anthony contempló el delicado perfil de su esposa, deseando atravesar sus pensamientos, moldearlos para hacerlos más benévolos. El deliberado formalismo con que lo trataba lo tenía hasta las narices. Soltó un suspiro y aspiró la suave brisa con olor a flores que llegaba hasta ellos. Amanda frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Parece que hubieras visto a lord Guillford caminando desnudo por el Serpentine —dijo él con una sonrisa descarada.

Ella volteó a mirarlo con semblante risueño y le dio un pequeño golpecito en el hombro con su abanico.

—Parece que tendré que convertirme en payaso de circo, aquí delante de todos, si con eso logro otra sonrisa tuya.

—No tienes tu suerte.

—Quiero escucharte decir mi nombre, Amanda, te daría lo que me pidieras.

Ella se puso seria de repente y le dijo:

—No, no me darás lo que quiero, milord.

Volvió a ponerse seria y su atención vagó hacia un grupo de apuestos jinetes que aparecieron por el camino.

—Quiero rectificar, Amanda, vivimos buenos momentos en los pocos meses que estuvimos juntos. No todo fue malo.

“¿Por qué ahora?”, pensó ella, desesperada. ¿Por qué justo ahora que la pena estaba empezando a remitir? No quería recordar lo bueno, porque se derrumbaría, concentrarse en lo malo era lo que la había sostenido. No quería volver a sentir la felicidad que la embargaba cuando estaba entre sus brazos, ni ese apasionamiento, ni la necesidad fiera de él. No quería volver a sentir nada de eso, ya sabía que cuando acababa el dolor era insoportable.

—No, no todo fue malo —contestó, soltando un suspiro.

—Recuerdo la pasión, las risas, Amanda, lo recuerdo todo.

Ella lo miró a los ojos durante tanto tiempo que él se tensó.

—La pasión no es suficiente, milord, nunca es suficiente, y la risa tampoco, esa fue la primera lección aprendida en nuestro matrimonio.

En ese momento se acercó Nicholas, que se había bajado del caballo momentos antes, en compañía de los hijos del vizconde Alchester.

—Buenas tardes.

—¡Nicholas! —lo saludó su sonriente esposa, extendiéndole la mano.

—Lady Somerville. —El vizconde se acercó a ella y rozó sus nudillos con la boca. Entones se volvió a Anthony—. Lord Somerville —dijo, haciendo una breve reverencia.

Anthony estaba furioso, el muy infame se había atrevido a besarla donde él lo hiciera minutos atrás.

—Plymouth —pronunció, conservando la forma, aunque su mirada fiera le mostró al joven que no sería bien recibido. “¡Piérdete!”, le gritaban sus pensamientos.

—Ven, siéntate con nosotros —lo invitó Amanda, inocente del duelo de miradas que se desarrollaba entre los dos caballeros, pues Nicholas tampoco se dejaba intimidar.

—Querida, estoy segura de que tu amigo tiene mejores cosas que hacer que sentarse al lado nuestro, con tantas bellezas alrededor.

—¡Oh, no! Para mí será un placer —retrucó el vizconde, solo por molestarlo.

Anthony no disimuló su desagrado y Amanda se molestó tanto, que con su expresión le indicó al joven que ni se le ocurriera moverse. Ambos notaron la incomodidad de Nicholas. Era obvio quién saldría vencedor de aquel pequeño enfrentamiento.

—Las hijas del barón de Meldón estarán más que encantadas en su compañía —insistió el conde.

El vizconde no podía obviar por más tiempo lo que era evidente y acusando la mirada de mudo reproche de Amanda, se despidió de la pareja. Al verlo alejarse, ella se volvió hacia su esposo.

—¡Has sido un grosero!

—¿Tanto te importa lo que piense ese imberbe?

—Sí —contestó, levantándose—, es mi amigo y no tienes ningún derecho.

—En eso te equivocas querida, tengo todos los derechos, que no los

haya hecho valer es otra cosa.

—Me estoy cansando de este jueguito.

—Pues yo he disfrutado mucho —dijo Anthony con mirada sardónica— al ver las caras de nuestros conocidos, que han dado cuenta de cada una de nuestras reacciones. —Amanda lo miró, mortificada—. Los ingleses y sus murmuraciones —continuó él, jocoso—. En este caso las utilizaré a mi favor. Esta noche seremos el tema de conversación favorito de nuestros pares.

—No me hace gracia.

—A mí no me importa lo que piensen los demás, Amanda —afirmó él, poniéndose serio.

—Lo sé por experiencia, milord —replicó ella enseguida.

—No lo decía por eso. Vamos. —Le ofreció el brazo, que ella tomó de mala gana y la condujo a la salida—. Disculpa si te hice sentir mal, no fue mi intención.

—Supongo que estarás satisfecho de ti mismo, no puedo negarme a pasear contigo y a aceptar tus avances sin que nuestros pares estén chismorreando a la hora del té —reclamó, caminando rápidamente, sin importarle lo que a él le doliera el esfuerzo por mantener su ritmo.

—Ya iba siendo hora de que nuestros conocidos nos vieran juntos, a este matrimonio le falta salir, entre otras cosas.

—Hay cosas que, tras estar encerradas durante mucho tiempo, se desvanecen al entrar en contacto con la claridad.

—En cambio, hay otras que al contacto con la luz y con el cuidado adecuado se vuelven más... deliciosas —concluyó él, mirándole la boca y el inicio de los senos.

Ella se quedó quieta, mirándolo fijamente.

—No sabes lo que me pides, no tienes idea.

Él se quedó mudo ante la expresión de dolor que vio en sus ojos. Había sido un cretino en toda la extensión de la palabra. La entendía, había sufrido y no podía volver a pasar por lo mismo. Había erigido unas defensas tan altas para su corazón, que se desnucaría en el esfuerzo por derribarlas. Pero no le importaba. “Haré que me ames otra vez”, se repitió. “Lo prometo”.

—Vamos, querida.

Amanda entró en la casa y Anthony se dirigió al patio, donde un militar lo esperaba con cuatro hombres que estarían bajo el mando del sargento Finley y de Charles. Conocía a dos de ellos, leales servidores de la orden, Finley le presentó a los otros dos, que gozaban de la confianza de Jordan.

—Logré dar con Wilkins, señor —informó el sargento—. Nos espera esta noche en la taberna El Zorro Contento, en la vía a Charing Cross.

—¡Muy buenas noticias! —exclamó el conde y le explicó sin muchos detalles la desaparición de Lonsdale.

—Caballeros, en los próximos días y hasta que hayamos neutralizado el peligro, ustedes serán los responsables de vigilar la casa y cada paso que dé mi esposa fuera de ella. Aparte de los lacayos que la acompañan, necesito dos personas más, no quiero abrumarla o asustarla, necesito que no se dé cuenta de su presencia. Mientras la condesa esté en la casa, ustedes serán los encargados de vigilar desde fuera. ¿Queda claro?

Los hombres asintieron y Anthony los condujo a los lugares donde iban a estar apostados. Se había olvidado por completo del dolor de la pierna, un ligero calambre se lo recordó.

—No olviden estar pendientes de la servidumbre, cualquier salida a deshoras o visitante extraño, me informan —agregó. No malgastaría más labia sobre cómo debían hacer su trabajo, eran agentes entrenados—. ¿Alguna pregunta? —Los hombres negaron con la cabeza. Se acercó al agente que fungía de lacayo desde hacía más de dos años—. Peter, necesito que hagas los turnos, para que cada noche inspecciones los diferentes puntos de entrada por lo menos tres veces.

Se despidió de los hombres, mientras meditaba sobre la mejor manera de abordar el tema con Amanda, no podría tenerla en total ignorancia.

En la cena de esa noche, mirándolo desde el otro lado de la mesa, donde se servía un delicioso estofado de cordero al vino, Amanda notó que algo preocupaba a su marido. Ya desde el paseo por el parque había percibido la manera en que miraba para todos lados, como si algún peligro se fuera a materializar de repente. En ese momento lo vio como un hombre frío, distante, encerrado tras un muro protector al que nadie tenía acceso. “Como en los viejos tiempos” suspiró, resignada. Recordó que meses antes de su partida había percibido en él un sustrato repleto de matices, de superficie impasible. Debajo de su fría reserva, hervía un enorme caldero, lo sabía por experiencia, su corazón se había quemado al rozarlo. También era mentiroso y patrañero, no debía olvidarlo. Por entablar algún tipo de conversación, le dijo:

—¿Quiénes eran los hombres que estaban en el patio de atrás?

Pudo notar cómo se tensaba bajo la fina chaqueta de color borgoña. Estaba muy elegante esa noche, con su camisa blanca y un impecable nudo de corbata. Era un hombre muy guapo. Con el cabello echado hacia atrás, la mandíbula tensa y la boca apetitosa. A Amanda le vino a la cabeza el recuerdo del beso compartido la noche anterior, acompañado de un repentino anhelo por repetir la experiencia. Se sorprendió de sus pensamientos y las mejillas se le encendieron.

—La ciudad está algo peligrosa, Amanda. —Tomó una copa de vino y con gesto indolente, prosiguió—: Contrataré personal para la seguridad de la casa y la tuya propia.

Amanda frunció el ceño. Esa noche estaba adorable, con un vestido verde esmeralda con un elaborado bordado negro en canutillo, el cabello lo llevaba en un moño suelto y le caía a media espalda. Anthony suspiró.

—¿De qué estás hablando? Con el personal que tenemos es suficiente, me parece que exageras.

Él se limpió la boca con la servilleta.

—Tendrás seguridad cuando salgas.

—Con Tom y Rick es suficiente.

—Haré que otro lacayo te acompañe. —“Y otros dos irán tras de ti sin que te des cuenta”.

—No entiendo. ¿Por qué ahora?

—Con el fin de la guerra hay muchos hombres sin empleo y la inseguridad está en cada esquina. Fíjate lo que le pasó a la vizcondesa Amber.

Amanda recordó el bochornoso incidente, a la pobre mujer la habían asaltado en pleno centro de Londres y ante la mirada impávida de un montón de gente. Su sirviente, un anciano igual que ella, poco pudo hacer por ayudarla.

Al término de la cena, Anthony se levantó de la mesa y se despidió de ella con un ligero beso en el dorso de la mano.

—¿Vas a salir? —contuvo el aliento, sin apartar la mirada de él.

Era la primera vez desde su llegada que salía en la noche, y un ligero malestar al que se negó a darle nombre la invadió de repente.

—Sí, iré a White's —respondió en tono irónico—. Ya es hora de que me ponga al día con mis pares. No me esperes despierta.

—Lo que hagas con tu tiempo libre no es de mi incumbencia.

—¿Detecto algo de celos, querida? —preguntó con ligereza deliberada,

mientras esbozaba una sonrisa lenta y sensual—. Una palabra tuya y me quedaré a compartir la velada. ¿En tu habitación o en la mía?

Amanda lo miró estupefacta y separó la silla de la mesa. Él la miró durante un prolongado instante, pendiente de cada uno de sus gestos. Ella, aún sorprendida por su descarada propuesta, le contestó:

—Puedes seguir soñando.

Él se acercó a ella, se agachó y acercó los labios a su oído:

—Claro que sueño contigo, querida, con tenerte desnuda debajo de mí, que tu pasión esté a tono con la mía, verte caliente y sudorosa, retorciéndote de placer y pidiéndome más. Esos son mis sueños y hasta que vuelvas a mi cama, seguiré tu consejo.

Salió de la habitación, dejando a una ruborizada y agitada Amanda mirando la puerta cerrarse tras de él.

“Londres, una ciudad fastuosa y desalmada, con calles lujosas y miserables”, pensaba el Camaleón mientras iba al encuentro del par de ladronzuelos que siempre contrataba para apoyarlo en sus misiones en esa ciudad. Tenían una capacidad muy similar a la suya para pasar desapercibidos en su entorno. Ellos eran los encargados de seguir a los dos primeros miembros de la lista. Sabían que no debían levantar sospechas. Rememoró la persecución de ese día al tercer nombre de la lista, después de hacerse compinche de uno de los jóvenes sirvientes de sus cuadras, amigo de la cerveza. Este le comentó que el conde estaba recluido por un lesión en la pierna, por eso se había sorprendido cuando el muchachito le envió un mensaje indicándole que Su Señoría saldría ese día a pasear. Siguió el amasijo de coches que se abarrotaban en la entrada del Hyde Park y a prudente distancia observó cómo caminaba por el lugar junto a su esposa. La condesa era una mujer muy hermosa, aunque lucía algo tensa y malhumorada. Aun de lejos, el conde resultaba imponente, a pesar de su cojera y del parche que llevaba en el ojo, que provocaba diversas reacciones de la gente alrededor. Era un hombre peligroso y tenía fija la mirada en su mujer, a la que, según se decía, había traicionado causando un escándalo del que aún se hablaba.

Tendría que acercarse a la mansión. Barajó una serie de probabilidades mientras llegaba a la cita con los secuaces. Había hecho bien en secuestrar a Lonsdale, porque si bien el hombre no soltaba prenda, su dinero era un seguro por si algo se torcía. Y por lo visto, el secuestro había hecho salir a los

ratones de su madriguera, gracias a los cual ya había confirmado los alias de la lista. Ni siquiera tendría que usar a esta gente más, alguien podría irse de la lengua. Era el momento de empezar a actuar.

Anthony se apeó del coche a una cuadra de la taberna. Seguido a corta distancia por Finley, caminó de prisa bajo la fría lluvia y se alegró de entrar en el ambiente cálido y lleno de humo, iluminado por un puñado de velas. Aún cojeaba un poco, pero había desistido esa noche del uso del bastón. La barra que había al frente se veía atestada de hombres mal vestidos que disfrutaban de una pinta de cerveza. Anthony se había deshecho de la corbata y el chaleco, un grueso gabán cubría la fina camisa. La gente quedó en silencio al verlo pasar por entre las mesas donde otro puñado de hombres disfrutaba del calor y la bebida. Su presencia intimidaba.

Una joven de curvas pronunciadas y amplio escote señaló con el dedo pulgar a su espalda. En una mesa del fondo, un hombre de mediana edad, robusto y de largas patillas lo esperaba. Finley, que se había adelantado discretamente, se sentó a un lado de la barra, cerca del lugar donde el conde se sentaría segundos después.

Anthony saludó a su informante, Marcus Thomas, quien a su vez trabajaba para Arthur Davies, uno de los hombres más influyentes del bajo mundo londinense. Dueño de secretos que iban desde la aristocracia hasta una humilde lavandera de los arrabales de la ciudad, comerciaba con todo tipo de información, pues sabía que esta tenía más poder incluso que el dinero o el prestigio. Pocas veces se dejaba ver en público, su empleado más leal era Marcus, que era quien llevaba y traía las indagaciones. Anthony pidió una pinta de cerveza. Entraron en materia enseguida.

—¿Ha habido algún movimiento raro en el puerto? ¿Un hombre haciendo preguntas o varios hombres...? —Por lo que sabían, el Camaleón trabajaba solo, pero no era improbable que utilizara una red de informantes.

—¿Qué tipo de preguntas, lord Somerville?

Anthony se agachó un poco y bajó el tono de voz.

—El hombre que estamos buscando debe estar haciendo preguntas sobre gente de la nobleza, averiguaciones de todo tipo, direcciones, costumbres, mujeres, tenemos la idea de que es francés y prepara un golpe contra estas personas.

Marcus dejó el jarro de cerveza y carraspeó, mientras se rascaba la barba.

—Me caen mal los malditos franceses —dijo. “No eres el único”, pensó Anthony—. Hay rumores de que alguien está pagando información a una banda de ladronzuelos de East End, llevan siguiendo a un par de lores desde hace semanas, pero el que los contrata es escurridizo y ha sido imposible saber quién es. Mi jefe quiere su parte del botín por utilizar a su gente, pero el hombre parece mago.

—Es peligroso, comparado con él, tú y tu jefe son hermanas de la caridad. —aseveró Anthony—. Ese hombre es un asesino, pero necesito saber quién está detrás de lo que quiere hacer el maldito.

A continuación, le pidió los nombres y señas de los miembros de la banda. Jordan les haría labor de inteligencia durante unos días. Anthony quería llevar la búsqueda más allá, cortar de raíz con el problema, sentía una furia ciega de imaginar a Lonsdale torturado o muerto, necesitaba saber quién era la cabeza de todo. Tenía tres sospechosos, entre ellos el maldito francés que lo había metido en ese lío. Tomó un sorbo de cerveza mientras escuchaba lo que el hombre tenía que decir y procuraba retenerlo en su memoria.

—Dile a Arthur que se mantenga al margen, este hombre es un verdadero chacal. Nosotros nos encargaremos.

Marcus tomó un sorbo largo de cerveza y cuando terminó se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Mi jefe puede ser despiadado cuando la situación lo requiere. A él lo único que le interesa es el dinero, no quiere que se le escurra de las garras, pero le hablaré de su advertencia, milord.

—Cualquier otra cosa de la que te enteres o cualquier movimiento, por favor, me envías un mensaje.

Después de la reunión llegó hasta la mansión de Jordan, esa noche varios de sus pares estaban sentados en diferentes mesas de juegos arregladas en un salón de la casa, el humo del tabaco le daba un aspecto turbio y decadente al lugar. En cuanto Jordan lo vio, asintió con la cabeza y continuó con su jugada. El secretario lo condujo por el pasadizo a la oficina secreta, a la que su anfitrión llegó minutos después. Luego de ponerlo en antecedentes sobre la reunión con Thomas, se marchó.

Una vez en casa, como no tenía ganas de acostarse, envió a Charles a dormir y pasó gran parte de la noche repasando la información con que contaban hasta el momento.

CAPÍTULO 8

Amanda despertó y ya antes de abrir los ojos, su olfato detectó el aroma de las rosas. Se incorporó y ahí estaba el ramo, acompañado, como ya se había hecho costumbre, por una nota del puño y letra de su esposo. Alargó la mano y tomó el papel con cierta reserva, pero a la vez ansiosa por conocer su contenido.

No soy bueno para los poemas, querida, pero estas rosas me recordaron el momento en que capturé el tono de tu piel cuando te sonrojaste.

Postdata: No te enojas con tus jardineros, pues quería cortar personalmente las flores y al estar buscando la adecuada, me temo que pisé algo que no debí haber pisado. Los pobres me miraban estupefactos. No sé si por verme en esta labor o por el daño que causé, no quise preguntar.

Mil besos,

Anthony

Al terminar de leer las líneas, ya había una sonrisa en el rostro de Amanda. Se dispuso a arreglarse para el desayuno. Ahora su esposo compartía todas las comidas con ella, se mostraba amable y cariñoso sin presionarla y conseguía hacerla sonreír con pequeños detalles, como ese de despertarla cada mañana con un ramo de rosas acompañado de una nota jocosa.

Amanda sabía que el tiempo se acababa. Ya empezaban a llegar las invitaciones a toda clase de eventos de la temporada social y pronto tendrían que asistir juntos a gran cantidad de compromisos. Aunque temerosa de volver a sufrir otro desengaño, se percataba de que una parte suya estaba disfrutando de la atención que su marido le brindaba. Su corazón era como una flor a la que, tras estar mucho tiempo a la sombra, de pronto le hubieran regalado unos rayos de sol.

Los últimos días, Anthony se había dedicado a cortejar a su esposa de todas las formas posibles. Llevaba un doble propósito: arreglar las cosas con ella y a la vez, que se acostumbrara a su presencia la mayor parte del día.

Sería un tonto si pretendiera ser recibido con los brazos abiertos después de un simple beso, unos poemas mediocres o unas cuantas flores mal cortadas, pero presentía progresos en el sendero escarpado que atravesaba.

Habían transcurrido tres semanas desde su regreso y su recuperación era más que evidente, ya hacía trayectos más largos con ayuda del bastón, que ya sabía que muy pronto podría dejar de usar.

Esa mañana, Amanda se sorprendió cuando, después de desayunar, lo encontró esperándola para acompañarla al refugio de viudas y huérfanos de la guerra.

—Anthony, en serio, no es necesario —insistió cuando ya iban en el coche en dirección al otro extremo de la ciudad.

—Yo no opino lo mismo, querida, deseo ayudar, también fue mi guerra, recuerdo... —Se calló al darse cuenta de lo que iba a revelar.

—Una guerra que te fue indiferente.

Él se tensó enseguida, pero disimuló.

—Que no participara en ella no significa que no me afectara.

Observó por la ventana del coche los transeúntes y los demás vehículos, una manifestación de veteranos les cerró el paso un poco más adelante. Anthony se dijo que era algo irónica la situación, a esos valientes hombres les habían dado reconocimiento y medallas, pero ahora el gobierno les negaba su sustento, mientras que a él, que tenía dinero de sobra, nunca le serían reconocidos sus aportes.

—¿Por qué no respondes las cartas de tu madre? —preguntó Amanda, cambiando deliberadamente de tema.

Él le dirigió una mirada punzante.

—Nunca lo he hecho.

—Ya es hora de que dejes el pasado atrás.

Anthony esbozó una sonrisa que hizo que a ella algo le aleteara en el estómago.

—La tormenta le pide a la brisa que se tranquilice.

—No estoy para bromas, tu madre ha estado delicada de salud, debes hablar con ella. ¿Qué te cuesta prestarle atención?

La manifestación se disolvió y el carruaje siguió su camino.

—Lo mismo que te cuesta a ti prestarme algo de atención. Debes superarlo, Amanda.

—Otro día seguimos con esta conversación, ya llegamos.

El lacayo que acompañaba al cochero en el pescante extendió una pequeña escalera para ayudarlos a bajar. Anthony agradeció el poder salir del coche, el pequeño espacio compartido despertaba sus ansias, ya a punto de ebullición. Era su esposa y necesitaba tocarla, quería desenredar su peinado, que su cabello cayera por su espalda, quería que lo mirara con ojos anhelantes, que lo acariciara mientras él la hacía suya una y otra vez, era como si ella hubiera echado un hechizo sobre él. La voz de Amanda lo sacó de su ensueño.

—Bien, aquí estamos, te presento la casa de la que tanto me oyes hablar.
—Lo miró de reojo, esperando su reacción.

Anthony observó la construcción en piedra con mirada neutra mientras pensaba en un par de refacciones que necesitaba. Al momento, le dijo:

—Te felicito, Amanda, es un bonito lugar.

Su mujer le sonrió con orgullo.

—Por otra sonrisa como esa, alabaré su perfección.

Esta vez ella lo ignoró y echó a andar hacia la entrada. Anthony la siguió inspeccionando todo alrededor. En el jardín que bordeaba el edificio vio la mano de su mujer en forma de rosales de diferentes variedades, muy bien cuidados. No era una construcción hermosa, pero tenía un porte digno. Algunos rostros curiosos se asomaban por las ventanas.

Llegaron a la puerta y antes de que tuvieran tiempo de tocar, una robusta mujer la abrió y mostró sorpresa al ver a Amanda acompañada por el conde.

—Buenos días, Louise, hoy me ha acompañado mi esposo, el conde de Somerville —introdujo Amanda—. Anthony, esta es Louise Gibson, el alma de este lugar.

—Señor conde, señora condesa, bienvenidos —logró articular la mujer e hizo una torpe reverencia.

—Tranquila, Louise. —Amanda la hizo levantarse—. Tu reuma no te permite hacer eso.

La mujer, sonrojada, miraba al conde con evidente curiosidad.

—Es un placer conocerla, señora Gibson —la saludó Anthony.

—El placer es todo mío —sonrió Louise—. Su Excelencia nos honra con su presencia.

—Tenía que conocer el lugar del que tanto se enorgullece mi esposa. —Atrajo a Amanda cariñosamente hacia sí y la sintió tensarse. Siempre aprovechaba cuando estaban con otras personas para al menos poder tocarla.

En ese momento, un hatajo de muchachitos de diferente aspecto y edad

salió al encuentro de la condesa. Se quedaron como estatuas al ver al inmenso hombre con un parche en la cara que la acompañaba.

—Vengan, niños, les presento a mi esposo, el conde de Somerville.

Los pequeños, todavía temerosos por su presencia, lo saludaron a coro. Una delicada niña de cabello rubio y ojos negros se acercó a la condesa y se pegó a su falda, los demás hicieron lo mismo. Amanda sacó unos dulces y galletas del bolso y los repartió entre ellos.

Anthony la miraba, asombrado al ver lo bien que se llevaba con los niños, de forma natural y sin afectación, algo ajeno a las mujeres de su clase, que les huían como a la peste. Sería una magnífica madre, pensó, viéndola departir con el grupo de chicuelos. Un puño estrujó sus sentimientos al comprender que le había negado a su mujer el derecho a la maternidad. Se sentía culpable hasta la médula. A estas alturas y si no hubiera desertado, un par de chiquillos ya andarían pegados a sus faldas. Observó cómo acariciaba con ternura a la niña, le colocaba un bucle rubio detrás de la oreja y la miraba con atención, pendiente de cada una de sus palabras. Una sensación tan antigua como el tiempo lo hizo imaginarla con el vientre hinchado. Quería llenarla de hijos. Deseaba amarrarla a su vida, a su cama, hasta el fin de sus días. Esa sensación de posesión lo asustó y lo alarmó al mismo tiempo.

—Gracias, lady Somerville —contestó la chiquilla, antes de meterse el dulce en la boca.

—¿Cuándo vamos al parque? —inquirió otro niño, rubio y desgarbado, al que le faltaban un par de dientes.

—Mañana iremos, Tom.

—Parece un pirata —dijo Tom, mirando a Anthony sin atisbo de vergüenza.

—Es verdad —corroboró otro.

—¿Cómo perdió el ojo, señor? —inquirió un chiquillo pelirrojo y vivaracho.

Los demás lo observaron mudos y hasta Amanda enrojeció, no se había atrevido a preguntar por ello. Ni siquiera a Charles, porque sabía que no le diría la verdad.

—¡Por fin alguien que me pregunta! —exclamó Anthony, alegre—. ¿Cómo te llamas? —preguntó al chico, mientras le revolvía el cabello.

—Peter, señor.

—Bien, Peter, es una larga historia pero para poder contarla tenemos que estar instalados... —Miraba a ambos lados, como buscando un sitio

apropiado.

—¡Vamos al patio! —se aventuró a hablar otro chiquillo de no más de diez años que había llegado a unirse al grupo. Era moreno, de ojos verdes y tenía una mirada triste.

—¿Y tú cómo te llamas?— le preguntó Anthony, haciéndose cargo de su expresión.

—Damián, señor.

—Vaya, tienes un nombre de origen griego. Significa “aquel que surgió del pueblo”.

La mirada del chiquillo se iluminó y afirmó con la cabeza.

—Sí, señor, mi padre decía lo mismo.

—Estoy seguro que era un hombre que sabía lo que hacía.

El chiquillo esbozó una sonrisa que dejó a todos sorprendidos, incluyendo a Amanda, pues nunca antes lo habían visto hacerlo. El chico se acercó a Anthony y caminó a su lado.

Se acomodaron en el patio para escuchar al conde, Amanda revoloteaba de allá para acá, quería oír la historia, pero no deseaba parecer interesada. Al fin encontró un lugar en la ventana de la cocina, donde él no podría verla, pero ella si escucharía su voz.

—Estaba en Francia, meses antes de que se acabara la guerra, cuando Napoleón estaba exiliado, antes de la firma del tratado de paz en Viena.

—¿Usted era amigo de los franceses? —interrumpió la niña rubia, que lo miró con desaprobación, y continuó—: Ellos mataron a mi padre.

—No, no era amigo de los franceses. Asesoraba a algunos militares y políticos en la firma del tratado de paz.

Amanda resopló, incrédula. “Sí, claro”.

—¿Perdió el ojo en alguna de esas reuniones?

Anthony sonrió, frunció los hombros y negó con la cabeza.

—No, claro que no.

Los chiquillos se quedaron callados.

—¿Qué pasó? —volvió a la carga Damián.

—Estaba en una taberna a la orilla del camino, tomando una cerveza, cuando un grupo de hombres empezó a hablar sobre un soldado inglés al que tenían secuestrado a dos horas de allí. Sabía que podía ser una trampa, pero de todas formas los seguí. No podía dejar a uno de los nuestros en manos de los franceses.

—Y le hicieron daño —concluyó Damián.

—Sí, me esperaron en la curva del camino y me apresaron, eran tres. Me llevaron a una cabaña cercana y trataron de sacarme información.

Amanda estaba más indignada a cada momento que pasaba. Cómo se atrevía... En un dos por tres, con sus engaños y mentiras, los tenía comiendo de su mano.

—Y ahí fue que perdí el ojo.

—Se lo sacaron —concluyó Damián, mirándolo circunspecto y con respeto.

—Algo así —le contestó él, con sonrisa cómplice.

—¿Le dolió mucho?

—Sí, algo.

Los chicos se quedaron en silencio, mirándolo con respeto.

—Bueno, niños —interrumpió Amanda, saliendo del sitio desde donde había escuchado todo—, vayan a jugar.

Los chicos se dispersaron. La señora Gibson salió de la cocina para avisar que la merienda de los niños estaba lista. Amanda miraba a Anthony con el ceño fruncido.

—¿Estás molesta por algo?

—Eres un descarado. ¿Cómo se te ocurre mentirles así a esos pobres niños? No lo tolero. Bastantes pérdidas tienen en sus vidas para que vengas tú a inquietarlos.

Anthony sintió como si ella lo abofeteara. Tuvo que tragar en seco antes de responderle.

—Te aseguro que más se hubieran inquietado si les contaba la verdadera historia. Además, si voy a ayudarte aquí, es mejor que me admiren. —Sonrió y le hizo un guiño.

—Eres un cínico —rezongó Amanda—, pero en eso debo reconocer que llevas razón. La historia que escuché en su momento de boca de la baronesa de Reading no hubiera sido apta para los oídos de estas criaturas. Es tan bochornosa, que ni siquiera fuiste capaz de escribirme para informarme de lo sucedido o al menos de enviarme un mensaje.

—¿Te hubiera importado? ¿Hubieras acudido a mi lado?

Ella lo miró, despectiva.

—Eso no lo sabremos nunca.

Anthony soltó una risa irónica.

—Tienes razón. Pero ahora tienes que contarme cómo fue que perdí el ojo según la versión de una de las lenguas más viperinas de Inglaterra.

Miró interrogativo a su esposa. Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Olvidalo, no me harás repetir algo tan vergonzoso.

—Vamos, no será para tanto. Veamos qué tanto se acercó a la verdad la baronesa.

Amanda todavía dudó antes de decidirse a hablar.

—Dijo que... lo perdiste en un duelo de espadas. Un francés te encontró entre las sábanas de la cama de su esposa y te retó. Qué saliste vivo de milagro, claro, los malditos franceses son letales con ese tipo de arma. —Movió la cabeza, en gesto reprobatorio, al ver que Anthony esbozaba una sonrisa—. Eres increíble. Apuesto a que ni siquiera le puedes ser fiel a tu amante.

La sonrisa de Anthony se desvaneció momentáneamente de su rostro.

—En serio, Amanda. ¿Tú te creíste esa patraña?

—¿Cuál tengo que creerme? ¿La que le acabas de contar a los niños? ¿Cuál es más coherente con tu personalidad? —Lo escrutó con la mirada y él no tuvo más remedio que bajar la cabeza. Ella, rabiosa, se aferró con las manos el vestido. La conversación había revivido de golpe todos sus resentimientos. Se sentía tonta por haber bajado la guardia con tanta ingenuidad en los últimos días—. No quiero estar más tiempo en su compañía, vuelva a la casa, milord, yo regresaré más tarde.

—Ni lo sueñes, juntos llegamos, juntos nos iremos —respondió Anthony con firmeza.

De mala gana, Amanda se alejó en dirección a donde los pequeños terminaban de merendar, él se quedó con el ceño fruncido, evaluando mentalmente lo que acababa de suceder. Era obvio que la conversación se le había escapado de las manos y lo avanzado en los últimos días acaba de sufrir un importante retroceso. Pero aun así había valido la pena. Se había sentido de algún modo liberado al poder contar la verdadera historia. Luego no había podido sostenerla ante ella, pero el hecho de que la hubiera escuchado y que quizás por un momento se hubiese preguntado si sería cierta, lo compensaba de algún modo.

El viaje de vuelta a casa fue en total silencio, solo percibían el trote de los caballos y el ruido de los demás coches. Cuando ya estaban llegando, Anthony no aguantó más y le dijo:

—En algún momento tendrás que enfrentarte a lo nuestro.

Amanda le contestó sin mirarlo.

—¿Enfrentar qué, lo que hiciste o las mentiras que cuentas al respecto?

—Esa respuesta es evasiva. Lo que pasó, pasó. La gente lo contó de mil maneras y lo adornó a su antojo. ¿Qué importa ahora? Debes decidir si estás dispuesta a dejarlo atrás o seguirás reviviéndolo morbosamente cada vez que veas la oportunidad.

Ella se volteó a mirarlo, con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás llamando morbosa? ¿Cómo te atreves?

Él soltó una risa carente de alegría, amarga y despectiva.

—Dices que quieres la verdad, pero pareciera que disfrutas recreándote en los detalles más escabrosos de mi relación con Eleonor. No te interesa saber cómo me lastimé, solo quieres saber cómo fui en la cama con ella, si la engañé con otras, eso es lo que deseas oír, para poder seguir sosteniendo esa muralla que has levantado entre los dos. —Sonrió de nuevo con ironía—. Cuando tu corazón esté dispuesto a dejarme entrar, hablaremos.

Ella lo miró, dolida, y con un atisbo de arrepentimiento en sus ojos, pero enmascaró su reacción en un gesto indiferente.

—Lo importante es que tú lo has superado todo muy bien. Claro, para ti es como cambiar de camisa. A mí no me resulta tan fácil.

—Te volviste una mujer dura.

—Tú me abandonaste —replicó ella.

CAPÍTULO 9

Esa noche ninguno de los dos bajó a cenar. Anthony se encerró en la sala de billar, después de haberse reunido con uno de sus hombres del servicio de inteligencia, al que le había encargado la investigación sobre la vida y milagros del vizconde Plymouth. Se volcó sobre el informe que le entregó el hombre como si estuviera a la caza del peor enemigo de su carrera. El legajo contenía los datos habituales: formación académica, familia, vicios, mujeres, quién, cómo, dónde... Era un hombre medido en cuanto apuestas y mujeres, no despilfarraba —algo raro entre los de su clase, y más si eran recién avenidos—, y su compañía más frecuente era Amanda. Cerró el legajo con rabia, estaba seguro que el maldito estaba enamorado de ella.

Maggie colocó la última horquilla de brillantes en el cabello de Amanda y le arregló un par de rizos para que bajaran de forma descuidada a un lado de la cara. Su vestido de noche rojo vino aumentaba la blancura de su piel. Suspiró, cansada.

—Gracias, Maggie.

—De nada, señora, está usted muy hermosa.

Amanda no lo creía, se veía igual que el día que había vuelto su marido del continente: oscuras ojeras circundaban sus ojos, su cara estaba más delgada y tenía el semblante tenso.

Al quedarse sola, permaneció sentada largo rato, tratando de reunir fuerzas para asistir a la velada de esa noche.

Los vizcondes Carrington la recibieron con afabilidad. Todos los que se decían sus amigos le preguntaban de manera velada por su marido. Ella les respondía que todavía estaba recuperándose en casa, que para el inicio de la temporada social y la apertura de las sesiones del Parlamento, disfrutarían de su compañía. Todo eso lo expresaba con el ceño fruncido y los dientes apretados.

—Estás muy pensativa esta noche. ¿Qué te pasa? Ni siquiera te has reído de la casaca de lord Carrington. —Su amiga Elizabeth le señaló al personaje en cuestión.

—No me había dado cuenta de su llamativo color —contestó Amanda, distraída.

—Pues serás la única, ese verde tan llamativo causa molestias en los ojos de todos.

Amanda observó al hombre en cuestión caminar cerca de ellas, parecía un loro cuando llevaba las manos a la espalda. Escondió su sonrisa detrás de su abanico.

—¿Cómo puede Lucinda permitir que su esposo luzca así?

—El amor es ciego o no le importa. —Elizabeth tomó a Amanda del brazo y la invitó a recorrer el salón, saludando con un gesto de cabeza a los demás invitados—. Me comentaron que diste un romántico paseo por Hyde Park con tu esposo a principios de la semana pasada —dejó caer y la observó, expectante. Amanda sabía que ese paseo traería toda clase de murmuraciones. Miró a su amiga, desolada—. Tienes que hacer algo, Amanda, no puedes seguir así.

—Tienes razón, necesito el divorcio.

Elizabeth soltó una carcajada.

—¿Te volviste loca?

Amanda la miró, dolida.

—Aún no.

—Nunca te lo dará.

—Eso lo veremos.

—Sería poco práctico y además, escandaloso.

—Para escándalos estoy curtida.

—Lo de tu esposo no es ningún escándalo. La mitad de los maridos de la aristocracia les han adornado la frente a sus mujeres y míralas como si nada pasara.

Amanda le dirigió una mirada de indignación. No podía creer lo que escuchaba.

—Eres una hipócrita, si fuera tu marido el que tuviera un devaneo, estoy segura de que le sacarías los ojos, por no hablar de que le arrancarías ciertas partes.

Elizabeth soltó otra carcajada.

—*Touché.*

Se acercaron varios amigos a saludarlas y Amanda pasó la siguiente media hora charlando con varios conocidos. Se acomodaron en las sillas al dar comienzo el recital de piano. Lady Betsy Carrington, la hija menor de los anfitriones, era la encargada de abrir el concierto. La jovencita tenía talento y tocó el instrumento con maestría.

Cuando acabó el recital, Amanda dio otra vuelta por el salón, observó los cuadros al óleo con escenas de la campiña inglesa y de la cacería de zorros, y la profusión de arreglos florales. Hasta que se encontró de nuevo con Elizabeth.

—Amanda, tienes que aprender a vivir con ello. ¿Por qué no hablas con él? Se sinceran y llegan a un acuerdo.

—Ya he pensado en una separación, podríamos turnarnos las casas, no es necesario que nos veamos más que para los compromisos en los que se requiriera la presencia de ambos, falta ver que tan receptivo se muestre Anthony.

—Inténtalo, querida.

—Lo haré.

El conde estaba jugando billar, le informó el mayordomo a Amanda cuando llegó de la reunión, mientras le recibía la capa y los guantes. Envió al hombre a descansar y con semblante tenso, dirigió sus pasos por el largo corredor hasta el salón de juegos. Durante el trayecto, barajó la mejor forma de abordar el tema de la separación.

La puerta estaba entreabierta y por la pequeña apertura observó al desconocido que era su marido. Había mejorado ostensiblemente, apenas cojeaba y Amanda estaba segura de que era a fuerza de pura voluntad. Hombres más débiles aún estarían postrados.

Contempló su cabello, que tenía algo largo. Un mechón invadió su frente al momento de asestar un golpe y a su pesar, deseó estar cerca, acariciarle el mechón y ponerlo en su lugar como tantas veces lo había hecho en el pasado. Notó los fuertes latidos de su corazón, que casi competían con el ruido seco de las bolas de billar al chocar entre sí. La camisa estaba desabotonada, lo que dejaba el inicio de su pecho a la vista y sin querer recordó cuando sus manos jugaban con su vello. Anthony le dio la espalda mientras se acercaba a la pared para colocar el taco en su sitio y coger otro.

Observó su espalda y los hombros sólidos que se destacaban bajo la camisa de algodón. Su cintura estrecha y los glúteos, pequeños y respingones. Era un hombre atractivo.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —le dijo él en tono burlón, dándose la vuelta mientras se llevaba una copa a los labios.

—No deseaba interrumpir el juego. Estaba esperando a que acabaras.

La detalló de arriba abajo con un brillo curioso en los ojos. Le molestaba el tono neutral y educado con que le hablaba, como si fueran simples conocidos en medio del ritual del té.

—Pasa, querida, tú nunca interrumpes.

—Gracias.

—¿Deseas tomar algo, vino, coñac, brandy? —preguntó, mientras miraba su cuello, que pedía a gritos sus besos y caricias.

—Un brandy estará bien.

—Buena elección. Yo mismo estoy tomando un poco.

Mientras lo miraba dirigirse al aparador de las bebidas, Amanda se preguntó qué hacía allí. Su resolución empezaba a flaquear. Este no era el mejor lugar para hablar de lo que deseaba proponerle. Tampoco el momento más adecuado. Se arrepintió de haber ido.

—¿Cómo estuvo tu reunión? —preguntó él con aparente desenfado, cuando le entregó la bebida.

—Bien, agradable.

Bajó la vista y bebió de su copa. Anthony se plantó delante de ella con determinación.

—¿Tú amigo estaba allí?

—¿A qué amigo te refieres? —contestó, beligerante. La rabia que le produjo la pregunta de él era todo lo que necesitaba para reunir el valor suficiente y abordar el tema que la había llevado allí.

—A tu querido Nicholas —contestó él con impaciencia— ¿O es que hay alguien más?

—Tengo muchos amigos —soltó ella y caminó hacia una mesa en donde depositó la copa con la bebida casi intacta—, pero no es de mis amistades de lo que vine a hablarte.

—Habla, querida, te escucho.

—Quiero que nos separemos.

Las palabras resonaron en el salón y rebotaron por las diferentes paredes en medio del silencio, roto solo por las respiraciones de los dos.

—Quieres separarte... —repitió finalmente Anthony.

Amanda se percató de que su marido había contraído la mandíbula y un brillo peculiar brotaba de su único ojo. Estaba furioso.

—¿Qué causas alegarías ante nuestros pares? ¿Adulterio tal vez?

Amanda había pensado muy bien en las causas de la separación, o más bien en la causa, porque se reducía a una sola, pero la presencia de Anthony, su cercanía y su olor la distrajeron.

—Sí, eso es, eso alegaría. No veo otra salida a esta situación. No deseo vivir más contigo.

—¿Sabes lo que te espera? —preguntó él. La pregunta dio de lleno en uno de sus miedos más recónditos, pero para eso estaba el orgullo, se contestó enseguida y siguió en silencio—. Perderías mi dinero.

Ella levantó la barbilla.

—Tengo una asignación.

—Qué suspendería tan pronto abandonarás esta casa.

Lo miró con el ceño fruncido y los ojos brillantes de cólera.

—No me importa, puedo vivir de manera más sencilla. Buscaré un empleo.

Odiaba en lo que su mujer se había convertido, pero más se odiaba a sí mismo por ser el culpable de eso, pensó Anthony, mientras le cerraba el paso, arrinconándola contra la mesa de billar.

—¿Estás segura? —Quiso sonreír al ver sus ojos asustados.

—Sí... —balbuceó ella, más intimidada por su presencia tan cercana que por las posibles retaliaciones que sufriría por su separación. El corazón galopaba en su pecho ante la cercanía intimidante de Anthony, su aura de hombre de mundo, la seriedad de sus gestos.

—A tu padre no le hará mucha gracia. Tus hermanas apenas se presentarán en sociedad la próxima temporada. ¿Deseas negarles el derecho a un pretendiente adecuado?

—No puedo sacrificarme por los demás —replicó, aunque un nudo en su pecho le indicó que su marido llevaba razón. Sus hermanas contaban con ella y sus conexiones para tener una presentación en sociedad. Pero estaba cansada de ser siempre la que tuviera que inmolarse por los demás.

—Todos hacemos sacrificios alguna vez en la vida.

—No te imagino a ti haciendo el primero.

—No apuestes, porque perderías, milady. —Anthony le acarició los brazos de arriba abajo. —Ese vestido te queda muy bien. La línea de tu cuello

es exquisita —murmuró en un tono ronco que le erizó la piel.

—¿Qué haces?

—Que me aburrí, hablar de separaciones y dinero... Lo que por cierto me hizo recordar y créeme recuerdo muchas cosas: cómo saltaban chispas entre nosotros cuando te tenía así de cerca, cómo disfrutabas cuando te tocaba y lo feliz que me hacías cuando por iniciativa propia tú me acariciabas a mí. He echado en falta tus caricias, Amanda y sé que tú también me extrañas, no creo que hayas olvidado cómo era cuando hacíamos el amor. Me enloquecías. ¡Dios! El placer, el fuego, la magia... —La agarró acercándola a su pecho y sus muslos, desesperado por sentirla, por tocarla. ¿Era una locura desearla de esa manera? Anhelaba mucho más, deseaba que lo acariciara mientras la complacía de todas las formas posibles—. Amanda —pronunció su nombre a media voz, casi como un gemido—, te he echado tanto de menos...

—No podemos. —Ella trató de zafarse, pero fue en vano, tenía miedo de que él se diera cuenta de cuán deseosa estaba de un gesto de afecto que atravesara sus muros y su soledad, el precio era muy alto y no deseaba pagarlo—. Sería un error.

—No sería un error, cariño —respondió, mientras la abrazaba de manera que bloqueaba sus brazos con los suyos y acercándose al rostro ruborizado de ella, le susurró—: Necesito saber si eres tan deliciosa como lo recuerdo.

—No me hagas esto, por favor —suplicó Amanda mientras volvía la cabeza.

No quería sentirse humillada, porque su cuerpo le daría a él las armas para subyugarla y no le parecía justo. Recordó la imbécil enamorada que había sido años atrás y todas las palabras cursis que le regalaba en los momentos de pasión, y se sintió más mortificada que nunca. Trató de imaginarlo con su amante o en brazos de otra mujer para levantar una muralla tan alta que nunca pudiera escalarla.

—No es justo, Anthony, no lo es —susurró.

—Nada en esta vida es justo, pero veo que también lo deseas, no pienses, Amanda —rogó, mientras le besaba el lóbulo de la oreja—. No sigas por ese camino —le susurró al oído, al interpretar correctamente la expresión de desolación en su rostro.

—Yo...

—Deseo tanto besarte, pero tú, siempre tan esquiva como un gato salvaje.

Le mordisqueó la barbilla y con pequeños besos le fue recorriendo el

cuello.

—No debes...

—Sí, sí debo... Adoro tu perfume.

Le buscó el nacimiento del hombro y lo mordió con delicadeza mientras le apartaba un mechón de cabello. Amanda intentó contenerse, mostrarse fría a sus requerimientos, pero no pudo, él era su punto débil, el miedo a salir lastimada le impedía aceptar sus disculpas, pero sus caricias... ¡cómo las había extrañado! Se repetía una y otra vez que era una desvergonzada, que a lo mejor el sorbo de brandi se le había subido a la cabeza, hizo un último intento por desasirse de su abrazo, pero ya fuera por deseo, curiosidad, por saber si sentiría la misma pasión de antes o qué sabía ella, al final claudicó a sus intenciones.

—Amanda —gimió él sobre su boca—, tócame, por favor. —Le acarició el cuello, el cabello y la mandíbula con asomo de barba de apenas un día de afeitada. Evitó el parche de su ojo—. Por favor... más... —le rogó de nuevo en un susurro áspero e insistente, con la mirada ardiendo con ese fuego que ella ya conocía.

Amanda se sorprendió por el timbre de ruego en sus palabras y acrecentó las caricias, a sabiendas de que a la mañana siguiente se arrepentiría de su debilidad. Él empezó a besarla con suavidad al principio, pero a medida que la pasión crecía, se intensificaban las caricias y el beso se hacía más profundo. Un beso caliente, húmedo, que la hizo sentir invadida, asaltada. La tomó en brazos y la sentó en la orilla de la mesa de billar.

Quería perderse en él, fue lo último coherente que pudo pensar antes de que irrumpiera la avalancha de sensaciones que recordaba muy bien. Le brindó caricias suaves. Recordó la textura de sus músculos, la dureza y la suavidad de su miembro, se moría por acariciarlo ahí, con manos, boca y lengua, pero no podía llegar a tanto. Él le abrió las piernas y se acomodó entre ellas. Eso despertó en Amanda un profundo anhelo y un calor que se abrió paso por sus entrañas y la hizo gemir de necesidad. Había dejado de tocarlo por lo que él tomó una de sus manos y la llevó a su pecho. Ella le abrió la camisa y observó sorprendida un par de cicatrices que tenía abajo del hombro y sobre un pezón.

—¿Te duelen?

Él respiró de forma entrecortada, sus caricias lo afectaban de igual forma.

—Ya no, a veces siento algo de escozor, pero me he acostumbrado.

“¿Quién eres Anthony? ¿Quién te lastimó así?”, caviló ella, conmovida.

Acarició las heridas con la yema de los dedos y lo miró, interrogante, deseaba escucharlo, pero él la silenció con otro de sus besos letales.

—Dios bendito... Tus manos, qué bien me hacen —susurraba, pegado a su cuello, al tiempo que desataba las cintas del vestido hasta liberar los pechos, que acarició con premura. Alcanzó uno de ellos con sus labios y se llenó la boca con el pezón abultado, lo succionó y ella enloqueció. Lo acariciaba de arriba abajo mientras pegaba su cuerpo al suyo. Con manos ansiosas e impacientes le subió el vestido y las enaguas, le aflojó los calzones y con caricias exigentes se apoderó de sus nalgas, que acarició sin piedad. La obligó a levantar las piernas y a descansar los pies en la orilla, sin dejar de besar sus pezones.

—Anthony, ya basta...

Él no le hizo caso, bajó la cabeza y ella percibió las caricias de su boca entre sus piernas. La tentó con sus labios y con su lengua. La penetraba, la lamía y la olisqueaba. Amanda se abandonó a la sensación de sentir esas caricias una vez más. Gemía y aferraba su cabeza por los cabellos y lo pegaba aún más a ella, le rozó la tira que aferraba el parche y deseó retirarlo, pero no se atrevió. El placer que la invadió fue tan profundo, que se olvidó de todo, del resentimiento, del dolor, de la pena. Solo había espacio para sentir, fue un breve interludio entre las heridas del alma que tapizaban sus días. Él se aferró a sus caderas para profundizar las embestidas de su lengua. Amanda gritó cuando la envolvió la llamarada de placer. Él siguió en su empeño de hacerla disfrutar hasta que los espasmos se calmaron. Con una riada de besos llegó hasta su rostro.

Amanda permanecía con los ojos cerrados. La boca entreabierta, los brazos a lado y lado del cuerpo y las piernas desmadejadas. Estaba adorable y se iba a enloquecer sino la hacía suya con todas las de la ley. Necesitaba enterrarse en ella, ya iba por el broche de su pantalón, cuando una mano lo aferró de repente.

—Detente.

Anthony, excitado como nunca en su vida, no podía creer la palabra que acababa de pronunciar su esposa. Se retiró de ella como si lo quemara y frotó su rostro con las manos para calmarse. Amanda lo miró, aterrada y apesadumbrada por haberse dejado llevar de esa manera.

—Necesito sentirte —rogó él.

—No puedo, Anthony, lo siento.

Se bajó de la mesa mientras se recogía la parte delantera del vestido y trataba de darle un aspecto digno a su apariencia. Para darse fuerzas, recordó el tema de la separación y que no podía darse el lujo de quedar embarazada, pero eso en vez de envalentonarla, la llenó de tristeza por lo que no podía ser.

Anthony se recostó en la esquina de mesa de billar y cruzó los brazos, las manos le temblaban y no quería que ella se percatara.

—Jugaremos según tus reglas. Solo necesito conocerlas. ¿Más cortejo? ¿Más flores? ¿Joyas? ¿Charlas?

Amanda soltó una risa de las de antes y el corazón de Anthony hizo piruetas, ninguna mujer se reía como su esposa. Se quedó mirándola con un deseo espeso que estaba a punto de entrar en ebullición.

—Recuerdo tu risa, en la cama, cuando desayunábamos juntos.

Ella se puso seria de repente.

—Si esto es un cortejo, has empezado muy mal.

—No lo he hecho tan mal en días anteriores, lo de hoy fueron medidas desesperadas, recuerdo lo sensible que eras a lo que te acabo de hacer.

Amanda, negándose a avergonzarse o a dejarse intimidar, le regaló un gesto altivo.

—Esto que ocurrió no te acerca ni un poco a lo que pretendes.

Anthony le regaló su sonrisa más letal, pero el gesto de su ojo era duro.

—Ya lo creo que sí —llevó los dedos a la nariz—. Tu cuerpo me dice otra cosa, querida. —Amanda enrojeció, indignada con ella misma, y en ese momento vio que su marido guardaba una veta de dureza que esgrimía ante cualquier desafío que la vida le deparara—. Tarde o temprano debes hacerte a la idea de que no te dejaré marchar, así que ve pensándolo muy bien, Amanda, lo que acabó de pasar es solo el comienzo de una vida llena de placer que podemos tener tú y yo, si dejas atrás el pasado.

—Lo que yo deseo, tú no puedes dármelo, ni en un millón de años.

La agarró de ambos brazos y con mirada fiera y tono fervoroso, lanzó:

—¿Qué quieres? Dime, por favor, ¿qué es lo que quieres? Y con gusto te lo daré.

Ella solo sonrió y con un gesto le acarició el contorno de la cara.

“Quiero oírte decir que me amas. Que no puedes vivir sin mí. Que no me has sido infiel. Qué todo fue un terrible malentendido. Pero más que nada, quiero creerte cuando esas palabras salgan de tu boca algún día”. Quiso decirle todo eso, en cambio, le regaló una mirada dolorida que golpeó a su marido como si le hubiera dado una bofetada. Caminó hasta la puerta y lo

miró de nuevo.

—Amanda, por favor —suplicó él.

—Buenas noches, milord.

Salió y cerró la puerta tras de sí.

—¡Diablos! —Anthony asió uno de los tacos, lo partió por la mitad y tiró los pedazos contra la pared.

CAPÍTULO 10

El Camaleón desaceleró sus pasos ante el traqueteo de un coche que pasaba por allí. Era más de medianoche y caminaba por Whitehall. Su compinche, un ladronzuelo al que le pagaba buen dinero y que iba unos pasos delante de él, lo miró de forma sombría. Tenía la certeza de que lo perseguían e iba a tender una trampa al que, según conjeturaba, lo hacía. Si eran solo suposiciones suyas, eso estaba por verse. No había invertido años y dinero en esconder su identidad para quedar al descubierto por cualquier agencico del tres al cuarto. Le hizo una seña al ladrón, que entró en un callejón. Él dio quince pasos más y apenas al doblar la esquina se introdujo en un portal del que se había agenciado una llave con anterioridad. Todo lo había preparado horas atrás.

Era noche de luna llena, las calles estaban desiertas. Escuchaba las pisadas algo presurosas del que lo seguía. La tenue luz de las farolas les daba un brillo amarillento a los adoquines de la calle. Pegó su cuerpo a la pared y sintió los pasos más cerca, al constatar la presencia del hombre casi en sus narices, con un movimiento rápido lo atrapó y lo llevó al hueco de una escalera, la poca luz del lugar disolvió el halo de vaho que formaba su aliento mientras pasaba el puñal por su cuerpo hasta llevarlo al cuello de la víctima.

—¿Por qué me sigues?— le preguntó, con la punta de la daga presionando el pulso—. Cuidadito, nada de trampas.

—No sé de qué habla —contestó un hombre joven de mirada suspicaz, que enseguida alzó los brazos.

La ausencia de miedo en su presa corroboró lo que el Camaleón ya sabía. Lanzó un silbido, el ladronzuelo apareció en el lugar y se encargó de la requisa, encontró en los bolsillos una pequeña cartera en la que no había papeles, una bolsa con algo de dinero, una pequeña pistola en la cintura y un cuchillo en el resquicio de una de las botas.

—Llevas días siguiéndome, maldito. —Presionó más el puñal, lo que le hizo una pequeña herida, el hombre sonrió—. ¿Quién te envió?

—Púdrase.

—El que se va a podrir es otro.

Entre los dos hombres llevaron al agente casi a rastras a una casa cercana que estaba abandonada y lo amarraron de los brazos a una viga del techo.

—Ahora sí vas a hablar.

El interrogatorio no duró mucho tiempo, el hombre no soltó prenda y no la soltaría, era agente del Ministerio, los entrenaban bien y no tenía tiempo para llevarlo hasta donde tenía encerrado a Lonsdale. Soltó una carcajada de satisfacción cuando le abrió el cuello en canal, la sangre barbotó al frente y a los lados, manchándole el gabán. Tiró el cuerpo al suelo, fastidiado por el estropicio, sacó un pañuelo, se limpió de cualquier manera y le dijo al compinche:

—Tíralo al río que lo devoren los peces. —Mientras veía al hombre descargar el cuerpo, se le ocurrió algo—: Mejor no, mejor déjalo tirado en cercanías del puerto, quiero que esos malditos sepan lo que le sucede al que intenta darme caza.

—Está bien, señor.

Con pasos calmados, anduvo hasta su alojamiento ubicado en Frith Street, en el corazón del Soho, un lugar repleto de artistas, cantantes y personajes excéntricos, donde pasaba totalmente desapercibido. El Camaleón se hospedaba en una vivienda con apartamentos para solteros. Era una edificación cómoda, los diferentes pisos estaban regentados por la señora Dunroe, mujer discreta y callada, que no tenía que ver con sus salidas y llegadas, y mucho menos con sus ausencias. Había un joven que hacía de lacayo, portero, muchacho de los mandados y valet cuando se necesitara, y un par de empleadas anodinas.

Lo ocurrido esa noche le indicaba que ya estaban tras su pista y que debía apresurar la ejecución del encargo. Sonrió, irónico, y se planteó hacerle una visita a Lonsdale en el lugar donde lo tenía a buen resguardo. Los ratones ya empezaban a salir de su cueva ante el olor del queso, se dijo, recordando lo ocurrido minutos atrás, y el gato estaba más que listo para atraparlos.

Entró a sus habitaciones, deseaba desprenderse del hedor a sangre. Tomó el pañuelo manchado y con gesto apático lo tiró al fuego de la chimenea que en ese momento calentaba el lugar. Observó cómo repiqueteaba la sangre al contacto con las llamas y con ojos brillantes vio desaparecer la tela, algo inventaría para cuando la mucama fuera a recoger el gabán y la camisa manchados, un falso vendaje podría ser suficiente, comentar que había sido herido en una reyerta de taberna y zanjar el tema

enseguida.

Se sirvió un vaso de licor y se sentó frente al fuego. Su próximo objetivo, el conde de Somerville, parecía que ya se hubiera percatado de que algo no estaba bien, pues según los informes recabados esa noche por el par de curiosos a los que les pagaba por detectar cualquier movimiento en la mansión, a lo largo de la tarde habían entrado y salido hombres con formación militar. Como si eso lo fuera a detener.

Anthony caminó hacia los establos de la mansión a un paso más ligero que días atrás. Pasó revisión a los hombres que rodeaban la casa en compañía de Charles, como hacía cada mañana e inquirió por novedades. Por una nota de Jordan, se había enterado de la muerte de uno de los jóvenes agentes de la célula que estaba tras la pista del Camaleón. “¿Quién eres, hijo de perra? Sal de la madriguera en que te escondes, rata”.

Un rato más tarde, el coche rodaba por las calles de la ciudad rumbo al refugio. Para Anthony se habían vuelto importantes esas visitas, y no solo por realizar alguna actividad en común con su mujer. Le preocupaba de verdad la suerte de esos chicos. Había enviado hombres para que custodiaran de lejos el lugar, no deseaba sorpresas mientras Amanda o él se encontraban allí.

Se había aficionado a Damián, el chiquillo de mirada triste. Aún recordaba la mirada de su esposa un día que llegó y él ya estaba en el patio con los niños. Se había quedado pasmada. Hoy les había prometido a todos un paseo a las afueras de la ciudad, pero Amanda no estaba al corriente de ello.

Se apeó del coche sin ayuda. Atrás venía una carreta con la merienda que había ordenado preparar y tres de sus hombres. Le había pedido a la encargada que tuviera a los niños preparados para un paseo por la campiña.

—Buenos días, milord —saludó la mujer al abrirle la puerta. La algarabía en el patio le dijo que los niños ya se habían percatado de su llegada.

—Buenos días, señora Gibson.

La mujer miró alrededor.

—¿La condesa no vino con usted?

—No, la esperaremos.

—Milord, milord —saltó una chiquilla.

—Hola, Emmy, ¿lista para pasar tu día en el campo?

—¡Sí, milord!

Anthony le acarició la cabellera. En ese momento, Peter y Damián se acercaron a él.

—Buenos días, milord —dijeron al unísono.

—Buenos días, chicos, ¿preparados para la pesca?

—Sí, milord.

Damián, aún tímido, se retraía en su presencia, en cambio Peter, Emmy y los demás se pegaban a él. La niña tenía un fuerte acento *cockney*, Amanda le había comentado que su madre trabajaba en Wichitapel como camarera en una taberna, aunque ella y la señora Gibson tenían sospechas de que vendía su cuerpo por las cercanías del puerto, a veces duraba una semana sin aparecer por el lugar. En cambio, Damián parecía provenir de otra clase social, pero carecía de familiares cercanos.

—Señorita Emmy, déjeme decirle que está usted muy hermosa. —La tomó de la mano y le hizo dar la vuelta, ella reía feliz.

Anthony le tendió la mano a Damián. Él niño se quedó observando la mano con el ceño fruncido.

—Vamos —Les hizo una seña a los chicos para que se acercaran a la carreta—. ¿No desean ver lo que traje aparte de las cañas de pescar?

Anthony esperó con la mano extendida hasta que Damián capituló al oír sobre las cañas de pescar. Se veía que estaban recién bañados y con prendas limpias. Se percató de que los zapatos de los chicos estaban algo ajados y que no soportarían la llegada del otoño. Tomó nota de enviar un zapatero para renovarles el calzado a todos. Eran ocho en total, algunos eran huérfanos de padre y madre, como Damián, y otros tenían a sus madres que dormían allí y salían temprano en la mañana a trabajar, pero eran pocos los afortunados. Admiró la labor de su esposa y el alma se le llenó de orgullo.

—¿Qué hay aparte de las cañas de pescar? —preguntó Emmy.

—Pasteles de carne, señorita Emmy, tartaletas de fresa, sidra y budín de manzana con canela, especialidad de la cocinera de mi casa.

En el momento en que salían, tropezó con Amanda que entraba al lugar con el ceño fruncido al ver el coche con el escudo de su esposo, la carreta y media docena de hombres alrededor.

Anthony enarcó una ceja cuando ella lo miró con sorpresa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, algo perpleja, mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba encima de una vieja silla, que Anthony reconoció había pertenecido alguna vez al mobiliario de su casa.

—Querida, vamos de paseo, los chiquillos, tú, yo y la señora Gibson.

La miró con cautela.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó, molesta.

—Quería darte la sorpresa.

Amanda sabía que no podría negarse, y más después del despliegue de preparativos en los que Anthony no había escatimado nada para el divertimento de los niños. Ella quería que los chicos disfrutaran de un día en el campo, pero sin él. Desde lo sucedido en la sala de billar había tratado de rehuirlo por todos los medios sin éxito, su marido era una persona que imponía en cualquier lugar y había invadido todos sus espacios. Disimuló como pudo lo que el recuerdo de lo ocurrido noches atrás le causaba, le costaba navegar en medio de las emociones que la asolaban, porque su resentimiento estaba disminuyendo sin que pudiera evitarlo. Mientras reflexionaba sobre esto, los chicos hacían una fila para salir de manera ordenada de la casa.

—No debiste haberte molestado, yo lo habría organizado.

Su mirada se decantó en la robusta señora Gibson con un gesto que enunciaba a las claras que se sentía traicionada.

—Fue mi idea —contestó Anthony sin más, mostrándole la salida.

Momentos más tarde, se acomodaron cuatro de los chicos y la señora Gibson en la carreta. En el coche iban cuatro chicos más y Amanda. Para su asombro, el conde se instaló en el pescante junto al cochero. No podía creer que su aristocrático marido se trasladara como cualquier sirviente.

Salieron de las abarrotadas calles de Londres en medio de una hermosa mañana primaveral. A la hora, habían dejado atrás el aire sucio y las pestilencias de la ciudad y disfrutaban del saludable aroma a campo, a hierbas y flores.

Llegaron a un precioso bosque con riachuelo incluido. Desde horas atrás, los hombres de Anthony habían explorado el lugar y montaban guardia por los alrededores sin que los chiquillos y Amanda se dieran cuenta de nada. Un par de lacayos acomodaron sendos manteles en el suelo, donde depositaron toda clase de viandas, a los chicos se les iban los ojos ante tanta comida junta. Anthony se llevó a algunos a pescar después de quitarse los zapatos y las medias, mientras Amanda paseaba con las chicas y los más pequeños, recogiendo flores y piedras raras.

No sabía qué pensar sobre esa nueva faceta que su marido le presentaba. Se le hacía un nudo en el estómago ante las risas que le llegaban desde el arroyo y la manera en que Anthony trataba a los niños, como a sus iguales,

nada de condescendencia infantil. El comportamiento de él despertaba anhelos en ella, sueños de bebés, cunas, juguetos de té y soldaditos de plomo en la sala de su casa, mascotas pequeñas y gordas corriendo por ahí. ¿Qué de malo sería tener a su heredero? Se reprendió por débil, no podía ceder, él ahora estaba encaprichado en ella por sus negativas, pero una vez lograra su objetivo, la dejaría de lado a la menor oportunidad para irse detrás de una amante, ya fuera la misma Eleonor o cualquier otra que se le cruzara por delante.

Trató de elevar sus defensas mientras perseguía con Emmy una mariposa de varios colores, pero se percató de que sus murallas estaban algo débiles y que se derrumbarían a la menor provocación. Merendaron alrededor de los manteles, con las manos y sin ceremonias, los chiquillos reían cuando se les escurría la crema de alguna de las tartaletas. Anthony aprovechó para contarles una historia: la llegada de Odiseo a la cueva del terrible cíclope de nombre Polifemo, hijo de Poseidón. Después de ir al arroyo a lavarse la cara y las manos, los chicos esperaban embelesados el final de la historia.

El corazón de Amanda latía con fuerza al observar a su marido descalzo y en mangas de camisa, en un ambiente tan ajeno a él. Para distraerse, le preguntó:

—¿Puedo ofrecerte algo más... —Carraspeó, ante la mirada ardiente de su ojo sobre ella, estaba hecha una tonta—... de comer? —Anthony parecía sorprendido por su espontánea oferta—. ¿Otra tartaleta?

Él se extendió como gato al sol, de medio lado y con la cabeza apoyada en una de sus palmas.

—Me parece bien.

—¿Más mermelada?

La miró de forma rara, como si ella estuviera elaborando la tarea más asombrosa del mundo

—Sí, gracias.

Sintió un nudo en el estómago al pasarle el pedazo de postre en un pequeño plato, y cuando rozó la mano con sus dedos, el contacto le envió una corriente eléctrica por todo el brazo, que llevó sus pensamientos a sitios y escenas no muy santas.

—¿Deseas tomar algo?

—Lo que quieras darme —susurró, mientras la recorría entera con mirada seductora y se detenía en el inicio de sus pechos.

Ella, nerviosa, le pasó un vaso de sidra que dejó al lado de él. Anthony

sonrió, como si adivinara todo lo que pasaba por su cabeza. Bebió un par de sorbos de la bebida y luego se colocó las medias y las botas de nuevo.

Los chiquillos, aburridos de una situación que escapaba a su entendimiento, habían desertado, dejándolos solos. La señora Gibson paseaba con uno de los lacayos por el lugar. Amanda, para distraerse, empezó a recoger el estropicio, pero Anthony la tomó de la mano y le dijo:

—Vamos a pasear.

—Pero y los chicos... —se resistió ella, nerviosa por el contacto.

—No te preocupes por ellos, la señora Gibson y los demás los están cuidando.

Ella lo miró con algo de desconfianza y Anthony sonrió, su mujer era inteligente, tenía razón en mostrar desconfianza, ya que por su mente pasaban todo tipo de pensamientos lujuriosos. Vio cómo ella se levantó y se sacudió el vestido de migajas y gajos de flores que había dejado Emmy en su regazo momentos atrás. Llevó una mano a su moño y con el porte de una reina, caminó al lado de él. Después de varios minutos en silencio, le dijo:

—Gracias, Anthony, ha sido un día muy especial para ellos.

El corazón del conde brincó de emoción por el tono de voz utilizado por Amanda para, ¡por fin!, llamarlo por su nombre.

—¿Y para ti?

—Yo también he disfrutado mucho.

“Quisiera que disfrutaras más”, pensó, acercándose más a ella, que se apartó como un cervatillo asustado. Cuanto más lo rechazaba, más sentía él la necesidad primitiva de imponer sus derechos como marido. Había pasado mucho tiempo, la necesitaba. Una oleada de lujuria lo asaltó al observar la sonrisa en los labios de su esposa.

—Te has tomado muchas molestias, la organización, el gasto...

—Lo importante es que tú y los niños se hayan divertido.

El ambiente era mágico, se oía el trinar de los pájaros, el ruido del agua, las risas cada vez más lejanas de los chicos. El aire olía a flores, lavanda y hierbas. Pero él solo era consciente de la hermosa mujer a su lado, vestida con un sencillo vestido de mañana del color amarillo pálido, del frufrú de su enagua, de su olor a rosas, de los mechones que se le habían soltado sin querer y que acariciaban la nuca más apetitosa que había visto en su vida.

—¡Ha sido maravilloso! ¿Cómo podré agradecértelo?

Las manos de Anthony le rodearon la cintura y sin poderse contener, la arrinconó contra el tronco de un roble.

—Se me ocurren una o dos maneras...

No le dio tiempo para nada y con audacia se apoderó de su boca con una determinación que no consentía ningún tipo de resistencia por parte de ella. Amanda apoyó las manos en el inicio de sus hombros y con el deseo revoloteando en medio de sus piernas, le devolvió el beso con ardor.

—Amanda, Amanda, déjate amar, te lo ruego —decía, perdido entre sus labios.

Ella percibió las manos expertas de su marido que le acariciaban el cuello y los hombros antes de llegar al lugar que anhelaban. Se tensó ante la mano de él en uno de sus senos, pero no fue capaz de decirle nada y lo dejó hacer. Eso era todo lo que Anthony necesitaba para apoderarse de sus pezones ya duros ante sus caricias, le retiró el pañuelo que cubría el escote, introdujo una mano por entre el vestido y la combinación, liberando los pechos, que con manos y boca se dedicó a besar, a reverenciar, a adorar.

Se separó un momento de ella y la miró a los ojos, como pidiéndole el beneplácito para ir más allá. Él, el hombre poderoso que cambiaba vidas a su antojo, estaba perdido y sin saber qué hacer ante la mirada de su mujer. Ella cerró los ojos, lo besó y ese fue todo el permiso que precisó él para empezar a levantarle el vestido y las capas de enaguas con ansiedad, acariciarle las piernas enfundadas en medias de seda hasta medio muslo, tocó las coquetas ligas, ascendió hasta que llegó hasta el amarre de la ropa interior y le acarició el ombligo con el pulgar, luego la cintura hasta que introdujo las manos dentro de los calzones, apoderándose de las nalgas, que acarició a conciencia.

Por su mente nublada de deseo pasó el día que la había saboreado y no había podido terminar de acariciarla como debía y se dio cuenta de que las nalgas de su mujer estaban más llenas y apetitosas que años atrás. Soltó un jadeo profundo cuando sus manos llegaron a su vértice y se deleitaron en su humedad, la tocó con anhelo, se perdió en sus gemidos, su corazón parecía a punto de estallar.

—Anthony, Anthony —susurraba Amanda.

Él se quedó quieto cuando sus manos tocaron el parche del ojo, fue como si un rayo lo atravesara, inmovilizándolo. Ella lo calmó con caricias lentas y suavizó su tono de voz, como si estuviera frente a un animal encabritado.

—Tranquilo, tranquilo. ¿Te molesta?

Él la miró, vulnerable, y con la respiración entrecortada. Amanda lo único que deseó fue llevarlo a su pecho y consolarlo.

—No me molesta, hace tiempo que no —contestó, reanudando sus caricias.

—¿Puedo? —le preguntó, mientras llevaba la mano al borde del parche y con delicadeza lo retiraba.

Anthony dejó de acariciarla. Amanda se preguntó qué tanto lo afectaría su injerencia. Le imploró a Dios poder mostrar una imagen estoica ante el dolor, no físico, sino moral, que Anthony evidenciaba, y que su gesto no fuera reflejar algo que lo lastimara más, pues conociendo su naturaleza, sabía que su vanidad había sido herida con esa pérdida. Con un roce delicado de sus dedos recorrió la cicatriz que tenía donde antes había estado su ojo, y en ese momento quiso gritar de angustia y de rabia por lo que le había sucedido. Así su marido hubiera actuado mal, no merecía lo que le había pasado.

Él la miraba sin perder ninguno de sus gestos. Era orgulloso y sabía que se apartaría de ella si su mirada llegara a mostrar malestar o repudio. Hasta le daría el divorcio. Pero los sentimientos de Amanda estaban lejos del rechazo. Desdeñaba las acciones de su marido, sus infidelidades, el abandono, pero no repudiaba la ausencia de su ojo. Acercó la boca al rostro de él, con el ánimo de darle un beso de consuelo a la cicatriz, cuando la voz de Damián los separó de repente:

—¡Señor conde, señora condesa! —gritó el chiquillo a pocos metros de ellos, el árbol los protegía de su mirada.

—Ya vamos, Damián, espéranos ahí —bramó Anthony, renegando de su suerte.

Amanda, abochornada, se arregló en segundos.

—¿Qué pasa, Damián?

—No encontramos a Emmy.

—¿Qué?

Amanda fue consciente del cambio en su marido, fue algo imperceptible pero palpable. Se tensó de repente y en un par de zancadas llegó hasta donde estaba el pequeño, lo tomó de ambos brazos y le preguntó:

—¿Qué dices, muchacho? Si estaban todos juntos. ¿Cuándo la han visto por última vez?

El chico respiraba con dificultad y Anthony pudo ver el miedo en sus ojos.

—Estábamos jugando a las espadas y ella estaba sentada debajo de un árbol. —El chiquillo bajó la mirada—. Estaba molesta porque no la dejábamos participar.

Anthony le revolvió el cabello, mientras miraba en todas las direcciones.

—¿En qué parte estaban jugando?

—Donde está ese árbol, ese que sobresale de los demás. —Damián señaló hacia el norte.

Anthony lo tomó de la mano, miró a Amanda y con un gesto le indicó que lo siguiera.

—Emmy no mide el peligro —dijo ella—, se internará más en el bosque.

Anthony lanzó un silbido y un par de hombres que andaban por allí aparecieron de repente. Amanda quedó muda al verlo impartir órdenes como si fuera un coronel del ejército. ¿Quién era ese hombre y que había hecho con su marido?

Con una agilidad que ella estaba segura que más adelante le pasaría factura a su pierna, el conde llegó hasta donde estaban los demás. La señora Gibson, que ya se había enterado por los otros chiquillos, daba vueltas por el lugar y la llamaba con vehemencia.

—Buscaré en la quebrada —dijo uno de los lacayos.

Los demás rodearon el perímetro y obedecieron a las órdenes de Anthony.

—James y Charles, vayan hacia la carretera, no quiero que pase un coche y ella esté observando las flores del camino.

—Bien.

—Tony, Marshall, recorran la orilla de la quebrada. Yo iré hasta ese perímetro de árboles. Recuerden que el tiempo no juega a nuestro favor, debe aparecer enseguida. ¡Vamos!

—Yo iré por este camino. —Amanda señaló un sendero, aún atónita ante el despliegue de autoridad de su esposo.

Anthony la miró con fiereza.

—Tú esperarás aquí con uno de mis hombres, por si aparece.

—No pienso quedarme aquí sentada, sin hacer nada— protestó ella, con ánimo beligerante.

—Sé lo que hago, Amanda. Esperarás aquí.

—Déjame ayudarte —insistió ella.

Él no le prestó más atención y le dijo a sus hombres que en cuanto apareciera la niña, dispararan un tiro al aire. Uno de los hombres le pasó una pistola. Le dio un ligero beso en la boca a Amanda, que seguía estupefacta y sin entender por qué hasta un simple lacayo iba armado. “Con uno de mis

hombres”, había dicho él. Posó la vista en el que la custodiaba a ella, era de porte militar, alto y con mirada de halcón. El rompecabezas de su marido era difícil de armar. Demasiadas aristas, demasiadas fichas sueltas que no encajaban.

—¿Hace cuánto conoce a mi esposo, señor...?

—William Thompson, a su servicio, señora condesa. Hace un par de años.

—¿Dónde lo conoció?

—Eso tendrá que preguntárselo a él.

“Qué grosero”, pensó Amanda y le lanzó una gélida mirada a la que el hombre respondió agachando la cabeza.

Anthony se internó aún más en el lugar junto con uno de los vigilantes. Emmy debía estar asustada. Empezó a llamarla. El pulular de la brisa entre los árboles, el aroma del aire y el sonido del arroyo se mezclaban a lo lejos con las voces de los demás que llamaban a la chiquilla sin parar. Faltaba poco para que oscureciera, era perentorio encontrarla mientras hubiera luz. ¿Y si era una trampa de su enemigo y tenía a la chiquilla de rehén? Descartó esa posibilidad no más se le ocurrió. Ese hombre no sería tan estúpido.

Entre ramas de pinos y piedras descubrió un pequeño sendero. Se internó por él y descansó cuando vislumbró unos bucles rubios por entre la vegetación. Ella apareció con el rostro bañado de lágrimas y se pegó a él. Anthony se limitó a abrazarla, la alzó en brazos y aliviado, la llevó con los demás.

Emmy le relató que había empezado a caminar por un sendero al ver que Damián no quería jugar con ella. Al tratar de volver en sus pasos, no encontró el camino, y al sentirse perdida, se sentó a los pies de un árbol y se puso a llorar. Lo único que quería era que Damián la quisiera, que jugara con ella y anhelaba verlo reír como a los demás. Se levantó y trató de volver sobre sus pasos, mientras recordaba por dónde había venido. Creyó que habían pasado horas hasta que oyó que la llamaban. Lloró de alivio al escuchar la voz del conde.

—Ya, pequeña, ya —dijo él, mientras que le limpiaba las lágrimas y le sonaba la nariz con su pañuelo.

La dejó en el suelo un momento y dio un disparo al aire para detener la búsqueda. Minutos después se encontraron con los demás. Amanda la tomó entre sus brazos y la besó repetidas veces.

—Vamos, es hora de volver —ordenó Anthony.

Amanda lo miró por encima del cabello de la chiquilla y le dio las gracias con un gesto. Damián estaba al lado de ella sin quitar la vista de Emmy y no se le separó en ningún momento.

—Quiero que Damián y Emmy se queden con nosotros un tiempo —dijo el conde a su sorprendida esposa antes de subirse al coche.

—No sé, Anthony. No quiero crear favoritismos.

—Los demás chicos encontrarán a sus madres cuando vuelvan a la casa, pero ¿y ellos qué? Damián está solo y a Emmy su madre no le presta atención. Esos niños están solos.

—Tienen a la señora Gibson.

—La pobre mujer apenas puede con el manejo de la casa y los demás, dale un respiro.

Amanda se quedó pensativa un momento y él no pudo evitar recordar lo ocurrido momentos atrás. Lo invadió la prisa por llegar a su hogar y continuar donde lo habían dejado, si es que ella estaba dispuesta. Su expresión era inescrutable, como si el rato pasado a la sombra del árbol no hubiera existido, como si no se hubiera retorcido ante sus besos y caricias, como si no hubiera pronunciado su nombre en medio de una neblina de deseo.

—Está bien —capituló ella—, los llevaremos a casa.

CAPÍTULO 11

Tres días después de lo sucedido, Amanda bajó a desayunar y encontró a Anthony con los chiquillos sentados a la mesa, algo muy raro en los hombres de su clase, que poco se preocupaban por la niñez y dejaban esa labor a sus esposas, quienes, a su vez, la delegaban en la servidumbre y las institutrices. La señora Jacobs había expresado incluso su reprobación, no le parecía adecuado que los niños compartieran el desayuno con los mayores.

Escuchó la conversación con deleite antes de interrumpirlos.

—Sí, princesa Emmy, con gusto partiré la tartaleta en trozos pequeños, pero ¿me haces el favor y te colocas la servilleta en el regazo?

—¿Qué es regazo?

Anthony le señaló la parte superior de las piernas y le colocó la servilleta.

Amanda sonrió, pues Emmy apenas se separaba de su esposo cuando él estaba en casa, incluso lo interrumpía en el estudio, para horror de Damián, que se cuidaba de guardar las distancias. El conde había hablado con George y con la señora Jacobs para explicarles que los chicos tenían total libertad de deambular por la casa y esperaba con ellos el mismo trato que se le daría a un familiar de los condes por parte de la servidumbre. Los sirvientes, acostumbrados a las excentricidades de su señor en el pasado, ni se inmutaron. Emmy había pasado por todos los tratamientos de la aristocracia, de señorita a condesa, de condesa a lady y de lady a princesa. Damián, sentado derecho en su silla, la observaba con impaciencia.

—Damián —repuso Anthony—, irás a la caballeriza conmigo, es hora de que te montes en un caballo.

Le revolvió el cabello y el chico le respondió con una sonrisa, era raro ese gesto por parte de él.

—Yo también voy —interrumpió Emmy con gesto ceñudo.

—Me temó que tendremos otras actividades —intervino Amanda, que les sonrió y todos sintieron como si un rayo de sol hubiera entrado al lugar—. Buenos días a todos —murmuró, satisfecha, y se dirigió al aparador, donde

estaba servido el menú del desayuno, tomó un plato y se sirvió algo de huevos y bollos dulces.

Los tres correspondieron a su saludo. Se sonrojó cuando su mirada se posó en la expresión de su marido. Estaba guapo ese día, con botas de caña alta color negro, pantalón de montar de gamuza color tiza, camisa blanca y chaqueta color índigo. Estaba avergonzada por haber escogido la salida de los cobardes. La noche que llegaron, después de dejar a los niños instalados en la alcoba infantil, se dirigió a su habitación y le echó llave a la puerta. Anthony tocó la puerta en varias ocasiones, pero ella no le contestó.

Si su marido estaba molesto por el desplante, nada en su actitud lo evidenciaba.

—Voy a llevarlos de compras a la calle Bond. Iré con Elizabeth —informó Amanda a Anthony.

Él soltó el pocillo de té sobre el delicado plato de porcelana.

—Llevarás compañía.

—No entiendo esa obsesión tuya por nuestra seguridad. Es como si alguien quisiera hacernos daño —dijo Amanda mientras endulzaba su taza de té y luego, como si recordara algo, agregó—: No me pasó desapercibido lo ocurrido el día del picnic.

Emmy le hacía morisquetas a Damián, cansada de verlo tan serio e indiferente.

—En estos tiempos, nadie tiene la seguridad comprada, Amanda, te ruego colabores en esto.

—Despreocúpate, no pondré reparos —contestó ella, aplicando mermelada de fresas al bollo caliente con un diminuto cuchillo. La saboreó con deleite.

La mirada extasiada de su marido la hizo dejar el bollo en el plato y llevarse una servilleta a la boca. Anthony varió la expresión como si hubiera salido de un largo sueño.

—Ojalá fueras así de dócil con todo, Amanda —señaló en tono de voz ronco.

Ella escondió su sonrojo tras la taza de té. Él dejó la servilleta en la mesa y tomó un último sorbo de su bebida.

—En vista de que me cambiaron los planes, aprovecharé para hacer algunos recados, estaré fuera todo el día.

—Está bien —contestó ella con no muy buena cara.

—¿Otra vez?

—¿Otra vez qué?

—Los celos, querida.

—Estás mal de la cabeza.

—No lo creo. Ya sabes que eso tiene solución, una palabra tuya...

Se levantó, imponente, y la habitación pareció empequeñecerse. Amanda contuvo la respiración ante su recio cuerpo y el donaire con el que manejaba su cuerpo, sin ningún gesto de dolor por el esfuerzo. Esbozó una ligera sonrisa, le revolvió el cabello a Damián y le dio un beso en la mano a Emmy. De ella se despidió con un simple gesto de la cabeza. No quiso ni detenerse en los celos que sintió de la pequeña por el beso de despedida. Era turbador.

Pasaron toda la mañana entrando y saliendo de locales a lo largo de la avenida. Les mandó a hacer ropa y zapatos a los niños, les compró algunos juguetes. Visitó una librería, donde encargó la última novela de su escritora favorita. Cuando le explicó la situación a Elizabeth, esta, con una sonrisa, le aconsejó que tuviera sus propios hijos.

—Deberías ir con nosotros a Dru Lane, hay una obra de teatro que ha recibido buenos comentarios. Iremos con Nicholas, el pobre dice que lo abandonaste, ya hace días no sabe de ti.

—He estado ocupada.

—Anímate. ¿O es que tu marido te impide salir?

—No es eso. —Observó la calle abarrotada de coches y personas y suspiró—: Está bien, dile a Nicholas que esta noche lo acompaño.

Fueron a una pastelería italiana famosa, se sentaron en una de las mesas cercanas a las vitrinas y disfrutaron de diversos postres. Damián y Emmy estaban encantados con las compras y los dulces. Emmy decía que era el mejor día de su vida, que nunca había comido algo así. Amanda se prometió traer a todos los chiquillos del refugio, una tarde cualquiera, para que disfrutaran también del lugar. Por la tarde, se dedicó a darle clases de dicción a Emmy.

Era noche cerrada y su marido seguía sin aparecer. Deseaba invitarlo a ver la obra. Observó la imagen que le devolvía el espejo, era impactante, lucía una de las creaciones más bellas de su salón de modas. El vestido era de

seda color aguamarina, con diminutos canutillos salpicados alrededor de la falda, el escote era moderado y le permitía lucir una gargantilla de brillantes y turquesas. Maggie la había peinado con un moño alto desde el que se desprendía el resto del cabello en forma de bucles. Se había vestido así con la esperanza de convidarlo para hacer su primera aparición juntos en sociedad y después volver a casa y disfrutar de un rato junto a él, una copa en la biblioteca y después... Pero no llegaba. ¿Y si estaba con esa maldita mujer?

Al momento de salir, ya se le había agriado el ánimo y unos celos corrosivos, como no había sentido hacía tiempo, la atormentaban. Pidió el carruaje y junto a la escolta que le había asignado su marido, se dirigió al teatro.

Anthony llegó a casa exhausto después de pasar todo el día por los arrabales de Londres persiguiendo una pista que no lo condujo a nada. El misterio rodeaba al Camaleón como un muro a un convento de clausura. Estaba furioso, no había pistas sobre la muerte del agente, aunque su asesinato tenía firma. El maldito los estaba provocando.

—George, ¿dónde está mi esposa? —preguntó con el ceño fruncido, dispuesto a deshacerse de sus negros pensamientos junto con los guantes y el sombrero.

El mayordomo carraspeó antes de contestar.

—Salió, señor conde.

Levantó una ceja y con el cuerpo en tensión, inquirió:

—¿A dónde?

—Al teatro, señor.

—¿Con quién fue?

Otro carraspeo antes de contestar:

—Con los duques de Lakewood... —Anthony se relajó algo, para luego quedar tieso como estaca cuando el mayordomo, tras una pausa, concluyó— ... y el vizconde Plymouth.

“Maldita sea. Voy a tener que hablar con ese engreído”.

—Que me alisten el baño, ropa de etiqueta y que tengan un coche listo, voy a alcanzar a la condesa en el teatro.

—Enseguida, señor conde.

Subió la escalera con celeridad y cuando sintió el dolor en la pierna, aminoró la marcha.

Cuarenta minutos más tarde, el coche rodaba a toda velocidad por las

calles de Londres.

Al llegar al teatro se sentó en el palco de la familia mientras llegaba el intermedio de la obra. La divisó enseguida, estaba en el palco del duque, que quedaba diagonal al suyo y al lado del imbécil de Nicholas. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no irrumpir de forma brusca, cargársela al hombro y sacarla de allí. Varios de los hombres presentes en el teatro tenían la mirada puesta en ella. La luz se reflejaba en su pelo y le daba aspecto alabastrino a su piel, la mirada risueña tenía un brillo especial, no sabía si por la combinación aguamarina de las joyas y el vestido o el reflejo de la iluminación del teatro. ¡Dios santo! Era la mujer más hermosa de la noche. El vizconde parecía encandilado y él quería encajarle el puño en la mandíbula. Se imaginó infligiéndole varias de las torturas aprendidas durante su largo entrenamiento. Se distrajo de los lúgubres pensamientos y se dedicó a prestarle atención a la obra, que se le antojó floja y superficial.

En el intermedio, se dirigió sin falta al palco en el que estaba su mujer. Saludó con un gesto a un par de dandis conocidos e ignoró a las mayores cotillas de Londres al doblar la esquina. Llegó al lugar.

—Buenas noches, Su Excelencia. —Saludó a la duquesa con una ligera reverencia.

—Lord Somerville —contestó ella con una ceja enarcada y su tono más petulante.

Anthony llevó la mirada a su esposa que, sorprendida, no le quitaba la vista de encima.

—Amanda. —Tomó su mano y la rozó con los labios.

—¿Cómo estás, Anthony? —saludó, fría, los celos no se habían disipado.

Otra vez ese escalofrío en su columna al escucharla pronunciar su nombre.

Se acomodó en el puesto de Nicholas, que había salido con el duque a fumar. “Y que se atreva a levantarme”, pensó, furioso por el frío recibimiento de su esposa, cuando minutos antes era todo sonrisas con Plymouth

—Ese puesto está ocupado —le indicó ella.

—No me pienso mover de aquí —dijo él, en tono cortante—, que me levante tu amigo si se atreve —agregó con los dientes apretados y la mandíbula tensa.

—Oh, sabes que él nunca sería tan grosero.

—Lo defiendes —la acusó.

La miró, furioso, pensando que se había vestido de así para él. Los binoculares de los otros palcos estaban fijos en ellos.

—Compórtate, Anthony, por favor. Todo el mundo nos observa.

Al darse cuenta de que era cierto, forzó una sonrisa y decidió cambiar de táctica. Entabló una animada conversación con la duquesa. A él le importaba muy poco el vizconde, era por Amanda por la que se tomaba todas esas molestias. Con una intensa mirada la subyugó y aprovechó ese momento para decirle con voz seductora:

—Eres la mujer más bella de la noche, Amanda.

Ella desplegó su abanico y con un ligero carraspeo, le respondió:

—Gracias.

Él aprovechó su desconcierto para llevar el brazo por detrás de la silla y colocarlo en su hombro desnudo, acariciando la suavidad de su piel. La sintió erizarse y sonrió, ladino.

En ese momento aparecieron el duque y el vizconde.

—Somerville, qué alegría —saludó efusivo su amigo.

—Lakewood —le devolvió el saludo, formal—. Plymouth.

—Buenas noches, conde de Somerville —saludó el joven, aturdido.

—Gracias por escoltar a mi esposa —dijo, mordaz—. Lady Caroline preguntó por usted hace poco y dejó evidente que estaría encantada de que la acompañara en su palco.

El vizconde enrojeció, se despidió de forma veloz y salió del lugar.

—Eres un grosero, no tenías derecho, era mi acompañante.

—No me digas más, Amanda, y concéntrate en la obra o te saco de aquí enseguida. Tú decides —le susurró con los dientes apretados.

El duque y su esposa estaban enfrascados en una charla y no se percataban de que Amanda estaba tensa y su marido furioso.

Inició el segundo acto. Anthony se arrellanó en la silla y se perdió en el perfil de su esposa. Su olor lo embriagaba, la suavidad sedosa de su piel lo perdía. Empezó a acariciar su hombro con el pulgar, en masajes circulares y lentos que la hicieron revolverse en su asiento. Oh, sí, el dandi de Plymouth podría estar cerca de su esposa, pero a quien ella reaccionaba era a él.

¡Qué hombre tan petulante! Amanda estaba furiosa por el comportamiento de su esposo, pero más por su propia reacción. Se había quedado embobada cuando entró al palco, tan hermoso con su traje de etiqueta, su hombría y su olor. Llenó el pequeño espacio de golpe y de pronto

le fue difícil respirar. Desplegó el abanico para refrescarse del calor que de pronto la invadía. No era justo. Entre susurros, le espetó:

—Te esperé, pero por lo visto tus ocupaciones te impidieron llegar a tiempo.

Anthony elevó una de las comisuras de sus labios.

—Si quieres que esté pegado a tus talones solo tienes que decirlo — declaró él—. Seríamos la excepción en esta sociedad pacata, pero no sabes cuánto lo disfrutaría.

Eso último lo dijo con los labios pegados a la piel descubierta del hombro, el timbre rico y profundo de su voz ocasionó en ella otro estremecimiento que tuvo consecuencias en otras partes de su cuerpo.

—No digas bobadas —se defendió.

Aunque sería increíble tener a un hombre como Anthony pegado a ella todo el día. Era una tontería seguir negando su amor. El reconocimiento de lo que de verdad quería le haría las cosas más fáciles. Quería una vida junto a él, con compromiso, y no que saliera corriendo, espantado, sin ella conocer la razón. Lo miró de soslayo, era tan alto, hermoso e intimidante como se imaginaba serían los dioses del Olimpo después de aterrizar en la tierra y darse un par de golpes. No perderían su aura de dioses por nada del mundo, igual que su marido, aunque el parche y las cicatrices de su cuerpo le dieran un aspecto más humano. Deseaba darle una nueva oportunidad, pero necesitaba su promesa de que no volvería a ver a esa mujer. ¿Aún la frecuentaría? ¿Habría estado con ella toda la jornada? Una ola de celos la invadió de repente y no quería sentirse así. Necesitaba confiar de nuevo en él, crearle y perdonarlo.

Los tormentosos pensamientos de Anthony apenas le dejaban prestar atención a la obra. Por su mente flotaron, llevados por las alas invisibles de la nostalgia, algunos recuerdos, dulces y apasionadas vivencias de los primeros meses de matrimonio, los desayunos en la cama, las salidas a cabalgar, las palabras subidas de tono que le regalaba en medio de alguna representación musical en casas de amigos y como ella trataba de contener las carcajadas para no arruinar el concierto. Las salidas al campo, cómo leían poseía a la sombra de algún árbol y las inolvidables noches en que había marcado a hierro su piel.

Volvió de nuevo la mirada hacia ella, deseaba besarle la nuca, mordisquearle el lóbulo de la oreja, venerar su piel y su alma, calmar la sed inagotable que lo atenazaba desde que había vuelto a Londres. Tendría que calmarse o no podría levantarse de la silla. Amanda era suya y la tendría en su cama pronto.

Al concluir la obra y tras despedirse de los duques, abandonaron el palco y al dirigirse a la salida del teatro, volvieron a encontrarse con Nicholas. Anthony se tensó enseguida ante la sonrisa de genuino afecto que le prodigó su esposa al joven. Con el genio agriado, la sacó con rapidez de lugar. Ya el coche los esperaba a la salida. Miró a ambos lados, por si había algún movimiento sospechoso. La ayudó a subir al vehículo y luego se acomodó frente a ella, esperando su reacción.

—Adelante, querida, habla.

—Eres un patán y un pomposo. Me arrastraste hasta afuera para impedir que me despidiera del vizconde.

—Te advertí que lo quería lejos de ti. Ese tipejo te desea.

—¿Y a ti qué diablos te importa? Puedo hacer lo que quiera.

La aferró de ambos brazos y le lanzó:

—¡Nunca! ¡Sobre mi cadáver! —La mirada le brillaba con rabia, su pecho se movía por culpa de la respiración agitada. Estaba más que hermosa y su dique de contención estalló en mil pedazos—. ¡Eres mía! —Tomó su cara entre las manos para darle un beso desesperado—. ¡Te necesito!

Ella volvió la cabeza, poniendo fin al beso. Él siguió su recorrido con la boca por su mejilla, su barbilla, hasta llegar al lóbulo de la oreja, donde la mordisqueó para seguir a su cuello. Su perfume lo envolvió y toda ella se convirtió en el oxígeno que necesitaba para seguir vivo.

—Anthony... —la escuchó decir entre suspiros.

—¿Sí, mi vida...? —Sus manos impacientes batallaban con miríadas de capas de tela que cubrían su tersa piel.

La sentó a horcajadas sobre él. Escuchaba como a lo lejos el repiqueteo de los caballos y la ligera lluvia que invadía Londres esa noche. La abrazaba y la pegaba a él.

—Te perdono —susurró ella.

Anthony se quedó quieto unos segundos, con un nudo en la garganta que no lo dejaba hablar. Las manos le temblaron al acariciarla de nuevo, era esclavo de esa mujer, sí, su esclavo, siempre lo había sido.

—Anthony... —susurró de nuevo.

Tembló de expectación cuando ella llevó la mano al parche de su ojo. Lo retiró y acarició la cicatriz dentada que cruzaba la cuenca vacía y en un gesto de ternura, lo besó varias veces.

Anthony no había tenido conciencia hasta ese momento de cuánto precisaba ese simple gesto por parte de ella. Se le aguó el otro ojo mientras una sensación pletórica cruzaba su pecho.

—¡Amanda! Querida...

Le dio un beso suave y profundo, mientras ella lo acariciaba y le brindaba consuelo. Necesitaba poseerla. Por su mente pasaron otra vez los recuerdos de lo poco que había podido saborear de ella. El beso en el estudio, la escena en la sala de billar, la forma en que la había acariciado bajo el árbol el día del picnic. Momentos robados que no eran ni de lejos suficientes para calmar su hambre de ella.

Amanda era todo lo que quería, la única que le daría paz a su existencia atormentada e incompleta.

Ella colocó la mano en su pecho como si quisiera retirarlo y él le alzó la barbilla y la enfrentó. En la oscuridad del coche, pudo observar su incertidumbre, su desconcierto ante lo que iba a suceder. Y como mujer valiente que era tomó la iniciativa y con un beso que lo dejó jadeante, lo pegó más a ella. Anthony le devolvió el beso de forma voraz, mientras sus manos la recorrían con febril deseo. Un deseo que llevaba semanas al límite. Ya no era un sueño que lo rondaba en sus solitarias noches. Era ella en carne y hueso para hacerla suya.

Levantó las capas y capas de sedas y muselinas hasta encontrar un trozo de piel que acarició como si fuera un tesoro. Sabía que tenía poco tiempo, llevó las manos a sus calzones, buscó la abertura y gimió cuando sus dedos encontraron la cavidad que buscaba. La sintió estremecerse y cambiar el ritmo de la respiración. Luego llevó una mano al corpiño que ante la rudeza del toque se abrió en dos. No lamentó la pérdida de la valiosa tela y de la hechura, le regalaría mil vestidos como ese. Le liberó los pechos y los acarició con una mano y luego con su boca, mientras forcejeaba con su propio pantalón. Solo se oían jadeos y suspiros, respiraciones entrecortadas.

El coche dio un giro algo brusco que la separó un momento de él. No era lo que quería para ese primer encuentro, pero le era imposible detenerse. Ella, en una caricia osada, llevó la mano a su miembro, él pegó un respingo y jadeó con brusquedad al sentir la caricia. Anthony quedó en manos de una

pasión animal que necesitaba ser saciada. Le retiró la mano, la levantó y tratando de controlarse sin conseguirlo, la penetró.

—¡Dios mío! —balbuceó, mientras arremetía una y otra vez, poseyéndola de manera bestial.

“Por fin”, recitó como letanía en sus pensamientos.

—Amanda, Amanda, Amanda... —susurraba su nombre casi como si orara.

Sintió que ella se aferraba a sus hombros y a su espalda cuando el placer la acometió y cuando se tensó en torno a él, perdió el control de sí mismo, del lugar en el que estaban, el goce lo atrapó como si tuviera vida y ocupara espacio, hasta llevarlo por el desfiladero de la liberación como nunca la había experimentado. La sintió estremecerse de nuevo y una honda satisfacción lo embargó. Por primera vez en años se sintió bien, por primera vez desde su llegada supo que, al fin, había vuelto a casa. Por primera vez en mucho tiempo sus sentimientos habían saltado los muros en que los había tenido prisioneros. No quería profundizar en ellos aún.

—Amanda, Amanda...

“¡Dios mío!”, pensó Amanda, mientras trataba de calmar las pulsaciones. Había sido un encuentro devastador, aún tenía puntos brillantes en su visión, en esos breves minutos todo su mundo se había tambaleado, quedando patas arriba. Nada sería igual que antes. Acababa de experimentar la verdadera posesión. El saberse poseída y el poseer a alguien. ¡Qué ingenua! Ahora la tendría en sus manos, porque estaba segura de que su marido iría a por más y ella no sería capaz de negarse.

Él la estrechaba con fuerza. Se permitió disfrutar de la calidez de su abrazo y de los lentos besos con que la agasajaba. Este encuentro había sido más íntimo que todo lo compartido tiempo atrás, más desesperado, más salvaje. Necesitaba alejarse, poner las cosas en perspectiva para erigir unas defensas que estaban hechas polvo en el suelo del carruaje. Sintió que el coche aminoraba la marcha.

—Suéltame. —La voz salió como un graznido.

Él no quería apartarse de ella.

—Un segundo, por favor —rogó, perdido en ella.

—Ya estamos llegando, no quiero dar un espectáculo frente al lacayo y tus hombres.

Anthony salió de ella a disgusto y la ayudó a arreglarse, aunque para

cuando se abrió la portezuela, aún presentaban un aspecto ligeramente desaliñado. Estiró la pierna, que le había quedado resentida por el peso de ella y la actividad. La sintió tambalearse al bajar del carruaje. Amanda se aferró bien la capa en el pecho para evitar que la servidumbre notara los destrozos en su vestido.

—¿Se siente bien, señora condesa? —preguntó el mayordomo, que salió con un paraguas a recibirlos.

Ella enrojeció y fue Anthony quien contestó:

—Solo está algo mareada, la llevaré a su habitación, George, gracias.

CAPÍTULO 12

Al llegar a la habitación de Amanda, Anthony despachó sin contemplaciones a la mucama, que la esperaba dormitando en una butaca.

—Yo atenderé a la señora.

La muchacha abrió los ojos como platos. Amanda apenas le sostuvo la mirada mientras salía de la habitación.

Se acercó a ella, la abrazó y la acarició con ternura. Le quitó la capa y sonrió al notar el vestido rasgado. Amanda parecía vulnerable, la sentó en una butaca y se arrodilló a sus pies, tratando de mantener el equilibrio con los muslos al sentir una picada de dolor en la pierna. Le quitó los botines y empezó a acariciarle los tobillos, deslizando los dedos en un pausado ascenso carnal. La sintió estremecerse cuando le alzó el vestido y las enaguas hasta por encima de las rodillas.

—¿Tienes frío?

—No —contestó ella, con mirada expectante.

—Eres una preciosidad —susurró, al tiempo que sus manos encontraban las ligas. Las desató, le bajó una de las medias y con los dedos rozó la cara interna del muslo y la parte de atrás de la rodilla. La oyó gemir. Repitió los mismos gestos con la otra media. Sonrió al ver como se sobresaltaba ante su toque.

La levantó de la silla y le dio la vuelta, le desabrochó cada uno de los botones del vestido, dejando al descubierto el corsé y la combinación. Se lo bajó por las caderas hasta que formó un bulto que quedó olvidado en el suelo. Le desabrochó las ballenas del justillo. Se moría del calor. Deseaba quitarse su propia ropa y frotarse contra ella, pero sabía que este encuentro tenía que ser diferente al anterior, tendría que controlarse. El corazón le batía como tambor, los sentimientos lo abrumaban y en un momento dado quiso alejarse, pero no podía, la piel de su mujer lo llamaba.

Poco a poco, y con caricias como revoloteos de mariposas, le desabrochó la combinación, que cayó al suelo a pocos centímetros del vestido. Ella de forma instintiva llevó sus manos a los pechos. Él le acarició

la espalda de arriba abajo, lo que hizo que ella se pegará más a él. Le rozó el cabello. Encontró una horquilla y se la quitó, soltando un mechón de cabello con aroma a rosas. Encontró otra y luego otra hasta que su cabello rojo cayó como un oleaje sobre su cara y espalda.

—Que esposa tan magnífica tengo —le dijo al oído—. Hoy era la envidia de todos los hombres, puedo asegurártelo.

Ella sonrió, escalofriada.

—Estás exagerando.

—Ni un poco.

Amanda solo quería tenerlo en su interior una vez más. Sentía su erección en la espalda, mientras que un dulce ardor se le extendía por los senos y el vientre hasta instalarse en el vértice de sus piernas. No sabía que había estado conteniendo la respiración hasta que el hombre le desató el cordón de los calzones y estos cayeron al suelo, donde los apartó con el pie.

—Amanda... —Ella jadeó ante las caricias a sus nalgas—. Quédate ahí.

Le dio la vuelta y se sentó en la silla para quitarse los botines y el resto de la ropa con una celeridad que iba en contravía con lo que había ocurrido minutos atrás.

Amanda estaba orgullosa en su desnudez, él no le quitó la mirada de encima en todo el tiempo en que terminó de desvestirse. Solo se percató de que ella enrojeció al llevar la mirada a su erección.

—Ven aquí, preciosa.

Ella caminó de forma lenta y pausada. Con un brillo extraño en los ojos llegó hasta él, le acarició el contorno de la cara y le retiró el parche del ojo. Él trató de oponerse, pero ella lo calmó con ternura.

—Lo quiero así.

Se sentó a horcajadas sobre él y lo besó como si la vida le fuera en ello. Anthony, sorprendido, le acaparó la boca en un beso díscolo y caliente. Mientras le acariciaba los senos y tomaba posesión de ellos, llevó una mano a la hendidura de sus muslos. Jadeó al percatarse de que ya estaba lista para recibirlo. Ella aferró su mano y lo miró de frente.

—Prométeme... —Negó con la cabeza—. No. Júrame, que nunca volverás a verla.

El único ojo de Anthony brilló con calidez.

—Lo juro, nunca más volveré a verla.

Deseó gritarle que no tuviera miedo, que él nunca había tenido nada con aquella mujer, que siempre había sido suyo, pero logró contenerse. En cierta

forma su victoria era mayor, ya que ella, aun creyendo en su traición, había podido perdonarlo.

Sonrió de dicha, le parecía mentira estar así con ella, le besó las mejillas y los párpados para terminar devorándole los labios. Después de un par de caricias y desesperado por calmar las ansias, más de su alma que de su cuerpo, le apretujó las nalgas y la guio hasta su erección. Al sentirlo en su interior una vez más ella soltó un gemido profundo que iba en consonancia con las inspiraciones ruidosas de él. A medida que las embestidas arreciaban, el placer la trastornó de golpe y más al ver el esfuerzo que hacía su marido para que ella encontrara primero su satisfacción. Se perdió en sus cuerpos unidos, en sus corazones entrelazados en ese espacio y lugar que solo contenía la presencia de los dos, lejos de dudas y resentimientos.

¡Santo Dios! Cómo la necesitaba, pensaba mientras su miembro disfrutaba del terciopelo que era su sexo, de la deliciosa fricción que le hacía hervir la piel. La reclamaba por completo. Quería pasar noches y días a su lado, en su interior, ahogado en sensaciones que tenían más que ver con su corazón atormentado.

Tras varios minutos tratando de calmarse, la levantó y sin salir de ella la llevó hasta la cama, donde se acomodaron y poco a poco, en silencio y solo con caricias suaves, se quedaron dormidos.

Un golpe en la puerta despertó a Amanda. Anthony abrió y una mucama entró con una bandeja que dejó en una mesa. Ella sonrió con los ojos cerrados al escucharlo decirle a la joven que no los molestara en un buen rato. La chica se retiró enseguida y él regresó a la cama.

—Trajeron el desayuno. Levántate, dormilona.

Amanda abrió los ojos, le regaló un beso al aire, se levantó, hizo sus abluciones detrás del biombo y salió de nuevo. Anthony palmeó el colchón para que se acomodara a su lado. Ella se acostó boca abajo.

—No me dejaste dormir anoche —se quejó ella.

—Si mi esposa se está quejando, creo que no hice una buena labor y tendremos que seguir todo el día en la cama.

Comenzó a hacerle cosquillas. Amanda reptó por todo el colchón, tratando de liberarse, pero la fuerza de su esposo se lo impedía. Lloró de la risa, luego la acarició con ternura y le dio un beso de buenos días. Pasó la bandeja a la cama y se dedicó a agasajarla, le sirvió el té como le gustaba,

untó de mermelada el pan tostado y le pasó una tartaleta salada y otra dulce. Había huevos y salchichas. Él también dio cuenta del copioso desayuno.

Amanda se quedó mirándolo, elevó la mano y tocó el parche. Todavía reacio, quiso interrumpir el gesto. Ella no lo dejó, le retiró el parche y acarició la cuenca vacía y la cicatriz desigual.

—No me gusta mostrarla.

—No quiero que uses ese parche cuando estemos solos. —Él hizo un gesto afirmativo—. ¿Se la mostraste a ella?

—No, cariño. —Le tomó la mano y se la besó—. Antes de cicatrizar, Charles era el único que la veía, porque me hacía las curaciones, luego, ni siquiera él.

Ella se incorporó en la cama y le besó la herida.

—¿Es cierta la historia que contaste en el refugio ese día?

—Es cierta cada palabra. Aunque la suavicé y adorné un poco, teniendo en cuenta los tiernos oídos receptores.

Anthony retiró la bandeja y la dejó en una mesa, llevaba solo el pantalón del pijama, su torso estaba al descubierto. Se acomodaron de medio lado.

—Cuéntame lo que no les contaste a ellos —pidió ella, mientras le acariciaba el pecho y tanteaba las cicatrices.

Anthony lo recordó todo, mucho más doloroso y terrible que la manera en que lo contó la mañana en el refugio. Le habló del profundo dolor, la angustia de que lo fueran a dejar ciego, las gracias que dio a la vida cuando dos oficiales ingleses entraron al lugar y remataron a los bonapartistas que lo tenían prisionero antes de que dieran cuenta de su otro ojo. No pudieron sacarles una sola palabra a los tres hombres sobre quién los había enviado.

—Siempre supe que esa acción tenía la firma del marqués de Montevilet.

Amanda lo miró, sorprendida.

—¿Él? ¿Y por qué deseaba hacerte daño?

—Parece que estuvo de verdad enamorado de ti y no se tomó muy bien, nuestro compromiso. Deseaba vengarse.

Exageró a propósito esa motivación, que sí era cierta, aunque no la única que movía al francés. Había otras que tenían que ver con su trabajo como espía en Francia y que no le podía develar a su mujer.

—Me parece increíble, siempre fue tan caballero y detallista.

—Pues fíjate, las apariencias engañan. —Le acarició el brazo con la punta del dedo índice de arriba abajo—. No es un buen hombre, cariño.

—¡Ya me doy cuenta de eso! ¡Es un malnacido!

—Tranquila, algún día tendrá su merecido.

Anthony le relató la impresión abrumadora cuando le retiraron el vendaje y tuvo que enfrentarse a la cavidad vacía, la sensación de que no había vuelta atrás, de lo irreparable. Experimentar los cambios físicos, adaptarse a una manera distinta de apreciar el mundo. Le contó que al comienzo se le dificultaba bajar las escaleras, llenar la cuchara de sopa o rellenar una simple copa. Hacía más un año del hecho y aún recordaba lo que experimentó al ponerse el maldito parche.

—Quiero que ese maldito pague lo que te hizo.

Anthony la abrazó, la separó un poco y tomó su rostro con las dos manos. Concluyó su relato con alguna escena graciosa al ver las lágrimas en los ojos de Amanda, que lo miraba como si supiera que había mucho más detrás de esa pérdida.

—Es increíble —dijo, viendo sus varoniles facciones a las que ni siquiera una herida de ese calibre podía menoscabar.

—¿Qué, cariño?

—Que a pesar de tu pérdida, sigues siendo un hombre muy guapo.

Se acostó encima de ella. Le acarició el cabello y le miró el rostro, el cuello con alguna marca dejada por sus desmanes de la noche anterior.

—¡Quiero ser tu hombre guapo! —contestó con arrogancia.

—Lo eres, querido, lo eres. Muéstrame la cicatriz de la pierna, la sentí anoche y la toqué en la oscuridad, quiero verla.

Anthony soltó un profundo suspiro y se bajó el pantalón, la cicatriz era redonda con bordes irregulares, y una mancha oscura la circundaba. La besó varias veces, viendo en su erección la manera en que sus caricias lo afectaban. Se levantó, quedando de rodillas, y le pidió dulcemente que le contara cómo había sucedido. Luego del relato, se sentó a horcajadas sobre él y se dedicó a consolarlo, a consentirlo, lo notaba vulnerable, pero a la vez percibía que no le estaba diciendo toda la verdad. No profundizaría en eso, no en ese momento.

—Damián y Emmy deben estar extrañados por nuestra ausencia —dijo, pegándose más a él.

—No te preocupes por eso, mujer, le encargué a Charles y a Maggie, que no tendrán mucho que hacer en la mañana, que los llevaran al parque. Nos reuniremos con ellos más tarde.

—Vaya, parece que lo hubieras preparado de antemano.

Él soltó la risa.

—Mientras dormías hice planes. Espero que no los desapruebes.

—Secundo cada uno de ellos.

Anthony se dedicó a amarla el resto de la mañana.

La servidumbre estaba regocijada, parecía que la batalla silenciosa se había conjurado. La mucama que llevó el desayuno se deshizo en halagos para con su patrón y otra un poco más descarada dijo:

—A ver si por fin tienen un hijo, algo muy difícil de lograr sin sexo.

La señora Jacobs las separó con un fuerte llamado de atención y las jóvenes se perdieron por los recovecos de la casa, mientras ella se alejaba sonriendo y cantando una tonada. Tendría tema de conversación con George durante la hora del té que compartían cada noche.

En las semanas siguientes, el ambiente en la mansión cambió por completo. Los condes se separaban para atender sus quehaceres y el día se les hacía largo hasta volverse a encontrar. Había días en que Anthony escuchaba desde su estudio las voces de Amanda y los niños en el jardín. Su esposa les contaba cuentos mientras recogía las rosas y luego jugaba con ellos al escondite o a la pelota, él se acercaba a la ventana y la veía tratando de atrapar un balón o escondida detrás de un árbol, mientras los chiquillos la buscaban. Eran momentos perfectos que lo abstraían de sus responsabilidades.

En las noches asistían a alguna obra de teatro o se quedaban en casa y apenas Anthony cerraba la puerta del cuarto, se amaban con voracidad. Amanda florecía en sus manos, ya no era la jovencita que se había casado con él, era toda una mujer, apasionada y generosa, se brindaba de manera abierta sin dobleces ni engaños. Dios sabía que no había tenido muchas consideraciones con ella en el momento de la pasión, a pesar de lo cual siempre había estado dispuesta a complacerlo con ese halo de inocencia y ardor que lo volvía loco y que hacía que nunca tuviera suficiente de ella.

Sin embargo, ni siquiera su nueva relación con Amanda lograba que el otro asunto que lo preocupaba quedara de lado. No había mayores pistas, parecía que al hombre se lo hubiera tragado la tierra, pero años de experiencia en esos menesteres le impedían relajarse. Justo en esos momentos de aparente calma era cuando los enemigos aprovechaban para asestar los peores golpes. Además, su amigo y compañero continuaba sin aparecer, vivo o muerto.

El miedo, un sentimiento que despreciaba, crecía en la misma medida que sus sentimientos por su esposa, le temía a esos sentimientos, sudaba frío de solo pensar que algo llegara y reventara la burbuja de felicidad construida en tan poco tiempo, aún lo asombraba la confianza que ella le había otorgado, su perdón de corazón, sin resentimientos, ni reclamos.

En ocasiones, Amanda observaba el talante oscuro y preocupado de Anthony y entonces bromeaba con él, lo besaba o mandaba a preparar sus platos favoritos para alegrarlo. Lo consentía, lo hacía sentir en casa.

—¿Qué te preocupa tanto, querido? —preguntó ella un día, al encontrarlo en la biblioteca distraído, observando el fuego de la chimenea.

—Estás cada vez más intuitiva —rio Anthony.

—¿Tengo o no tengo razón? —Se sentó en sus piernas.

—Estás hecha una descarada. —Evadió la respuesta, besándole el cuello y el escote.

—No me cambies el tema —insistió.

—Demasiado tarde, en cuanto percibo su aroma y beso su piel, soy su esclavo, milady.

—Los sentidos engañan, milord. No lo digo yo, lo dice Platón.

—Platón no está aquí, con la mujer más bella de toda Inglaterra sentada en sus piernas. —Ella soltó la carcajada, él la miró extasiado—. Y no son solo los sentidos, cariño.

—¿Ah, no? ¿Y qué más hay? —Lo miró, expectante, pero en ese momento él, como si hubiera revelado demasiado, se quedó callado, huyéndole a su mirada. Años de esconder, fingir y guardar le impedían abrirse a la única persona que le importaba. Pasaron unos segundos en silencio—. Si insistes en mantener un muro de reserva entre los dos —agregó ella con una sonrisa que no llegó a sus ojos— me obligarás a tomar medidas desesperadas.

Anthony mudó su expresión, como si una máscara hubiera caído sobre su rostro. Le regaló una sonrisa perezosa.

—Esperaré ansioso por esas medidas, serás una magnífica oponente.

“No te cierres, no puedes excluirme eternamente, no lo permitiré”, se dijo Amanda, molesta.

La vehemencia con que tomó su decisión de derribar los muros emocionales de su esposo le dio qué pensar. Anthony era un reto para ella, deseaba estar a su altura, que la tomara en cuenta para todo. ¿Qué le

preocupaba tanto? Él le brindaba emoción, pasión, lujos, risas, había dejado su relación con esa mujer. No le hablaba de sus sentimientos y muy poco de su estadía en Francia, no conocía sus pensamientos más íntimos. No le abrió su corazón. ¿Por qué ella no era como las demás mujeres, que se conformaban con la amistad y la pasión? La respuesta era evidente, ella estaba enamorada de su marido, le había cautivado de nuevo el corazón cuando un par de meses atrás ni siquiera se lo habría planteado. Anthony no necesitó de mucho para tenerla otra vez donde deseaba, se había fiado de él de nuevo, dándole toda su confianza. Anhelaba que se diera cuenta de cuánto le brindaba, pero su corazón sabía que algo se le escapaba, que como le había dicho el duque de Lakewood, no todo era blanco o negro, y su marido tenía muchos matices de gris. Se había fiado de él desde el noviazgo, había creído en sus nobles intenciones, en su decencia, en su honor y la había decepcionado.

En este momento veía las mismas cosas de las que se había enamorado, pero a la vez una capa de cinismo y dureza de la que carecía hacía tres años, como si ese viaje hubiera estado repleto de duras vivencias. Anhelaba su amor más que a nada en el mundo. Quería lo que tenían los Lakewood. “Soy una tonta”, se recriminó, pensando en las increíbles sensaciones que experimentaba cada vez que hacían el amor. Amaba escuchar su voz ponerse ronca por el deseo mientras le pedía tocarlo de una manera particular y sus gemidos al ver cómo reaccionaba a su toque. Deseaba esconder sus sentimientos, no convenía mostrarlos en ese momento ya que aún había muchas cosas por superar, las reacciones de su cuerpo no las podía esconder, pero esperaba que sus emociones más profundas no fueran tan evidentes.

Alguien golpeó la puerta. Amanda se levantó y se sentó al lado de su esposo. Un criado entró y encendió los candelabros y las palmatorias.

—Es hora de arreglarme para el baile.

Anthony se levantó y le besó la mano.

—Esperaré nuestro vals con ansiedad, milady.

—Será un placer.

CAPÍTULO 13

—Lord y lady Marsant —tronaba la voz del mayordomo entre una letanía de cientos de nombres, cuando Anthony y Amanda llegaron a saludar a los anfitriones, el conde y la condesa de Riley. En el poblado y ruidoso salón, iluminado por velas, cientos de invitados que charlaban y bailaban miraron sorprendidos las escaleras cuando el mayordomo recitó—: El conde y la condesa de Somerville.

Varias expresiones mostraron expectativa y el tono de las voces decreció ostensiblemente ante la vista de la elegante pareja. Era su primera aparición en público desde su reconciliación, aunque ya la sociedad en pleno sabía que habían hecho las paces. Bajaron los pocos escalones y en minutos estaban rodeados de amigos y conocidos con los que charlaban con toda naturalidad.

La feria de la hipocresía y la vanidad, se dijo Anthony al saludar a los mismos que no tuvieron contemplaciones a la hora de juzgarlo. Por él, se hubiera quedado en casa, pero su esposa disfrutaba de la vida social, en minutos un grupo de jovencitas se la llevó, escuchaba sus risas detrás del aleteo de los abanicos.

Amanda estaba preciosa, con un vestido de fiesta de color púrpura y el cabello recogido en un artístico moño, era una mujer digna, elegante y era suya. En el otro extremo del salón observó a Nicholas, que no le quitaba la mirada de encima. La molestia de los celos lo asaltó al ver la mirada codiciosa del vizconde, ese hombre deseaba a su esposa y se dijo que tendría un par de palabras con él antes de que terminara la noche.

Elizabeth se había cogido del brazo de Amanda y caminaban por el salón antes de que empezara a sonar el vals.

—Te ves espectacular, los ojos te brillan de dicha, espero que se esté portando muy bien contigo.

Amanda abrió el abanico y se refrescó.

—Han sido las semanas más felices de mi vida —le confió, mientras con una seña saludaban a una pareja conocida. Observó la expresión preocupada de su amiga—. ¿No te cae bien Anthony?

Elizabeth le dirigió una rápida mirada, al darse cuenta del tono apenado de su amiga.

—Bueno, no me gusta cómo se comportó contigo.

Amanda lo miró de reojo, era uno de los hombres más apuestos y guapos del baile, con su traje negro de etiqueta, su camisa blanca y el nudo de la corbata perfecto. Se había recogido el cabello, que conservaba largo, mientras que los demás lores habían seguido la moda de Brunel y lo llevaban corto. Anthony no se dejaba influir por la moda. Sonrió ante un comentario del duque y ese gesto hizo estragos en su corazón. En un momento sus miradas se cruzaron y él la contempló con una intensidad que le hizo hervir la sangre, lo que ocasionó que se sonrojara.

—Yo sé que es difícil de aceptar que con lo ocurrido ahora esté bebiendo de nuevo los vientos por él, pero así a ti no te guste, me he enamorado otra vez, Elizabeth. Así que me haría muy feliz si te esforzaras por tolerarlo un poco.

La duquesa tomó las manos de Amanda entre las suyas.

—Si te volviste a enamorar, algo bueno debe tener, no te preocupes por mí, seré todo lo tolerante que quieras porque te quiero.

Anthony se abrió paso hasta ellas.

—Creo que este vals es mío, milady.

Amanda le sonrió y él recordó esa misma sonrisa el día que se había casado con ella, mostraba confianza y un sentimiento profundo. Su esposa lo amaba, su corazón brincó en su pecho. Ahora quedaba de su parte no hacer nada que pudiera decepcionarla.

La guio hasta el centro del salón. La sonrisa no abandonó el rostro de la mujer mientras la orquesta comenzaba un vals que fue el mismo que bailaron la primera vez. Se relajó y la hizo girar sin dejar de mirarla.

—Es usted la mujer más bella de este baile, después del vals quiero llevarla a dar un paseo por el mirador, quisiera conocerla mejor, milady — dijo, con ánimo juguetón.

Amanda le destinó una mirada pícaro y se acercó más a él.

—Milord, creo que sus intenciones no son honorables, déjeme decirle que mi carabina no le quita la mirada de encima, creo que ni siquiera podré hablar con usted después de esta pieza.

Anthony se movía con desenvoltura al ritmo de la música.

—No lo creo, tengo que asegurar que no se irá con cualquier petimetre de los que rodean el salón y suspiran por usted. Es todo un éxito esta noche,

milady.

—Milord, aparte de mi carabina, tengo un escolta muy concienzudo en su trabajo, estoy segura que no dejará acercarse a nadie, si estamos bailando es porque usted actuó con celeridad.

Anthony soltó una carcajada y Amanda deseó que lo hiciera más a menudo.

—Gajes del oficio. ¿Y ese escolta? ¿Le gusta? —preguntó con ojos brillantes.

Ella bajó la mirada y asintió.

—Sí, muchísimo. —Sus miradas se cruzaron—. Me gusta cómo me besa, como me acaricia y como me hace suya.

Él le obsequió un gesto severo y la pegó más a él.

—Te quiero toda, cuerpo, alma y corazón —demandó en su oído—. ¿Me pertenecen?

Ella lo miró con valentía y contestó, en contravía a su pensamiento de esa tarde.

—Sí.

—Amanda... —susurró Anthony, emocionado, mientras seguían girando.

Las notas del vals llegaron a su fin y como correspondía a la etiqueta, cada uno bailó con otras personas. El ceño de Anthony se frunció cuando Nicholas sacó a bailar a Amanda. Ni ante la sociedad ni ante ella tenía autoridad moral para experimentar celos, pero en ese momento no le importó. El hombre no dejaba de mirar a su esposa y hablarle mientras se deslizaban por el salón.

—¿Lo has perdonado? —preguntó el vizconde, molesto, lo que hizo que Amanda se tensara—. No, no necesitas contestarme, se nota, ese hombre no te merece, eres demasiada mujer para él.

—Nicholas, por favor, tus comentarios están fuera de lugar, es mi esposo.

—Lo siento, milady. —Le apretó la mano—. Usted es una de las mujeres más hermosas que he conocido, merece que la amen. Yo la amo.

Amanda lo miró, pasmada, a lejos vio la cara de pocos amigos de Anthony.

—Milord, su último comentario ha estado fuera de lugar. —Trató de separarse, pero el joven no la dejó—. Por el bien de nuestra amistad, haré de cuenta de que no escuché nada de lo que me dijo —agregó.

Ahora sí se apartó de él y caminó hasta la mesa de refrescos, no quería enfrentarse a Anthony todavía. El vizconde la siguió mientras le susurraba:

—Condesa, perdóneme, por favor, sé que fue imprudente mi proceder.

—Lo fue, te he dado mi amistad, pero sabes que estoy lejos de cualquier interés romántico. Soy fiel a mi marido.

Asustada, vio que su esposo ya caminaba hacia ellos, Nicholas no lo veía, pues estaba de espaldas, y continuó a la carga.

—No la merece.

—¡Por Dios!

—Lo siento mucho, lo siento —repitió el hombre, afligido—. Volvamos a bailar.

—Mi esposa no bailará más con usted, Plymouth —tronó Anthony, llegando por un costado de Nicholas, y tomó a Amanda por la cintura—. Todos sus bailes de aquí en adelante son para mí.

Amanda inclinó la cabeza ante el vizconde.

—Permiso, milord, mi esposo me reclama.

Se alejó con celeridad siguiendo los pasos de su marido. Convencida de que a su amigo lo movían los celos al hacerle esa declaración, sus palabras poco la afectaron, le sonrió como si nada hubiera pasado. Nicholas levantó una copa de champan en silencioso brindis por ella.

Esta vez el baile era una cuadrilla, no pudieron hablar, lo que ayudó a Anthony a calmarse.

Tan pronto se subieron al carruaje, ya casi en la madrugada, la abrazó con aire posesivo y le dijo en tono de voz engañosamente suave.

—¿Qué pasó con Plymouth?

—Nada —susurró ella sobre su pecho.

—Se veía como una pelea de amantes.

Amanda levantó la mirada enseguida y se deshizo del abrazo, él la tomó por los brazos y acercó su rostro, donde el único ojo tenía un brillo de fuego.

—No tengo, ni tendré nada con Nicholas —sentenció, digna.

—Él sí quiere, claro que quiere meterte en su cama. ¡Ese malnacido! ¿Por qué aceptaste bailar con él?

La soltó y Amanda se arrebujo en un extremo de la silla.

—¿Por qué no? No estás siendo razonable, no podía negarme, él no me ha hecho nada —le reclamó, mirándolo confusa. Por lo visto el intercambio

había sido evidente para él, pero no le diría la verdad, eso lo alteraría más.

—¡No te pases, Amanda! Ese tipo no hacía sino mirarte con cara de monigote. Te advertí que no lo quería cerca de ti.

Anthony hubiera querido seguir dando rienda suelta a los celos y la rabia, despotricar contra todos, pero no haría más el ridículo frente a Amanda.

—No seas insensato.

—No, en esto no lo soy, estoy seguro. ¿Qué era lo que tanto te reclamaba? Porque se notaba que no era una conversación casual.

Amanda se le acercó de nuevo, le tocó el rostro, ella lo comprendía más de lo que él llegaría a imaginar.

—Tienes que confiar en mí, Anthony, yo lo he hecho contigo, no necesitas reclamarme nada, ya te lo digo y te lo repito, no tengo ni tendré nada con él.

—Eso no fue lo que te pregunté —insistió él, algo más calmado. Tomó la mano de su esposa y besó la palma.

Amanda tenía razón, no estaba siendo razonable, quiso poder contarle la verdad, decirle que nunca tuvo nada con Eleonor, que tenía todo el derecho a reclamarle, que ella era suya, solo suya y que sentía celos de todos los que habían disfrutado de su compañía mientras él estaba en el mismísimo infierno. ¡Maldita sea! Necesitaba poner las cosas en perspectiva, dónde estaba el hombre frío y contenido que había sido siempre.

—Perdóname, yo confío en ti, pero no confío en los demás.

Toda molestia por sus reclamos se disipó ante el tono de voz atormentado y humilde.

En la mansión, cuando subieron a sus habitaciones, Anthony pensó que debido al exabrupto ella preferiría dormir sola esa noche. Amanda lo miró con un brillo especial y le tomó la mano cuando él, después de un suave beso en la mejilla, le dio las buenas noches.

—Me temo que sus labores de escolta no han concluido, milord, tengo un problema con los botones de mi vestido.

Anthony sonrió, agradecido por la invitación, por la mirada de deseo en los ojos de su esposa y su propio deseo se multiplicó. Entró en su habitación y la ayudó a desvestirse, como todas las noches, y en cuanto ella se acercó al tocador y se levantó el cabello para que él le quitara el aderezo de topacios

que le había dado esa noche antes de salir para el baile, le dijo:

—Quédate así. —Se acercó de nuevo a ella y terminó de desnudarla—. Anhelaba verte con esta joya sobre tu piel y nada más que te cubriera. Mírate. —señaló, con reverencia—. Eres tan hermosa.

Él estaba completamente vestido y el conjunto creaba una imagen que aumentó la tensión entre ellos y calentó el aire de la habitación.

Le acarició el contorno de la cintura y luego, en una lenta caricia, llegó hasta sus pechos, que tocó mientras le mordisqueaba el cuello.

—No sabes cuánto te deseo. Es una sed que no puedo mitigar.

Las manos recorrieron su vientre mientras se posaban en su entrepierna. Amanda se excitó más ante esa imagen.

—Anthony...

Él le dio la vuelta y cayó de rodillas ante ella, que le acarició el cabello y le quitó el parche, que dejó en el mueble. La abrazó por las caderas y mirándola, hechizado, le hizo separar las piernas y frotó su rostro en su sexo. Marcándola con el roce de su barbilla, Amanda sentía las piernas desfallecer.

—Te tengo, cariño —musitó sobre su sexo, que empezó a lamer y a besar.

Los gemidos de Amanda se escuchaban por toda la habitación. Él levantó la mirada, destinándole un gesto lujurioso, luego se levantó, la alzó y la llevó hasta la cama.

Se quedó mirándolo mientras se deshacía de la chaqueta y se desabrochaba la camisa. Lo jaló hacia ella.

—Quiero que me tomes así, vestido y con las botas puestas.

Excitado, liberó su miembro y asaltó su boca con el mismo anhelo que si llevara semanas, años, sin disfrutarla, en lugar de haberlo hecho la noche anterior. Le mordió el labio inferior y le introdujo la lengua, apoderándose de ella, la tocó en medio de las piernas, ya estaba lista para él, supo que ese encuentro no sería suave y por un momento, trató de controlarse. Amanda, como si adivinara, lo besó más profundamente y le pidió que la penetrara. Se abrió paso en su interior con algo de rudeza por las fuertes sensaciones que primaban cuando estaba dentro de ella: la sensación de hogar, la comunión de los cuerpos, el miedo que lo abandonaba al sentir su estrechez y su calor. El placer era inimaginable. Empujaba sin aflojar el ritmo, sin querer acabar, devorándola entera hasta que explotaba en un placer oscuro y adorando cada segundo de esa liberación. Escuchaba los gemidos de su esposa y acompañaba las embestidas con caricias que la hacían suplicar por más.

Deseaba amarrarla a él con cadenas de placer y necesidad para que nunca lo dejara. Amanda estalló en mil pedazos que parecían haces de luces de colores, para volver al mundo de los vivos aturdida y asustada, porque sabía que ya no podría vivir sin él.

Tardaron minutos en recuperarse. Amanda se quedó callada y le dio la espalda, todavía había reminiscencias del orgasmo en su piel.

—Quiero que compartamos habitación —dijo él—. No quiero dormir solo nunca más.

Ella se volteó a mirarlo y le sonrió.

—Está bien.

Se durmieron un rato después.

CAPÍTULO 14

—*Victoria y Capitán.*

—Que nombres tan curiosos, milady, para un par de gatos.

Amanda se quedó de pie en el dintel de la entrada al comedor unos momentos, mientras veía el modo en que los rayos del sol jugaban con el brillo del cabello de Anthony. Su esposo lucía, como siempre, immaculado y no pudo evitar recordar todo lo ocurrido la noche anterior, donde no había tenido nada de immaculado. Sonrió al ver a las tres personas sentadas a la mesa.

Escuchó de nuevo la voz del conde, al tiempo que oyó la limpia carcajada de Emmy. No habían reparado en ella aún.

—¿Ahora es “milady”? ¿Qué pasó con “princesa”? —indagó al entrar en el comedor.

Anthony echaba mermelada a una tostada que colocaba en el plato de la niña.

—Las princesas viven muy solas —contestó la pequeña antes de darle un mordisco a la tostada.

Damián puso los ojos en blanco.

—Buen punto —contestó Anthony, mirando extasiado a su mujer, lo que la hizo sonrojar hasta la raíz del cabello.

El lacayo se acercó y le sirvió un té. Anthony le preparó una tostada con mermelada de fresas y se la brindó en la boca. La chiquilla se echó a reír.

—Ella puede comer sola.

—Estoy seguro de eso —dijo Anthony—. No hables con la boca llena.

La niña solo sonrió y tapó su boca en un gesto que hizo que Amanda soltara una carcajada.

—¿Feliz? —preguntó Anthony, sin dejar de mirarla como si hubiera encontrado un maravilloso tesoro que lo cegara con su luz. Le preguntaba lo mismo cada mañana.

—Sí —contestó ella con una mirada de ojos brillantes que le hizo saber que recordaba, al detalle, todo lo ocurrido la noche anterior. Sorbió de su bebida.

—¿Cómo amaneciste, Damián?

El chiquillo observaba al uno y al otro con curiosidad.

—Muy bien, milady, impaciente por mi primer paseo a caballo.

—Iremos despacio y tendrás que obedecer en todo —contestó Anthony, al tiempo que tomaba una mano de su mujer y la llevaba a sus labios.

—Sí, señor.

—¿Qué planes tienes para hoy, querida?

Nerviosa por su penetrante mirada, Amanda le dio un sorbo a su bebida y colocó la taza en el plato.

—Iré al refugio, luego a la modista y a la sombrerería.

—Podríamos dar un paseo más tarde.

—Me parece bien.

Emmy se levantó de la mesa y Amanda la tomó del brazo con suavidad.

—Preciosa, cuando quieras levantarte de la mesa, debes decir a tu anfitrión: “¿Me disculpas?”.

—¿Usted es mi anfitrión? —preguntó la niña a Anthony, extrañada. Era evidente su adoración por el conde.

—Es un gran honor para mí, milady.

—¿Me disculpa?

—Muy bien, puedes volver al cuarto de juegos o ir a pasear por el jardín.

—Gracias. —La niña salió casi corriendo del salón.

Damián aprovechó para levantarse también y después de una breve reverencia, salió de la estancia. En cuanto se quedaron solos, un repentino ataque de timidez cayó sobre Amanda, como si fuera recién casada y ese fuera el primer desayuno que iba a compartir con su esposo.

—Me hiciste muy feliz anoche, Amanda —le dijo él en tono íntimo y ronco.

Luego carraspeó y le brindó otro bocado, después le besó el dorso de la mano.

Amanda soltó el bocado y tras limpiarse las manos, las llevó a su rostro, tenía la barbilla recién afeitada y acarició su suavidad. Se acercó y lo besó en la cuenca del ojo, por encima del parche. Notó que él contenía la respiración y después exhalaba.

Anthony acercó su boca a la comisura de sus labios y la besó.

—Sabes a fresas, eres dulce.

Acercó su silla más ella y le aferró ambas manos.

—Querida...

Charles golpeó la puerta e interrumpió el momento.

—Señor conde, disculpe, hay algo importante que usted debe atender.

Anthony, al percatarse de la expresión de Charles, que no admitía demora, se levantó de golpe.

—Hablaemos esta noche.

Se despidió de ella con un suave beso en la boca.

El sargento Finley lo esperaba, ansioso, tan pronto Anthony llegó al estudio.

—Milord, tengo algo importante que decirle.

—Hable, sargento —invitó Anthony mientras observaba la correspondencia.

—Esta mañana descubrimos a uno de los mozos de la cuadra charlando con un desconocido a un par de casas de aquí.

El conde levantó la cara enseguida con el ceño fruncido.

—¿Quién es?

—Peter, milord, el encargado de los caballos. No ha querido soltar prenda.

—¿Dónde lo tienen?

—Encerrado en una de las bodegas debajo de la cocina.

Anthony se dispuso a dejar el despacho con celeridad, pero antes ordenó:

—Que la condesa no se entere.

—Como ordene, milord.

El joven estaba acurrucado en el piso cuando Anthony y el sargento Finley entraron al pequeño cuarto. Era bajo y desgarrado, con el cabello rubio y le faltaba un diente. Tenía la culpa pintada en la cara y eso fue suficiente para que Anthony deseara acabar con él.

—¿Con quién diablos hablabas? —le gritó, agarrándolo de la camisa y levantándolo en el acto. Lo soltó de manera brusca y el joven se estrelló contra la pared.

—A nadie... señor conde... a nadie —susurró el joven, pálido como un muerto.

—¡Mentiroso! —Lo aferró más fuerte de la camisa y lo levantó de nuevo del suelo.

—Es la verdad, señor —repitió, aterrado, al ver la expresión pavorosa de Anthony, que se acrecentaba con el dichoso parche.

—Te doy una última oportunidad, maldito, antes de acusarte de traición y recluirtte en una mazmorra por años. —Lo soltó y se alejó unos pasos.

—Oh, no, señor, no... —Empezó a temblar sin poder controlarse.

—Habla.

—Hace algún tiempo, un hombre que conozco me invitó a un par de cervezas en El Perro Negro, una taberna en Fleet Ditch.

—¿Qué hacía un sirviente mío en esa guarida de ladrones?

El joven negó con la cabeza.

—Nada malo, señor, era el esposo de mi hermana el que me invitó a beber.

—Continúa.

—Me presentó a un amigo que me pidió, a cambio de unos chelines, información sobre usted.

—¿Qué clase de información? —La voz del conde era de aparente calma, pero por dentro bullía de la ira.

—Con quién salía —tragó saliva—, si se relacionaba con alguien, lo que acostumbraban hacer usted y la condesa.

Se acercó, veloz, y lo agarró del cuello.

—Y tú, me imagino que cantaste como un pájaro.

El joven agarró con más fuerza la gorra que sostenía entre las manos y eso fue suficiente respuesta para Anthony.

—Señor, yo...

Lo soltó, dándole un fuerte empujón.

—Vas a hacer lo siguiente, si quieres salvar tu maldito pellejo....

—Lo que usted quiera, señor. —El joven asintió varias veces.

—... le enviarás un recado en el que le dirás que necesitas verlo en el lugar de siempre.

—Sí, señor, como usted diga.

El conde sacó una daga que siempre llevaba en una de sus botas y la acarició mientras hablaba.

—Si me traicionas, sabrás de lo que soy capaz.

Peter, que no había dejado de temblar, miró el arma, aterrorizado.

—No lo haré, señor.

—Sácalo de aquí —dijo al sargento.

—Sí, milord.

—Tienes dos horas, ni un minuto más.

Por fin una maldita pista, pensó Anthony mientras se dirigía con paso

raudo al establo, donde Damián y los guardias lo esperaban. Cuando el desgraciado cumpliera su cometido, lo echaría a patadas.

Era una mañana algo calurosa, la primavera ya se alejaba dándole paso al verano, una de sus estaciones favoritas. La temperatura era cálida y una suave brisa hacía danzar las hojas verdes de los árboles, ocasionando una mezcla de sonidos al paso de las bestias. Mientras guiaba a Damián, que algo nervioso, trataba de controlar a su caballo, Anthony intentaba deleitarse en lo ocurrido la noche anterior, pero no podía dejar de pensar en el joven de la bodega. Un par de hombres los seguían a pocos pasos de distancia.

—Milord, ¿puedo preguntarle algo?

—Pregunta lo que quieras, muchacho.

—¿Todos los hombres como usted tienen un ejército cuidándolos?

Anthony sonrió.

—No, no todos. Estamos ante una situación delicada, espero que no sea por mucho tiempo y tampoco es para que experimentes algún tipo de temor. Podrías ayudarme con algo, necesito que estés pendiente de las mujeres de la casa en todo momento. ¿Puedo contar contigo?

—Por supuesto, milord, yo las cuidaré.

—Eres un buen chico. —Acercó un poco su caballo y le revolvió el cabello—. Ojalá tuviera un hijo como tú.

En cuanto llegaron a la mansión, Anthony bajó de prisa del caballo y uno de los mozos ayudó a Damián a bajar del suyo. El conde sonreía, satisfecho, el chico era un prodigio en la montura, lo hacía con mucha naturalidad. A ese paso, estaría dando los primeros saltos en el otoño. Una punzada en el corazón le dijo que no quería separarse de ellos, los quería en su casa para siempre. Quería más desayunos como los de esa mañana.

En el camino, lo interceptó George, que iba con una bandeja y una nota para él.

—Señor conde, tiene una nota de carácter urgente.

Anthony entró al estudio. El olor a cera de abejas que emanaba de los muebles había saturado el ambiente junto a un ligero aroma a espliego. Las cortinas estaban corridas; desde la ventana se observaba el trabajo del par de jardineros dando forma a unos arbustos en el jardín.

Rasgó el pequeño sobre y empezó a leer la nota. Era de Eleonor y decía:

Querido Anthony:

Necesito verte con urgencia, te espero en la librería Stanford a las diez y treinta.

Un saludo.

E.

Miró su reloj, estaba apenas a veinte minutos de la cita.

—George. —El anciano, que no se había movido desde que le había entregado la carta, levantó la ceja esperando una orden—. Haz que alisten mi carruaje enseguida.

—Como ordene, señor.

El taller de la modista hervía de gente. Amanda acariciaba pensativa una muselina color azul cielo, adecuada para un vestido de mañana, mientras sus pensamientos estaban en lo vivido con Anthony las pasadas semanas. No olvidaba lo ocurrido desde su reconciliación en el carruaje la noche del teatro, había sido más... no sabía encontrar la palabra. ¿Intenso? ¿Alucinante? En los meses que habían vivido juntos antes del viaje, nunca había experimentado nada parecido y eso que nunca tuvo quejas del comportamiento de su marido en la cama. A lo mejor era por la larga ausencia sin caricias. Las mariposas danzaban en su estómago con ganas de salir volando por todo el lugar, permanecía todo el tiempo con una sonrisa en los labios, con ganas de bailar en mitad de la calle y de comprar lencería fina para seducirlo, una alegría genuina la invadía y a la vez una cuota de temor. “Estás hecha una desvergonzada. Ay, Anthony”, pensó, sonrojada y sonrió como una boba, mientras miraba alrededor como si hubiera sido pillada en falta.

—Oh, querida, mira. —Elizabeth le dio un codazo, sacándola de su ensoñación—. La nueva amante de Dansbury acaba de entrar. —Se refería a un conde conocido por sus conquistas entre las actrices de Dru Lyne.

—Sé más discreta, creo que toda la tienda te escuchó.

—Es lo que ella quiere, estoy segura —refutó la duquesa.

Amanda observó a la mujer con curiosidad. Le pareció llamativa y muy vulgar. Con un vestido más adecuado para la tarde, de un estridente color fucsia. ¿Cómo sería la amante de Anthony? ¿Qué clase de mujer lo había mantenido lejos de casa todo ese tiempo? Su burbuja de alegría se desinfló de

forma considerable.

Un par de modistas se acercaron a ellas después de escoger varios rollos de bellos crepés y terciopelos. Le tomaron las medidas pertinentes mientras otra joven anotaba y separaba en los figurines los modelos escogidos.

—Deseo este vestido con el escote un poco más bajo —dijo Amanda sobre un diseño del último número de la *Belle Assemblée*.

—Estás dispuesta a ir por todo, pobre Somerville —se mofó su amiga.

Amanda se concentró en una tela de raso que no había visto en su inspección anterior.

—Me encanta ese tono de verde. —Elizabeth se inclinó hacia el rollo y con sus manos, lo acarició.

—Es lo último que ha llegado de París —repuso una de las empleadas.

—Quedará fantástico con el color de tu cabello y tus ojos —insistió la duquesa—. ¿Qué opinas?

Acarició la tela, imaginando el vestido y las manos de Anthony recorriéndolo y un sonrojo la hizo soltarla.

—No sé.

—Si no encargas un vestido de noche con ese rollo, lo haré yo. Y hazlo de prisa, que todavía tenemos que ir a la sombrerería.

—Sí, y yo acabo de recordar que tengo que pasar por la librería a recoger un libro que encargué.

—Ah, no, pero tendremos que desviarnos demasiado —se quejó Elizabeth

—¿Qué más te da? Venga, después te invito a merendar.

La otra se encogió de hombros. Amanda volvió a examinar la tela y se imaginó ya con el vestido puesto, bailando el vals con su marido, girando entre sus brazos por todo el salón de la mansión. Se le ocurrió que podrían dar un baile para cerrar la temporada social, se lo comentaría esta tarde.

—Me haré el vestido. —Tomó el rollo, lo extendió sobre su cuerpo y se paró frente a un espejo—. Sí, será magnífico.

—Claro que sí —Elizabeth miró los estantes—. A mí dame el crepé rosa.

El carruaje andaba por las abarrotadas calles de Londres. Al llegar a Bond Street, el paso se hizo más lento. Anthony se bajó del coche con celeridad y caminó por la acera en medio de lacayos con cajas, paquetes y

aristócratas de paso indolente que observaban las diferentes vitrinas, de matronas con sus hijas que lo miraban de reojo sin importar el codazo de sus madres, hasta que llegó al lugar.

El día se complicaba más a cada minuto. ¿Qué diablos querría Eleonor? No tenía pistas, ni forma de ayudarla. ¿Le habría ocurrido algo al hijo de Lonsdale? Antes de salir de la casa le había enviado una nota a Jordan Grey con lo ocurrido con el chico de la cuadra. Solo cabía esperar que las averiguaciones rindieran su fruto.

Entró en la librería. Aspiró el olor del papel y de la humedad, en otro momento hubiera incurrido en la tentación de observar las novedades que circundaban el local. Pero el cometido era más urgente, se dirigió al fondo de la tienda. La divisó en medio de un anaquel que ostentaba libros de mapas y civilizaciones antiguas. Al verla vestida y peinada con sencillez, nadie diría que en el continente había llevado las prendas más elegantes de los salones parisinos ni los peinados más elaborados, para representar de forma fiel su papel. Era una mujer de porte digno.

El sitio estaba a reventar. Una mala elección de lugar, pensó, al esquivar un encuentro con la esposa de un baronet. Eleonor debía estar desesperada y eso aumentó su preocupación.

Ella lo vio y se le acercó. Tenía el semblante apagado y oscuras ojeras circundaban sus ojos.

—Anthony, ante todo discúlpame por haberte hecho venir.

—¿Qué pasa, Eleonor? —Impaciente, jugueteaba con los guantes palmeando su pierna.

—Estoy desesperada, no puedo respirar sabiendo que de pronto está herido o en el peor de los casos muerto.

Anthony no podía creer que lo hubiera llamado para llorarle en el hombro. Se exponían demasiado. Ella, al ponerse en la mira del asesino que los perseguía, y él, exponiéndose a que toda la alta sociedad lo viera en compañía de una mujer diferente a su esposa. Ya podía sentir los ojos de un par de damas en su espalda.

—Eleonor, pudiste citarme en el club, esto es demasiado público. Las murmuraciones. Te estás exponiendo.

—Me están siguiendo, Anthony.

Él quedó pasmado.

—¿Cómo dices?

—En la entrada de la librería hay un joven pelirrojo de calzas verdes y

chaqueta café. Desde ayer está detrás de mí.

En un gesto como si fuera a mirar un libro, Anthony dio la vuelta de forma deliberada y se percató de lo que hablaba Amanda. Vio al joven en la acera del frente.

—Lo siento, no quería que el club corriera algún riesgo y ni te molestes en seguirlo ahora, es como una liebre.

—¿Qué pasó con los escoltas que te destinó Jordan?

—Son nuevos en el oficio, han perdido al joven un par de veces. Además, ya son conocidos, él no los va a llevar a una pista valedera y quiero que lo siga alguien diferente.

Quedó de nuevo frente a ella.

—Esto es lo que haremos, tú saldrás primero que yo, como si nada hubiera ocurrido, te montas en el coche y uno de mis hombres lo seguirá.

Ella cerró los ojos, angustiada.

—Sabía que no me fallarías. —dijo entre lágrimas y se aferró a él—. No temo por mí, Anthony, temo por mi hijo, que corra igual suerte que su padre y entonces, ¿qué me quedará de él?

Ella le destinó una mirada agradecida.

—No permitiremos que nada le ocurra —La consoló él, poniéndole la mano en el hombro.

—Estoy desesperada, volví a la ciudad con el niño y mi hermana, estamos quedándonos donde mi tío. Jordan tiene la casa sitiada con sus hombres. Aquí en Londres me siento más segura, además, también estaré más cerca de las noticias. Estoy enloqueciendo, Anthony.

—Necesito que te calmes —La mujer se limpió el rostro y compuso su sombrero—. Respira, por favor, respira.

Ella así lo hizo.

—¿Ya te sientes mejor?

Hizo un gesto de asentimiento. Le tomó las manos, ella se le abrazó y otra vez rompió a llorar.

Anthony no escuchó la campanilla de la puerta de la librería. Ni el silencio que se hizo de pronto en el lugar, ni los delicados pasos que llegaron hasta él.

—Anthony... —Solo sintió un escalofrío en la espalda, al escuchar la voz de su mujer.

CAPÍTULO 15

Se separó de Eleonor y al darse la vuelta, se encontró con la mirada perpleja de su esposa. Veía a la duquesa que la acompañaba como un manchón borroso de tinta. El corazón lo sintió en la boca y la sangre le tronó en los oídos. Ella no lo entendería.

Se percató de su gesto interrogante y de que los ojos de Amanda con expresión desolada no le quitaban la vista a Eleonor, a la que aún él sostenía por los brazos. Luego los miró a los dos y fue como si una revelación hubiera acudido a su mente, porque se puso pálida y con voz trémula, murmuró:

—Perdón. —Se abrió paso entre los diferentes clientes que pululaban por el lugar y miraban la escena con morbo. Salió de la librería a paso veloz seguida por la duquesa.

—¡Maldita sea! —bramó Anthony, mientras corría detrás de ella. Un par de mujeres con paquetes se atravesaron, tuvo que esperar unos segundos para darles paso, por entre los cuchicheos de la gente escuchó decir a Eleonor, mientras se alejaba de ella:

—Lo siento, lo siento mucho.

Amanda se despidió de Elizabeth, que lanzaba improperios contra el conde; no se sintió con ganas de apaciguarla. Se rasgó la falda del vestido al querer subir de forma apresurada al coche.

Anthony salió de la librería, llegó en un par de zancadas hasta el carruaje, y se dirigió a uno de los hombres que la custodiaban:

—Calzas verdes y chaqueta café, pelirrojo. ¡Sígalo! —bramó, furioso, mientras tomaba el picaporte de la puerta del coche que ya empezaba a moverse y entraba en él—. ¡Ahora!

Una vez adentro, encontró a su mujer evaluando el daño ocurrido a la tela. Al verlo, se quedó tiesa en la esquina del asiento del coche. Con los labios pálidos en una delgada línea y los ojos inundados de lágrimas.

—¡Sal de mi coche enseguida! —barbotó con la respiración agitada, las manos aferradas a su vestido y los nudillos blancos.

—No es lo que parece, cariño. —Necesitaba acercarse a ella de alguna forma ¡Maldita fuera su estampa! No podía ocurrirle algo parecido sino a él ¡A él!

Ella soltó una carcajada amarga.

—He oído que todos dicen eso y no soy tu cariño, ese se quedó en la librería.

Anthony inspiró profundo y trató de aferrarle las manos, pero por la mirada de Amanda supo que su gesto no sería bien recibido.

—Déjame explicarte lo sucedido —dijo en un tono suave, ajeno a la angustia que sentía— ¡Por favor, Amanda!

—¡Basta ya! —escupió las palabras con todo el resentimiento de años—. ¿Crees que lograrás convencerme de algo después de lo que vi? Estás loco, no soy ninguna imbécil. Me parece increíble que creas por un maldito momento que puedes excusar tu comportamiento, ya lograste lo que querías, a lo mejor tu heredero viene en camino, en lo que a mí respecta, déjame en paz.

Anthony sintió una laceración en el pecho ante el tono despectivo de renuncia por parte de su esposa y la máscara inexpresiva que cayó sobre su bello semblante. Se alejó de ella todo lo que lo permitía el coche, odiándola y odiándose por todos los malentendidos que aumentaban el distanciamiento. A lo mejor tenía razón y su matrimonio no tenía arreglo. Por la ventanilla del coche observó sin verlo el paisaje de la ciudad. Se llevó las manos al cabello. No, se negaba a que la desesperanza se hiciera cargo de su vida. En esos momentos no podría acceder a ella, se había encerrado en sí misma. Y lo peor era el escándalo, sabía que a la hora del té serían la comidilla en los malditos salones de la sociedad, que dirían que el conde de Somerville había vuelto a las andadas. ¡Maldita sea!

—Amanda, por favor...

—Partiré para Somerville Manor mañana en la mañana con los niños.

Era la casa de campo de la familia en Maidstone, condado de Kent, estaba a media jornada de viaje. De pronto a Anthony no le pareció mala idea, allí podría protegerla mejor y en el campo sería más fácil dar caza al maldito.

—Déjame arreglar unos cuantos asuntos y viajaremos juntos.

Ella lo miró, sorprendida.

—Nadie te ha invitado.

—También es mi casa y necesito alejarme de esta maldita ciudad.

—¿No te das cuenta de que no quiero verte?

Un dolor aplastante se había apoderado de ella, una furia asesina en el pecho apenas la dejaba respirar, era una emoción completamente nueva, que

apenas podía controlar. No se sintió así la primera vez, esto era más visceral, seguro porque lo tenía frente a ella y quiso arremeter contra él, tener la fuerza suficiente para hacerle daño. Se retrajo más, esto era tan ajeno a su forma de ser. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. No tuvo que preguntarle por qué lo había hecho, no importaban sus motivaciones, por lo visto no era suficiente para él. Se limpió la cara con un pañuelo, desesperada por querer dejar de llorar, pero parecía que su llanto tenía vida propia. Quiso que el coche volara y llegar rápido a su casa. No soportaba estar en el mismo espacio que su esposo en ese momento.

—No te voy a dejar sola.

Ella cruzó y descruzó las manos en el regazo, pero el tono de su voz fue firme cuando le habló:

—No te quiero allá.

El coche aminoró la marcha. Anthony bajó de él y extendió la mano para ayudarla, pero ella no tomó en cuenta el gesto y entró volando a la casa.

En cuanto el conde llegó al salón principal, al anunciarle George una visita, se percató de que su día no hacía más que empeorar.

—Buenos días, Anthony.

Su madre estaba sentada en uno de los sofás que rodeaban la biblioteca. Tomaba una taza de té, que soltó de forma algo brusca en una mesita esquinera tan pronto lo vio entrar en la estancia. Palideció de la impresión al mirar su rostro y sus manos aferraron el bolsito de color azul con evidente nerviosismo. Anthony se sorprendió al verla, pero años de entrenamiento en su oficio le hicieron adoptar una actitud displicente.

—Buenos días, madre. —Se le acercó y la condesa extendió una mano para saludar a su hijo, al que no veía desde el día de su boda. Él le dio un beso en los nudillos—. ¿Tuviste buen viaje?

Se sentó en la silla frente a ella y se dedicó a escrutarla.

—Sí, muchas gracias por preguntar —susurró, aún impresionada.

Seguía siendo una mujer hermosa, caviló Anthony, a pesar de sus más de cincuenta años. Tenía el cabello entrecano, ojos azules de un tono diferente al de su hijo —los de Elisa eran azul claro con visos grises; los de Anthony, del color del mar, azul profundo— y su figura era algo rolliza, pero bien proporcionada. La vida la había tratado con amabilidad. Demasiada, tal vez, se dijo su parte cínica y rencorosa. Tras unos segundos de elocuente

silencio, fue al grano:

—¿Qué quieres, madre?

—Verte a ti, a Amanda —sonrió, nerviosa—. En cuanto me enteré de que habías vuelto, decidí interrumpir mis vacaciones en Milán. Deseo saber cómo estás y cómo van las cosas con tu esposa.

—¿Por qué ese repentino interés?

—No seas injusto, Anthony. Siempre he vivido pendiente de ti. Tú eres el que me ha querido fuera de tu vida.

—Ya sabes por qué.

—Anthony...

—Como puedes ver, estoy bien. ¡No debiste haber puesto un pie en mi casa, te lo deje claro en nuestra última charla!

La mujer quedó sorprendida ante el tono en el que fueron pronunciadas las palabras, pero siguió hablando en tono suave:

—Siento mucho que hayas perdido el ojo y también lo que pasó con tu pierna.

Anthony no quería escucharla. Le dolía la cabeza y tenía el pecho encogido; siempre era así cuando estaba frente a ella. Era un dolor constante, pues con la muerte de su padre los había perdido a ambos y eso era algo que no le perdonaría a la vida y a la mujer que tenía enfrente. Sintió que el ambiente se espesaba debido a la tensión. Ella permanecía inmóvil con pose aristocrática, como esperando un veredicto.

En ese momento, entró Amanda al estudio. Lo único que evidenciaba el malestar de minutos atrás eran los ojos algo irritados y la palidez de sus facciones.

—Elisa, que alegría verte. —La saludó con un beso en la mejilla—. ¿Cuándo llegaste?

—Ayer en la mañana.

—Me hubieras enviado una nota. —La invitó de nuevo a sentarse y evitó mirar a Anthony, cosa que a este no le extrañó, después de lo ocurrido—. ¿Cómo encontraste todo?

—Muy bien, querida. —Sonrió la mujer, agradecida por la calidez de su nuera, en contraste con la petulancia y frialdad de Anthony—. Aunque Benjamín está algo achacoso.

La mujer se refería al viejo mayordomo que había acompañado a la familia del conde toda la vida.

—Debería retirarse— adujo Amanda.

—Es lo que le he rogado desde hace por lo menos tres años, pero no quiere. Además, tengo el presentimiento de que se moriría de pena si dejara su labor.

Anthony puso los ojos en blanco. Durante el siguiente cuarto de hora solo escuchó las amables preguntas de Amanda sobre el viaje, los lugares visitados y la gente que había conocido, después pasaron a charlar sobre los conocidos y por último a temas tan banales como la moda o el clima. Era el colmo, como si él no estuviera en el salón. Para el par de mujeres, que no dejaban de hablar, era como un adorno más de la habitación. Carraspeó, incómodo y ambas se quedaron calladas. Luego Amanda abrió los ojos como si se le acabara de ocurrir una gran idea y dijo:

—Elisa, parto mañana para Somerville Manor y deseo que nos acompañes.

Anthony tensó la mandíbula y le destinó un gesto fiero. “Por todos los diablos”, pensó y la miró como ratón a punto de caer en una trampa. Elisa sonrió con deleite y observó de reojo a su hijo antes contestar:

—Hace años que no voy a la casa de campo. Será un placer acompañarlos, querida.

Anthony trató de disimular la furia que sentía y con aire reflexivo, les dijo a las dos mujeres:

—Mi amigo Sócrates lanzó una pregunta: “¿Quién capitulará más pronto, el que necesita las cosas difíciles o quien se sirve de lo que buenamente pueda hallar?”.

Su madre lo miró de una manera que le dio a entender que se aferraría a cualquier oportunidad con tal de volver a ocupar un espacio en su vida.

Amanda lo ignoró, por su pecho se paseaba una furia ciega, pero no le daría el gusto de que la viera afectada, la llegada de su suegra era providencial, la había ayudado a mantener el control que sentía resquebrajarse cada que recordaba la escena en la librería. La vieja condesa los miraba de forma curiosa.

—Partiremos mañana temprano, madre. Me imagino que vendrás sola —dijo Anthony. La mujer sabía que se refería a la compañía del famoso pintor William Roulfe, con el que llevaba casada nueve años.

Amanda evitaba mirarlo. De perfil, pudo ver cómo tenía apretados los labios en una línea fina. Ya estaba harto y tenía cosas que hacer.

—William se quedará en Londres preparando las obras que presentará en el museo en otoño. Además, él sabe que no es bienvenido.

—Faltaría más —contestó Anthony.

Su madre soltó una inspiración rápida, consternada.

—Debes dejar el pasado atrás, hijo.

—No, cuando es mi padre el que está bajo tierra por culpa de los dos. Si me disculpan, señoras, tengo trabajo que hacer.

Salió del salón y se refugió en el estudio, donde se dirigió al aparador y se sirvió un whisky.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó a Charles media hora después.

—No, aún no.

Caminó de un lado a otro del salón hasta que un tirón en su pierna lo obligó a sentarse un rato y estirla. La espera lo estaba matando, el no saber nada aún, el no tener pistas. Se sentía como una rata en un laberinto. Maldijo su suerte al recordar su encuentro con Eleonor, aunque gracias a eso tenían una pista, esperaba que el hombre que la seguía los condujera a algo prometedor.

Casi dos horas después entró el sargento Finley en compañía del lacayo al que había mandado tras el joven pelirrojo. Del chico de las cuerdas aún no se sabía nada.

—Señor conde —saludó con una venia.

Anthony le hizo un gesto displicente con la mano y el sargento Finley lo azuzó a hablar.

—Seguí al hombre por casi una hora y efectivamente, siguió a la señorita Eleonor, que salió de la librería hasta una casa ubicada en Westminster. Ella habló algo con el par de hombres que la acompañaban, entró a la casa y ellos se quedaron en la puerta. El hombre que la seguía continuó su camino.

Anthony meditó en silencio y procesó la información. Recordó que Eleonor no quería alertar al pilla al mandar a uno de sus hombres tras él. Al salir de la librería había podido distinguir a dos de los escoltas al servicio de la red.

—Continúa.

—Atravesó Covent Garden hasta llegar a una callejuela cerca de Charing Cross. Entró en una taberna llamada El Perro Azul. Me acerqué al lugar y me senté de forma que quedé frente a él y el compinche que llegó unos minutos después.

—¿Cómo eran? Descríbelos.

Los siguientes minutos los pasó haciendo un retrato hablado del par de pillos.

—¿Y qué pasó después? ¿Oíste algo de lo que decían?

—Sí, señor, alcancé a escuchar que hablaban de un tal señor Tim, al que había que darle noticias.

—Señor Tim... —susurró Anthony—. ¿Qué más?

—Hablaban de lo que harían cuando tuvieran el dinero del señor Tim en las manos y luego se dirigieron a otra taberna, esta sí más cerca de Dru Lane. Ahí se sentaron a esperar y luego llegó un hombre muy raro.

Anthony, que se paseaba inquieto por la estancia, frenó de repente y exclamó:

—¿Cómo era?

—Era un hombre alto y delgado —contestó, temeroso del tono de urgencia que evidenció en la voz del conde.

—¿Y qué tiene de raro?

—Su rostro —continuó, ante la mirada fija de Anthony y el gesto de expectación del sargento Finley— no tiene expresión, tiene la boca delgada, los ojos son claros, pero con una mirada muerta.

—¿Qué pasó en la taberna? —interrogó Anthony.

—El hombre habló con ellos, les entregó un dinero y luego se marchó. No quise tentar más mi suerte y decidí volver con las novedades.

Anthony despachó al sargento Finley con un mensaje cifrado para Jordan y una carta explicándole que se ausentaría unas semanas de Londres, le molestaba dejar la ciudad, pero su familia era lo más importante.

Era él, el tipo de la taberna era él. Estaba seguro. Ese muchacho había estado más cerca del maldito que cualquier espía del servicio inglés en años. Anthony siempre había confiado en su intuición. El parche en el ojo, la herida de la pierna y su malogrado matrimonio habían sido el resultado de esas ocasiones insensatas en que no había seguido lo que su corazón le dictaba.

En la noche iría a la taberna y averiguaría mucho más. Oyó en el corredor las risas de Emmy y Damián y la voz de la señora Jacobs que los reprendía para que hicieran silencio. Abrió la puerta del estudio y vio algunos baúles al pie de la escalera y a los chiquillos que corrían al jardín. Por lo visto, su esposa había estado atareada todo el rato.

Anthony soltó un suspiro largo y cansado. Estaba convencido de que podría hacer más si no estuviera su familia de por medio. Si hubiera estado en

el continente en este momento, de forma muy sutil pero implacable, habría armado la de Dios en Cristo.

Luego, otro pensamiento inquietante le vino a la mente. Hacía años que no compartía techo con su madre, no tenía nada de qué hablar con la mujer que lo había traído al mundo, pero si ese era el precio que tenía que pagar por estar al lado de su esposa, lo haría sin dudarlo.

Amanda indicaba a la mucama de forma mecánica lo que iría en el baúl del equipaje, aunque su mente estaba puesta en la escena vivida en la librería. Una rabia contra el mundo la invadía y unas ganas inmensas de hacerle daño al par de seres que en ese momento le amargaban la vida.

—Milady, ¿el vestido azul de mañana o este amarillo?

—Cualquiera de los dos, Maggie, no me preguntes.

La mucama la observó, extrañada, guardó silencio y siguió en su tarea, el cuarto era un desorden de ropa, zapatos y sombreros.

Sabía que estaba comportándose de forma grosera, pero no tenía ganas de contentarla. La amante de su marido era una mujer hermosa y sencilla, nada llamativa, hubiera preferido que fuera como la amante de Dansbury, vistosa y vulgar, pero esa mujer no era nada de eso. En el momento en que los vio, sintió que su corazón se detenía. Era evidente que su relación era íntima y familiar, la de personas que se conocen muy bien y de mucho tiempo. Se sintió violenta, como si hubiera descubierto algo que nunca debió habersele revelado. Saber las cosas por terceros no es lo mismo que verlas con los propios ojos.

—Perdone que le pregunte, señora... —se atrevió Maggie.

—¿Sí? —le contestó Amanda, con expresión ausente.

—¿Se siente bien? ¿Desea un té a algo?

—No. —Miró a su alrededor y vio que casi estaba todo recogido—. Deseo estar sola un rato.

La mucama se retiró con una mirada preocupada.

Amanda se acostó de lado, encogida en la cama. De pronto sintió frío, como si alguien hubiera entrado y apagado la chimenea. Deseaba alejarse a un lugar donde nadie la conociera, huir, perderse en el mundo y que nunca volvieran a saber de ella. Anthony la había engañado de nuevo y ella, como una tonta, había caído, sintió un acceso de furor como si una ola la hubiera barrido y volvió otra vez el llanto. Quería romper algo. Ver a su esposo con esa mujer le dolía más de lo que creía posible. Estaba ciega por la sorpresa, la furia y el dolor. Ayer todo era perfecto hoy, en segundos, sus ilusiones y

esperanzas quedaban rotas en mil pedazos junto a su corazón. No había curas suficientes para enmendarlo.

Esa Eleonor era la mujer a la que su marido había preferido, con la que había compartido su intimidad por al menos un año, a la que tomaba su brazo con una familiaridad que solo debería estar destinada a ella, a su esposa. Se percató de que la superaba algo en edad, sería su experiencia lo que habría atraído a su esposo. Nunca podría competir con eso. Un llanto desgarrado la asoló de golpe. Lloró como si de pronto una vida entera de sollozos hubiera estado guardada en su interior.

No recibió visitas, y canceló los múltiples compromisos. Ni siquiera bajó a cenar. Tampoco compartió con los niños. Anthony trató verla en un par de ocasiones, pero desistió al ver que no respondía a las notas que le envió con Maggie a la habitación.

Anthony, Charles y Finley salieron tan pronto anocheció para la taberna de Dru Lane a recabar información.

Entraron en el lugar, que ya estaba abarrotado, y se sentaron en una de las mesas de cara a la entrada. Olía a rancio, a tabaco barato y a sudor. Anthony se levantó y se acercó al dueño del local, que estaba reprendiendo a una de las mozas que atendían, exigiéndole mayor amabilidad con los clientes. Le desagradó el hombre, no supo si por estar increpando a la muchacha o porque en ese momento odiaba a todo el mundo y la situación en la que se encontraba. Después de todo lo ocurrido durante el día, se dijo que una buena pelea no estaría mal y había más de un candidato para ello. Sonrió, irónico, no era el momento, quizás más tarde. Con una pinta de cerveza se sentó en la barra y trató de sonsacar al dueño.

Media hora después salían de la taberna con algo más de información. Sabían por lo dicho por el hombre que el individuo no era cliente asiduo del lugar. Había estado en tres ocasiones. No frecuentaba mujeres y solo se entrevistaba con el par de pilluelos. El Camaleón honraba su alias y cumplía su cometido: pasar desapercibido por todos lados.

Al llegar a la casa, lo recibieron más malas noticias. El chico de la cuadra, al que Anthony había hecho seguir cuando acudía a reunirse con su contacto, bordeó el Támesis y entró en una callejuela oscura. Minutos después la gente empezó a gritar, lo habían degollado en cuestión de segundos.

—Maldita sea. —El círculo se estaba cerrando.

CAPÍTULO 16

El día había amanecido algo nublado. Los pocos rayos de sol, regalo de algún espacio pequeño de cielo despejado, se extendían por la habitación de Anthony, que era un desorden de ropa y baúles. Charles hacía el equipaje.

Se había acostado en la madrugada, sintiéndose mal por la muerte del chico. Había enviado un mensaje a la familia y encargado a su secretario una indemnización en dinero para la madre. Dos muertos por el Camaleón en menos de cuarenta y ocho horas era perturbador, si todos los amenazados no estuvieran custodiados, ya serían pasto para gusanos. A ese paso sería difícil que encontraran a Lonsdale con vida.

En una hora partirían para la casa de campo. Había organizado un pequeño ejército para proteger a su familia durante el recorrido y el tiempo que durara la estancia en el lugar. ¿Cómo habría pasado la noche Amanda? Según le informaron, no había bajado a desayunar.

Charles le avisó que una mujer lo solicitaba, decía ser la madre de Emmy. Debido a su aspecto, George no la dejó entrar a la mansión hasta recibir órdenes y Anthony, que no deseaba escandalizar más a la servidumbre y que tampoco sabía qué intenciones llevaba la mujer, la recibió en el patio frente al establo. Los hombres que pululaban por el lugar le destinaban vistazos curiosos.

—Buenos días... —la saludó.

La mujer, aún joven, pero estropeada por las necesidades y el oficio, tenía un parecido muy marcado con su hija. Se acercó despacio, sorprendida de la apariencia de Anthony y con un brillo codicioso, le sonrió.

—Su Excelencia. —Hizo una reverencia burlona.

—¿Qué desea, señora...?

—Willow, Madeleine Willow, a sus órdenes. Vengo por Emmy.

Anthony ocultó la preocupación que lo invadió, le había tomado cariño a la pequeña y no deseaba verla por la calle pidiendo limosna o ejerciendo el oficio de su madre para hombres pervertidos. Apeló a su encanto, necesitaba conocer los sentimientos de la mujer hacia la hija, si a pesar de todo, veía que la amaba, no sería él quien las separara.

—¿Está segura de eso, señora Willow? Mi esposa la ha tomado bajo su

protección.

—¿Por cuánto tiempo, milord? ¿Hasta que se canse de su juguete y la tire como a trapo viejo?

—Ni mi esposa ni yo jugaríamos con los sentimientos de una pequeña.

La mujer sonrió con rabia.

—Eso dice ahora. —Alzó el tono de voz—. ¡Quiero llevármela!

Anthony intentó calmarla, pidiéndole con un gesto de la mano que bajara el tono de voz.

—En esta casa no le falta comida, cariño, amigos.

Algo cruzó la mirada de la mujer, pero fue tan fugaz, que Anthony no pudo dilucidarlo.

—Ella ya puede trabajar vendiendo flores en Covent Garden a las señoras que salen del teatro, yo ya estoy cansada y es hora de que Emmy me ayude.

No, no habría esperanzas para la pequeña a no ser que Anthony le diera una mejor vida y educación.

—¿Cuánto? —preguntó con semblante estoico ante el futuro que pintaba la mujer para la niña.

Sobre su cadáver la sacaría de allí. Había visto mucha necesidad y miseria durante la guerra, niños muertos de hambre o trabajando por un mendrugo de pan, no, si le podía evitar ese futuro al par de niños que habitaban su casa en ese momento, lo haría.

La mujer, que no esperaba esa pregunta tan directa, se quedó callada unos instantes, se llevó la mano al pecho y habló con voz titubeante.

—Yo era muy joven cuando salí de casa con John, nos casamos y llegó Emmy, Él trabajaba en lo que podía y ahí salíamos adelante, un día no volvió, pensé que se había cansado de nosotras, que nos había abandonado, a las dos semanas me enteré, por uno de sus amigos que pudo escapar, que se lo llevaron, milord, en uno de esos barcos, usted sabe, para hacerlos soldados y no volví a saber de él. Emmy estaba muy pequeña y yo tenía que alimentarla, nadie da trabajo a una mujer con un bebé, es como si perdiéramos el derecho a ganarnos la vida, volví a casa, me imaginé que mis padres se conmovieron al ver a la niña. —La mujer retorció un pañuelo que apretaba en sus manos. El acento *cockney* era muy marcado—. No fue así, me echaron de casa, ellos son muy estrictos, no puedo culparlos, campesinos buenos, pero estrictos, fue una bobada mía volver. Regresé a Londres y en lo único en lo que pude trabajar fue vendiendo mi cuerpo en los alrededores del puerto. El día que

descubrí el refugio de la condesa, fue un descanso.

—Yo podría darle trabajo.

La mujer negó con la cabeza.

—Estoy enferma, milord, y si ustedes pueden darle una mejor vida a mi hija, háganlo, solo espero que usted no sea uno de esos hombres raros a los que les gustan los niños.

—¡No! Mi esposa adora a Emmy y quiere educarla como una señorita.

—¿No tienen hijos? —Anthony soltó un suspiro—. Usted disculpe, yo haciendo preguntas indiscretas, mil disculpas, milord.

—No tenemos hijos aún, señora Willow —contestó Anthony con calma.

El semblante de la mujer se transformó de un gesto apagado a un gesto digno al escuchar como él la llamaba, lo que conmovió a Anthony.

—Le daré cinco libras.

La mujer lo miró, estupefacta.

—No, milord, es mucho dinero.

—Quiero ayudarla, señora Willow, si voy a hacerme cargo de Emmy, me sabe mal que usted esté en la calle y si ella desea visitarla alguna vez, que sea en un lugar decente, búsquese una casa, le enviaré un médico. ¡Charles!

El hombre, que estaba a poca distancia de él, se acercó, y el conde le pidió que anotara la dirección del administrador. Le dio unos chelines a la mujer, se despidió de ella y ya en el estudio, escribió una nota a Bronson con las instrucciones para la madre de Emmy.

Siete escoltas vestidos de paisano, montados en sus respectivos corceles, partieron muy de mañana rumbo a Somerville Manor. Rodeaban el lujoso coche en el que iban los esposos, la madre y los dos niños, seguido de cerca por dos coches más con el equipaje y los sirvientes personales de la pareja.

Amanda se había instalado en el silencio, roto solo por alguna pregunta que los chiquillos le dirigían. La condesa viuda permanecía callada al lado de ella. Observaba el paisaje o por lo menos lo simulaba.

—Nunca había montado en un coche tan lujoso —soltó Emmy y acarició la tapicería con reverencia.

—Nunca habías montado en ninguno —sentenció Damián.

—Puedes disfrutarlo todo lo que quieras, milady —le contestó Anthony y la miró con ternura.

En pocos días ese par de chiquillos se le habían metido en el alma. La

pequeña y preciosa Emmy, con sus ínfulas de gran dama, y el circunspecto Damián, que aún guardaba rasgos de desolación en la mirada. Seguro extrañaba a su padre. Lo entendía, a él le pasaba lo mismo a pesar de que ya era un hombre mayor y habían pasado años.

Atravesaron poblados y campos en medio de la cháchara de los pequeños y un juego de mesa que había llevado Amanda para que pasaran el viaje distraídos.

Ella percibía el desasosiego en el que estaba su marido, así tuviera los ojos cerrados, sentía su ansiedad como si tuviera cuerpo y ocupara espacio. Hasta su nariz llegaba el olor de su loción, que le trajo recuerdos de lo vivido dos noches atrás. El alma se le encogió de repente al llevar de paseo sus pensamientos por la escena de la librería. La había tratado como yegua de cría, la engañó y la encandiló con el único objetivo de engendrar un heredero. Rabiaba de la indignación, si estuviera sola podría dar rienda suelta a su ira, pero al estar acompañada, la educación le impedía demostrar sus verdaderos sentimientos.

Un bache en el camino la zarandeó y abrió los ojos para regalarle a su marido una mirada asesina. Anthony se la sostuvo, estaba frustrado por no poder explicarse, pero era consiente que a esas alturas, ella no le creería una sola palabra. Nunca había renegado de su trabajo, pero en esos momentos hubiera querido deshacer el camino andado, su servicio a su patria le pasaba factura una vez más a su vida personal. Trató de consolarse. Los matrimonios pocas veces eran felices y por lo visto el suyo no era la excepción. Entonces, ¿por qué sentía un agujero en el pecho ante el gesto dolido de su esposa?

El ambiente estaba tenso dentro del coche, Emmy trataba de animarlos cantando una canción. Elisa cerró los ojos vencida por el sueño. Él se limitó a aplaudir a la niña, como si la interpretación hubiera estado celestial.

—Canta como los ángeles, milady.

Damián le sonrió de forma burlona y Anthony le dijo:

—Estoy seguro de que Damián también lo disfrutó, como todo un caballero.

Él chico entendió el mensaje.

—Sí, estuvo bien —balbuceó.

Amanda notaba la devoción de Emmy por Damián, la manera que tenía de mirarlo, de querer en todo momento ganarse su aprobación. Quiso decirle que no se hiciera ilusiones, que todos eran unos falsos y que Damián cuando creciera sería un digno ejemplar de su especie, pero no quería matar los

sueños de la niña por su forma cínica de ver la vida. Emmy merecía sueños y así estos no se fueran a hacer realidad, ella no tendría por qué saberlo, aún.

Su suegra dormitaba al lado de ella y emitía un ronquido suave, que hizo reír a los pequeños. Notó la mirada de cautela de Anthony hacia su madre y les pidió silencio para que la dejaran dormir. Cada vez que los veía juntos quedaba asombrada ante el extraordinario parecido: la misma frente ancha, el pico de viuda, el contorno de los labios... Los ojos de él sí eran los mismos de su padre, lo sabía por los retratos que pululaban en la mansión. Cerró los ojos para sustraerse de la imagen de su esposo.

En la tarde, la comitiva se detuvo ante un portón de hierro forjado en el que destacaba el emblema de la familia.

Amanda adoraba Somerville Manor. Al pasar el coche una curva por la avenida rodeada de árboles y bellos jardines, apareció la mansión. Los jardines eran una delicia para la vista y la vivienda, elegante y acogedora a la vez. Era una preciosa casa estilo isabelino de veinte habitaciones, con varias columnas de chimeneas y los paneles de cristal repartidos en las ventanas, tan característicos de ese estilo. Una frondosa enredadera cubría casi todo el lado izquierdo del edificio.

Todos los recuerdos de su infancia y de la fatídica noche en que había perdido a su padre atravesaron de pronto a Anthony. Miró a su madre con rabia apenas contenida y Elisa le devolvió un gesto apenado. Amanda se percató del intercambio, pero no hizo el más mínimo comentario.

Los sirvientes de la mansión estaban en fila, listos para recibir a la familia. George, el mayordomo, se hizo al mando de la situación enseguida. Los niños correteaban por el jardín, era un atardecer luminoso, aunque había llovido más temprano en la mañana. Anthony entró a la casa detrás de Amanda, observando lo bien cuidada que permanecía la mansión.

—Gracias —le susurró a ella en el oído.

—No tienes por qué darlas, alguien tenía que hacerlo.

Se quitó los guantes y el sombrero que uno de los lacayos le recibió y le impartió instrucciones a una empleada sobre el cuidado y la cena de los niños. Se disculpó con Elisa, alegando un dolor de cabeza por el cual esa noche no los acompañaría a cenar, lo haría en su habitación. Con esas últimas palabras, subió la escalera con Maggie a la saga.

Anthony se encerró en el estudio después de impartir órdenes a los hombres que custodiaban el lugar. Se escuchaba el ajetreo de baúles y las órdenes de George y el ama de llaves a los demás empleados. Subió las botas

en el escritorio y bebió un trago de golpe. ¿Y ahora qué? Esperar a que el maldito hiciera algún tipo de aparición, en la zona no le sería tan fácil camuflarse, todos los lugareños se conocían, cualquier persona ajena al entorno causaría algún tipo de especulación y él se encargaría al día siguiente de poner sobreaviso a unos cuantos, que se encargarían de esparcir el rumor. “Métete en mi terreno, maldito. No sabes las ganas que tengo de acabar contigo”.

Observó la estancia y recordó cuando entraba al lugar y se sentaba en las piernas de su padre, mientras él sacaba cuentas o le leía algún libro. Le produjo una emoción más violenta que de costumbre, incluso ahora, doce años después de su muerte, recordaba los pequeños detalles de su última charla. La cabalgata de los recuerdos lo perseguía sin darle tregua y era de tontos ignorarla más tiempo.

Había acabado de llegar de Cambridge para las vacaciones de verano. Tenía dieciocho años y ya Jordan se había puesto en contacto con él para reclutarlo en su equipo. Partiría en dos semanas para un castillo cerca de Edimburgo donde, con otros nobles, atravesaría un entrenamiento de dos meses. A su padre solo le había dicho que era un grupo élite del ejército que actuaba en la sombra, aunque Anthony sospechaba que el conde sabía de qué se trataba, quizás en su momento habían intentado reclutarlo a él.

—Ya bastantes hombres se matan por nosotros, Anthony. ¿Qué necesidad tienes de ir a engrosar esa lista? —Notaba a su padre apesadumbrado y no propiamente por la noticia.

—Padre, deseo hacerlo.

—Son tu juventud e ímpetu los que hablan, jovencito, tienes una obligación para con el título, debes terminar tus estudios, casarte, tener hijos.

—Papá, si no defendemos este país, mis hipotéticos hijos no tendrán título ni tierras que heredar.

El conde negaba con la cabeza. Lo miraba, afligido.

—No estás pensando bien las cosas. —Se enderezó en la silla—. Esa vida requiere de mucho sacrificio, Anthony, no es un juego, te lo exigirá todo y llegará un momento en el que renegarás de haberlo hecho. Vas a vender tu alma al diablo.

Anthony lo miraba con la superioridad que da el creer saberlo todo, que en el fondo no es más que ignorancia. Cuánta razón había tenido su padre.

—Se lo debo a mi país, padre, deme su autorización.

El hombre se recostó en su silla con las manos en el abdomen, era aún joven y se conservaba en forma, pero su cabello ya empezaba a clarear y su mirada, vivaz e inteligente en otro tiempo, estaba apagada. Las comisuras alrededor de la boca eran pronunciadas.

—Te la daré, claro que te la daré, ¿has hablado con tu madre? ¿Te ha comentado algo?

—¿Algo de qué, padre? De esto no puede saber nada, cree que voy de vacaciones donde un compañero de estudios.

El conde hizo un gesto con la mano.

—No, no me refería a esto, tengo claro que debe ser secreto incluso para ella.

—¿Entonces...?

—Nada, son bobadas mías. Amo mucho a tu madre, si algún día me faltara, no podría con esta vida mía.

El joven lo miró, extrañado.

—No diga esas cosas, padre.

Consideraba al conde un excéntrico. De niño, cuando llegaba de Londres a visitarlos, siempre lo levantaba al alba y lo llevaba a recorrer los alrededores a caballo. A veces duraban todo el día montados en las bestias de acá para allá, al llegar a la casa, encontraban a Elisa furiosa por la tardanza y por la desconsideración hacia el hijo, ya que ni sirvientes con provisiones ni agua habían llevado. A Anthony no le importaba, adoraba a su padre.

Cuando creció, fue al internado y al volver de vacaciones, lo recibía siempre jovial. Ese verano en especial se le veía diferente, deambulaba por la casa toda la noche sin dormir y en el día no se levantaba de la cama. Elisa estaba distante y contrariada. Anthony no entendía por qué.

Una noche que él había salido a beber con un compañero de estudios que se alojaba cerca de la mansión, llegó al hogar casi a la medianoche y para no hacer ruido, entró por la puerta de la cocina, tomó una manzana del cesto, la mordisqueó y subió al pasillo de la entrada para verificar que George no estuviera despierto esperándolo. Iba para su habitación, cuando una discusión en el salón de su madre lo alertó, la puerta estaba entreabierta, pudo observar a su padre, que estaba de rodillas suplicándole que no lo dejara, que él le perdonaría cualquier cosa si permanecía a su lado.

—Yo no te voy a dejar, Maurice, eres mi esposo.

—¡Mentira! Lo amas todavía, lo sé, lo sé.

El conde lloraba sobre la falda de Elisa.

—No voy a responder a eso, nunca te he faltado, no entiendo, deberías hablar con el doctor Thompson, estás muy mal, me afectas y afectarás a Anthony si no te controlas.

—Haré lo que quieras, te daré lo que quieras, no te vayas, mi amor. Dime que no me dejarás.

—Yo no te voy a dejar, Maurice, soy tu esposa.

—Te vas a ir, lo sé y yo moriré.

—Cálmate, me asustas.

Anthony, petrificado, observaba la escena. ¿Por qué su madre no le decía que lo amaba? ¿Por qué no lo consolaba con esas dos palabras? Siempre había sabido que su padre amaba en demasía a su esposa, en cambio, Elisa era fría en su trato.

Se retiró, violento por la escena, y al otro día, al amanecer, un grito del ayuda de cámara de su padre alertó a toda la casa. Se escabulló de la cama y al llegar a su cuarto, un grupo de sirvientes se aglomeraba en la puerta, el llanto de criadas y lacayos le hizo presentir lo peor y no se equivocó. El conde se había ahorcado. Un lazo asegurado de una viga del techo con el cuerpo de su padre danzando en el aire fue lo primero que vio, junto a su madre, que lloraba desconsolada en el suelo, mientras el ama de llaves trataba de levantarla sin lograrlo. En cuanto lo vio a él entre el grupo de empleados, se acercó, presurosa.

—Anthony, hijo...

Él no hizo caso de su consuelo y se acercó al cuerpo de su padre, que ya George y el ayuda de cámara acababan de dejar en el piso.

—¡Fuera todo el mundo! —bramó.

—Anthony, deja que George y los demás se encarguen.

—¡He dicho que fuera! ¡Largo! Quiero estar a solas con mi padre.

Poco a poco, el grupo se disolvió, quedaron la condesa y él.

—Vete, madre, tú no lo querías.

La mujer soltó un llanto lastimero, se acercó a abrazar a su hijo, pero algo en la expresión de él la detuvo. Anthony aferró el cuerpo de su padre y sollozó sobre él largo rato. Cuando al fin se levantó para tomar las riendas de la situación, vio un paquete de cartas encima de la mesa de noche. Se acercó a ellas, estaban agrupadas por fecha y dirigidas a su madre, abrió una con celeridad, la última, fechada del mes anterior. Eran cartas de amor de un hombre que no era su padre. Empezó a temblar, la rabia y la pena lo ahogaban, leía y releía la misiva sin entender, su vida se partió en dos en ese

instante. Afrontar al unísono la muerte de su padre y la traición de su madre fue una experiencia demasiado violenta y dolorosa que moldeó su carácter y su perspectiva de la vida de ahí en adelante.

El marqués de Clevedon, el mejor amigo del fallecido, llegó a la mansión en la tarde y se encargó de todo. Se habló con la servidumbre, nadie debía saber la manera en que el conde había muerto, hicieron jurar a los sirvientes que esa información no saldría de esas paredes, como motivo de muerte alegaron un accidente en el caballo y pagaron al médico por el reporte.

Con el alma destrozada y un odio acérrimo hacia su madre, el nuevo conde de Somerville partió para su entrenamiento y luego volvió a sus estudios.

Anthony volvió a su presente, su único ojo se concentró en el fuego de la chimenea, a pesar de haber pasado doce años de aquello, la herida continuaba abierta. Nunca quiso escuchar una explicación de su madre, siempre le echó la culpa de la muerte de su padre. Ese día le entregó el paquete de misivas y no le volvió a dirigir la palabra hasta el día de su matrimonio, en el que ella quiso tener un acercamiento en la recepción y se aproximó a desearles felicidad. No sabía que su inocente esposa, queriendo cerrar la brecha, la había invitado, disimuló como pudo ante los asistentes y entre dientes le pidió que abandonara la estancia.

Elisa se había casado tres años después de la muerte de su padre con el famoso pintor, su amor de juventud y firmante de las cartas, lo que extendió la brecha aún más. No tenía idea de que Amanda y ella eran íntimas. No lo hubiera permitido. Soltó una risa irónica, al darse cuenta de que, de algún modo, su madre estaba en la misma posición que él con Amanda. La vida le daba una lección.

Salió del estudio y pasó ronda por toda la casa y los jardines. Conversó con los hombres, les brindó brandi para el frío de una petaca que llevaba en el gabán, y sin más novedades, se retiró a descansar.

CAPÍTULO 17

El día en la mansión de Kent empezaba con todos reunidos a la mesa del desayuno. Llevaban una semana en la casa solariega y la rutina poco había variado: el primero en bajar era Anthony, luego llegaba Elisa y lo encontraba leyendo el periódico —que llegaba puntual de la ciudad— ante una taza de té; ella, después de saludar, se sentaba en un lugar alejado de la mesa, más tarde los niños y Amanda hacían su aparición, y el frío hielo que cubría la estancia parecía disolverse.

Luego del desayuno, el conde cabalgaba con Damián, y el resto del día lo pasaba fuera de la casa, visitando arrendatarios y tomando nota de los cambios que deseaba hacer en su propiedad. También sostenía una constante correspondencia con Londres. Lucía tenso y preocupado, esperaba una estocada en cualquier momento. Se pasaba los días reflexionando, repasando las informaciones que tenía, tratando de encontrar alguna pauta, pista, algo en común, sin lograrlo.

Aunque tenía el inmenso deseo de arreglar las cosas con su esposa, sus preocupaciones en esos momentos lo superaban. Había recibido un mensaje de Jordan Grey el día anterior y las noticias no podrían ser más confusas. El marqués de Montevilet —el hombre que él podía apostar que estaba tras la pérdida de su ojo, el mismo que había pretendido a Amanda años atrás y que era, a fin de cuentas, el principal responsable de toda la situación en que se encontraba con su esposa— estaba en Londres. Aunque de viva voz era partidario del regreso de la monarquía y repudiaba a Bonaparte, razón por la cual se había ganado la entrada a muchos hogares de la nobleza británica, el francés siempre había estado en la mira del Ministerio de Relaciones Exteriores inglés, que no se tomaba tan en serio su supuesta adhesión, más después de los informes de un grupo de espías que lo sabían amigo, por debajo de la mesa, de Napoleón. Para nadie era un secreto que en las guerras muchos grandes inversionistas se mantenían neutrales, apoyando a uno y a otro bando según los intereses económicos. De acuerdo con los informes recibidos por Jordan, Montevilet, dueño de una inmensa fortuna lograda con los negocios de la guerra antes de Waterloo, le apostó al triunfo bonapartista

en esa instancia y perdió la mayoría de sus inversiones. Eso sin contar con que cualquier dinero se acaba si no se administra y la vida licenciosa del marqués también le pasaba factura.

¿Qué diablos hacía Montevilet en Inglaterra, y en la misma ciudad en la que estaba el Camaleón? Anthony no creía en coincidencias. Recordó las palabras de Alexander en su último encuentro:

—El Camaleón va detrás de nosotros, pero estoy seguro de que contigo se ha ensañado más, tiene otra munición contra ti, no dejes que la use.

Dobló el periódico, contempló muy serio a Amanda y lo invadió un instinto casi violento de protegerla y un estremecimiento de furia al pensar que ese cabrón podría tocarla. Estaría muerto en cuanto lo encontrara. Se levantó de la mesa sin prestar atención a la charla de su madre con su esposa.

—Vamos a cabalgar, Damián.

—Sí, milord.

—Abríguense, por favor, la mañana está fría —advirtió Amanda, viendo el cielo nublado más allá de la ventana.

El chiquillo se acercó a la puerta del salón y se despidió de las mujeres con una sencilla reverencia.

—Ese chico es adorable —observó Elisa, mientras ellos abandonaban la estancia—. Vaya, vaya, la cara de tu marido cuando los mandaste a abrigar era todo un poema.

Amanda esbozó una sonrisa.

—Sorprendido, seguramente, tu hijo y yo no estamos en buenos términos.

—Sorprendido no, querida —aclaró Elisa—, enamorado. Anthony está enamorado de ti.

Amanda ladeó la cabeza y soltó una risotada.

—Te equivocas, los afectos de tu hijo no están en esta casa —dijo, y tratando de ocultar el aturdimiento que las palabras de su suegra le ocasionaban, se dirigió a la pequeña—. En estos días tú también te montarás en un pony, en las caballerizas hay algunos que son dóciles. Mientras tanto, volveremos a las clases de dicción pero antes iremos donde la señora Jones, quiero ver cómo va la preparación de las tartaletas para mañana. —Emmy aplaudió, contenta—. ¿Nos acompañas, Elisa?

—Claro que sí.

—¿Podré comer manzanas caramelizadas? —brincaba la niña al lado de las mujeres, que se alejaban por el amplio corredor a la cocina.

—Solo una, tendrás diferentes postres de donde escoger.

Amanda había estado atareada en la organización del evento anual realizado por los lugareños en honor al buen desarrollo de la cosecha, que se recolectaría en el verano, y también para recaudar algo de dinero para arreglar el techo de la iglesia. Los arrendatarios se ubicaban en la parte sur de las tierras del conde, donde con carpas y mesas recreaban el evento, habría juegos y concursos, comidas, bebidas y baile. Los preparativos eran una distracción al dolor constante en su pecho por culpa de la traición de su marido. Pasaba el día dedicada a múltiples ocupaciones para evitar pensar, pero la furia no amainaba y se dormía la mayoría de las noches llorando. Había días en que no podía soportar su presencia, no toleraba verlo sentado a la mesa, quería herirlo, reclamarle el engaño; otros, en cambio solo deseaba ir a su habitación, entregarse a él y recibir las migajas de su amor.

Por fortuna, el orgullo venía en su rescate y le impedía cualquier acercamiento. Era consciente de que utilizaba a su suegra y a los niños como un escudo protector para impedir que su esposo se le aproximara, pero el resentimiento contra él le impedía sentir algún tipo de remordimiento por ello.

Anthony no aprobaba la celebración del evento, alegando que la situación no estaba para celebraciones, pero Amanda insistía en que era una tradición de años, que él no podía llegar e interrumpir sin dar una explicación válida. Sabía que su esposa tenía la razón y al no poder explicarle las verdaderas razones, decidió no intervenir más al verla entusiasmada con los diferentes preparativos.

Cuando Amanda entró en la cocina, bullía de actividad, los empleados no se sorprendieron, estaban ya acostumbrados a que apareciera en cualquier parte de la mansión. No era como otras nobles que ni siquiera conocían las dependencias de sus propias casas, ella consideraba que eso hacía a la servidumbre estar más alerta.

Dio instrucciones sobre los preparativos del día siguiente, mientras Emmy se sentaba en un taburete y la señora Jones le ponía delante un vaso de leche y una tartaleta. La niña comía sin cesar, como si estuviera almacenando comida para cuando le faltara. Amanda le había prometido que nunca se separaría de ella e imaginaba que era cuestión de tiempo que la chiquilla lo asumiera. No había hablado con Anthony del tema, pero lo veía encariñado con el par de chiquillos, que eran un consuelo por los hijos que, ya sabía,

nunca tendrían. Le gustaba sentarse en las tardes en el salón a tomar el té y jugar a las cartas o a las mímicas con los niños, que eran despiertos y muy inteligentes. Poco a poco, Emmy iba perdiendo el acento y vocalizando como lo hacía Damián.

—Me gusta este lugar —dijo Damián sobre la montura.

—¿Cuál? —preguntó Anthony— ¿La montura del caballo o el paisaje que nos rodea?

El chico sonrió. A Anthony le sorprendía que Damián no le temiera, lo respetaba sí, pero no le temía. No estaba acostumbrado a su trato con niños, pero él era especial y su relación había fluido sin artificios ni temores.

—Me gusta la casa, todo el lugar.

Pasaron frente a una cabaña de madera abandonada que a Damián y a Emmy les causaba mucha curiosidad. A veces, en las tardes, se escabullían y recorrían partes de la propiedad, esas salidas eran escasas y volvían a la mansión muy emocionados. Les gustaba acercarse al sendero del bosque, aunque los sirvientes les insistían en que no vagaran por esos lugares porque podían perderse. El chico pensó que la casa abandonada sería un sitio ideal para una de esas tardes de excursión con su amiga.

El conde llevaba el caballo a paso pausado, observando con deleite el panorama.

—Yo crecí aquí.

—Pensé que había sido en la casa de Londres.

Anthony soltó una carcajada irónica.

—En nuestro entorno social, los niños poco visitan Londres, solo unas cuantas veces al año y salen de las casas veraniegas para el internado. Aquí corren menos riesgos a contraer enfermedades. Los padres de la nobleza no son muy apegados a sus hijos y priman los compromisos sociales. Crecí a cargo de institutrices y tutores. El cochero me enseñó a pescar.

También recordó que el mozo de cuadra lo había enseñado a hacer trampas con los dados, pero esa no era una información para compartir con el pequeño.

Se sorprendió por la nube de tristeza que atravesó el rostro de Damián.

—Entonces usted era como yo, pero con sus padres vivos —soltó el pequeño.

—No todo fue malo, cuando mis padres estaban en casa, trataban de

tenerme cerca, fui en verdad afortunado en comparación con otros chicos de mi edad.

—Mi padre era soldado y mi madre nos cuidaba a mi hermana y a mí.

—¿Hermana? —interrumpió Anthony al instante— ¿Tienes una hermana? ¿Dónde está?

—Ella murió de fiebres, y luego le siguió mi madre, cuando papá fue a la guerra, quedé al cuidado de mi padrino, un vicario de Cornualles a quien no le gustaban los niños. Me llevó a Londres con una hermana suya que fue quien me dejó en el refugio.

El caballo resopló y Anthony aceleró el paso a un trote ligero. Una vez más se sorprendió de la soltura con que Damián manejaba la montura, como si hubiera nacido sobre uno de esos animales.

—Lo siento mucho, Damián. —Las cosas eran peor de lo que él había temido.

—Mi mamá nos hacía galletas de avena y jugaba con nosotros, nos contaba cuentos y no se separaba de mi hermana ni de mí. La condesa me la recuerda.

El velo de nostalgia que cubría al pequeño no se iba y Anthony pensó en la mejor manera de sacarlo de su tristeza. “Sus padres y una hermana”, caviló, consternado, “este chico ha perdido mucho”. Él era casi un adulto cuando perdió a su padre, no se imaginaba el dolor de un niño.

—Tienes suerte de estar vivo. Te expresas muy bien para tener diez años —dijo, para distraerlo y distraerse él de sus preocupaciones.

—Cumpliré once años el próximo mes. Mi madre era hija de un clérigo y muy exigente con nuestra educación.

—Serás todo un hombre, Damián, y habrá que celebrarlo.

De pronto se sintió observado, había alguien vigilándolos. Miró alrededor y vio en la colina que un hombre sobre un caballo lo aguardaba, seguro estaba custodiándolos, aunque no recordaba haber marcado ese punto en especial cuando ordenó la vigilancia. La brisa fría refrescaba el aire de mayo, de cerca, se escuchaba el trino de los pájaros.

—Vamos a hacer una carrera hasta aquel árbol, tengo que hablar con el hombre que hace guardia allí.

Azuzaron los caballos a campo traviesa galopando a más velocidad, el ruido de los cascos chocando con la tierra lo distrajo un momento de sus pensamientos. Antes de llegar a la colina, vio que el hombre soliviantaba el caballo y se alejaba en dirección al norte, como si conociera el camino. Por lo

visto no era un guardián.

Anthony llegó al lugar y observó cómo el jinete se alejaba a gran velocidad, si no hubiera estado Damián a su lado, le habría dado caza. ¿Qué haría allí? Era diestro en el manejo del animal, lo dirigía con mano dura. Vestía una capa larga con la capucha en la cabeza. Volvió la cabeza en dos oportunidades y lo perdió al llegar al bosque. Se quedó en el lugar unos minutos, el chico lo miraba con gesto confundido.

Al llegar a la colina, el sargento Finley y otros hombres, se acercaron al conde.

—¿Qué pasó? —preguntó con el ceño fruncido al sargento, en cuanto tranquilizó a su alazán—. ¿Por qué no estaban en sus posiciones?

—Milord... —Miró a Damián y luego de nuevo al conde, que le pidió con un solo gesto que continuara—... Encontramos a un joven merodeando un poco más al norte, disparé como acordamos y los hombres vinieron a ayudarme a darle caza.

—¿Lo atraparon?

—No, milord, se nos escapó por un pelo.

—Era un distractor. —Anthony hizo una profunda inspiración, pensativo—. El maldito estaba en la colina esperándome, cuando se dio cuenta de que lo había detectado y me acercaba a él, huyó. Por lo visto el señuelo les dio guerra, yo no escuché el disparo, a lo mejor estaba ensillando los caballos. Ese lapso le dio tiempo a este hombre de acercarse. Perdieron mucho tiempo para volver a recuperar sus puestos, esto no se puede volver a repetir. Pudo dispararme sin problema.

—Él debió ver que estábamos cerca y no le convenía quedarse o hacer algún movimiento. No hubiera podido escapar, mire, señor, por el este vienen los demás. No hubiera salido vivo de aquí si le hubiera disparado.

Anthony se volvió al niño, que lo observaba con los ojos muy abiertos. Acercándose a su montura, le puso las manos en los hombros y lo miró con seriedad.

—Damián, hijo, voy a pedirte que este episodio quede entre los dos. No quiero que las mujeres se enteren, el hombre que me persigue es un viejo enemigo de cuando estaba en Francia.

El chico lo miró con temor.

—¿Acaso él fue el que lo lastimó? —preguntó—. ¿No le ocurrirá nada, verdad?

Anthony quiso abrazarlo, le inspiró una honda ternura ver su gesto

angustiado.

—No me va a pasar nada —afirmó—. No te preocupes.

El chico miró a los hombres reunidos y en tono de voz bajo, concluyó:

—Ahora entiendo la cantidad de soldados cuidándolo.

—Ya sabes, esto debe quedar entre los dos.

—Se lo prometo, milord.

—Sargento —ordenó el conde—, lleve a Damián a la casa, quiero hacer un recorrido con un par de ustedes. ¡Vamos!

Al mediodía, Anthony aminoró la marcha del caballo al vislumbrar de lejos la casa. El cielo estaba despejado y se acercó a los jardines. Ya un poco más calmado, se dedicó a observar el entorno, se notaba la mano de Amanda en cantidad de detalles. En cuanto llegaron a la casa campestre, a pesar de que lucía impecable, su hacendosa esposa tomó nota de algunas refacciones y a los pocos días el lugar brillaba, el desfile de mujeres, esposas e hijas de los arrendatarios empezaba en la mañana, ella les había organizado un negocio de tejidos y bordados que era famoso en la zona. Él no vislumbró esas cualidades cuando le dio el sí en la iglesia, ni en el tiempo que vivieron juntos después.

Se bajó del caballo y encontró a Damián junto a su sirviente, cepillando y alimentando a los animales. Siguió rumbo a la biblioteca, donde la correspondencia del día y su madre lo esperaban.

—Anthony, necesito que hablemos.

Él, con gesto de fastidio, ordenó al paje que cerrara la puerta. Admiraba el tesón de la condesa, otros ya habrían desistido ante sus heladas miradas. Rodeó el escritorio y tomó asiento.

—Habla, madre —dijo con gesto serio.

Elisa se negó a sentarse y juntó las manos en un ademán nervioso.

—No me hizo mucha ilusión el inicio de mi primera temporada, estaba enamorada de William desde los quince años. Era nuestro vecino, su padre era el abogado del mío e insistía en que su hijo estudiara leyes, pero él ya había descubierto su afición a la pintura.

—Madre —interrumpió Anthony de manera brusca—. No quiero que me hables de él.

—Es importante —Bajó el tono de voz y la mirada desolada de su rostro impactó contra el muro que había erigido frente a ella—. Déjame hablar, no te molestaré más, lo juro.

Controlando su incomodidad, Anthony hizo una inspiración, como si

estuviera considerándolo.

—Continúa.

Elisa siguió su relato presa de los nervios.

—William pidió permiso a mi padre para cortejarme, pero él se ofendió, ningún hombre sin título podría aspirar a mi mano, al fin de cuentas me habían criado para casarme con un noble. Tu abuelo deseaba una unión que le trajera nuevamente prestigio a su título nobiliario, algo que había perdido por errores del pasado. Humilló a mi pretendiente de una forma terrible y decidimos vernos a escondidas, yo era rebelde y estaba tan furiosa que no me importaba. Pero en cuanto su padre lo supo, prefirió darle a su hijo lo que tanto quería y enviarlo a París a estudiar pintura, con tal de alejarlo de mí. William se fue, pero seguimos nuestro idilio por correspondencia, él le escribía a mi prima Bela y ella me enviaba las cartas. Así fue, hasta que en un baile conocí al conde de Somerville y él pidió mi mano. No te voy a mentir, detesté cada minuto del cortejo. No amaba a Maurice, no podía, mi corazón pertenecía a William y así sería siempre. Él se enamoró de mí y mi padre me obligó a aceptarlo, ya sabes que nosotras no podemos hacer nada al respecto, solo obedecer los designios familiares. William dejó de escribirme en cuanto se enteró de la boda, se fue para Italia, y yo traté de ser una buena esposa para tu padre, pero nunca pude amarlo como él me amaba a mí. Las cartas de William se reanudaron cuando él volvió a Inglaterra, tres años antes de la muerte de tu padre y no dejaron de llegar, a pesar de que nunca le contesté. Siempre estuve al lado de Maurice y lo respeté.

Anthony soltó una carcajada carente de humor.

—¿Respeto? Se suicidó por tu culpa.

Elisa trató de acercarse dando la vuelta al escritorio, pero Anthony la frenó con una de sus gélidas miradas. La mujer entendía lo que un episodio de ese calibre afectaba la vida de una persona. Anthony aún no había pasado la página y a lo mejor nunca lo haría.

—No soy culpable de su muerte, aunque sí de no amarlo.

Su hijo había sufrido mucho, ella lloró en los brazos de William el día antes del viaje, al recordar la fuerte la impresión sufrida al verle el rostro tan transformado, pero no era lo evidente lo único que la angustiaba. No le gustaba la tensión que percibía en la pareja, se notaba que estaban enamorados uno del otro, pero un muro de incomprensión los separaba. Elisa lo único que deseaba era ver a Anthony satisfecho con su vida, así no la quisiera a ella. Él la miró en silencio, eso la animó a continuar.

—Anthony, me preocupas. Tienes a una mujer buena y bella a tu lado, ¿qué te impide ser feliz?

—No voy a hablar de mi matrimonio contigo —afirmó él, furioso por los sentimientos que lo asolaban.

De repente tuvo la urgente necesidad de contarle a su madre sus penas, sus sufrimientos, de que ella lo consolara, como cuando era un niño y perdía algún juguete que adoraba o cuando se raspaba las rodillas. Recordó las dulces caricias que le prodigaba. Elisa, contrario a muchas mujeres de la aristocracia, no había sido fría y distante con él, siempre estuvo muy pendiente de su educación y de brindarle cariño.

—¿Te casaste enamorado de Amanda?

—Por supuesto que no. No iba a cometer la misma estupidez que mi padre.

Anthony se levantó de la silla, caminó hasta el aparador de los licores y con un gesto le ofreció algo a su madre, pero ella declinó. Se sirvió un coñac y se sentó en una de las esquinas del escritorio, el licor le ayudó a relajarse.

—¿Y después? ¿Te enamoraste de ella? —insistió la condesa.

—No voy a contestarte a eso —respondió Anthony, con el corazón encogido.

Por supuesto que la amaba, eso no podía seguírsele negando a sí mismo. La necesitaba, la deseaba, a veces se quedaba sin respiración al verla cuando sonreía y trataba de hacer felices a todos a su alrededor. Aunque desde lo ocurrido en la librería su risa siempre estaba ausente cuando se encontraba en su presencia.

—Anthony, eso es lo que yo siempre he temido, que por lo sucedido con tu padre, tú te crearas la idea errada de que el amor es solo fuente de dolor y te resistieras a él. Yo no pude amar a tu padre porque mi corazón no me pertenecía. El amor no se puede imponer y eso Maurice no pudo soportarlo. Pero desde que el mundo es mundo existen el amor y el desamor, las personas sufren, pero pocas veces eso las lleva a la muerte. Yo durante mucho tiempo me sentí culpable del dolor que le causaba, hasta que me di cuenta de que su exceso de tristeza era producto de una enfermedad que había padecido desde niño. —La condesa guardó silencio unos momentos para darle mayor peso a sus palabras—. Tu padre sufría de un trastorno de melancolía crónica, seguido por periodos de euforia.

—¡Mientes! Cuando yo era un niño él era muy vital.

—Esos episodios fueron los que lo salvaron de terminar en un manicomio y de perder el título. Había meses en que estaba bien, de pronto sufría de euforia seguida de una profunda tristeza, yo tenía que tomar sola muchas decisiones, ocultar lo que le ocurría, a ti y a la alta sociedad. No sé si recuerdas...

Anthony movió la cabeza de un lado a otro, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. Por su mente pasó el trágico recuerdo de su padre cabalgando con él a su lado o pescando, o cuando en Londres, en unas cortas vacaciones, ya adolescente, lo llevaba a las obras de teatro subidas de tono en Dru Lyne. Esas imágenes tenían el poder de estrujarle dolorosamente el pecho por todo lo que había perdido.

—¡Sal de esta habitación! —Anthony sintió que un puñal le retorció las entrañas—. ¡Ahora!

Elisa exhaló un suspiro de frustración y caminó hasta la puerta. Si su esposo no hubiera encontrado esas malditas cartas a lo mejor seguiría vivo. Deseaba devolverle su padre a Anthony, pero eso nunca sería posible. Lágrimas de impotencia corrieron por sus mejillas, su hijo jamás la perdonaría, ni aunque se arrodillara mil veces. Nunca la creería, nunca.

—No puedo deshacer el pasado —repitió en voz alta, aunque más para sí misma que para su hijo—. ¡Lo siento mucho! —añadió, mirándolo a los ojos—. Mañana mismo volveré a Londres.

—Muy bien. —Anthony asintió, fingiendo una tranquilidad que estaba lejos de sentir. Tuvo que recurrir a sus dotes diplomáticas para enmascarar el dolor que experimentada, la herida seguía en carne viva.

—Pero tú... No eches tu matrimonio por la borda, hijo, una vida sin amor es muy dura. Amanda te ama y solo quiere devoción de tu parte. Y tú la amas a ella, eso es evidente.

Anthony le dirigió a su madre una mirada cortante.

—Te ruego que permanezcas lejos de mi familia —le advirtió y no supo por qué se sintió un miserable.

La condesa no hizo muy buena cara ante la despedida de su suegra.

—Deberías quedarte un par de días más, me has ayudado mucho para la celebración de mañana.

—No puedo, querida, William me pidió que regresara, la exposición se adelantó y me necesita para ultimar detalles.

La mirada de tristeza de Elisa, vacía de toda esperanza, le dijo a Amanda

que a lo mejor la mujer mentía, pero no quiso incomodarla más.

CAPÍTULO 18

Un silencioso acompañante lo tomó del brazo y con brusquedad, lo hizo bajar del caballo. El francés se soltó y lo miró furioso, pero la expresión del hombre no cambió. Entraron en la mansión y caminó por un largo corredor escuchando solo el resonar de los pasos de ambos. El sirviente giró el pomo de la puerta y lo invitó a entrar en la habitación.

—No debió venir, alguien pudo haberlo seguido —dijo el hombre sentado en una silla al ver al intruso en el dintel de la puerta.

—Yo sé escabullirme, no se preocupe —dijo secamente el francés.

—¡Qué gran consuelo! —exclamó el otro, con clara ironía—. No vuelva a aparecer por aquí, envíeme sus mensajes por el medio habitual.

Nadie podía dilucidar de qué país era el Camaleón, caviló el recién llegado. Estaba seguro de que francés no era, aunque su dicción de dicho idioma podría hacerlo pasar por parisino cuando estaba en Francia. Ahora hablaba en un correcto inglés de las clases altas y su pose era indolente. Le inspiraba una viva curiosidad que, sabía, nunca sería saciada. Esbozó una sonrisa irónica.

—Tengo derecho a venir cuando quiera, la casa es mía, por si no lo recuerda, y usted no me envía ningún dato. Necesito informes, si no diarios, por lo menos dos veces a la semana. Aparte de corroborar la identidad de Lonsdale y tenerlo a buen recaudo, y haber confirmado que el otro nombre de la lista es el conde de Somerville, poco ha hecho, aparte de un par de cuerpos degollados. ¡Quiero a Somerville muerto!

El día que supo que el conde era uno de los espías, supo que era la hora de su revancha. Así no hubiera estado en la dichosa lista, se hubiera encargado de él y de su esposa tarde o temprano, de modo que esto solo era una feliz coincidencia. Tenía cuentas que saldar con varios ingleses, pero a Somerville era al que más odiaba, se había interpuesto en su camino siempre y ahora pagaría cada una de sus acciones. Moriría despacio y por su mano, como quiso siempre.

—Está violando nuestro trato, recuerde que no solo trabajo para usted, en cuanto complete mi labor, lo sabrá. Si vuelve a poner los pies en este lugar, me veré en la obligación de informar que está entorpeciendo la misión

designada y ni a usted ni a mí nos conviene.

El marqués hizo un gesto displicente.

—A mí no me confunda con los ladronzuelos con los que trata.

Miró de forma despectiva el salón, lúgubre y mal decorado. Los ingleses, a excepción de las clases altas, no se caracterizaban por el buen gusto en la decoración de las casas de campo.

—No confío en nadie sino en mí —aseveró el Camaleón.

—Su sirviente no es muy simpático.

—No le pago para que le sonría a la gente. —El hombre apostado en la puerta era grande, de manos gigantes y rasgos eslavos muy marcados—. Ahora tendré que peinar el terreno para saber si alguien lo siguió. Jordan Grey y sus hombres no son ningunos tontos.

El francés se levantó de la silla y caminó por la estancia.

—No quiero que pierda más tiempo —exigió, exaltado—. ¡Quiero sangre!

—Lonsdale está en mi poder, si quiere, lo mato enseguida.

Al marqués le corrió un escalofrío por la espalda ante el tono utilizado y la mirada helada que lo acompañó. Lo consideró: matarlo y tirar su cuerpo cerca de la casa de campo de Somerville. No, aún lo necesitaba vivo, para seguir intentando sacarle información, y también porque podría pedir rescate por él a su familia. Se estaba quedando sin dinero y no quería que los demás olieran su desesperación, ni que supieran que sus apuestas al bando equivocado en la guerra y su vida licenciosa lo tenían al borde de la bancarrota. Aunque de esta misión solo un nombre le interesaba y hasta que no estuviera bajo tierra, no tendría paz.

—¡No! Déjelo, lo necesito con vida —dijo fríamente.

El otro movió la cabeza, reflexivo.

—Es un hombre difícil, me ha costado mantenerlo dócil, pero no ha soltado ni una palabra, por más de que hemos sido muy persuasivos.

—Siga insistiendo, necesito algo, lo que sea.

El Camaleón sabía lo que el marqués buscaba. Tanto en el bajo mundo como en las élites, la información era primordial, el que la poseyera tenía el poder. Lo observó, un hombre en la treintena, bajo y delgado, de rostro anguloso y ojos pequeños, vestido a la moda. No le inspiraba confianza, pero una bolsa de dinero que apareció de repente sobre la mesa lo distrajo de sus divagaciones.

—Necesito traer a Amanda, la condesa de Somerville, a esta casa.

Quiero que ese malnacido sufra.

El sicario sopesó lo dicho por el francés.

—Ese hombre se ha tomado en serio la protección de su familia, no deja acercarse a nadie que no sea de su círculo íntimo. Pero mañana habrá una fiesta cerca de la casa, ese sería el único momento.

—Pues hágalo.

Este mundo sería un lugar mejor sin tantos señores con títulos que iban por la vida respirando el aire como si todo les perteneciera, caviló el Camaleón mientras Montevilet salía de la estancia.

Amanda levantó el velo de la cortina. El cielo azul y sin nubes se extendía más allá de los ventanales y sonrió satisfecha. Se alistó temprano, desayunó un café, salchichas y pastas en la cocina, que era un hervidero de gente, mientras la señora Jones aupaba a los lacayos con las bandejas de postres, tartaletas y confites, para acomodarlos en una carreta. Con la ayuda de Maggie preparó a los niños y al poco tiempo estuvieron montados en el coche. Observó a Anthony, que con talante serio impartía órdenes a los hombres que los vigilarían. Vestía con sencillez, pero estaba igual de guapo que si lo hiciera de etiqueta: pantalón oscuro, unas botas gastadas de color marrón, camisa blanca, chaleco y gabán color café. Le observó al cinto una pistola, parecía uno de esos piratas, protagonistas de las novelas románticas que leía de vez en cuando.

—Todo está dispuesto —aseguró el sargento Finley, mientras los hombres se subían a sus respectivos caballos.

Escuchó a Amanda reír de un comentario de Damián y contuvo la respiración cuando ella le despejó la frente y le obsequió un beso. Apreció la caricia de sus labios rojos, sintió celos y envidia, y al mismo tiempo una inmensa ternura que amenazaba con asfixiarlo. Las palabras de su madre no le daban un minuto de sosiego, se negaba a darle nombre a los sentimientos que lo llevaban en caída libre a un vacío que prefería evadir. Estaba preciosa, con un vestido azul cielo, ribetes de color blanco en las mangas y un chal de lana suave de varios colores sobre los hombros, el cabello apenas cogido en un moño suelto. El corazón se le anudó en el pecho por el fuerte deseo de abrazarla, de sentirse querido por ella, aceptado con sus luces y sombras.

—No quiero a mi esposa sin vigilancia un segundo, sargento Finley, lo hago responsable de ella.

—Sí, señor conde, acepto esa responsabilidad, ya hay hombres situados en el perímetro del bosquecito donde será la fiesta y algunos se camuflarán con los campesinos. Pero usted y su esposa deberán retirarse antes del anochecer, mis hombres no verán nada en la oscuridad.

Anthony maldijo para sus adentros lo absurdo de toda la situación, estaba harto, necesitaba agarrar al asesino, matarlo con sus propias manos y arreglar las cosas con su esposa.

Amanda, sintiendo el imperio de su mirada, le dirigió una de soslayo. No entendía el despliegue de hombres alrededor, cuando le preguntaba a su esposo sobre el tema, la evadía sin contemplaciones o le daba siempre los mismos argumentos: que los peligros después de la guerra se habían quintuplicado, que las cosas habían cambiado mucho, que había un número elevado de soldados sin recibir paga y delinquiendo. Pero ella no veía nada anormal en sus salidas a las poblaciones vecinas.

A los pocos minutos llegaron al claro del bosque donde ya estaban dispuestas las mesas con variados fiambres. Los aldeanos pululaban por el lugar, los más industriosos llevaban diversos artículos para la venta, había una carpa donde una adivina leía el porvenir a las cartas, y el puesto donde se despachaba la cerveza ya tenía una fila aunque apenas eran las once de la mañana. Los niños corrían detrás del carruaje.

Emmy y Damián miraban alrededor con un brillo de alegría y sorpresa en sus ojos. Unos metros más allá estaba el lugar donde tendrían lugar las diversas competencias: tiro al blanco, carrera de gallinas y en tres piernas, y enfrentamientos de esgrima con espadas de madera. En una pequeña tarima, la orquesta del pueblo alistaba sus instrumentos.

Varias personas se acercaron a saludarlos. Anthony, con una mirada, inspeccionó de un lado a otro por entre los árboles que rodeaban el espacio y asintió, complacido, al sargento Finley. La institutriz de los niños, escogida por Amanda entre las empleadas más eficientes de la finca, se los llevó para que participaran en diversas competencias y a los pocos minutos los observó corriendo con los demás, llevando banderillas en las manos.

El evento era famoso en la comarca y se veía a algunos nobles de condados vecinos paseando por entre los puestos. Era un día amable, los rayos de sol se colaban entre los árboles, la brisa traía el canto de los pájaros, las carcajadas de los niños, las malas palabras de los jóvenes. Amanda se acercó hasta la esposa del herrero, que la saludó con una sencilla venia y se pusieron a charlar, luego examinó los puestos uno a uno, mientras observaba

de reojo a su esposo, que tenía el hombro apoyado a un árbol y bebía de su cerveza sin dejar de mirarla.

Anthony no estaba disfrutando como debiera, al paso de las horas y con la jarra de cerveza en la mano, pasaba de un grupo a otro, sin perder de vista a su mujer y todo lo que podía abarcar. Alrededor del mediodía, un hermoso alazán negro llegó con un elegante jinete, dio una vuelta hasta llegar a donde estaban los otros caballos y el hombre se bajó con soltura. El duque de Shuterland acababa de arribar a la feria. Los cuchicheos no se hicieron esperar, las jovencitas reían nerviosas, mientras Alexander llegaba hasta donde estaba Amanda y la saludaba con corrección.

—Su Gracia. ¡Qué sorpresa! Es todo un honor, bienvenido.

—El placer es todo mío, lady Somerville, déjeme decirle que está más bella que nunca.

Amanda sonrió, lo conocía muy bien. El duque de Shuterland, guapo, rico y desvergonzado, de cabellera rubia y ojos verdes, tenía algo en sus facciones que denotaba una ferocidad muy similar a la de Anthony y que estaba ausente en casi todos los otros lores que conocía. El conde se acercó y lo miró con su único ojo entrecerrado y una clara señal de advertencia.

—Me imagino que no fue por las tartaletas de fresa de la señora Jones que viniste desde tan lejos —replicó, molesto, como siempre que su esposa se mostraba atenta con algún otro que no fuera él.

Una inesperada sonrisa curvó los labios del duque y fue la causante de que varias de las jovencitas presentes soltaran sendos suspiros. La esposa del alfarero se acercó con una jarra de cerveza y una bandeja con diferentes postres. El duque tomó la bebida y degustó la comida.

—Me podría aficionar a las tartaletas de la señora Jones —dijo en voz alta. La mujer, unos metros más allá, sonrió ruborizada y complacida—. El aire de Londres está muy pesado en este momento, demasiadas damiselas en el inicio de la nueva temporada, demasiadas madres desesperadas porque empiece la cacería.

—¿Qué les pasa a los lores está temporada? —preguntó Amanda—. Le huyen al compromiso como a la peste. Si supieran cómo se sienten todas esas jovencitas, pienso que no serían tan superficiales en sus comentarios, son sus vidas y sus futuros los que están en juego y ni siquiera pueden elegir.

—Lady Somerville —contestó el duque, circunspecto—, siento mucho si mi comentario la molestó, pero muchas de esas jovencitas, al tener un anillo en el dedo, sacan ya no las uñas, las garras, y créame, pueden hacer

infeliz al hombre más santo.

—Eso tiene que ver mucho con la educación y con las expectativas, muchos hombres se casan con jóvenes vivaces e inteligentes, pero pobres de ellas si muestran un rasgo de que son más capaces que sus maridos.

—No tengo ninguna duda de la inteligencia de las mujeres, condesa, usted es una buena muestra de ello y no veo al conde apagando el fuego con que expresa sus ideas —sonrió, ladino.

A Anthony le gustaba la franqueza de Amanda, ese era otro rasgo que atesoraba, era cierto, las mujeres sufrían muchas desventajas, sobre todo si eran inteligentes, muchos hombres, al sentirse amenazados, las pisoteaban sin clemencia y por eso se las veía en tertulias y bailes, hastiadas de todo y de todos, muchas con temor a expresar sus puntos de vista y sonriendo hipócritamente ante los comentarios banales, cuando preferirían disertar sobre libros, viajes o hasta opinar de política.

—No se equivoque, lord Shuterland, este es un mundo de hombres, si nosotras tuviéramos sus mismas prerrogativas, todo sería muy diferente.

Al escucharla, Anthony quiso devorarle la boca, quería ver ese fuego en su cama, alrededor de él, entraría con gusto en esa hoguera, se inclinó a apartarle de la mejilla un mechón de pelo. Amanda se sonrojó por el gesto.

—Somerville, tienes una revolucionaria en casa. No sé si debería felicitarte o darte mis condolencias.

Una mujer se acercó a la condesa a preguntarle algo, hablaron por varios minutos y al final, ella se disculpó y la siguió hasta uno de los puestos.

—Bella y guerrera... Qué mezcla, amigo mío —susurró Alexander a Anthony.

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma en que se expresa y nos mira... Se nota que ambos están ansiosos por algo, expectantes, es muy evidente. Pensé que ya habías arreglado las cosas con ella.

—No es de tu incumbencia.

—¿Necesitas un empujón?

—¿A qué viniste? No creo que sea para darme consejos maritales, ni para mezclarte con mis arrendatarios.

Alexander arqueó las cejas con una expresión de escéptica diversión.

—Me gusta untarme de la gente del campo, las mujeres son inventivas, pícaras y limpias. —Le guiñó el ojo a una robusta joven que pasó con una canasta de pan.

—¿En serio, Shuterland? —Lo miró el conde, sorprendido—. No me digas que retozas con las chicas de campo.

El duque se puso serio de repente.

—Hay una pista de dónde puede estar Lonsdale.

Anthony volteó con brusquedad el rostro.

—¿De dónde viene la información?

Con un gesto, lo invitó a caminar por la feria.

—Estamos seguros de quién dirige la conspiración.

—Montevilet —aseveró Anthony sin ninguna duda.

—Así es. Según nuestras investigaciones, su patrimonio quedó bastante mermado después de Waterloo, sus pares ya no confían en él, ni los ingleses ni los franceses. Es un buen motivo para querer vengarse de nosotros, aunque no descarto que haya alguien más en esto. ¿Quién es el gran perjudicado? El gobierno francés insiste en que la conspiración no es de parte de altos mandos franceses, eso nos deja a Montevilet, a nuestro huésped de Santa Helena y a cierta familia inglesa que especuló sobre el resultado de la guerra y la treta les salió mal.

El efecto de sus palabras fue inmediato.

—¡Lo sabía! Sabía que ese desgraciado de Montevilet tenía sus sucias zarpas en este asunto y que no podía hacerlo solo, es un cobarde —soltó Anthony entre dientes.

Pasaron por el puesto de bordados, donde Alexander, al ver a la dulce jovencita que lo atendía, acarició las diferentes muestras, le compró un par de encajes y sonrió a la chica, que ruborizada y nerviosa, temblaba guardando la mercancía.

Anthony puso su único ojo en blanco.

—Vamos —dijo serio y lo llevó hasta el árbol en el que había estado apoyado casi toda la jornada—. Dime por qué estás tan seguro de que se trata del francés.

—Lo seguí hace dos días a una casa en las afueras de Londres. Está a cuatro horas de aquí. Luego de que se fuera, esperé y un tipo alto, embozado y con sombrero salió a recorrer el terreno, estuvo a poca distancia de mí. Es bueno como sabueso, pero yo soy mejor. No pude dejar vigilancia, era demasiado peligroso y no quería exponer a mis hombres.

Anthony estuvo callado por un rato, viendo a Amanda y a Emmy que, con las manos atadas y los ojos vendados, sacaban manzanas de una garrafa con agua. La gente se había arremolinado alrededor.

—Podríamos hacerle una visita esta misma noche.

Alexander le palmeó el hombro.

—Contaba contigo, ya hablado esto, vamos a divertirnos un poco, estamos bien custodiados.

La tarde avanzaba en el bosque, tanto los pueblerinos como los nobles estaban de buen humor, todos bebían cervezas juntos y participaban en todo tipo de concursos, como el tiro al arco, en el que Anthony falló uno de los tiros para que lo ganara un joven hijo del panadero. Alexander bromeaba y participaba en todo, ya tenía un corrillo de damiselas a su alrededor. Amanda escuchaba los comentarios y hasta ella llegaba el sonido de las carcajadas, pero su atención estaba puesta en su esposo, se enternecía viéndolo departir con los más jóvenes. Se daba cuenta de que la miraba cada tanto como si no quisiera perderla de vista, pero no se acercó a ella en ningún momento. Vio como animó en la carrera de gallinas, mientras se acercaba de nuevo al duque.

—Por más que sonrías y hagas chistes y bromas, sé que no has bajado la guardia un minuto —dijo Anthony, mientras se acercaban de nuevo al árbol.

Damián vino corriendo.

—Milord, va a empezar la carrera de tres piernas. —Se quedó callado en cuanto vio al acompañante del conde.

—Damián, te presento al duque de Shuterland.

El chico hizo una reverencia. Alexander sonrió, frotándose las manos.

—¿Hay más concursos? —preguntó.

—Sí, una carrera de caballos con obstáculos.

—¿Cuál es el premio? —preguntó el duque, con un brillo jocosos en sus ojos.

Damián se removió, incómodo, miró al conde y luego, misterioso, se acercó al duque, pero antes de hablar miró otra vez de reojo a Anthony, que seguía recostado en el árbol. Alexander ya se imaginaba cuál era el premio, algo muy común en ese tipo de eventos, así que lo instó a hablar.

—El premio será —el chico bajó la voz—, un beso de la condesa y hay dinero también. Una libra.

Anthony creyó no escuchar bien.

—¿Un beso de la condesa? —repitió, ceñudo, enderezándose enseguida.

—Sí, milord, el que gane le dará un beso a lady Somerville.

Alexander soltó la carcajada.

—¡Como me divierto en el campo! ¡Vamos, hombre! Es la costumbre,

tu esposa es una mujer generosa y muy hermosa, mira la cantidad de mozalbetes que ya están trayendo sus caballos para la carrera, mira.

En efecto, ya había varios adolescentes en la fila alistando sus caballos.

—Damián, ve a ponerte en fila para la competencia de tres piernas. Enseguida te sigo. El único que le va a dar un beso a la condesa soy yo — sentenció, alejándose de Alexander.

El duque volvió el rostro.

—Ya veremos, yo también voy a participar.

—Te apuesto diez libras a que el beso me lo gano yo.

—Trato hecho.

El conde de Somerville borró de su apariencia toda pretensión de decoro al lanzarse con Damián a la carrera de tres piernas. Codo a codo con el herrero, un labriego, el zapatero y el vicario obtuvo la victoria con muy poca ventaja. El premio era un pote de conservas que Damián llevó a la institutriz que juntaba lo ganado por el par de chicos. Emmy se acercó y enseguida le pidió que participaran en la carrera con huevos. Se aproximaron al lugar de la competencia e hicieron equipo con Emmy y otro par de chiquillos, debían correr con un huevo encima de una cuchara hasta un árbol señalado con una cinta. No les fue bien en la contienda, pero a la niña le importó poco.

Cuando Anthony se montó sobre su alazán Zeus y se puso a la fila de los otros seis caballos que competían, entre ellos el del duque de Shuterland, miró a la condesa con fijeza y le destinó un gesto posesivo que llegó hasta ella como si la hubiera tocado y besado. Se sonrojó, incómoda, y le hizo frente a su expresión sin que le vacilase la mirada. La vio parpadear, mientras Alexander soltaba la carcajada. El sargento Finley se acercó, presuroso.

—No es buena idea el que salga a cabalgar, milord.

Anthony observó el entorno.

—¿Por qué? La carrera es corta, en unos minutos estaré en la meta.

El hombre lo miró, preocupado.

—El asesino lo puede estar esperando en algún recodo.

—Para eso están ustedes —replicó, molesto—. Peinen el trayecto.

De ninguna manera iba a ver a otro hombre, por más mozalbote que fuera, besando a su esposa.

En cuanto dieron la orden, los caballos salieron al galope por el camino designado. Anthony apretó fuertemente los talones contra los flancos de *Zeus* para seguir el camino a gran velocidad, sorteando las ramas de los árboles inclinados sobre el camino. Amanda, más a la expectativa que nerviosa, y

molesta por los sentimientos que la asolaban, observó con un nudo en el estómago la manera en que su esposo dejaba atrás a los chicos y solo era seguido por Alexander. Era increíble la agilidad con que cabalgaba a pesar de sus limitaciones. Toda la gente estaba concentrada en la carrera y prorrumpián exclamaciones entusiastas ante cada obstáculo dejado atrás.

El par de jinetes galopaban a toda velocidad encorvados sobre sus monturas, se notaba que eran expertos, vio a su esposo enfrentarse a cada escollo sin esfuerzo, como si formase uno solo bloque con el caballo, y se sintió extrañamente orgullosa. Cuando ambos saltaron el último obstáculo, Anthony aventajaba a Alexander en diez metros, en pocos segundos atravesaría la meta, donde ella, dominando sus emociones, esperaba al ganador. Se quedó quieta, con la vista fija en él, era toda una estampa, inclinado sobre la montura, sus piernas largas y musculosas, sus brazos fuertes que no le restaban elegancia a sus movimientos, el parche en el ojo que le confería un perturbador atractivo.

Anthony aminoró muy poco la marcha, avanzando hacia ella a medio galope, al acercarse y con la agilidad que lo caracterizaba, se inclinó para recogerla. Amanda, sorprendida, no pudo moverse, el pulso se le aceleró y el nudo le oprimió aún más el estómago. La alzó y la acomodó en la parte delantera de la montura, la aferró por el talle y afirmó la rienda para bajar el trote a un paso lento. Ella quiso recostarse en él, pero el orgullo se lo impidió y mantuvo la espalda recta. A sus fosas nasales le llegó su olor, una mezcla de sudor de hombre con el aroma a madera característico de su perfume, en sintonía con el olor de la bestia. Lo miró de reojo, ya tenía asomo de barba y eso que se había afeitado en la mañana. Él le devolvió un gesto retador.

La gente aplaudió y se pudo escuchar a lo lejos: “¡Beso!, ¡beso!, ¡beso!”. Anthony, sin pedir su aprobación y con el caballo dando una lenta vuelta, le pasó la mano por la nuca, la atrajo hasta su rostro y acaparó su boca en un beso avasallador.

CAPÍTULO 19

El corazón de Amanda latía con una brusca cadencia que le golpeaba el pecho. La piel se le erizó por la emoción bajo la suave tela del vestido. El beso trajo consigo una riada de sensaciones: traición, enfado, tristeza y algo más sobre lo que deseaba rebelarse, deseo puro y crudo. Al principio se puso rígida y luchó contra él, pero se dio cuenta enseguida de que la había colocado de tal manera que no podía moverse. Cuando él se separó, observando su reacción, ella abrió la boca para respirar y el hombre se zambulló de nuevo en sus labios, se aferró a sus hombros, le rodeó el cuello con los brazos y reconociendo su aroma y su textura, profundizó la caricia, enredando su lengua con la suya con avidez.

A lo lejos, se seguían escuchando las rechiflas y comentarios de la gente.

Anthony la besaba casi famélico, con el cuerpo tenso y dolorido. El deseo invadió su vientre y tuvo la urgente necesidad de raptarla, llevarla a un lugar alejado y pasar noches interminables a su lado para poder saborearla hasta saciar sus años de hambre. Le bajó un escalofrío por la espalda en cuanto ella puso las manos en su cuello, era su rendición en esta batalla sin armas y la admiró por ello. Su sabor lo hipnotizaba, su esencia era única, su respiración agitada, prueba de que el gesto no le era indiferente, lo incendió, sabía que tenía que dejar de besarla, ya los vítores y aplausos estaban cesando, pero aún la lamió y saboreó una última vez, poseyéndola, grabándose el beso con un anhelo que lo ahogaba. Apeló a su fuerza de voluntad para separarla un poco. Ella tardó unos segundos más en recuperar los sentidos. Anthony contuvo la respiración, esperando una reacción violenta de su parte.

La vio tomar aire, la ira batiendo en sus ojos, respiró una vez más y agachó la cabeza en una reverencia irónica hacia él.

—Ha cobrado su premio, milord, aquí está la libra. —Le tendió el dinero envuelto en una bolsa.

Anthony se apeó del caballo y la ayudó a ella a hacer lo mismo sin recibir el dinero.

—Repártelo entre los mozalbetes. —Se alejó de ella y se unió al grupo de hombres que bebían y vitoreaban a su alrededor.

Las piernas apenas sostenían a Amanda en cuanto pisó tierra y le entregó el dinero a Maggie para que lo repartiera entre los concursantes. Solo quería alejarse por el camino, necesitaba estar sola y procesar lo ocurrido. ¿Por qué había respondido al beso? A ese paso, Anthony la tendría de nuevo en su cama en cuestión de días y se sentía incapaz de actuar como muchas mujeres de la nobleza, que se acostaban con sus maridos sin sentimientos fuertes de por medio. ¿Cómo lo lograban? Se dijo que una fuerte dosis de cinismo ayudaría, pero ella no era cínica, no, ella creía en la gente, en sus obras y en sus sentimientos. Observó que uno de los hombres de su esposo la seguía, una furia ciega la invadió y decidió enfrentarlo.

—¡Necesito estar sola!

El hombre la observó, nervioso.

—Pero, milady, su esposo...

Recurrió a una treta sucia, necesitaba alejarse unos momentos, calmarse, antes de salir por el claro y reclamar a su esposo como deseaba hacerlo, sin importar que hubiera otra mujer de por medio.

—No creo que él esté muy contento si me levanto la falda delante de usted.

El hombre enrojeció y se alejó, presuroso. Amanda se adentró más en el bosque y caminó un pequeño trecho, sin importar le las ramas y la maleza crecida. El sol empezaba a esconderse tras las copas de los árboles, pronto encenderían las antorchas y los más fiesteros seguirían el jolgorio. Escuchó la maleza crujir detrás de ella y se obligó a respirar profundamente y seguir caminando, todo su cuerpo le pedía que se girara, pero no lo hizo, dio un paso, dispuesta a correr si era necesario, pero no tuvo tiempo, unas fuertes manos la tomaron por la cintura y un objeto agudo punzó la piel descubierta de su cuello.

—No grite y siga caminando o correrá la misma suerte del hombre que la acompañaba hace unos segundos. ¡Camíne!

Amanda intentó dar la vuelta y en ese momento notó como el objeto punzante rasgaba superficialmente su piel, a su nariz llegó el olor a cobre de la sangre y sintió una gota resbalar por su piel, balbuceó asustada y en medio de su angustia se lamentó de la suerte corrida por el joven que solo cumplía su trabajo.

—Tengo que volver, me van a extrañar enseguida...

El hombre la aferró del brazo y apresuró el paso.

—Me temo, milady, que debo insistir.

Aturdida por la conmoción, obedeció y caminó a su lado.

La llevó hasta donde había un coche pequeño con un hombre de enormes dimensiones en el pescante. Ella quedó paralizada, la garganta se le secó y el corazón se le disparó en latidos que semejaban a un tambor al observar los ojos de su captor, que eran lo único visible tras la máscara de un material indefinible que cubría sus facciones: de un color indefinible, no supo si grises, verdes o pardos, no importaba, su mirada vacía transmitía crueldad y muerte, no supo por qué la impresionó tanto o tal vez era lo absurdo de la situación.

—Mi espo...

—¡Suba! —le ordenó sin muchos miramientos, y aferrándola por la cintura, la subió de mala manera al coche.

Los ojos de Amanda se aguaron enseguida.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de aquí, hay alguien ansioso por verla.

Esas palabras la asustaron más. ¿Quién querría verla? ¿Quién se habría atrevido a raptarla? No había hecho nada malo a nadie, no tenía enemigos. Se acomodó en una de las sillas, el hombre subió detrás de ella y se sentó al frente, esta vez apuntándola con una pistola. La frialdad de sus ojos la hizo retroceder y acurrucarse más en su sitio.

La acción no había durado más de un minuto, cuando sintió el trote veloz de los caballos recorriendo el camino. El hombre sacó un frasco de su gabán e impregnó un pañuelo con una sustancia. Amanda lo miró con vivo terror, su mente había quedado en blanco.

—Lo siento, milady —dijo, con un tono que contradecía sus palabras e indicaba que le importaba bien poco lo que le ocurriera. Se levantó y presionó el pañuelo contra su cara mientras la sujetaba con fuerza para impedir que forcejeara.

—Dulces sueños.

Anthony se alejó con el duque y otros hombres que se acercaron, reía y charlaba mientras tomaba otra jarra de cerveza. Al poco rato, divisó a los niños que estaban junto a Maggie y la institutriz, pero a su esposa no la vio por ningún lado. La inquietud le oprimió el estómago cuando barrió el terreno

en segundos y no vislumbró su cabellera cobriza por ninguna parte. Caminó hasta el centro de la feria mientras llamaba al sargento Finley.

—¿Dónde está la condesa? —bramó.

El sargento Finley llamó a los demás hombres.

—La vi caminar hasta el bosque, Perkins iba detrás de ella.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Unos diez minutos.

Demasiado tiempo para refrescarse, más sabiendo cómo estaba él de receloso con la seguridad.

—¡Búsquenla! —Al verle la expresión los hombres se replegaron en segundos. Su objetivo era encontrarla, cada minuto sin verla le apretaba más el nudo en las entrañas.

Se dirigió a Maggie y a la institutriz, les dio la orden de llevar los niños a la casa ya que pronto anochecería. Alexander se acercó en un par de zancadas.

—Anthony, mejor te calmas y envías a todos para sus casas, encontré el cuerpo del joven Perkins degollado en el inicio del bosque.

El terror se alzó desde su interior, se extendió por todas sus terminaciones nerviosas, lo que ocasionó que se sintiera lejano a los demás. No escuchó los cuchicheos de la gente, ni la manera en que Alexander se encargaba de dar fin a la fiesta. El nudo en sus entrañas lo estrangulaba, el cuerpo se le cubrió de un sudor frío. “Amanda, Amanda, tengo que encontrarla”. Se sintió enfermo y, preso de la ira, cogió por el cuello de la camisa al sargento Finley.

—Te hice responsable de ella, malnacido. ¿Dónde está mi mujer? —gritó, y le dio una sacudida.

El sargento emitió una exclamación, indicándole que lo estaba ahogando. Tembloroso, Anthony lo soltó.

—No lo sé, señor, lo siento. —Carraspeó, llevándose la mano al cuello—. Déjeme e investigar, quizá la señora... —Se alejó presuroso.

Un muchacho y una joven ruborizada se acercaron. Escuchó a lo lejos cómo comentaban a los hombres que estaban retozando en el bosque cuando vieron a una mujer, ya oscurecía y no pudieron distinguir si era la condesa, pero un hombre alto y delgado la llevaba casi por la fuerza, no le dieron mucha importancia al hecho.

“Pudieron haber muerto si el Camaleón los hubiera visto”, sentenció Anthony en sus pensamientos.

—¡Mi caballo! —gritó, angustiado— ¡Necesito mi caballo! ¿Por dónde se marcharon? ¡Finley! Deje que uno de los hombres se encargue del muerto junto a un sirviente, el resto viene conmigo.

—Por el camino del norte —indicó el joven que la había visto en el bosque.

Finley se acercó y le entregó una pistola, que se sumaría a la que siempre guardaba en el bolsillo interior de su gabán. Anthony envió un grupo de hombres por el otro camino, aunque era poco probable, pues hubieran tenido que pasar frente a ellos para poder tomarlo. Alexander le dijo que el indicado por la pareja era el camino a la casa de la que habían hablado. “Seré yo el que termine con tu vida, maldito hijo de puta”, se prometió el conde.

Ambos salieron disparados por el camino, el hombre les llevaba por lo menos veinte minutos de ventaja, ya anochecía, pero no les importaba. Mientras cabalgaba como si el diablo lo persiguiera, a Anthony sus pensamientos y sentimientos no le daban tregua, y poco a poco su alma se precipitó en el abismo de la angustia y el temor, mientras otras emociones lo asolaban de manera inmisericorde. Recordó sus labios, que había podido probar esa tarde, lo dulce, tierna y ardiente que podía ser su mujer, una mezcla de inocencia y apasionamiento que lo habían cautivado de manera exquisita años atrás. Si tuviera la potestad de devolver el tiempo, de hacer todo de diferente manera, lo haría sin pensar.

Galopaba desesperado a rescatar a su esposa, lo que más quería en el mundo. A una hora de viaje aligeraron el trote al observar un coche atravesado a la mitad del camino, les hizo señas a los hombres y dejaron los caballos a poca distancia. Podría ser una trampa, pero Anthony no estaba para suspicacias, se acercó corriendo al vehículo, que estaba abandonado. Revisó, desesperado, el interior, uno de los hombres trajo algo para iluminar el espacio cerrado. El corazón golpeó con furia su pecho y el nudo en las entrañas amenazó con colapsar al ver el chal que Amanda había llevado durante toda la jornada, arrugado en una esquina del asiento, lo tomó con premura y se lo llevó a la nariz, el aroma a rosas que siempre la acompañaba saturó sus fosas nasales y tuvo la urgente necesidad de llorar. Alexander puso una mano en su hombro.

—No hay nadie por los alrededores, lo abandonaron para seguir el trayecto a caballo, tranquilízate, amigo, por lo menos tenemos una idea de a dónde la lleva.

Anthony hizo un gesto afirmativo con la cabeza e inspiró profundo.

—No puedo perderla.

Se subieron a sus monturas y siguieron su camino. La luna llena alumbraba el sendero, las criaturas de la noche emitían su corrillo de voces. Alexander hizo una seña en cuanto vislumbraron la mansión. Se bajaron de los caballos, que escondieron en el bosque después de peinar el terreno y a poca distancia de la casa, trazaron un plan.

Amanda recuperó el conocimiento poco a poco y una sensación de vértigo la asaltó al tratar de ponerse en pie. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Había perdido la noción del tiempo. Se sentía sumergida en una pesadilla. Paseó su mirada por la habitación, que estaba iluminada con una vela, lo que le confería un aspecto fantasmal. La habían dejado en una cama, el lugar era austero, como una habitación de la servidumbre, había un mueble de madera rústico sobre el que descansaba una jofaina, una silla de madera y la cama cubierta con un edredón de hilo.

Se acercó a la ventana, el cielo estaba iluminado por la luz de la luna. Escuchó el cerrojo de la puerta y, asustada, se colocó en una esquina entre el armario y la ventana. Un hombre entró en la estancia, aunque no lo distinguía bien, se dio cuenta enseguida de que no era el mismo que la había secuestrado, aquel era mucho más alto. En cuanto la luz de la vela le iluminó el rostro, Amanda lo reconoció, ¡era el marqués de Montevilet! ¡Entonces eran ciertas las sospechas de Anthony! ¡El francés iba a por ellos!

—¡Usted!

Trató de serenarse, recordó la advertencia que le había hecho su esposo.

—Es un placer volver a verla, condesa de Somerville. —Saludó con una floritura y le destinó una mirada cínica—. Por fin la tengo donde siempre deseé que estuviera, en una habitación y dispuesta para mí.

Amanda se percató de que la situación parecía divertirlo y se dedicó a mirarlo, tratando de discernir si el hombre sufría algún desequilibrio mental.

—¿Qué desea? ¿Por qué me ha traído hasta aquí en contra de mi voluntad? No entiendo.

El marqués negó con la cabeza e hizo un chasquido con los dientes. Amanda se percató de que muy poco quedaba del hombre que había pretendido su mano años atrás.

—Si te hubieras casado conmigo, Amanda, a lo mejor la vida para ambos hubiera sido más feliz. Yo estaba enamorado de ti y tú no tenías dinero, pero el mío hubiera podido soslayar ese hecho, en este momento

tendríamos una buena vida, algo que tu esposo no te ha brindado, por lo que he visto.

—Eso no contesta a mi pregunta —lo interrumpió ella.

—¿Venganza? ¿Poder? ¿Dinero? Escoge cualquiera de las tres. Quiero que sufra por lo que me hizo. Tú eres su punto débil, ya pude constatarlo en París.

—No sabe de lo que habla —contestó ella con desprecio. ¿Cómo podía ser el punto débil de un hombre que la engañaba a la primera oportunidad, que la había abandonado por años y paseaba a su amante en los bailes como si ella no significara nada?

—Además, podrías aprovechar este momento para vengarte de Somerville, pagarle con su misma moneda, se divirtió mucho en el continente, Eleonor es una criatura deliciosa, ¿te contó que lo encontré en...?

—¡Basta! —gritó ella, seria—. No me interesa lo que Anthony hizo en el continente.

Amanda no sabía mentir bien y Montevilet se percató de ello. Se echó a reír, con una risa seca y dura.

—Yo apuesto a que sí.

Se acercó a ella unos pasos.

—Mi esposo pagará un rescate por mí. Aléjese. Tendrá dinero.

—¿Y quién dijo que yo quería dinero por ti, querida?

—¿Entonces qué es lo que quiere...? —murmuró con rabia.

—No lo sé —Montevilet se movió a su alrededor, estudiándola—, pero ahora quiero conocerte mejor.

Le tocó un mechón de cabello, ella rehusó el contacto con mirada de asco y cruzó los brazos en su pecho.

—¡No lo creo! —exclamó, asustada al verse inmersa en una situación que le mostraba lo vulnerable que era en esos momentos. Necesitaba ganar tiempo—. ¿Por qué desea vengarse de él?

La pregunta surtió efecto, él se alejó como si le hubiera puesto una culebra en la cara, sus facciones se transformaron.

—¡Lo odio! —bramó—. Somerville siempre ha tenido todo lo que me pertenece. Los ingleses arruinaron a mi país, poniéndose del lado equivocado. Francia necesitaba mano dura, ¡no a los decadentes Borbones en el poder! Perdí mi herencia por culpa de esos malditos. Francia necesita ser libre.

—Napoleón hablaba de libertad y sin embargo, instauró una tiranía que trató de extender —rebató ella, furiosa y asustada, no sabía qué más hacer

para alejarlo, la jofaina estaba muy lejos y no podría golpearlo. “Piensa, Amanda, piensa”.

El marqués negó con la cabeza.

—Veo que no nos pondremos de acuerdo en tópicos políticos, espero que nuestros cuerpos sí lleguen a congeniar. Aunque me alegra saber que tu cabeza sirve para algo más que llevar tu esplendorosa cabellera.

Decidió volver al tema que sabía lo distraería de ella.

—¿Qué tiene que ver Anthony en todo esto? —preguntó, insegura— Él solo se divertía, se daba la gran vida.

Las carcajadas del conde retumbaron entre las paredes del cuarto.

—No tienes idea, pobre estúpida, retiro lo dicho con anterioridad, por lo visto no te has enterado de nada.

—¿De qué tenía que enterarme? —Amanda quedó unos segundos en suspenso.

—Tu maldito esposo frustró muchos de los planes de los bonapartistas en el continente, además de arruinarme a mí. —Se golpeó el pecho con rabia.

—¿Anthony? No deberías bromear con cosas tan serias —exageró, para sonsacarlo más, aunque ya parte de ella empezaba a atar cabos mentalmente. Algo más tenía que haberle hecho su esposo a este hombre, además de ganarle en la carrera por su mano, que justificara tanto rencor.

—No bromeo, Amanda, parece que has vivido engañada todos estos años. Tu esposo es un espía y de los buenos. —La mente de Amanda funcionaba a mil. ¿Espía? Anthony no podía ser un espía y ella no saberlo. “¿O sí? ¡Dios mío!” —. Pero ahora lo va a pagar, voy a quitarle valor a su joya más preciada, cuando termine contigo, estarás tan maltrecha, que dudo que tu esposo vuelva a tocarte o siquiera mirarte alguna vez, cuando te vea, solo se dará cuenta de que es un completo fracaso —dijo y haciendo un movimiento brusco, le aferró la mano y la empujó hasta tirarla en la cama—. Ya me cansé de hablar.

Ella trató de evadirse al otro extremo, pero él la aferró del pie, la jaló de nuevo y la apresó con su cuerpo. Empezó a tocarla por todas partes. Amanda sentía que se ahogaba, trató de golpearlo, pero él le dio un fuerte bofetón que la descolocó y la dejó desmadejada. El hombre empezó a hurgar entre sus piernas, al tiempo que con la otra mano aferraba su rostro y se apoderaba de su boca.

—¡Me excitas! No sabes cuánto he esperado para tenerte así.

Ella sintió subir la bilis a su garganta. Forcejeó al sentir las manos en su

sexo, por último le arañó el rostro para separarlo y pegó un fuerte grito.

—¡Zorra!

Él le dio un bofetón mucho más fuerte, que hizo que casi perdiera el conocimiento, sacó de su bota una daga pequeña y le rasgó el vestido. Después le rompió las calzas. Ella no quería darse por vencida, no podía darse por vencida, trató de arañarlo de nuevo, pero él le colocó la punta de la daga en el cuello.

—Intenta algo más y acabo contigo.

Le pasó la lengua por la mejilla y Amanda cerró los ojos ante el repulsivo contacto. Pensó que si mantenía los ojos cerrados todo pasaría rápidamente, pero al estar privada voluntariamente de la visión, sus demás sentidos se agudizaron, el marqués olía a brandy mezclado con sudor, sus manos eran ásperas al punto de lastimarla, escuchó cómo se desabrochaba el pantalón y deseó que el tiempo se escurriera entre sus dedos, deseó no sentir nada, no pensar. No estar ahí.

—Ahora sí, lady Somerville, por fin tendré lo que tanto he ansiado.

El estallido de la puerta y un bramido por parte de Anthony los congeló de golpe. Amanda abrió los ojos y dio gracias en silencio al ver la oscura figura de su esposo en el dintel de la puerta.

—¡Aléjate de ella!

—¡Anthony! —gritó, asustada y aliviada.

Rápidamente el marqués se levantó, llevando a Amanda con él y presionando la punta de la daga en su cuello.

—Si te acercas, ella muere.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó el conde con rabia al ver la mirada de terror de Amanda. Tenía piel roja por un golpe y un pequeño hilo de sangre corría por el lugar donde presionaba la daga—. Déjala ir y saldrás con vida de esto —le ordenó, apuntándolo con el arma.

—¡No! ¡Tú me la quitaste! Lo que te pasó en Lyon no fue suficiente, lo que ocurrió con Eleonor, por lo visto tampoco, quería que te repudiara.

Anthony se alejó, como si el hombre le hubiera dado un empujón, pero se recuperó enseguida y lo apuntó de nuevo con el arma.

—Así que eran ciertas mis sospechas, es a ti a quien te debo el honor de usar esto —corroboró, con tono de voz letal y se llevó la mano al parche.

—¡Sí! Amanda debía ser mi esposa.

—Suelta a mi mujer y no te mataré como a un perro.

El marqués gruñó como un animal acorralado.

—Estás loco, la mataré a ella y luego a ti, maldito.

Amanda lloraba sin quitar la vista de Anthony.

—Tranquila, cariño, estarás bien —susurró él.

—Qué conmovedores, el par de tortolitos —se burló el francés.

En ese momento, Amanda le propinó un codazo con toda la fuerza de su desesperación. El hombre la soltó y ese fue el instante en que Anthony, en dos zancadas, lo separó de ella y lo estrelló con un fuerte golpe contra la pared. El marqués lo miraba con furia y terror, sin mediar palabra, lo tomó por el cuello, apretándolo y cortándole el suministro de aire. El hombre, con el rostro rojo y los ojos desorbitados, se movía como marioneta pegado a la pared.

—¡Asqueroso cabrón! ¡Le pegaste a mi esposa! ¡Sabía que este día llegaría! Debí llenarte el cuerpo de plomo hace tiempo. —Gotas de saliva saltaban al rostro del marqués, que vio la muerte reflejada en el único ojo de Anthony—. El ojo me importa una mierda. No debiste meterte con mi mujer.

Se alejó un poco y le pegó un tiro en la sien. El cuerpo se resbaló hasta el suelo. La sangre salpicó por todas partes. Se acercó a su esposa, que miraba el cadáver, conmocionada.

—¿Estás bien? —preguntó, con tinte angustiado, aferrándola de los brazos—. ¡Dime que ese miserable no te hizo daño! —casi le ordenó, lívido al ver en el rostro de su esposa la impronta de una mano, la ropa hecha jirones y los temblores de angustia, seguidos de un sollozo convulso—. Mi amor —pronunció por primera vez en su vida, pero Amanda no acusó sus palabras, todavía estaba en estado de conmoción.

—Estoy bien. —Anthony le acarició el cabello sin dejar de mirarla—. Gracias por venir por mí.

Él la abrazó, cubriéndola con su cuerpo, quiso decirle tantas cosas en ese instante, que se sintió morir cuando se percató de que había desaparecido, que en Francia se había mantenido vivo por el deseo de volver a verla, deseo ponerse de rodillas y pedirle perdón por todo lo ocurrido, que su estúpido orgullo y sus miedos le habían impedido hacer frente a su amor, pero que ahora estaba dispuesto a luchar con uñas y dientes por los dos, que la estela del miedo lo había acompañado durante todo el trayecto, ese mismo miedo que estuvo ausente en el continente en las misiones más peligrosas.

¿Qué habría ocurrido si no se hubiera presentado a tiempo? Le pidió a Charles que la acompañara a otra habitación, que él iría enseguida. Le examinó los bolsillos al muerto y encontró una nota en una de las faltriqueras

interiores. “Baile de lord Greystone, 12 p.m., junto al reloj”. La firma, un sello con dos águilas en la parte superior y un lobo en el centro, lo había visto con anterioridad ¿Dónde? El baile era uno de los más famosos de la temporada. Anthony guardó la nota y salió en busca de Amanda, si el maldito del Camaleón seguía vivo, su esposa aún corría peligro.

Minutos atrás, cuando llegaron a la casa, había necesitado serenarse. Sabía que la ansiedad y la desesperación que lo asolaban podrían ser su muerte. Respiró profundo.

—¿Estás seguro de que quieres entrar? —le había preguntado Alexander, pero una mirada de Anthony le hizo caer en cuenta de lo necio de su pregunta—. Tienes que dejar tus sentimientos afuera y calmarte, amigo, o moriremos todos. Montevilet no es el peligro, el verdadero peligro es el Camaleón y no sabemos quién lo acompaña.

Ponderaron diferentes alternativas, tenían poco tiempo para planificar la emboscada, si el secuestro de la condesa era una trampa para atraerlos, estarían muertos al entrar; si, por el contrario, el asesino no sabía del contingente de seis hombres que esperaba afuera, podrían tener una oportunidad. La guinda del pastel sería que Lonsdale estuviera allí prisionero. La casa tenía tres entradas, como desconocían el interior, quedaron en dividirse el recorrido en cuanto entraran. Optaron por entrar por la cocina, la cerradura de la puerta era débil. El fuego de la estufa estaba encendido y les iluminó el recorrido hasta el pasillo. Allí Anthony, con señas, le designó a cada uno su trayecto. Él y Charles, con sus armas en la mano, subieron al segundo piso. La casa parecía desierta, eso les dio a entender que no los esperaban, revisaron un par cuartos que estaban vacíos, y estaban revisando otra habitación cuando escucharon el grito de Amanda al fondo del pasillo. Corrieron veloces y Anthony abrió la puerta con un fuerte empujón, a la vez que escuchaba tiros en el primer piso.

—¡Amanda! —La abrazó en cuanto la encontró sentada en un sillón de una de las habitaciones, estaba cubierta con una manta ya que su ropa estaba desgarrada. Dos hombres la acompañaban—. ¡Dios mío, Amanda!

Anthony los despachó con un gesto fuera de la habitación. Las ropas de ambos estaban salpicadas de sangre. Se quitó el gabán que, aunque manchado, la protegería de la semidesnudez mientras él le buscaba una

prenda más apropiada. La levantó y se lo puso con delicadeza, le dobló las mangas y lo abotonó, la percibió fría y temblorosa, le indicó que se sentara de nuevo. Se acuclilló, agobiado, frente a ella, que lo miró, confusa, como si no conociera al hombre que tenía al frente.

—¿Está muerto? —preguntó con temor.

—Sabes que sí, lo viste, no podía dejarlo vivo —dijo, evaluando los golpes en su cara, que empezaban a cambiar de rojo a un tono púrpura, le acarició el rostro, ella se replegó—. ¡Cuánto lo siento!

—Me dijo que eres un espía. ¿Es verdad?

Amanda no pensó en ese momento en lo que acababa de ocurrir en la habitación, solo tenía grabadas en su mente las palabras de Montevilet. Le urgía saber la verdad.

—Amanda...

—¡Dime la verdad! Merezco la verdad.

Anthony bajó la cabeza un segundo, intentando elegir sus siguientes palabras, pero en ocasiones no se necesitan grandes frases, solo la verdad.

—Sí, lo soy.

Ella se lo quedó mirando con la boca abierta. ¿Qué más ignoraría de él? La incertidumbre penetró en su mente, llevándola a otros pensamientos. ¿Cómo había dado el salto de libertino a espía? Le parecía imposible que fuera el mismo hombre elegante que se paseaba indolente por todos los bailes y veladas de la temporada en la que lo conoció, como si su mayor preocupación en la vida fuera que Charles no le hubiera dejado perfecto el nudo de la corbata. Aunque para ser sincera, siempre vio en él algo diferente a los demás hombres que la rodeaban, parecía ser dueño de su destino, hacía lo que juzgaba apropiado sin importar las consecuencias, su matrimonio lo evidenciaba, ahora entendía muchas cosas.

—Amanda, necesito saber si Montevilet fue el hombre que te secuestró. —Le aferró las manos que no dejaban de temblar, ella no se opuso—. Necesito que me lo cuentes todo, desde que te secuestraron hasta el momento que te rescaté. Sé que es difícil, mi amor, pero cuanto antes sepamos a quién nos enfrentamos, más rápido podremos agarrarlo.

Amanda le relató todo, le describió la mirada de hielo, que la impresionó mucho, le dijo que usaba una máscara, le contó que la había dormido con alguna sustancia puesta en un pañuelo y que cuando había despertado, ya estaba en esa habitación. Luego entró Montevilet y...

Uno de los hombres irrumpió en la habitación.

—Milord. Encontramos a lord Lonsdale y el único hombre que había en la casa aparte del marqués, está muerto también.

Anthony cerró los ojos y agradeció en silencio la aparición de su amigo y compañero. Amanda miraba a uno y a otro sin comprender, conocía al vizconde de su época de presentación en sociedad, después había desaparecido como su esposo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el conde, levantándose con celeridad.

—Está muy golpeado, milord —dijo el hombre en voz baja.

“¡Maldito Camaleón!”.

—¿Y el Camaleón?

—No hay rastro de él en toda la casa, milord.

—Busquen en las afueras, en los establos, no lo dejen escapar.

El maldito ya les llevaba ventaja, meditó, todo volvía al principio.

—Sí, milord.

Le aferró las manos a Amanda.

—Voy a ver cómo está Lonsdale, tenemos que marcharnos de aquí, dentro de poco va a amanecer, si ese hombre que nos persigue escapó, tengo que tomar otras medidas para tu seguridad. Estarás bien, te lo prometo.

Ella hizo un gesto afirmativo, pero estaba ausente, cerró los ojos mientras Anthony salía de la estancia, dejando encargado su seguridad a uno de los hombres.

El Camaleón escuchaba furioso todo lo que ocurría detrás de una falsa pared ubicada en uno de los salones del primer piso. Con suerte, escaparía por los pelos. No debió hacerle caso a Montevilet, traer a esa mujer había sido un error. Había escuchado varios disparos, su sirviente estaría muerto, al igual que el marqués. No importaba, en toda batalla había bajas. Caminó por el estrecho túnel, no tenía tiempo que perder, abrió una puerta que dio de lleno a la casa del jardinero, saldría por detrás, todo el mundo buscaba dentro de la casa. Encontrarían a Lonsdale y eso los distraería un buen rato.

Al entrar en la caballeriza se encontró de frente con uno de los hombres de Somerville que le apuntaba con una pistola y con una rapidez sobrenatural le clavó un puñal en el pecho antes de que disparara. Le arrebató el arma, montó en su caballo y se perdió en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 20

Pocas cosas tenían la capacidad de impresionar a Anthony. Había visto muchas heridas en el continente por causa de la guerra, pero contemplar la fisonomía con profundos cortes y heridas de personas allegadas a él, era otra historia. Su esposa tenía el rostro atravesado con dos feos moretones y un corte en el cuello. Lonsdale tenía un aspecto terrible, como si un niño cruel hubiera jugado a competencia de piedras filosas sobre su cuerpo. La cara era una masa sanguinolenta, tenía fracturados un brazo y varios dedos de las manos y el lugar donde estuvo confinado por semanas hedía a masa putrefacta y a muerte. Sacarlo de la celda requirió del esfuerzo de varios hombres para no lastimarlo más. Lo acomodaron en una cama mientras conseguían un medio para transportarlo.

Mientras tanto, Anthony y Alexander se dispusieron a examinar la casa, buscando indicios que los llevaran al Camaleón, sin encontrar nada, era como si el asesino no hubiera vivido allí. En la habitación del sirviente tampoco hallaron gran cosa. La ira del conde bullía sin compasión, se alegraba de haber acabado con Montevilet y se juró a sí mismo acabar con el Camaleón, así le fuera la vida en ello.

Amanda se negó a quedarse al margen de lo sucedido, necesitaba dejar de pensar o se iba a enloquecer, irrumpió en la habitación y se hizo cargo de los primeros cuidados de Lonsdale mientras llegaba un médico que los atendiera. Hizo llevar agua tibia y rebuscó en los armarios sábanas que cortó para hacer compresas y se anudó la mitad de otra tela a modo de delantal para maniobrar mejor al herido. Al ver que tenía calentura, le limpió con delicadeza las heridas, algunas estaban infectadas, le molestó no tener a mano el ungüento que preparaba una de sus sirvientas y que mejoraría el aspecto de las heridas y le bajaría la fiebre. Con ayuda de uno de los hombres, lo desvistió y le lavó el cuerpo con sumo cuidado, como si se tratara de un niño de brazos. Lonsdale iba y venía de la inconciencia. En uno de sus episodios lúcidos le hizo beber agua fresca azucarada, él le pidió más, ella se la daba de a pequeños sorbos, luego se durmió unos minutos para despertarse de nuevo. Era una agonía escucharlo quejarse, si no conseguían un médico pronto, podría morir. En un momento dado, hizo el esfuerzo de abrir los ojos, pero

los parpados hinchados se lo impidieron.

—Tranquilo, ya estás a salvo, nos encargaremos de todo y te pondrás bien —expresó Amanda, mientras le refrescaba la frente.

—¿Eleonor? —gimoteó.

Amanda se negó a reaccionar de mala manera ante el nombre y continuó con su labor, ya que la temperatura no bajaba. Anthony la observaba, recostado en la pared con los brazos cruzados, mirarla lo conmovía, ella no lo había dejado acercarse a la cama.

“Tiene el rostro lastimado, sé por experiencia lo que duelen esos golpes y sin embargo, antepone su dolor ante otro ser humano, es una mujer fuerte, después del daño causado por el maldito, ella sigue en pie de lucha”, pensó y lo invadió una gran desazón al comprender que tal vez había cometido un terrible error al mantenerla en la ignorancia respecto a sus actividades.

—No soy Eleonor, soy Amanda, la esposa de Anthony —aclaró ella, segundos después.

Lonsdale perdió la conciencia de nuevo. Cuando escuchaba la voz de Amanda, trataba de abrir los ojos y de nuevo la confundía con Eleonor. Anthony, que no había perdido de vista ninguno de los gestos de cuidado de su esposa para con su amigo, sorprendido por las distintas facetas que nunca se preocupó por conocer, sentía una profunda admiración y eran pocas las personas a las que él les dedicaba ese sentimiento.

Dos de los hombres volvieron del condado cercano a la casa con un vestido para ella y ropa para el vizconde —un comerciante había accedido a abrir su negocio para proveerlos—, un coche como medio de transporte y el galeno que ahora atendía a Lonsdale.

Amanda dejó solo al herido con el médico, a pesar de que Anthony le rogó que dejara que este la atendiera primero, y volvió a la habitación. Él entró tras ella y la vio caminar hasta la ventana, dándole la espalda.

—Amanda. —Ella se volteó y Anthony tuvo que contener la respiración al verle el rostro, le tendió la mano—. Ven, siéntate acá.

La mujer, confundida, obedeció. Toda la situación la había tomado desprevenida y no sabía cómo actuar frente a él.

Le acercó una silla y cuando estuvo acomodada, tomó un paño limpio, lo humedeció, se acuclilló ante ella y empezó a limpiarle el rostro. Amanda quiso negarse. No quería que la tocara, estaba confundida y vulnerable, no tenía idea de con quién se había casado, todo desde el comienzo había sido una cruel mentira, se sentía peor que cuando supo lo ocurrido con Eleonor.

Aunque, por otra parte, no podía negar que experimentaba orgullo por la clase de hombre que era su marido y por cómo protegía su entorno. Todavía se resistía a creer que fuera un espía al servicio de la Corona, muchas de las premisas que tenía de lo que era su esposo y de sus actividades en el continente se quedaban sin piso y no sabía cómo enfrentarlo. Trató de retirar su mano.

—Déjame —insistió él—. Necesito hacerlo. Te lastimaron por mi culpa.

El rostro de Anthony mostraba una expresión de rabia mezclada con el remordimiento, deseaba acercarse y besar cada una de sus magulladuras.

Ella lo dejó hacer un rato sin dejar de mirarlo.

—Me has ocultado tantas cosas... —reclamó, dolida, y le retiró de nuevo la mano dispuesta a levantarse.

—No podíamos decírselo a nadie, es un juramento que se hace cuando superamos los entrenamientos.

Insistió en que ella permaneciera sentada y la contempló con determinación.

—Yo no soy nadie, Anthony, soy tu esposa, hice un juramento en la iglesia —refutó ella con porte digno—. Me siento estafada, me casé con alguien a quien no conocía en lo más mínimo.

Él se desesperó.

—¡Soy yo! Soy ese mismo hombre, pero con un terrible deber que cumplir. No sabes cuánto lamento haberte arrastrado a esto.

Él inspiró hondo, se puso las manos en las rodillas y se enderezó para quedar frente a ella. Amanda se levantó de la silla y él la acorraló contra la pared, con el corazón encogido al verla lastimada y no solo físicamente.

—¿No podías confiar en mí?

Anthony lanzó un resoplido.

—No podía. Eras casi una niña, por Dios, entonces no te conocía como te conozco ahora, si se te hubiera escapado una palabra a alguien, hubiera sido catastrófico para todos nosotros. Muchas vidas dependen de nuestras acciones.

Ella entrelazó los dedos y apretó fuertemente las palmas. Su mirada recayó en el parche.

—¿Quién te cuidó cuando perdiste el ojo o cuando te dispararon?

—No hagas esto —suplicó Anthony y la tomó por los brazos.

Amanda tuvo la urgente necesidad de ser consolada por él, quiso arrojarle a su pecho y que con su tacto la ayudara a olvidar una de las

experiencias más traumáticas de su vida, pero no podía, un vacío perturbador la invadía junto a una agobiante sensación de soledad y vulnerabilidad.

—Lonsdale no ha dejado de llamarla. —Necesitaba poner distancia.

—Ellos tienen...

—¡Somerville! —interrumpió Alexander—. Debemos irnos, no sabemos qué tan conveniente sea permanecer acá, ya le envié un mensajero a Jordan, lo más seguro es guarecernos en su casa.

Amanda no deseaba volver a Londres, quería regresar a la mansión del campo y quedarse allá en compañía de los niños por toda la eternidad, necesitaba alejarse de esa situación hasta ponerla en perspectiva y decidir qué hacer. Aunque sus opciones no eran muchas, nadie podría obligarla a convivir con Anthony.

—¡Quiero volver a Somerville Manor! —exclamó con los dientes apretados para no gritar.

—¿Te has vuelto loca? ¿No has visto todo lo que acaba de pasar? —Se enfureció él al tiempo que con ambas manos se sobaba la cabeza. Su terquedad en estas circunstancias lo tomaba por sorpresa—. Quiero que me obedezcas en esto. No debiste alejarte de la fiesta. No actuaste con sensatez.

—Mi vida te ha importado muy poco, llevo tres años viviendo sola —replicó, furiosa—. ¿Ahora de repente tengo que rendirte cuentas?

—Pues sí, Amanda —contestó frenético—, debes empezar a hacerlo.

Alexander, que observaba el intercambio recostado en el marco de la puerta, decidió dejarlos solos.

—¡Necesito estar en mi casa! Damián y Emmy me necesitan.

—¡No! Vamos a volver a Londres, estarás en un lugar seguro hasta que hayamos agarrado a ese maldito —insistió Anthony—. ¡Ese tipo ya sabe que tú eres mi debilidad y por eso estás en su mira!

Su declaración la sorprendió y se quedó mirándolo, con gesto pasmado.

—No puedo dejar a Damián y a Emmy en el campo.

—Estarán bien atendidos por la servidumbre —respondió Anthony, fastidiado por su terquedad.

—¡No! Se sentirán abandonados, no los invitamos a nuestras vidas para esto. —rogó ella—. Por favor Anthony, permíteme tener los niños a mi lado. Soportaré lo que sea.

Él agachó la cabeza y negó varias veces. Soltó un suspiro cansado.

—Está bien, mañana enviaré por ellos. Cámbiate de ropa, por favor.

Anthony puso un vestido de varios tonos pastel encima de la cama.

El médico tuvo grandes reservas sobre la movilización del paciente a Londres, ya que tenía varias heridas en estado delicado y un hematoma en la cabeza con muy mal aspecto, pero para ellos era imperativo sacarlo de aquel lugar cuanto antes e insistieron en la urgencia del viaje. El galeno le entablilló el brazo y con una buena dosis de láudano, que pareció tranquilizarlo, Lonsdale cayó en un sueño profundo. Habían quitado los asientos del coche y lo colocaron en un jergón grueso cubierto por varias mantas. La condesa sostenía su cabeza en el regazo y lo refrescaba cada tanto.

El viaje fue un tormento para Amanda, debido a cada bache y cada giro brusco dado por el vehículo, que la sumía en la angustia y rogaba para que el vizconde no llegara más afectado a su destino. Ella también estaba muy lastimada, le dolía el cuerpo por la tensión del ataque de Montevilet, y el rostro, porque estaba muy inflamado, el médico le había ordenado reposo y paños de agua fría, pero se negó a tomar el láudano cuando se lo ofreció.

Había sido auspicioso volver a Londres, la distancia a la ciudad era más corta que si hubieran vuelto todos a Somerville Manor. El coche aceleró la marcha una vez que atravesó las rejas de la mansión de Grey y viró para entrar por la parte trasera de la casa, donde un grupo de sirvientes estaba esperándolos. Acomodaron a Lonsdale en una camilla y lo entraron a la mansión enseguida.

Anthony le dio la mano a Amanda para bajar del coche y ella estaba tan cansada que no se rehusó. Observó el lugar con viva curiosidad, no conocía la mansión ni sabía quién era su dueño, pero al ver al hombre que esperaba en la parte superior de la escalera, recordó que lo había visto en algunos bailes y en el teatro, aunque nunca habían sido presentados. El conde hizo las presentaciones, Jordan la saludó formal, pero serio, y le dio la bienvenida a la casa.

Una empleada la recibió y la llevó a una habitación elegante y luminosa decorada en tonos pastel, donde un baño espumoso y caliente la esperaba. Por lo visto habían tomado algunas disposiciones, porque parte de su ropa estaba encima de la cama. No sabía que Anthony había enviado una nota a Jordan con antelación, para que algún encargado fuera hasta la mansión Somerville de Park Lane por objetos personales para una estadía corta de la condesa en una casa cercana. Se dejó atender por la doncella, luego del baño se acostó y se durmió enseguida.

Anthony entró al estudio donde Jordan escuchaba de boca de Alexander

el relato de lo sucedido en la casa de campo y como habían encontrado a Lonsdale.

—El maldito Camaleón escapó por un túnel que daba a la casa del jardinero, en el camino degolló a uno de mis hombres. Se evaporó como el aire el muy hijo de puta. —El duque se sulfuraba a medida que refería lo sucedido—. Los demás encontraron a Lonsdale en una mazmorra en el sótano de la casa. Confío en que agarraremos a ese maldito antes de que zarpe para el continente —concluyó.

El dirigente del grupo asintió.

—Mis informantes me dijeron que todavía está en Inglaterra. Tenemos tapizado el puerto de vigilancia y aún no ha asomado la cabeza —dijo, con sequedad—. Confiemos en que para él esto se haya vuelto una cuestión de orgullo y eso nos dé una nueva oportunidad. Si es un cobarde, pondrá pies en polvorosa y no podremos evitarlo.

—No me extrañaría que no hubiera rastro de él en unos cuantos días. Es demasiado astuto para caer en una trampa —aseguró Anthony, que caminó a pasos largos hasta un mueble de madera y se sirvió un vaso de licor.

Estaba extenuado, deseaba darse un baño y dormir un rato, pero hasta no saber qué pasos seguir no se retiraría a descansar, se miró las manos, ni siquiera se había quitado los guantes, ni el abrigo, se desembarazó del atuendo y se sentó al lado de Alexander, frente a Jordan.

—¿Enviaste hombres a la taberna en la que se reunía con el par de ladrones?

—Por supuesto, ya hay dos agentes plantados allí. He tenido que pedir ayuda al Ministerio, tienen a todo el mundo tras la caza del Camaleón, más de uno quiere darle muerte.

—No me extraña —intervino Alexander—. Ha matado a un buen número de agentes.

—También envíe hombres a recorrer varios de los caminos de vuelta a Londres, así como el camino a Escocia. Ahora es imperativo descubrir quién es el que está detrás de esto.

Anthony sacó la misiva que había encontrado en el bolsillo de Montevilet y se la pasó a Jordan, que la estudió con detenimiento.

—Tendremos que esperar hasta el dichoso baile —sentenció al fin—. Asegúrense cada uno de recibir invitaciones. Investigaré este escudo. Lo he visto en algún lado, pero no recuerdo dónde. ¿Estará relacionado con Woodgate? Tendré que revisar su heráldica. Aquí hay una lista de otros

sospechosos, grábense los nombres, los estoy haciendo seguir hace tres semanas.

Jordan le dio la misiva a Alexander junto a la lista, este la repasó en menos de nada y se la pasó a conde.

—Woodgate... puede ser —expresó Anthony, mirando la lista con los otros nombres— ¿Cuántos de nuestros pares ostentan un águila en sus escudos? Woodgate no tiene título nobiliario, el Rey lo nombró caballero y nunca he tenido muy claro el porqué.

—Seguro por algún préstamo o favor a la Corona. Hay que descartar a los bonapartistas. La pelea ahora es entre las distintas facciones de la monarquía. Según mis investigaciones y una entrevista que logró una persona muy importante con nuestro huésped de la isla de Santa Helena, tenemos la seguridad de que el huésped no tiene nada que ver con los atentados. Woodgate perdió mucho dinero el año pasado, puede ser un retaliación por esa pérdida económica o por algo más, sé confirmó que era íntimo de Lemercier, en pocos días tendré el informe completo —especuló Jordan.

—Ese usurero jugó a dos bandas, no creo que haya perdido mucho, de todas formas no se podrá probar y tendremos que vivir prevenidos por siempre —intervino Anthony.

—No te pongas tan dramático. —Alexander encendió su pipa—. Puedo encargarme de la persona que sea, una muerte accidental y se acabó el problema.

—Necesito recabar información, lo que sabemos es que Montevilet carecía de los medios para pagarle al Camaleón sus servicios. Woodgate, a pesar de haber perdido dinero, todavía ostenta una gran fortuna.

—¡No debiste volarle la tapa de los sesos! —recriminó Jordan, molesto. Anthony se levantó, furioso.

—¡Si tuvieras una esposa y alguien la estuviera violentando, no esperarías menos de ti! —bramó el conde y su mirada se iluminó de ira.

—Si ya lo tenías acorralado, podías esperar unos minutos y sacarle toda la información, no antepusiste tu deber.

—El maldito deber me tiene hasta las narices. —Alexander lo miró sorprendido y Jordan lo observó en silencio cuando se llevó la mano al parche—. He antepuesto mi deber a mi matrimonio y a mi título. No me reclames por querer defender lo poco que me queda en la vida.

Se dirigió a puerta, dispuesto a abandonar la reunión. Cuando tenía el pomo en la mano, el viejo espía le habló.

—Anthony, sé más que tú de sacrificios, sé todo lo que has dejado atrás por protegernos y proteger tus convicciones, no creas ni por un momento que no entiendo de lo que hablas. Ahora, en este momento, creo que tienes problemas más graves. Eleonor está aquí, no puedo trasladarla, también necesita mi protección, y aunque le destinara otra casa de seguridad, con la llegada de Lonsdale estoy seguro de que no se irá.

Anthony se dio la vuelta, alarmado, prefería mil encuentros con cualquier matón que enfrentar a su mujer en esas circunstancias. El encuentro entre ellas sería inevitable y rogaba porque su esposa todavía estuviera descansando.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Por qué no me dijiste nada? Hubiera llevado a Amanda a otra parte.

—¡Tu esposa ya sabe toda la verdad, ahora tiene que superar el tema de Eleonor! —bramó Jordan—. Habla con ella enseguida.

Alexander le dio la razón a Jordan.

—¡No es su maldito asunto!

Salió raudo de la habitación, para encontrar a Amanda en la entrada de uno de los salones. Se había cambiado por un vestido rosa, el rostro era una ristra de colores que lo sublevó enseguida. Cómo la había lastimado ese maldito, ojalá estuviera ardiendo en las llamas del infierno. Su expresión lucía atónita, en cuanto llegó hasta ella se percató de lo que sucedía. En el salón estaba Eleonor con el hijo de Lonsdale jugando a sus pies.

Amanda se había levantado más temprano. Se miró al espejo, la inflamación no cedería en poco tiempo, se puso un ungüento y decidió arreglarse. Se puso un vestido de tarde. La doncella le peinó el cabello con sumo cuidado y lo amarró con un lazo a juego con el vestido, dejándolo suelto por la espalda. Todavía le dolía la cabeza, pero tenía que hablar con Anthony. Necesitaba escucharlo, la situación era insostenible, por primera vez desde que su esposo había arribado a Inglaterra necesitaba conocer todos los detalles de su estadía en el continente. Su mente trabajaba veloz, si Anthony era un espía, entonces su tapadera era la de un vividor y todo ese tiempo estuvo representado un papel, era un hombre valiente, al que había ella tratado mal. Una brizna de esperanza se asentó en su corazón al darse cuenta de que lo de Eleonor también podría ser parte del mismo montaje. Se reprendió por tonta, la mujer era hermosa y ellos compartieron

muchas cosas en el continente, pudieron entablar una relación. Necesitaba escuchar la verdad y no las medias verdades de las que se enterara a raíz de lo ocurrido, aunque agradecía por ello, al menos su secuestro había servido de algo.

Salió de la habitación y bajó las escaleras, caminó por el pasillo, examinando los diferentes salones, sorprendida tanto de la decoración recargada como de los hombres que encontraba vigilando cada puerta, todos de la misma catadura del conde y el duque. De lo poco que le pudo sonsacar a Anthony del lugar a donde los llevaba, la casa era el sitio de reunión de varios espías, era segura y Jordan Grey, el único hombre en el confiaba para que ella y los niños estuvieran a salvo. Una pelota de colores brillantes se atravesó en su camino y pensó en Emmy y Damián, que ya deberían estar preparando el viaje para reunirse con ella. Siguió el trayecto de la pelota y escuchó una voz de mujer.

—No salgas del salón, Maurice.

El niño de cabello oscuro y ojos azules se quedó quieto, mirándola, le sonrió con picardía y entró de nuevo en la sala. Amanda entró detrás de él, que corrió hasta la figura sentada en una de las sillas alrededor de una mesa. El corazón le palpó en las sienes y las manos le empezaron a temblar en cuanto reconoció a la mujer, ¡era la misma que había visto con su esposo en la librería! ¡Eleonor! Centró una mirada espantada en el niño, Maurice, lo había llamado Maurice, como el padre de Anthony. ¡Dios mío! La mujer se levantó despacio de la silla con talante preocupado y caminó hasta ella.

—Lady Somerville —susurró, en un tono de voz educado.

Amanda, tan pálida como el jarrón de porcelana que adornaba una de las mesas, se alejó hacia la puerta caminando para atrás con una mano en la boca y una piedra en el pecho que le impedía respirar. Tropezó con el cuerpo de su esposo, que la aferró por los hombros. Apenas escuchaba lo que él trataba de decirle, dejó de ver con claridad, tenía los ojos anegados de lágrimas.

Anthony le acarició los puños crispados y ella se soltó de mala manera, negó con la cabeza varias veces, lo que estaba ocurriendo no era con ella, salió corriendo por el pasillo y subió la escalera con celeridad, por entre la bruma de sonidos y manchones de figuras, escuchó la voz angustiada de su esposo:

—¿Qué le dijiste?

No alcanzó a escuchar la respuesta de ella, solo escuchó sus pasos subiendo la escalera, antes de entrar a la habitación y cerrar con llave.

CAPÍTULO 21

—¡Amanda! —Anthony golpeó con fuerza—. Abre la puerta, por favor.

La mujer dentro de la habitación soltó un sollozo lastimero, miró a su alrededor sin ver nada en realidad. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo saldría de ese lugar? Necesitaba volver a la tranquilidad de su hogar, su hogar, repitió, quiso reír de manera histérica, no tenía nada, esas posesiones materiales eran ilusión, nada era suyo, todo era de su esposo, que tenía una amante y un hijo que ella no había podido darle ni antes de que se fuera a Francia, ni mucho menos ahora que estaban tan distanciados. A lo mejor si estuviera embarazada o tuviera un hijo no se sentiría tan miserable. Pero... ¿Qué idioteces estaba pensando? Se reprendió, un hijo no iba a arreglar la tremenda brecha que había en su matrimonio. Se sentó en una de las sillas, los temblores empezaban a remitir, menos en sus manos, las sujetó con fuerza. “Me volveré loca de tanto pensar”.

—Amanda, por favor, tenemos que hablar, todo tiene una explicación.

No quería verlo, los celos la atormentaban. La mujer era menuda, delicada, de cabellos rubios y hermosos ojos verdes, por el contrario de ella, en la que todo era, como le decía su madre cuando deseaba lastimarla, exuberante: el cabello, los ojos, los labios. No deseaba imaginarlos juntos, porque una puntada en el pecho la agobiaba enseguida.

Los golpes en la puerta se silenciaron. Le parecía inconcebible que estuviera compartiendo casa con la amante de su marido y el hijo de ambos. Si era de él, entonces la relación llevaba más tiempo del que duraron en Francia, desde antes de su boda. Ella nunca se lo perdonaría, aunque la criatura no tuviera la culpa. La mujer no lucía avergonzada ni petulante en su presencia, aunque la notó algo angustiada. Una sensación infrecuente, oscura y dañina, se apoderó de su alma. Los odió con furia, quería lastimarlos de alguna manera, hacerles pagar cara cada lágrima derramada. Ver esa mujer frente a frente materializaba el sufrimiento de años anteriores, la terrible soledad y la inseguridad de no ser suficiente para su esposo.

Un estruendo repentino la sacó de su autocompasión. Anthony acababa de romper la puerta. Se levantó, furiosa, a enfrentarlo.

—¿Cómo te atreves?

—¿Creíste que una puerta me iba a detener? —Ella se alejó de él, dándole la espalda, cuando lo que quería era acercarse y golpearlo—. ¡Mírame!

Amanda lo enfrentó y Anthony dio un respingo al ver el rostro de su esposa golpeado y transfigurado por la ira y el dolor.

—No —admitió con tristeza—. A ti nada te detiene.

—Amanda...

—¡Tú eres un mentiroso!

—¡Tienes que dejarme explicar todo!

Amanda tragó para poder aclarar la voz.

—Me dijiste que yo era tu debilidad, me llamaste mi amor, ¡mi amor! Sí, milord, escuché bien. ¿Esa mujer y ese niño también son tu debilidad?

Anthony la observó con gesto confuso.

—¡Por Dios! ¿Acaso piensas que ese niño es mío?

—Se llama igual que tu padre.

—¡Se llama igual que su padre! —refutó, furioso—. Ese niño es hijo de Lonsdale! ¡James Sthepen Maurice Ashton! Es el nombre de mi amigo.

Amanda no quería creerle, la mirada endurecida que le destinó lo hirió profundamente. Pasaron largos segundos en silencio, contemplándose.

—Me has mentido siempre, no tuviste el valor de decirme que eras un espía, me ignoraste durante tres años, maltratas a tu madre de una manera injusta, no entiendo por qué. Llevas una vida paralela que no tienes intenciones de compartir.

Anthony respiró profundo, tratando de ganar compostura.

—Entiendo todo lo que me dices, tengo la culpa en muchas cosas, Amanda. Mi gran pecado entre nosotros ha sido la omisión, ya te dije por qué no te había dicho nada, pero también hay una razón mucho más importante, no quería exponerte. —Se acercó a ella, tratando de aferrar sus manos entrelazadas que estaban heladas, ella desestimó el gesto y se alejó de él—. Te he protegido todos estos años porque eres lo más valioso para mí. Estar alejado de ti ha sido mi castigo por la manera en la que te traté —concluyó, en un murmullo.

Lo abrumó el desconsuelo. ¿Qué podría él ofrecerle? Era un hombre marcado por la violencia, así no hubiera estado en el campo de batalla, había enfrentado la podredumbre humana, la ambición, la avaricia, el deseo de poder sobre todas las cosas y la maldad latente detrás de un gesto, una

sonrisa. Sí, tenía las manos manchadas de sangre. ¿Qué le garantizaba que no volvería a irse si su país lo necesitara?

—¡No puedo confiar en ti! —gimió Amanda, descorazonada. Su voz quedó ahogada por las lágrimas.

La presencia de su esposo de pronto le inspiró miedo y se alejó de él, caminando hacia atrás, hasta que tropezó con el cortinaje de la ventana. Se sintió abrumada de verlo tan tranquilo, tan dueño de sí, cuando ella estaba tan descompuesta. No, no lo conocía, rememoró su ataque de furia cuando asesinó a Montevilet, nunca lo había visto así, y luego la fría calma que lo circundó, como si hubiera estado jugando al criquet en vez de haberle volado la cabeza a un hombre. Ni siquiera habían hablado de ello, claro, en ese momento estaba más preocupada por corroborar lo que le había dicho el muerto, que su esposo era un espía. Además, ella sí estaba conmocionada.

—No tengo nada con Eleonor, ¿tienes que creerme!

Amanda necesitaba alejarse de alguna manera, sabía que su marido era orgulloso y defendía sus creencias, y como todo hombre, estaría ávido de admiración por sus acciones. Sus reclamos por su situación con Eleonor no lo inmutaban, él insistía en que no había nada, a esas alturas era un engaño más o un engaño menos de los tantos. Tenía que idear otra forma para que Anthony se alejara de ella, recurrir a algo que lo hiriera en lo más vivo.

—Cada vez que te mire no sabré qué me estás ocultando. Mataste un hombre en mi presencia. No puedo confiar en ti —repitió de nuevo con vehemencia. Guardó silencio unos instantes, recurriendo a la calma.

Anthony reaccionó como si hubiera recibido un fuerte bofetón, dio un paso atrás, con expresión totalmente descompuesta.

—¡Era la vida tuya o la de él ¡No seas injusta! No le iba a dar la oportunidad de que te lastimara de cualquier forma. Hubieras sufrido una agresión sexual en manos de ese tipo sino llego a tiempo. ¿Crees que lo hubiera permitido?

—Muchas gracias por salvarme —respondió ella, con talante sarcástico.

Algo se rompió dentro de él, la certeza de que todo lo que había hecho podría ser reconocido por su esposa algún día se derrumbó como castillo de naipes.

—¡No más! ¡Está bien! ¡Esto se acabó! —replicó, con una amargura que pareció sacudir literalmente sus palabras, a pesar de que saltaba a la vista que deseaba controlarse, respiró profundo—. Si no quieres escucharme ni entrar

en razones, se hará como has querido hace tiempo. Vamos a vivir separados, yo no puedo más. Ya estoy harto de tus dictámenes como juez de mi vida y mis acciones. ¡Se acabó!

Salió de la habitación sin voltear a mirarla. Amanda se derrumbó en el sillón y lloró sin importar la puerta rota ni quién la escuchara. Anthony era su corazón y ahora sentía que él mismo se lo había arrancado del pecho.

Anthony salió de la casa, después de dejar claras instrucciones de que su esposa no podría salir del lugar y fue hasta su residencia. Los reproches de Amanda le taladraban el pensamiento y lo dicho por Jordan lo enfurecía. No le gustó el silencio de su hogar, los niños llegarían al día siguiente y se quedarían unos días en la residencia Grey. Y él tenía muchas otras cosas en las que pensar.

El reemplazo de George le recibió los guantes y se encerró en el estudio, donde analizó fríamente todo lo ocurrido desde el secuestro de Amanda, examinó en su mente cada paso dado hasta la maldita discusión y planeó la estrategia a seguir. El baile de lord Greystone estaba muy lejos, necesitaba tomar acciones, ya con cabeza fría, se dio cuenta de que sí había cometido un error matando al maldito sin sacarle información, tendría que trabajar el doble, pero ya sin Amanda en el panorama, podría dedicarse de lleno a su oficio.

Se retiró a descansar, aunque después de un rato abandonó el intento de dormir hasta el día del juicio final o por lo menos hasta que todos sus problemas fueran resueltos. Pidió un baño de agua caliente al sirviente, ya que su ayuda de cámara se había quedado en la residencia de Jordan por orden suya. En media hora estaba listo para una salida nocturna. Sin ganas de hacer mucho, después de lo ocurrido montó en uno de los coches dispuestos en la residencia y al salir se percató de que su jefe había enviado gente para custodiarlo y custodiar la casa.

Se dirigió a la calle St. James y llegó a White's, el club de caballeros que hacía tiempo no visitaba. Un buen juego de cartas y una borrachera con todas las de la ley era lo que necesitaba. Subió las escaleras y atravesó la gruesa puerta de madera del lugar donde los hombres de la aristocracia británica se reunían a jugar, charlar, beber o comer algo. Pocas veces acudía al club, aunque tras conocer muchos lugares como ese a lo largo de toda Europa, reconocía que el White's poseía un indudable encanto, eran muchas las anécdotas que se habían vivido entre sus paredes a lo largo del siglo largo que tenía de construido.

Atravesó las cómodas butacas alrededor de las mesas bajas, donde varios nobles jugaban a las cartas, sin ver las pinturas que adornaban las oscuras paredes o el espeso ropaje de las cortinas, nada de eso le interesaba. Las risas, las charlas y el humo de las pipas se paseaban por el ambiente.

—¡Somerville! —Saludó el duque de Lakewood con voz entusiasta—. ¿Cuándo volviste del campo?

El conde saludó a los presentes y se alejó con Lakewood a otra mesa, varios dandis los observaban de reojo.

—Esta mañana —contestó, mientras le hacía una seña a uno de los camareros.

El joven se acercó presuroso con una bandeja de bebidas. Anthony pidió whisky para los dos.

—No, para mí no, estoy disfrutando de un exquisito madeira. —El camarero se alejó, después de dejarlos bien provistos—. Bribón, irte al campo en plena temporada es la mejor manera de disfrutar a solas con tu esposa. —Anthony sonrió, irónico, si su amigo supiera—. Ya quisiera yo tomarme unos días con Elizabeth, pero las sesiones del Parlamento no me dejan. A propósito, tu primo hace un papel estupendo como suplente en la cámara. Si te descuidas, te quita el título. —Anthony sonrió en silencio ante el comentario y miró el fondo de su bebida, antes de escanciarla de un trago. El duque prosiguió—: Elizabeth llegó algo alterada hace unas semanas por culpa de un desafortunado encuentro en una librería.

Anthony le hizo otro gesto al camarero.

—Deje aquí la botella. —le indicó. El joven le sirvió otro trago y se retiró—. Nuestras mujeres son muy complicadas, la esposa de Stanley no dejó de cumplir con sus deberes cuando el hombre se encaprichó con esa actriz de Dru Lyne. ¿Lo recuerdas? ¿O has visto separados a los Camden por las indiscreciones del vizconde? Tienen un hijo cada año. Así te podría nombrar docenas de matrimonios de nuestra sociedad. Mi esposa ni siquiera lo considera.

—Volviste a verla. —Lakewood pensó un momento y luego negó con la cabeza—. Nuestras esposas están cortadas por unos patrones muy diferentes a las esposas de esos pobres hombres.

—¿Pobres? Están en la gloria, amigo.

—No, en eso difiero contigo, prefiero mil veces a que Elizabeth me amenace con cortarme mis partes si descubre una indiscreción de mi parte y no sabes cuánto lo agradezco. Ellas son mujeres inteligentes, leales,

apasionadas y no se van a conformar con menos de lo que creen merecer. Merecen que seamos honestos con ellas, porque nos dan mucho más.

—Sé que he sido un bastardo con mi esposa, pero necesito un respiro, hay muchas cosas de mí que no sabe. Hoy se enteró de unas cuantas y no sé si podrá perdonarme.

—¿Tus acciones necesitan de su perdón?

—Algunas sí, otras me niego a considerarlo. Vamos a separarnos.

El duque se enderezó con expresión sorprendida.

—Amanda te ama.

—No, ella ama un ideal, un disfraz que usé para conquistarla.

—No digas bobadas. —Lakewood movió la cabeza—. Tu esencia es la misma, tus vivencias en el continente te han vuelto más duro, no necesitas contármelo, pero lo sé, tengo mis contactos y sé qué haces una labor encomiable.

—Díselo a mi esposa. —Tomó otro trago.

—Espero que lo resuelvas, querido amigo. Me voy, antes de que Elizabeth salga sola para el baile de los Towsend. ¿Cuándo vas a reanudar tus compromisos sociales? La gente está intrigada.

—En cuanto la gente vea que Amanda y yo vamos a diferentes compromisos, no tendrán que sumar dos más dos —dijo, en tono suave—. Le envías mis respetos a la duquesa, aunque sé que no serán bien recibidos.

El duque se levantó y se despidió del conde, luego se dirigió a la salida.

Al observar el salón, su mirada se encontró con la del marqués de Clevedon, padre de su amigo Derek, quien levantó el vaso y lo saludó. No tenía ganas de charlar con él, pero ya el hombre se acercaba a su mesa y no podía ser grosero, además, le recordaba a su padre. Anthony se levantó y saludó al hombre de pelo entrecano con algo de sobrepeso que se sentó frente a él.

—Es un placer verte, muchacho —dijo el marqués, rechazando la bebida que Anthony le ofreció. Aquel sin duda no había sido el mejor lugar para ir a olvidarse de sus penas, debió de ir a un club licencioso de esos que abundaban por toda la ciudad. Claro que allí se hubiera expuesto a que el maldito le diera caza, pero ya estaba cansado de jugar al gato y al ratón—. Estuve en París las navidades pasadas, no me fue posible contactar contigo.

—Estaba convaleciente y no estaba en París en ese momento.

—Margaret y yo íbamos camino a Italia, estos inviernos son cada vez más fríos, no nos hacen bien. En Milán tuvimos la oportunidad de compartir

varios días con tu madre y su talentoso marido. —“Lo que faltaba”. El marqués continuó—. Sabes que Margaret y Elisa son inseparables.

Anthony quiso levantarse de la mesa, pero por todo lo que rodeaba a su familia no podía hacerlo. Vivía en un mundo donde las máscaras lo eran todo, estas podían condenarte o salvarte la vida, podían lograr acuerdos o asustar al más temible, una máscara siempre escondía los sentimientos, las heridas. Nadie sabía lo del suicidio, a no ser los sirvientes cercanos que nunca hablarían, ni siquiera los familiares cercanos; lo de las cartas tampoco eran de conocimiento público, la gente pensaba que él se había distanciado de su madre por su nuevo matrimonio, que no aprobaba. Solo el hombre que tenía enfrente conocía uno de sus más oscuros secretos, lo había ayudado en esa aciaga hora y le debía mucho, tal vez hasta su título y posición. Así que no tuvo problema en adoptar su máscara indolente e interpretar el papel.

—Lo sé —aseveró, bebiendo de su vaso de licor.

—Nos preocupa la relación que tienes con tu madre. —Su cara debió mostrar incomodidad, por las siguientes palabras del marqués—. Mil disculpas si te ofendo de alguna manera, pero como mejor amigo de tu padre, tengo el deber de decirte las cosas como si se las estuviera diciendo a mi propio hijo.

Anthony estuvo a punto de levantarse y mandarlo al diablo, pero años de educación británica habían servido de algo. Esperó en silencio la diatriba del anciano.

—Sé que es molesto que la madre a la que adoras se case de nuevo casi al tiempo de terminar el luto, pero esto te va a sorprender y no quiero que te entristezcas o te ofendas. —Anthony lo miró, entre curioso y molesto—. Fui amigo de tu padre en Eton, luego en Cambridge, estuvimos juntos en nuestro *tour* por el continente, vi el enamoramiento fulminante por tu madre, pero también fui testigo de una faceta suya que muy pocos conocen y que sus verdaderos amigos ocultamos al mundo, pues tu futuro y el del título dependían de ello. Tu padre sufría un trastorno en el que tenía cambios marcados en su estado de ánimo. Tenía periodos de sentirse muy triste que se alternaban con periodos de sentirse muy feliz y activo o malhumorado e irritable. No fue fácil para tu madre vivir con él, ella merecía un poco de felicidad después de su muerte. Tienes que ser más... —El marqués se quedó pensativo unos momentos buscando la palabra adecuada—... misericordioso con ella.

Anthony se levantó, furioso, le hizo un gesto con la cabeza en señal de

adiós y salió del lugar sin despedirse de nadie más.

Amanda, después de llorar, se calmó un poco, la mucama le había llevado la cena, que ella se negó a probar. Un par de hombres arreglaron la puerta en corto tiempo. Se lavó la cara y se arregló el cabello, el vestido ni se molestó en cambiárselo. Salió de la habitación dispuesta a hablar con Anthony, necesitaba respuestas. Bajó las escaleras y recorrió diferentes salones, le salió al paso la figura imponente de Max Daniels, el secretario de Jordan.

—Buenas noches, lady Somerville, ¿desea algo?

—Busco a mi esposo.

—Me temo que su esposo salió, dio órdenes estrictas de que usted espere aquí la llegada de los niños mañana. Van a ser los huéspedes de lord Grey por unos cuantos días.

Amanda frunció el ceño.

—Yo tengo mi casa —replicó y una sensación de miedo surcó su semblante—. ¿Anthony no va a volver?

—No sabría decirle, milady.

El hombre rehuyó su mirada, de nada serviría hablar con él. Estuvo a punto de perder la compostura, pero su orgullo vino al rescate. Cerró los ojos unos instantes, no iba a llorar por su esposo delante de un extraño, pasó saliva varias veces y en cuanto supo que le saldría una voz normal, preguntó:

—¿Cómo se encuentra lord Lonsdale?

—Mucho mejor, el médico se fue hace unos minutos.

—¿Me podría guiar hasta su habitación? Me gustaría saludarlo.

El hombre, impertérrito, le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Atravesaron un par de corredores y varias salas hasta que llegaron a una puerta, por la que Eleonor salía en ese momento, presa del llanto. La miró sin verla, y sin decir palabra, se alejó por el pasillo. Max entró primero para ver si el vizconde estaba presentable. Segundos después hizo pasar a Amanda.

La habitación era amplia y de muebles lujosos tallados en dorado, en la mitad del cuarto había una amplia cama cubierta con un edredón oscuro, el lugar olía a medicamentos y a algún ungüento utilizado en el cuerpo del herido, las cortinas estaban corridas. Lonsdale estaba en la cama con una venda cubriéndole la cabeza y otra en el brazo, tenía un pijama de color blanco. Amanda pensó que dormía y ya se retiraba cuando escuchó su voz

ronca, que modulaba con lentitud.

—No se vaya, lady Somerville. —El enfermo, haciendo un esfuerzo, quiso recostarse en el espaldar de la cama, pero ella se acercó de prisa y se lo impidió.

—Lo siento, es algo tarde, no debí venir —dijo, mirando la mesa de noche y la cantidad de frascos en ella, junto a una jarra de agua y un vaso.

—No se preocupe, su presencia es bienvenida. —Se notaba el esfuerzo que hacía por hablar, las heridas de la cara tenían diversos colores, el labio partido le sangraba. Ella alcanzó un apósito de un recipiente al lado de los frascos, lo humedeció y le limpió la boca—. Quiero agradecerle el cuidado que tuvo conmigo en esa horrible casa y durante el viaje.

—No tiene nada que agradecer. —Se miró las manos, fuertemente entrelazadas—. La señora Eleonor parecía muy impresionada cuando salió de aquí.

Él se quedó callado, una fugaz expresión surcó su rostro. ¿Sorpresa?, ¿desencanto?, ¿ira? La expresión desapareció con tanta rapidez que a Amanda le quedó la duda de si la habría imaginado.

—Mil disculpas, creo que es mejor que me retire, a lo mejor Anthony no demora en volver —dijo, con la mirada baja.

—Son unos desgraciados —masculló Lonsdale, furioso.

Amanda levantó la mirada, sorprendida por el exabrupto.

—Cada vez que los veía juntos, me entraban ganas de descerrajarle un tiro a cada uno.

Un puñal pareció atravesar a Amanda en el pecho, las palabras del vizconde parecían echar por tierra su convicción de que a lo mejor todo tenía una explicación. Pero el sufrimiento en la expresión de Eleonor cuando se cruzaron en el pasillo era palpable y Anthony insistía en que el niño era de Lonsdale. Algo se le escapaba y no sabía qué era.

—¿Usted la ama?

Lonsdale trató de soltar una carcajada, pero el gesto se torció a un gemido lastimero.

—No se esfuerce, por favor, ha sido una imprudencia mía venir —se excusó ella, mientras le acomodaba las almohadas.

—¿Cómo se arranca uno el corazón? —El vizconde cerró los ojos un instante con expresión rígida—. Es un dolor constante que llevo sintiendo hace más de un año, el día que la vi por última vez elevé una plegaria al cielo pidiendo que jamás volviéramos a encontrarnos y por lo visto mis plegarias

no han sido escuchadas.

—¿Se veían felices?

—Sí, tendremos que superarlo, querida condesa, yo volveré a mi hogar, me casaré con una linda debutante, si el rostro no me queda muy desfigurado, y usted, mi querida dama, aprenderá a vivir con ello, dará a luz algunos vástagos que perpetuaran el linaje, pasará sus días entre bailes y actividades sociales, y se dará por bien servida de haber cumplido con su deber.

Lonsdale le pidió agua y Amanda, solícita, sirvió el líquido de la jarra y le ayudó a levantar la cabeza. Le dio la bebida en pequeños sorbos, tratando de controlar el temblor de sus manos por las palabras escuchadas.

—No debería hablar más —sentenció—, mejor me retiro.

Él le aferró la mano, ella observó el gesto, extrañada.

—Es usted una buena mujer, siempre lo he sabido, siga mi consejo y no se atormente más.

Amanda le deseó buenas noches y salió de la estancia. Los rostros del vizconde y de Eleonor no podían mostrar más infelicidad, las palabras que profirió él fueron duras, pero tendría que ponerse por encima de la situación para poder comprenderla en su totalidad.

Al subir las escaleras, se topó con el barón de Bedford o simplemente Jordan, como supo por una de las mucamas que le gustaba que lo llamaran, ya que poco utilizaba el título nobiliario. Él le dedicó una sonrisa que no llegó hasta sus ojos, le hizo una ligera venia y siguió su camino. Quiso preguntarle varias cosas, pero desistió, no era el momento. Subió las escaleras y un lacayo le informó que Anthony no había llegado. Se derrumbó de nuevo tan pronto llegó a la habitación, así estuvieran tan mal las cosas, ella seguía amando a su marido con cada uno de los trocitos de su corazón roto.

CAPÍTULO 22

La Zapatilla Roja, el burdel más exclusivo de Londres, fue el lugar escogido por Anthony para terminar su noche. Nada en su exterior denotaba lo que se podía encontrar de puertas para adentro, a excepción, tal vez, del nombre. Iba bastante entonado cuando un hombre abrió la puerta y lo hizo entrar al vestíbulo, le pidió el abrigo y lo llevó a una sala decorada en tonos neutros, con sillones cómodos y cuadros austeros. Un camarero le brindó una copa de champaña.

—Espere aquí, por favor.

Se arrellanó en el sillón. Había bebido lo suficiente como para que le entrara un poco de sueño.

Madame Brigitte, la dueña del lugar, apareció unos minutos después.

—Milord, bienvenido.

Anthony se levantó y le besó la mano.

—Madame, cada vez que la veo está usted más hermosa.

La recordaba de sus épocas juveniles, era el sitio preferido de todos los dandis de su generación, cuando de buscar mujeres se trataba.

Ella, que llevaba un abanico en la mano izquierda, le golpeó el brazo con él.

—Siempre tan zalamero, hace muchos años que no nos visita, desde antes de su matrimonio, milord.

—Es bueno estar de vuelta. Deseo algo de compañía.

Al decirlo se sintió mal. El rostro de Amanda se materializó en su mente, pero se difuminó con rapidez, ella lo había rechazado, no lo respetaba. Había cometido diversos desaciertos con el solo objetivo de protegerla, pero echarle en cara el que hubiera matado a esa maldita cucaracha era inadmisibles, su aptitud le dolía, lo ofuscaba. Observó el lugar. No iba a decir que mientras vivió en el continente permaneció casto, era un hombre joven y con necesidades, recurrió de vez en cuando a lugares como estos cuando estuvo en Francia, Austria y los Países Bajos. Un desahogo físico seguido de un enorme vacío, era lo que recordaba. Esa noche el despecho y la tristeza se paseaban por su corazón junto a la rabia. Quería salvar su orgullo. Deseaba

lastimarla de alguna forma y que al día siguiente sus faenas amorosas estuvieran en boca de todos sus amigos, que ella se enterara.

La hermosa mujer madura de cabello negro y calculadores ojos cafés se dio la vuelta y con una palmada, la puerta se abrió y empezó a desfilarse un ramillete de hermosas mujeres en batas de seda, pieles descubiertas y olorosas cabelleras. Una chica rubia de ojos oscuros atrajo su atención, tenía la piel blanca y se adivinaba su tersura. Al ver la chispa de interés en los ojos de Anthony, ella se le acercó.

—Buenas noches, milord, mi nombre es Camille.

Anthony murmuró algo como respuesta, la joven lo tomó de la mano y lo llevó a otra sala donde había varios hombres esparcidos en diferentes divanes, disfrutando de un *tête a tête* con otras mujeres. A lo lejos se escuchaba la alegre melodía de un piano. La chica se le sentó en las piernas. Anthony cogió una copa de champán de la bandeja de un sirviente que pasó por su lado. Se la bebió de un trago e hizo una mueca; acto seguido cogió otra copa y una más para Camille. La mujer sentada en sus piernas le sonrió cuando Anthony la levantó e hicieron un brindis, después la vació tan de prisa como la anterior.

—Tiene aspecto de necesitar algo más fuerte —dijo la licenciosa voz de Camille. Anthony esbozó su más tentadora sonrisa.

—Hermosa y perspicaz —observó, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Los seductores labios de ella le sonrieron.

—Me gusta observar el comportamiento de los hombres —dijo, al tiempo que se recorrió el cuello y el escote con la punta de los dedos, logrando así que él se fijara en la blancura de su piel y en sus perfectos pechos. Era un gesto insinuante que dio resultado. Anthony cogió la mano de la joven para llevársela a los labios.

—Anthony Morland, conde de Somerville, a su servicio.

Camille rio, una risa sensual y profunda. Mientras, el lacayo que los atendía recogió las copas y les brindó un vaso de whisky.

—Veo que esta noche tengo a todo un caballero a mi disposición. ¿Qué lo trajo a este lugar, milord?

Anthony torció el gesto y frunció los hombros.

—Vine por lo mismo que vienen todos.

En ese momento, una sensual pelirroja bajó por una escalera, el cabello era del mismo tono que el de Amanda y algo en sus gestos lo perturbó. No

debería estar buscando similitudes de prostitutas con su esposa, recordó sin remedio sus años en el continente, siempre que buscaba a una mujer para el placer tenía que ser pelirroja. Dejó el vaso en la mesa y se refregó el rostro. Camille, conocedora de la naturaleza masculina, sonrió de nuevo.

—Todos vienen para buscar placer, un interludio en medio de sus caóticas o aburridas vidas, pero ese no es el motivo por el que vino usted, milord.

Divertido e intrigado por el comentario, la miró fijamente, ambos estaban de vuelta de todo y lo sabían.

—Está aquí porque una mujer ha lastimado su orgullo y quiere que yo lo vuelva a hacer sentir hombre.

Quiso refutarla, pero no le vio el objeto, la mujer tenía razón. Ella acercó los labios a su oído.

—Yo puedo curarlo, milord, confíe en mí.

La mujer jaló su mano y se levantó de la silla, Anthony echó una última mirada a la pelirroja y se retiró con Camille al piso superior.

Entraron a la habitación, no era muy grande, la cama se veía espaciosa y tenía un tocador con un amplio espejo. Olía a flores, el mismo aroma del cabello de la mujer. Anthony, ya borracho, se echó en la cama atravesado y ella, sin perder tiempo, se puso a horcajadas sobre él y le desanudó la corbata. Se frotaba por su cuerpo, incitándolo, excitándolo, él posó sus manos en su cintura palpando la piel suave bajo sus dedos, quería sentir y olvidar...

Emmy, tan pronto saltó del coche y vio a Amanda en la puerta de la mansión, corrió hacia ella. Damián sonrió, feliz, para luego mudar el gesto al verla mejor. La mujer abrió los brazos y los niños la abrazaron.

—¿Por qué tiene la cara morada?

Esa mañana se había levantado y arreglado temprano, dispuesta a esperarlos, de Anthony no sabía nada aún, pero disimuló su malestar para no inquietarlos. Había olvidado su rostro maltratado por la alegría de verlos.

A Damián se le aguaron los ojos y se mordió un puño de la mano. No había podido cumplirle al conde la promesa de cuidarlas como un hombre. El día de la feria no debió distraerse en otras cosas.

Amanda se enterneció ante la angustia del niño y la mirada preocupada de Emmy.

—Estoy bien, estoy bien —los tranquilizó—, fue solo un accidente, mis amores, en unos días habrá pasado.

—Si la hubiera cuidado como me pidió el conde, no le habría ocurrido algo así.

Amanda se acuclilló para quedar a la misma altura del chico. Le acomodó el mechón de cabello que le cayó en la frente.

—No voy a permitir que te echas la culpa de lo sucedido. Eres un niño muy valiente, estoy segura de que si hubieras estado a mi lado nada me habría pesado, pero también tenías derecho a disfrutar de la fiesta, la culpa fue mía por ser imprudente y alejarme. ¿Entendido?

El chico asintió con la cabeza y antes de que ella se levantara, la abrazó.

—La quiero mucho.

—Yo te quiero más.

Maggie y la institutriz de los niños observaban la casa, extrañadas. Pensaron que volverían a la mansión Somerville en la ciudad. En cuanto bajaron las maletas, un lacayo se encargó de entrarlas. La mucama la saludó con expresión consternada.

—Gracias a Dios está usted bien, señora condesa, pero déjeme decirle que ese accidente fue fuerte, espero que la otra parte haya quedado peor que usted.

—Calla —rio Amanda, afirmando con la cabeza. Cómo la había extrañado. Estaba muy vulnerable y esas muestras de afecto eran un bálsamo para su alma.

—¿Quién le está arreglando el cabello? —preguntó la chica, mirándola con gesto de reprobación—. Necesitaré por lo menos dos horas para dejarla presentable.

Entraron a la casa.

—Sé que lo harás, mi querida Maggie. ¿Qué me cuentan mis amores? —preguntó, acariciando las cabezas de los niños, que seguían pegados a su falda.

—Nació el potrillo de Hechicera —contestó Damián, más elocuente que de costumbre, pero con gesto apagado—. El conde se pondrá feliz.

—Qué bien. ¿Es macho o hembra?

—Macho.

—¿Qué nombre le pusieron?

—Milord me dijo que cuando naciera yo podía escoger el nombre —expresó el niño, orgulloso.

—Sí, porque yo le puse nombre a los cachorros de Bruna y escogí uno para mí, milord me dijo que podía.

Bruna eras una de las perritas de la finca. La niña le relató que no podía traerlo porque estaba muy pequeño y necesitaba a su mamá. Los chicos miraban a todos lados y a Amanda se le partió el corazón al comprender que esperaban ver aparecer a Anthony en cualquier momento.

—El conde tuvo que ausentarse por algunos días, pero pronto estará por aquí.

Emmy la volvió a abrazar.

—La extrañé mucho.

—Yo también los extrañé, mis amores. ¿Y cómo vas a llamar al potrillo? —preguntó a Damián.

Emmy soltó una risa que se escuchó por todo el vestíbulo, los criados miraban, curiosos, no estaban acostumbrados a la presencia de los niños en la mansión.

—Duró todo un día en la biblioteca buscando un nombre.

—Se llamará Zafiro.

—Mis cachorros se llaman Valiente, Pícaro, Goloso y Bella.

—Muy bellos nombres, los felicito.

Emmy bajó el tono de voz y preguntó:

—¿Por qué nos vamos a quedar aquí?

Amanda soltó un suspiro.

—Porque en nuestra casa están haciendo una serie de arreglos y tanto polvo nos podría enfermar —mintió.

Envió a la mucama y a la institutriz a refrescarse y descansar hasta la tarde, ella misma se encargaría de los niños. Los llevó a uno de los salones y pidió a un lacayo que les trajera leche y galletas. Mientras ellos no dejaban de hablar del viaje, se distrajo un momento pensando en Anthony, preguntándose por qué seguía sin aparecer, a lo mejor pretendía castigarla por las duras palabras que le profirió. No creía que la fuera abandonar a su suerte en esa casa, pero sabía que lo había lastimado y mucho.

Los niños degustaron la merienda, Amanda les leyó algún cuento y los mantuvo distraídos hasta que la institutriz se presentó cambiada y descansada. Maurice entró corriendo a la habitación al escuchar el sonido de las risas de Damián y Emmy, y se quedó de pie, mirándolos, curioso, mientras se llevaba un dedo a la boca. Examinando sus facciones, Amanda se percató de que era parecido a Lonsdale, el mismo color de ojos, la quijada y la forma de las orejas. Su esposo no le había mentado y un asomo de culpa se impuso en medio del desengaño y la rabia. Eleonor, que venía detrás, se

quedó quieta en el umbral de la puerta, lucía pálida y ojerosa, y ella recordó la expresión de dolor en su rostro al salir de la habitación del vizconde.

—Maurice, ven —ordenó Eleonor, con voz tensa.

El chico, que ya se había acercado a los niños, no le prestó atención. Su madre se acercó rápidamente, pero Amanda la interrumpió.

—Betsy, lleva los niños al jardín, detrás del mueble del pasillo hay una pelota.

—Sí, milady.

Tomó la mano de Maurice, ante la mirada protectora de Eleonor, e hizo las presentaciones.

—Maurice, te presento a Damián y a Emmy, son mis protegidos, estarán juntos unos días. Sé que se llevarán bien. La señora Eleonor es su madre. — Los niños se saludaron mientras ella se asomaba a la ventana, el día estaba despejado, el cielo, azul, con algunas nubes esponjosas—. Vayan a jugar, la mañana está preciosa.

Los niños salieron en una algarabía. Amanda invitó a la otra mujer a tomar asiento, era muy difícil sustraerse de los celos que la atormentaban al observar la delicada belleza de Eleonor, esa mañana bastante apagada. A su mente llegaban imágenes de Anthony besándola, tocándola, de los dos yaciendo juntos, y tuvo que recurrir a sus años de educación para no lanzarse sobre ella como una mujer de baja condición. Quiso salir corriendo y perderla de vista, pero necesitaba conocer su verdad, agarrarse de algo para desatar el enorme nudo de dudas, desilusiones y mentiras que eran su vida en ese instante.

La habitación se sumió en el silencio, el tictac del reloj llenaba los vacíos. En vista de que Amanda no pronunciaba palabra, Eleonor, con un suspiro resignado, se levantó dispuesta a abandonar la estancia.

—Cuénteme de usted, Eleonor. ¿Hace cuánto trabaja con el barón de Bedford? ¿Hace cuánto conoce a mi esposo? —La mujer se detuvo en el umbral de la puerta al escuchar la voz de Amanda y se giró lentamente hasta encararla—. Ya sé que son espías al servicio del gobierno, sé que alguien desea hacernos daño, por eso estamos aquí, pero esos sucesos no son mis principales preocupaciones en este momento.

—Lady Amanda, no soy yo la que debe contarle a qué se dedica Anthony, ni la naturaleza de mi relación con él. Creo que debería preguntarle a su esposo.

Le molestó que se dirigiera a él por el nombre, pero no debería, habían

compartido intimidad, lo del nombre era lo de menos. Se irguió en toda su estatura, destinándole un leve gesto de desprecio.

—Ya sé lo que necesito saber, pero usted debe comprender que me es difícil compartir el mismo lugar con la que ha sido amante de mi esposo durante... —frunció los hombros y elevó las cejas—, no sé cuánto tiempo, nadie me ilumina, lo único que sé es que tiene un hijo de otro hombre y para él tampoco es fácil todo esto. Estoy dispuesta a escuchar lo que tenga que decirme. Merezco saber la verdad, aunque al parecer todo el mundo piensa que debo vivir en la ignorancia —concluyó, en tono de voz duro y seco.

La mujer la miró con evidente desconfianza.

—No digo que no lo merezca. —“Por fin alguien que lo entiende, así sea ella”, caviló Amanda, aferrando sus manos, como siempre que una situación escapaba a su control—. Solo que no soy la persona indicada. Ahora, si usted insiste, debo informarle que no puedo decirle mucho. —Amanda no le contestó y Eleonor prosiguió—. Mi padre es un profesor de la universidad de Cambridge, soy una mujer instruida y me negaba a convertirme en el adorno de un hombre. Además, necesitaba el dinero, pues mi madre murió y mi padre se volvió a casar, dando prioridad a su joven esposa y a los hijos que venían en camino. Mi hermana se casó con un escribiente y vive en Devon. La primera vez que hablé con Jordan, quedó impresionado conmigo y me propuso espiar para los ingleses en Francia, me enseñó todo lo que sé e hicimos el juramento de no revelar nunca la naturaleza de nuestras misiones, ni siquiera a los familiares cercanos, pues eso dañaría las tapaderas. Siempre hay gente imprudente en el seno de las familias y cualquier comentario mal intencionado puede acabar con muchas vidas. Cuando conocí a Stephen —se quedó callada unos momentos—... a lord Lonsdale, nos enamoramos. Entienda que no soy una dama como usted, tuve ciertas libertades de las que las mujeres de la nobleza no pueden disfrutar, estuvimos juntos por dos años, hasta que lo destinaron a España. No teníamos opciones de seguir juntos, yo sabía cuál era mi papel, él es un vizconde, su familia esperaba que hiciera un buen matrimonio y yo soy solo una mujer que por este trabajo ha tenido que hacer cosas en apariencia no muy decentes.

—Como meterse en la cama con mi marido, lo imagino —soltó Amanda con rabia.

Eleonor enrojeció y una chispa de cólera apareció en sus ojos.

—No, no lo imagina, lady Somerville, está muy lejos de imaginarlo, este es un juego peligroso y mortal, usted, que fue criada en cuna de oro, no tiene

idea de los trabajos que pasan las gentes del común. ¿Qué va a saber usted de lealtad a un país? ¿De sacrificio? Perdí algo muy valioso cuando me vi involucrada con su esposo.

—No tengo la culpa de haber nacido en cuna de oro, como la llama usted —refutó Amanda en tono brusco, le costaba mucho trabajo controlarse—. ¿Por qué se involucró con mi esposo? ¿Por qué no con Lonsdale? Por lo que me dice él, se veían muy felices en París.

En el rostro de Eleonor centellaba una expresión de dureza, casi de recelo.

—No puedo explicarle mucho más, solo me queda decirle que ese mundo es falso, nada es lo que parece.

—¿Sigue enamorada de Lonsdale o está enamorada de mi esposo?

Eleonor hizo un gesto con la cabeza y las lágrimas inundaron su rostro.

—¡Eleonor! —exclamó Jordan, que entró en ese momento al salón. El hombre lucía evidentemente molesto, por su gesto, Amanda supuso que había escuchado algo de la conversación de las mujeres—. Necesito hablar contigo. ¡Ahora! Mil disculpas, lady Somerville.

La mujer salió del salón, Jordan le hizo una inclinación con la cabeza a Amanda y salió detrás de ella.

Anthony se despertó con un fuerte dolor de cabeza, en cuanto abrió los ojos advirtió que estaba en una cama que no era la suya. A su lado escuchó la respiración de alguien, vio la silueta de una mujer dormida a su lado, pensó que estaba en sus correrías en París y se durmió de nuevo.

Se despertaron un rato después con minutos de diferencia. Ella se incorporó, apoyándose en un codo con el lustrado cabello extendido en el hombro.

—¿Desea que le pida desayuno, conde de Somerville, o desea nuestro famoso remedio para la resaca?

—Un té, si es tan amable.

—Claro.

La mujer, que estaba envuelta en un pijama de seda, se puso una bata y salió por la bandeja. Anthony se dio cuenta de que no se había quitado los pantalones, ni la camisa. Los zapatos, la chaqueta, la corbata y el pañuelo estaban extendidos en una de las sillas, se levantó y sintió el mundo moverse bajo su peso, se acercó a una jofaina, se lavó la cara, se mojó el cabello y se lo echó para atrás. Cuando Camille volvió a la habitación, ya se había

arreglado. La culpa empezaba a abrir una grieta en el estómago de Anthony. La mujer puso la bandeja en una mesa dispuesta para tal fin. Él evitó mirarla a los ojos. Ella soltó una carcajada cuando le pasó la bebida.

—No es de buena educación acostarse con un hombre y reírse de él al día siguiente. —Sorbió la bebida y siguió evadiendo su mirada.

Camille reía con más ganas.

—Es que... No pasó nada. Si viera su expresión en este momento, milord.

Anthony pudo respirar por fin tranquilo y una chispa de humor apareció en su semblante.

—Yo...

—No hay problema, me habló de su esposa hasta quedarse dormido. Vuelva a su casa con un enorme ramo de flores y métase en su cama, le aseguro que todo se arreglará.

“Ojalá fuera tan fácil”, caviló Anthony. Dejó la taza en la mesa, sacó dinero más que suficiente para cubrir la tarifa de la mujer y tras despedirse, salió veloz del lugar.

—Vuelva cuando quiera, milord, aquí lo espero —escuchó, ya en la escalera.

Así se hubiera acostado con esa mujer, no lograría acallar la necesidad que le inspiraba esposa. Una expresión de extraña melancolía se adueñó de su rostro al recordar algo de lo sucedido la noche anterior. La mujer trató por todos los medios de excitarlo y él solo lograba algo de firmeza cuando evocaba el rostro de su esposa, su piel, su sexo, sus gemidos, sus caricias; sin embargo, al abrir los ojos y ver el rostro experimentado de la joven, le bajaba el ardor. Lo peor fue cuando la mujer intentó quitarle el parche, la separó sin ser brusco, pero la tensión fue evidente para ella, lo que le había dicho a Amanda era cierto, nunca se dejaba el rostro descubierto si estaba frente a otra persona. Después de unos minutos, desistieron de común acuerdo y la joven se acomodó a su lado, dispuesta a escucharlo. Aún en medio de la borrachera, su máscara de dureza no lo abandonaba y le contó de la época en que su esposa lo quería, cuando estaban recién casados. La mujer no podía entender qué problemas tenían, si todo lo que le relataba era de sus tiempos felices. Anthony por nada del mundo le soltaría la verdadera naturaleza de su situación en ese momento.

A la salida del lugar, el coche con dos lacayos y el conductor lo esperaba. Iría a la mansión, se cambiaría y saldría a buscar información para

dar con el bastardo.

CAPÍTULO 23

Jordan tomó del brazo a la mujer mientras accionaba la palanca y bajaba la escalera hasta la oficina secreta. Eleonor se soltó de mala manera en cuanto llegaron al lugar. El hombre se acomodó en la silla de su escritorio con un gesto de disgusto. “Lo que faltaba”, pensó.

—Estás enloqueciendo, Eleonor, si sigues soltando la lengua, tendré que trasladarte a otro lugar donde no creo que tu hijo ni tú estén mejor protegidos que aquí.

—¡Estoy harta! —gritó la mujer con tono de voz angustiado—. No es posible que pretendas que siga interpretando el maldito papel de amante de Anthony, se acabó, eso fue en el continente, Jordan, aquí jugamos con otras reglas, nunca nos hemos acostado, ni siquiera una vez, y ganas de juntar nuestras soledades no nos faltaron. ¡Amo a Stephen, necesito hablarle de su hijo y quiero que esa pobre mujer que me mira de manera acusadora deje de hacerlo! Merezco respeto.

—Eleonor, cálmate, no soy tan loco como para pretender que esta situación dure eternamente, pero necesito que guardemos las formas hasta acabar con esta maldita conspiración.

—¡No quiero! ¡No puedo más! —lloró la mujer—. Necesito que me crea, necesito que Maurice conozca a su padre.

Jordan se puso de pie de un salto y caminó hasta ella.

—Espera unos días, yo mismo hablaré con lady Somerville. Lonsdale sabe que lo de ustedes se inició como una charada, pero piensa que la hicieron realidad, el hombre está celoso y furioso por tu reputación.

Los ojos de Eleonor chispearon de ansiedad.

—No entiendo por qué la esposa de Anthony no puede saber la verdad, no creo que la mujer vaya a salir corriendo a los cuatro vientos a decir que todo en el continente fue una farsa.

—Eleonor —habló Jordan, en tono conciliatorio—, creo que tengo que recordarte ciertos hechos, por si los has olvidado. Si no hubieras estado en ese maldito estudio de la casa de Montevilet, no se me habría ocurrido su

asociación, que trajo muchos beneficios para nuestro gobierno. No tenías idea de que el francés fuera enemigo de Somerville cuando los encontró. Además, ya conoces nuestro juramento. “Silencio, lealtad y vida por mi Rey y mi patria”.

Mientras Jordan repetía como un mantra el juramento de la orden, Eleonor recordó lo sucedido en esa desventurada noche.

Su amiga, Helene Faure, amante de uno de peces gordos del Ministerio de Relaciones Exteriores, la invitó a un baile en la casa de un noble francés sospechoso de andar en contacto con Napoleón. Por los informes recabados, su célula buscaba correspondencia del hombre con Bonaparte, era imperativo saber sus planes, quién lo apoyaba, pues había huido en días anteriores de la isla de Elba, poniendo en peligro la tan ansiada paz.

Aun en su derrota, París seguía siendo el centro de Europa. Muy en su papel de viuda de un oficial en busca de protección o de un amante que la mantuviera, Eleonor llegó al baile, que era una elegante reunión donde los invitados no eran solo nobles o diplomáticos importantes, también había señores y damas de la nobleza, además de cortesanas y parásitos a los que el poder atraía como imán.

Del brazo de su amiga Helene se paseaba por el salón, bebía champaña y saludaba a sus conocidos; bajo el ambiente distendido de la reunión percibió peligrosas corrientes. Los temores de los altos mandos ingleses estaban bien fundados, París era un polvorín, una sola chispa podría incendiar el continente una vez más.

Al otro extremo del salón observó a su compañero, el conde de Somerville. Por una misiva entregada esa mañana por una mucama, supo que asistiría al baile, lucía serio y distraído, un aire de tristeza lo circundaba, hacía pocos meses había perdido un ojo, era su primera aparición pública desde el suceso. Lo vio bailar con una condesa rusa que lo miraba con adoración, era una mujer hermosa, pero Anthony se mostraba indiferente a los requiebros.

Ella bailó y coqueteó con un lord inglés, con un oficial prusiano y con un empleado de la embajada, hasta que vio al conde escabullirse por una puerta lateral y decidió seguirlo. Abrió con sigilo las puertas de varias estancias, algunas vacías, otras con parejas retozando, hasta que transpuso la penúltima puerta que daba a un descansillo y encontró otra que estaba cerrada con llave, lo que no la detuvo, era toda una experta en forzar cerraduras, si se

encontraba alguien adentro, ya inventaría una excusa.

La luz de la habitación era mínima, en segundos se sintió atrapada por un hombre corpulento.

—¿Por qué me sigue?

—Anthony...

El hombre la soltó.

—¿Qué diablos haces aquí? —reclamó, furioso—. No debiste seguirme. No debiste venir.

—Helene Faure me invitó y pensé que podría ser de ayuda.

Anthony le lanzó un gesto despectivo, era un hombre muy guapo aun con el parche. Faure era una mujer fría y calculadora, la típica celestina de jóvenes esposas en busca de aventuras, para extorsionarlas después.

—Tus compañías dejan mucho que desear, querida colega.

—Lo dices porque estuvo enamorada de ti y rechazaste todos sus requiebros, cuidado, una mujer resentida en nuestro oficio puede ser fatal.

—Sé cuidarme, no te preocupes.

Eleonor se alejó y empezó a observar toda la habitación.

—¿Has encontrado algo?

Anthony negó con la cabeza y se dirigió al escritorio.

—Cierra de nuevo con seguro y vete.

—No. —Anthony soltó un suspiro—. Siento lo que te pasó.

Él se llevó la mano al parche con gesto despectivo.

—Esto no es nada.

Eleonor sabía que a pesar del gesto, sí que se sentía afectado por el cambio en su rostro, Anthony era un hombre hermoso en toda la extensión de la palabra y debió ser un duro golpe a su vanidad la pérdida de su ojo, además del dolor de la recuperación.

—No viniste hasta acá para condolerte de mí —dijo Anthony, mientras tocaba debajo de un escritorio, buscando artilugios de cajones secretos—. Busca en los entrepaños del mueble de las porcelanas, necesito las malditas cartas de Napoleón, estoy seguro de que este hombre tiene que ver con su regreso. Estará en París en menos que canta un gallo y no podemos permitirlo.

Eleonor se acercó a un mueble con varios estantes en madera donde reposaba una colección de finas figuras que, al verlas de cerca, resultaron ser diferentes posturas sexuales. Anthony siguió su labor examinando el escritorio hasta que dio con un cajón secreto. Eleonor se acercó, al tiempo

que se escucharon ruidos fuera de la habitación. Si Anthony hubiera estado solo, se hubiera escabullido por la ventana que de seguro ya había revisado, pero la presencia de ella cambiaba las cosas. En segundos y dejando todo en el escritorio como estaba, el hombre maldijo entre dientes y de inmediato liberó los pechos de Eleonor y se desordenó el nudo de la corbata, sin condolerse de la expresión de ella, la suerte estaba echada. Le levantó la falda y le besó los pechos en cuanto sintió la cerradura de la puerta abrirse.

—¡Pero qué grata sorpresa! —fue el saludo del marqués de Montevilet al entrar a la estancia.

Anthony, con deliberada lentitud, volteó el rostro hacia el anfitrión, que en ese momento no quitaba la vista de los pechos de Eleonor, y le destinó una mirada que indicaba que no se sentía bien con la interrupción.

—Lord Lonsdale, me temo que no podré mostrarle mi colección de porcelanas. Creo que tenemos una bella escena en vivo y en directo —dijo el marqués dirigiéndose a su acompañante, que en ese momento entraba a la habitación. Eleonor, al verlo, palideció y se cubrió los pechos enseguida—. No se preocupe, querida, ya todos pudimos conocer esas preciosas colinas. —Anthony trató de disimular la vergüenza y la rabia, Lonsdale miraba a Eleonor con ganas de retorcerle el cuello—. Deberíamos dejar a los amantes continuar donde lo dejaron o —en ese momento la expresión del francés cambió a una fría y calculadora—, quitarnos las máscaras y revelar el verdadero motivo por el que tres ciudadanos ingleses y yo estamos aquí en mi estudio.

—La dama y yo nos divertíamos un rato, en cuanto a lord Lonsdale, sé que es un gran admirador del arte, no me extraña que quisiera ver su colección de porcelanas.

—Puede ser eso o que ustedes quieren algo que creen que yo tengo en mi poder.

Montevilet soltó una risa irónica e invitó a Lonsdale, que se había quedado en el vano de la puerta, y a los demás, a tomar asiento, mientras él se paseaba por la habitación en silencio. Eleonor, ya compuesta, miraba al vizconde con expresión confusa, no entendía por qué rehuía su mirada.

—No sé de qué está hablando, milord, yo solo me divertía —repuso Anthony enseguida.

La expresión de Lonsdale trataba de ser imparcial, pero algo en su mirada lo mostraba dolido, confuso.

Eleonor sabía que Anthony detestaba a Montevilet, y con razón, el tipo

semejaba una serpiente resbalosa y repugnante. Tan invisible y activo como el mecanismo de un reloj, parecía que estaba en todas partes y en ninguna.

—A mi amigo Fouché le encantará saber de ustedes, como antiguo ministro de la policía, tiene muchos contactos. Podría ponerlos presos esta misma noche.

El poder detrás del poder, se dijo Eleonor. Fouché le inspiraba un ligero temor, se lo había topado en más de una ocasión, había escuchado historias espeluznantes durante el régimen del terror y que el propio Napoleón prefería tenerlo siempre de su lado, porque le temía.

Anthony soltó la carcajada.

—Si apresaran a una pareja por querer hacer el amor, todo París estaría en la cárcel.

Montevilet lo miró con franco odio.

—No me crea imbécil, Somerville, la información que tanto buscan no está en mi poder, ni tengo idea de donde estará. —Caminó por la estancia y luego los miró—. ¿Cómo tomará lady Somerville este devaneo suyo, milord?

Las facciones de Anthony se desencajaron.

—Ella no tiene cabida en esta habitación —farfulló entre dientes.

—Caballeros —intervino Eleonor en tono remilgado, levantándose—, dejen de hablar de conspiraciones, qué tema más aburrido, y volvamos al baile.

—¡Siéntese, señorita Eleonor! —exclamó Montevilet, que volvió a caminar por la estancia, se notaba que su mente maquinaba algo y luego, como si hubiera tenido una maravillosa idea, dijo—: Me dará mucho placer anunciar a la sociedad que entre ustedes dos hay un entendimiento. Quiero que todo el mundo lo sepa, que llegue hasta las calles de Park Lane y Mayfair.

—No entiendo qué quiere lograr usted con esto —intervino por primera vez Lonsdale.

Montevilet miró a Anthony.

—Tengo mis razones, si ustedes no están de acuerdo, entonces... Una palabra en los oídos adecuados y tendrán serios problemas. Irán a la cárcel y de todas maneras la historia del romance se filtrará, tarde o temprano. Algún comentario dejado aquí y allá, y la hermosa Amanda lo sabrá en menos de una semana.

Anthony se levantó hecho una furia y lo agarró de la solapa. Lo sacudió como si fuera un muñeco, la rabia nubló sus facciones.

—¡Eres un maldito! Y no sabes cuánto quiero abrirte el cuello en canal. —El único ojo le brillaba y sus facciones se trasformaron por la ira—. Sé lo que quieres hacer, es tu manera de vengarte por no poder tener a Amanda, a mi esposa. Te metes con ella y eres hombre muerto.

Lo soltó con brusquedad, el hombre cayó hacia atrás en uno de los sillones.

—Podemos matarlo —sentenció Lonsdale.

Montevilet soltó una carcajada.

—Y todos en el salón sabrán que fueron ustedes o por lo menos usted Lonsdale. —Anthony, al ver que el hombre se levantaba alisándose las solapas de la chaqueta, se acercó, dispuesto a sentarlo de nuevo con un puño—. ¡Cuidado, milord! Yo no vine desarmado a este encuentro, ustedes me hacen algo y el par de hombres que siguen a su esposa tienen órdenes perentorias de lastimarla. Así que o hace lo que le digo o lady Amanda sufrirá las consecuencias.

Eleonor sabía que lo más importante en la vida de Anthony era su esposa, cualquier amenaza se la tomaría en serio.

—¡Maldito y mil veces maldito! —Le golpeó el rostro y el estómago. El hombre se dobló en dos con un gesto de satisfacción en la cara.

—Ya déjalo, Anthony —dijo Eleonor.

Volvieron al baile. Anthony y Eleonor fingieron por primera vez algún tipo de entendimiento, se dejaron ver usando una máscara bien ajustada de alegría y disipación, cuando su interior lloraba de angustia. Lonsdale se fue enseguida. Eleonor, preocupada, quiso ir al hotel donde siempre se hospedaba cuando iba a París, necesitaba hablarle, decirle que era trabajo, que no había ocurrido nada, que a pesar de la distancia, sus sentimientos eran los mismos, pero un mensaje de Jordan, citándolos a los dos esa madrugada, la hizo desistir de su propósito.

El hombre ni siquiera los saludó.

—¿Supieron lo ocurrido en Grenoble hoy?

—Sí —contestó tajante Anthony—. Se prendió la mecha y es nuestro menester acabarla antes de que otro derramamiento de sangre se vierta en toda Europa. El mariscal Ney apoyó a Napoleón.

—¡Es un maldito traidor! —exclamó Jordan, furioso—. Ha borrado de tajo meses de arduo trabajo en el Congreso de Viena. En pocos días Napoleón volverá a París, los necesito a los dos con ojos y oídos abiertos.

Eleonor, necesito que las mujeres a las que les pagas estén atentas a cualquier detalle. Cualquier comentario, cualquier mensaje envíalos por los canales de siempre. Anthony, te necesito en cuanta reunión haya en esta maldita ciudad. ¿Entiendes?

Anthony se levantó y caminó por la estancia, se le notaba tenso y angustiado.

—Necesito volver a Londres.

Jordan lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No puedes ahora.

—Han amenazado a mi esposa.

—¿De qué diablos estás hablando?

Entre Anthony y Eleonor le relataron lo sucedido en la casa de Montevilet. Jordan se quedó unos minutos pensativo.

—Le pondré a lady Somerville protección en lo que demore en llegar el mensaje. No tienes que preocuparte por ella en este momento.

—No me puedes pedir eso, necesito volver —rogó Anthony.

—Ella estará bien, yo me ocuparé de eso y estará mejor si haces lo que quiere ese maldito. Sé que lo que les voy a pedir puede ir contra sus principios y de antemano lo siento por ti, Anthony, pero el país y el Rey te necesitan. Con ustedes como pareja, podrán hacerlo mejor que por separado.

Anthony negó con la cabeza, pero Jordan le atajó el gesto enseguida.

—Es el futuro de Europa, estás en la obligación de proteger los intereses de tu Rey y de tu patria.

—¡No!

—¡Carajo! —palmeó la mesa Jordan—. Hiciste un maldito juramento, es hora de que cumplas tu parte, este es tu momento, no es antes ni es después. Ya lo sabes.

—“Silencio, lealtad y vida por mi Rey y mi patria”.

Al día siguiente, Eleonor, se apersonó en el hotel donde se hospedaba Lonsdale, subió las escaleras pensando en el mejor modo de hablarle sobre lo ocurrido y lo que vendría, llegó hasta la habitación, la cerradura estaba sin llave y se retocó el cabello antes de entrar. Al avanzar por la sala, vio un chal y unos zapatos femeninos, la ira empezó a nublar su mente, para estallar cuando encontró a Lonsdale en la cama con una mujer de cabellera oscura dormida en su pecho. Él estaba recostado contra la cabecera y la miró como si la esperara, le sonrió y le pidió silencio.

Eleonor abandonó la habitación y no volvió a dirigirle la palabra, en los

pocos encuentros que tenían, fingía ser más cariñosa con Anthony, solo por ver ese musculo en su barbilla agitarse y el brillo furioso de sus ojos azules.

—Nunca entendí por qué Montevilet hizo esa amenaza a la condesa, con entregarnos hubiera sido suficiente —expresó Eleonor.

—Era un retorcido y creo que le faltaba inteligencia. Su odio viene de cuando fue pretendiente de lady Amanda y por lo que pude averiguar, el padre de ella, Lord Archer, no le brindó un buen trato, estaba lleno de orgullo y de arrogante prejuicio contra él y no me extrañaría que también estuviera en sus planes lastimarlo de alguna forma. El marqués, deseoso de una retaliación, se dijo que la condesa sufriría más por la asociación de ustedes dos que si los condenaba a muerte, pues en la época en que la conoció la vio bastante encandilada por el conde. Más adelante, en cuanto el Camaleón cumpliera su cometido y Amanda fuera viuda, aparecería de nuevo frente a ella.

—¿Dónde conseguiste esa información?

—En Francia, uno de los nuestros hizo cantar a su secretario, que estaba enterado de todo.

—Siempre son los celos o el poder —suspiró Eleonor, más calmada—. Jordan, no veo a que viene toda esta charla.

—Nosotros somos los ojos y oídos de toda una nación, no lo olvides. Alguien me dijo una vez algo como esto: “Los espías deben ser los vigías en lo alto del palo del barco, oteando el horizonte, viendo de lejos las tormentas y orientando al capitán para que el velero maniobre sin sorpresas”.

—La lista de peligros es interminable, no quiero ser más parte de esto, ya es suficiente, Jordan, tengo un hijo y él es todo lo que me importa ahora.

—Lo entiendo y acepto tu decisión. Tienes que hablar con Lonsdale, pero deja que pasen unos días y se recupere más. Prepárate, va a estar furioso.

—Lo sé. ¿Y lady Somerville?

—Si ella supiera todo lo que sufrió Anthony, le haría un monumento.

Amanda, que se había puesto pálida, antes de soltar un gemido, se tapó la boca con ambas manos.

Cuando vio alejarse a Eleonor y Jordan decidió seguirlos, resuelta a aclarar las cosas de una vez. Vio la habitación a la que entraron y pegó la

oreja a la puerta, pensando en que su madre renegaría de ella si la viera en esa labor, pero no escuchó ni siquiera murmullos. Necesitaba respuestas, si había obtenido poca información de los demás, era hora de enfrentar al jefe ahora, cuando su ánimo estaba dispuesto para la confrontación, podía sentir la sangre recorriendo por cada recoveco de su cuerpo y hervía. No llamó, simplemente entró y para su sorpresa, la habitación estaba vacía. ¿Cómo era posible? Los había visto y no creía que los espías tuvieran el don de desaparecer como por encanto. Recordó la mansión de su abuelo en Yorkshire, que tenía una entrada secreta que daba a un túnel, construido por un antepasado celoso de la seguridad y la privacidad. Recorrió la habitación, tocando cuanto artilugio sobresalía. Palpó con los dedos la biblioteca, si alguien la encontraba, pensaría que se había vuelto loca. Cuando llegó cerca de la chimenea, examinó un gancho que emergía de la piedra, lo jaló en varias direcciones hasta que vio como la pared que tenía enfrente se abría, dando paso a unas escaleras. El lugar estaba oscuro, pero la claridad del cuarto le iluminaría el camino. Bajó las escaleras que desembocaron en un pasillo iluminado por un rayo de luz que salía por entre una puerta entreabierta y escuchó las voces de Jordan y de Eleonor.

A medida que escuchaba, el corazón le retumbaba en el pecho, quiso llorar de alivio y de pena, el arrepentimiento se le coló por las rendijas del alma. ¡Dios mío! Qué equivocada había estado. Necesitaba retirarse o sería evidente su presencia, ya solo escuchaba murmullos. Trató de enmudecer sus pasos, subió las escaleras lentamente, sentía que tenía una pesada loza en el pecho, no quería llorar más, pero no podía evitarlo, al llegar a la habitación, manipuló la manija, vio que todo estuviera como antes y se retiró.

—George. —Anthony entregó el sombrero, el abrigo y los guantes al sirviente—. Te necesito en mi estudio.

—Después de usted, milord.

Estaba desaliñado, le dolía la cabeza por el licor ingerido la noche pasada y no presentaba su mejor cara, pero necesitaba respuestas y supuso que un empleado de su familia, con más de cuarenta años de servicio, le diría la verdad respecto a su padre. Se sentó de mala manera en uno de los sillones y le pidió al mayordomo que hiciera otro tanto. George no pareció entender y siguió de pie frente a él.

—Siéntese, hombre —ordenó, impaciente—. Usted ya no va a crecer

más.

El criado obedeció, dirigiendo una mirada curiosa al conde.

—Necesito preguntarle algo y espero que por los años que lleva trabajando conmigo sea completamente sincero —dijo, mientras pensaba que, a excepción de Charles, era la primera vez en su vida que planteaba una cuestión personal a un sirviente.

Aunque tenía que reconocer que George era más que eso. De niño había sido su amigo, su maestro en cosas tan sencillas e importantes como jugar al críquet, pescar la mejor pieza, cuidar los aparejos de pesca y caza, le hacía compañía durante los eternos meses de su estadía en la casa de campo y cuando quedaba libre de la institutriz y el instructor.

—Estoy a su servicio, milord.

—¿Es cierto que mi padre tenía problemas mentales?

El criado se puso rígido, sorprendido por la pregunta. Carraspeó varias veces antes de contestar.

—Si me permite preguntarle, ¿quién le ha dicho tal cosa, milord?

Anthony apoyó los codos sobre los muslos y llevó las manos a ambos lados de la cara.

—Eso no se lo voy a decir. Contésteme, por favor.

El anciano se removió, inquieto, en la silla.

—¿Desea tomar algo? —preguntó el anciano, tratando de ganar tiempo.

—No, no quiero tomar nada, pero si usted desea tomar algo, puede hacerlo.

El mayordomo miró hacia el mueble de los licores, tentado, pero negó con la cabeza.

—Es muy temprano para mí —mintió, a sabiendas de que su señor conocía su costumbre de tomar un trago de brandy en las mañanas y otro en la tarde.

Anthony se levantó, impaciente, fue al mueble de los licores y le sirvió una copita de brandy que el hombre, algo reacio, aceptó. Se sentó de nuevo.

El mayordomo tomó un trago, sostuvo la copa en sus manos y lo miró, dispuesto a enfrentarlo.

—Sí, señor conde, su padre desde muy joven sufría de cambios constantes de su ánimo, a veces estaba muy triste y apenas salía de su habitación, luego un día se levantaba como si nada, cantando y volteaba la casa al revés. Su abuelo —repuso, enfurecido—, era un mal hombre, lo encerraba por días. Le daba medicamentos que lo mantenían dormido. Nos

prohibió decirle algo a alguien so pena de un despido sin recomendaciones y una golpiza. —Se interrumpió y miró a Anthony, que con un gesto lo animó a continuar, a sabiendas que lo iba a escuchar no sería de su agrado—. Cuando se comprometió con su madre y la invitaron a pasar una temporada en la casa de campo, fue como si un rayito de luz hubiera entrado a la casa. Su abuelo nos reunió a todos y nos advirtió que no podíamos decirle una sola palabra de los ánimos cambiantes de su hijo.

Anthony se levantó de manera brusca de la silla y fue hasta la ventana. Con las manos aferradas por detrás y evidente tensión en su cuerpo, le dio la espalda, mirando sin ver el jardín, florido a esa hora de la mañana. Al fin le indicó al sirviente que continuara.

—Su madre era tan bella, tan inocente y su padre estaba tan enamorado, que nosotros guardamos la esperanza de que esa unión lo curara. Ella era amable con todo el mundo, pero al poco tiempo nos dimos cuenta de que no amaba a su padre del mismo modo que él la adoraba.

—¿Por qué? ¿Tenía algún amante?

El mayordomo lo miró, escandalizado, y con aire resentido salió en su defensa enseguida.

—¡No, señor! Ella fue una buena esposa y su padre la atormentaba con sus celos. —Qué terrible debió ser para una jovencita, en medio de un desengaño amoroso, recibir atenciones no deseadas, caviló Anthony, percibiendo que el muro de hielo hacia su madre se partía en pedazos—. Ella lo intentó, milord y cuando nació usted estaba tan feliz, todos estábamos felices pensamos que el mal de su padre se había conjurado y luego...

El anciano se quedó callado. Anthony volteó a mirarlo.

—¿Luego qué? Continúe, por favor.

—En cuanto llegamos a la casa de campo, nosotros sabíamos que el conde no estaba bien, que pronto tendría una de sus crisis, pero su madre no tenía idea, le parecía un poco raro el ánimo exaltado de su padre, pero no le dio importancia. Usted tenía un año, su padre lo alzó de la cuna y se lo llevó todo el día a cabalgar, empezó a llover, su madre casi se enloquece, nunca la vi tan descompuesta como ese día, no entendía por qué él se había marchado con usted sin cambiarlo, sin darle alimento y con el cielo encapotado por la tormenta que llegaría. Salió a cabalgar como loca, buscándolo en cada casa de los arrendatarios, lo encontramos donde el herrero, ya que tuvo el buen tino de resguardarse de la lluvia. La señora Clements lo había aseado y alimentado a usted. En cuanto volvieron a la casa, tuvieron una fuerte

discusión. Tras ese incidente, su padre se postró en la cama por varios días y la condesa, desesperada, se fue para Londres a hablar con su suegro. Después de esa charla nada volvió a ser lo mismo.

Su madre fue una jovencita enfrentada a una terrible condena, pensó Anthony cada vez más consternado, la casaron sin amor y engañada. Se sintió un miserable por el modo en que la había tratado. Ahora entendía muchas cosas, recordó su niñez y los viajes intempestivos de su madre y él, cuando apenas llevaban unas semanas, ya fuera en la casa de campo o en Londres en plena temporada social. Nunca quiso que presenciara los arranques de su padre. Cuánto la había lastimado y ella solo había querido protegerlo.

—Su abuelo fue un canalla —dijo George, sin fijarse en la expresión de Anthony ante el insulto—, pero usted es peor, milord, es su hijo y la trata como si estuviera apestada. ¡Es imperdonable! —Anthony se acercó a él, tan desconcertado por el insulto, como por no sentir ningún deseo de darle el rapapolvo que el sirviente merecía por su irrespeto. Sabía que tenía toda la razón—. Le ha roto usted el corazón a su madre, milord, ojalá pueda repararlo, y ahora si desea ponerme de patitas en la calle por mi insolencia, no pondré reparo —concluyó, con gesto digno.

Se levantó enseguida de la silla, más erguido que nunca. Anthony lo miró largos segundos, él había sido su padre en muchos aspectos, lo estimaba y era el único en su condición, junto a Charles, con derecho a ponerlo en su lugar, así como lo había hecho de niño, porque para él eran su familia.

—Gracias, George, vuelve a tu puesto. —El anciano levantó las cejas, sorprendido—. Sé cuándo merezco un regaño y tú siempre has sido bueno en eso.

El hombre, ya en confianza, le iba a decir algo más, pero Anthony lo acalló con un gesto.

—No te pases, ya no soy un niño.

El anciano sonrió y abandonó el estudio. Anthony salió detrás de él. Sus pasos le pesaban tanto como la culpa, tenía demasiadas cosas que solucionar en su vida. Saludó con un gesto a unos de sus hombres, vestido con el uniforme de paje de la casa. Al llegar a su habitación, un joven lacayo lo esperaba y se dio un baño mientras pensaba en su madre. Recordó su olor cuando se acercaba y la abrazaba, su voz cuando le leía algún cuento, los paseos que daban, cómo les gustaba cabalgar, la genuina alegría con que lo recibía cuando volvía del internado, las veces en que iba a visitarlo al colegio, algo que muy pocos padres hacían. “Me vencía la nostalgia si no veía tus ojos

un día más”, le decía, mientras lo llenaba de mimos y golosinas. Comprendió de pronto cuánto la había extrañado, ella le hubiera dado muchas luces en su situación con Amanda. Ya no podría culparla por ser egoísta y haber rehecho su vida, había aferrado la felicidad y no era justo que él se opusiera a ello.

En cuanto estuvo arreglado, recibió una misiva de Charles diciéndole que su esposa y los niños estaban bien. En el salón lo esperaba el sargento Finley, con nuevas pistas del Camaleón, al parecer habían encontrado el barco que lo transportó a Inglaterra, pero estaba encallado en Calais, tendría que ir hasta Francia por información. Arreglaría las cosas con su madre en cuanto volviera.

CAPÍTULO 24

Amanda llevaba dos semanas en la mansión Grey, como la llamaban todos sus eventuales habitantes. Por las tardes realizaba su labor de punto de cruz mientras los niños hacían la siesta. A su lado, Eleonor trataba de seguir sus indicaciones para hacer la puntada más fina y delicada, pero no tenía demasiado talento para el bordado.

La condesa se ocupaba de manera febril desde que amanecía hasta el anochecer, que era cuando la desdicha caía como loza en su pecho y no paraba de llorar. Se había acercado a Eleonor, una vez disuelta la maraña de los celos —aunque aún se resentía de que hubiera sido ella quien compartiera vivencias importantes con su esposo en Francia—, primero, por el pequeño Maurice, que se había hecho inseparable de Damián y Emmy, y segundo, porque la mujer le inspiraba compasión al verla desfilar frente a la puerta de la habitación donde permanecía Lonsdale curándose de sus heridas, sin atreverse a entrar y enfrentarlo. Amanda entraba una vez al día, le leía algo, le acomodaba las almohadas y conversaban de variados temas, pero en cuanto le insinuaba que Eleonor deseaba hablar con él, todo rastro de amabilidad desaparecía del semblante de vizconde. Ella tampoco era capaz de decirle que había escuchado la conversación y por la expresión de Lonsdale, no creía que sirviera de algo.

Si Eleonor estaba extrañada de la conducta de la condesa, se guardó de comentar algo, y por su bien y el de su hijo, aceptó compartir parte de su tiempo con ella.

Amanda esperaba con ansiedad la vuelta de su esposo, aunque era consciente de que merecía el tormento de su ausencia, lo amaba con locura y lo había herido de manera inmisericorde e injusta. No había confiado en él, lo había decepcionado. A lo mejor, otra ocuparía su lugar, lo imaginaba hartos de sus reclamos y estupideces. Se acercó a Charles, a quien trataba de engatusar por alguna información, pero el criado, leal a su esposo, evadía los temas importantes. Después de cenar, el hombre se sentaba con los niños sobre la alfombra y les contaba historias de un hombre valiente en un país lejano y así pudo Amanda hilvanar algo de la personalidad de su esposo, pues estaba

segura de que dichas historias hablaban de él.

Con el paso de los días, se ocupaba más y más, y no tenía tiempo para pensar. Con detalles, sutiles al principio, introdujo unos cuantos cambios en la mansión, que llevaba décadas manejada por un hombre soltero a quien temas como mantener la plata reluciente, airear las habitaciones, dar brillo al pasamanos de las escaleras, encender pebeteros con esencias, exigirle a la cocinera una mejora en los platos ofrecidos y otros por el estilo lo tenían sin cuidado. La servidumbre, relajada al comienzo, estuvo algo reacia a hacerle caso, pero acabó por claudicar ante el tono firme y amable de Amanda. En una semana, la casona era un lugar agradable que marchaba con la misma precisión que su mansión en Park Lane.

—Luce, cambia las flores del recipiente del estudio, Mary y yo cortamos unas rosas que están en el canasto encima de la mesa del vestíbulo —dijo Amanda a una jovencita que entró en ese momento con un servicio de té al salón.

—Sí, lady Somerville.

Después de dejarlas provistas, la jovencita fue a cumplir la orden. Eleonor se disculpó unos minutos.

—Podrá pasar décadas en esta casa enseñándoles, esas no aprenderán, milady —aseveró Maggie, escéptica.

—Mi querida Maggie, todo lo que necesitan es alguien que las guíe, la mano de una mujer, los hombres pasan de ciertos detalles que no les interesan.

—Exacto, cuando volvamos a la mansión, volverán a sus viejas costumbres.

—No creas, he diseñado todo un programa de cosas que Max, el secretario, o Jacob, el mayordomo, pueden hacer cumplir sin problema.

—Si usted lo dice, milady.

Jordan, a pesar de su trato frío y distante, agradecía el calor de hogar que le brindaban los huéspedes. Incluso cenaba con las mujeres, ya que los niños lo hacían en la habitación, por donde Amanda iba antes de bajar a cenar y les daba un beso de buenas noches. El barón desplegaba sus dotes de buen conversador y ella era capaz de seguirlo en temas como la política y los libros, lo que tenía al hombre gratamente sorprendido.

Una de esas veladas en que Eleonor, alegando un dolor de cabeza, rehusó bajar a cenar, lo hicieron ellos dos solos.

—Mil gracias por todo lo que ha hecho en mi hogar, lady Somerville —

dijo el hombre, suavizando un tanto su habitual gesto severo.

Amanda sonrió y bebió de su copa de vino.

—Es lo menos que puedo hacer por el tiempo que permanezcamos aquí y a propósito de eso, milord, quiero volver a mi casa.

Jordan sonrió con indulgencia y siguió comiendo.

—No puede aún.

—No sé nada de Anthony, no recibo ni una simple misiva diciéndome si está bien, ni siquiera sé dónde se encuentra.

Uno de los sirvientes se acercó y volvió a llenar las copas de vino.

—Son gajes del oficio. Según mis informes, él se encuentra bien.

Amanda trató de sonreír, pero el gesto no llegó a sus ojos, dejó de comer en ese momento y se limpió la boca con la servilleta bordada.

—Necesito hablar con mi marido.

—Lo hará, condesa, tenga paciencia. Todo se solucionará.

—Sé que él y Eleonor no fueron amantes y no entiendo por qué, ya terminada esa misión, Anthony no pudo decirme la verdad, en cambio, actuó todo el tiempo como si hubiera sido culpable.

El hombre dejó los cubiertos en el plato y con una seña hecha al sirviente, pidió que retiraran el servicio.

—Contésteme con sinceridad, lady Somerville. ¿Le hubiera creído? — El tono cortante que utilizó Jordan al pronunciar las palabras la abochornó. No podía mentirse, le hubiera refregado su testimonio de que no tuvo nada con Eleonor, como una mentira solapada—. Anthony, como todos mis elegidos, es un hombre de honor, fiel a sus principios, no lo olvide, si escuchó toda la conversación ya debe saberlo.

Amanda enrojeció.

—¿Cómo supo...?

—Soy uno de los mejores en mi oficio y usted acaba de corroborar algo que yo solo sospechaba, porque estaba seguro de que por mi equipo no lo habría sabido. Tenía mis sospechas al ver su cambio de actitud con Eleonor.

Amanda no supo qué decir. Jordan se levantó de la mesa.

—Me disculpa si hoy no puedo seguirla acompañado, condesa, está en su casa, y de nuevo gracias por todo.

Se dirigió pensativa a la habitación. El barón tenía razón, si analizaba la conducta de su esposo desde el momento en que se conocieron, todo encajaba. Ella había caído profundamente enamorada y sabía que a Anthony le gustaba, la conquistó con múltiples recursos, como si hubiera decidido que

era la mujer con la que se casaría. Habría sido una tonta de remate si no se hubiera percatado de que su esposo era una persona algo difícil de conocer. Su mirada ocultaba muchas cosas, podía ser caballeroso y dulce unos momentos, perverso o apasionado en otros. Era un hombre invencible. Detrás de su reserva helada había un fuego que se mantenía constante como si nada lo perturbara, iba delante de los demás y hasta de sí mismo. Aunque también podía ser exigente e intolerante, como lo demostraba lo ocurrido con su madre, y celoso con sus posesiones.

Aunque la omisión por parte de su esposo había sido la reina en su matrimonio, Amanda sentía que había cometido muchos errores y solo quería verlo para rogarle su perdón por todos sus malos pensamientos, por pensar siempre lo peor. Decirle cuánto lo extrañaba en la vida cotidiana y en su cama, que en las noches se permitía soñar que él llegaba y la tomaba de todas las formas en las que lo hizo durante el mes que duró su felicidad. Era tanto su anhelo, que la ardiente oleada de deseo solo se calmaba si se tocaba, pero era un alivio momentáneo, la añoranza de tenerlo con ella, de sentirlo, de que le hablara como lo hacía en medio de la pasión no la dejaba en paz.

Esa noche en que se durmió de madrugada se dijo que le daría una semana más, de lo contrario, volvería a su casa y asumiría las consecuencias. Necesitaba retomar su vida, sabía que él la buscaría, aunque fuera para reprenderla, y esa sería su oportunidad de pedirle perdón.

Contrario a lo que todos pensaban, el Camaleón se había quedado muy cerca de sus próximas víctimas. Su benefactor en Inglaterra lo había escondido en una de sus casas en Norfolk Street y por su informante, supo que Anthony había viajado a Francia siguiendo sus pistas y de la tenaz búsqueda de su paradero por parte de media docena de espías.

Estaba al tanto de que el duque de Shuterland andaba tras su rastro como sabueso por toda la ciudad, y no entendía qué hacía uno de los nobles con mayor poder y ascendente en Inglaterra detrás de un hombre como él. Había sembrado pistas falsas y ellos las seguían como perros detrás de un hueso, ya tenía planeado lo que iba a suceder, su orgullo y su nombre estaban en juego y eran más importantes que cualquier compensación económica.

Se puso el sombrero, y con el gabán de piel cubriéndole gran parte de la cara, salió a la calle y tomó un coche hasta Trafalgar Square, donde se bajó, atravesó la estación de Charing Cross y más adelante entró en la pensión

donde lo esperaba el inglés que deseaba hablar con él.

Golpeó un par de veces, con la mano en el cinto, por si se trataba de una trampa. Entró en la habitación, las cortinas estaban echadas, una vela encima de una mesa iluminaba la estancia, expandiendo la sombra de los dos hombres, el inglés se sentó en una de las sillas. Él se quedó a un lado de la puerta.

—¿Para qué me citó?

La voz del Camaleón y el tono imperioso en su pregunta le causaron un leve temblor a su interlocutor.

—Tengo un mensaje de mi señor.

—¿Qué mensaje?

—Tendrá su oportunidad de darles caza en el baile de lord Greystone, que tendrá lugar el 12 de junio, la aristocracia en pleno estará allí, ya confirmaron su presencia el conde de Somerville, el barón Bedford y el duque de Shuterland. Tres pájaros de un solo tiro. No tendrá más oportunidad de verlos expuestos a los tres. Mi señor sabe que usted es un hombre de recursos y les dará caza uno a uno, él espera resultados.

Sobrevino un prolongado silencio.

El Camaleón caminó hacia el mensajero y en un santiamén lo tuvo reducido por la espalda sobre la mesa, la mitad del rostro tocaba la superficie de madera, la hoja del puñal en el cuello le ocasionó una herida en la piel al tratar de incorporarse.

—Dígale a su señor lo siguiente: puedo encargarme de los tres en el baile, pero le costará un poco más, pues sospecho que no será tan fácil y que tendré que aplicarme mucho en la labor. Permanezca así hasta que yo me vaya.

Le requisó los bolsillos de la chaqueta, de dónde sacó la invitación al baile, un sobre lacrado con el escudo de los Greystone. Sin hacer el más mínimo ruido desapareció del lugar como una exhalación.

Unos días más tarde, Lonsdale, aburrido de su encierro, se arriesgó a salir de la habitación. No lo reconocería nunca, ni bajo dolorosa tortura, pero necesitaba ver a Eleonor, en las visitas de Jordan, cuando inquiría si ella seguía en la casa, su superior levantaba una ceja, hacía un gesto afirmativo y se negaba a hablar del tema.

—Debes hablar con ella —decía, lacónico.

Amanda, como una santa, lo visitaba todos los días. Anthony tenía una

suerte endemoniada, ¿cómo se le ocurriría engañar a esa dulce y servicial mujer con Eleonor? Misterios de la vida. Recordó lo vivido esa noche en la mansión de Montevilet y los celos volvieron a acorralarlo. Entonces ellos llevaban meses distanciados: el trabajo, los diferentes destinos y las enormes distancias hacían muy difícil mantener la relación. Pero él la necesitaba y deseaba arreglar las cosas cuando ocurrió aquello. Situaciones de ese tipo eran corrientes en el oficio, pero Eleonor nunca se había permitido una actuación así, verla semidesnuda en brazos de uno de sus mejores amigos lo enegueció. Siempre había criticado a los hombres que celaban a las mujeres y creído estar por encima de ese sentimiento, hasta esa noche. La rabia lo cegó de tal modo, que invitó a una de las cortesanas que pululaban por el salón y abandonó con ella el baile. Sabía que ella lo buscaría para explicarse y todo salió tal como lo planeó, pero al ver su cara dolida, no fue algo que disfrutara. Después de eso no volvió a dirigirle la palabra.

Por su parte, Anthony, que no conocía su vínculo con la mujer, no vio la necesidad de aclararle las cosas y él era demasiado orgulloso para inquirirlo sobre el tema. Luego los veía inseparables en los bailes y Eleonor no parecía estar fingiendo. La guerra lo tenía hartado, todos en París estaban tan adheridos a sus máscaras, que ya no sabía reconocer qué era cierto y qué falso.

Escuchó el sonido de una melodía de piano y a medida que se acercaba escuchaba las voces y risas de varios niños. Sabía que con la condesa estaban sus dos protegidos, pero parecía haber algún otro, de más corta edad. Interrumpieron la melodía, Amanda les dio un par de indicaciones, contó hasta tres y empezaron de nuevo a cantar.

Permaneció en silencio a la puerta de la sala, contemplando a Eleonor, que tenía a un pequeño alzado en sus rodillas y lo instaba a cantar la canción, seguro recitándosela en secreto. ¿Quién sería ese niño? Sintió envidia y celos por las atenciones cariñosas que ella le prodigaba.

Lady Somerville estaba al piano con cada niño a su lado, impartía instrucciones sin dejar de tocar.

—¡Damián, te equivocaste! —chilló Emmy.

—No, fue Maurice —se defendió el chico.

El aludido se volteó apenado hacia Eleonor, que lo acarició con confianza, le peinó el mechón de pelo que le caía en la frente y lo besó en la cabeza. Ese gesto llenó al vizconde de añoranza.

—Inténtalo de nuevo, mi amor.

Damián se acercó a él.

—No importa quien se equivocó, volvamos a empezar.

—No —el chico volteó hacia su madre—. Quiero ir al jardín, mami.

Lonsdale se sintió mareado, necesitaba sentarse. ¿Habría escuchado bien? Decidió hacer notar su presencia.

—Buenas tardes —saludó.

Las mujeres se levantaron enseguida, Eleonor palideció de pronto, el recién llegado entró a la estancia con ayuda de su bastón sin dejar de mirar al pequeño. El corazón le golpeó el pecho al ver los ojos del chico. Trató de sonreír y el gesto le salió como una mueca. El niño se aferró más a su madre.

—¿Quién es él, mami?

Eleonor empezó a temblar, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Soy James Stephen Maurice Ashton, vizconde Lonsdale.

Eleonor se quedó quieta, agachó la mirada y recurrió al arrojito que la había caracterizado en las diversas situaciones que vivió en el continente. Cuando volvió a levantar la mirada, le destinó un gesto digno y valiente.

—Yo soy Maurice también —afirmó el chiquillo, que se alejó unos pasos de su madre para ponerse frente al hombre.

—Es mi hijo —dijo Eleonor, orgullosa, se acercó al niño y lo atrajo a su falda en un gesto protector.

Lonsdale le dirigió a Eleonor una mirada punzante. Amanda lo distrajo unos momentos, presentándole a Damián y a Emmy. Luego le ordenó a la institutriz que llevara a los niños a jugar al jardín. En cuanto se quedaron solos los tres, el vizconde se dirigió a la condesa.

—Lady Somerville, nos disculpa, por favor, tengo que hablar con Eleonor.

Amanda miró a la mujer, esperando su aquiescencia, ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento y la condesa salió del salón y cerró la puerta, dejándolos solos.

—No creo que sea hijo de Somerville o no estarías en la misma habitación que su esposa, aunque bien sabe Dios el corazón tan grande que tiene a esa mujer, que estoy seguro todo lo perdona. Por lo visto tu colección de amantes no hace sino crecer.

A Eleonor la molestaron tres cosas: que siguiera insistiendo en su relación con Anthony, la mención de supuestos amantes y los celos que sintió por la forma en que se refería a Amanda.

—¿Quién es el padre?

Ella acopió todo su valor para responder.

—Tú.

Lonsdale soltó una carcajada amarga e hizo un gesto de negación.

—No te creo.

—Se parece a ti, los mismos ojos, la misma barbilla. Tiene cinco años.

Algo en el alma de Lonsdale le decía que lo que Eleonor le confesaba era cierto, pero su orgullo por todo lo ocurrido le impedía aceptarlo. Necesitaba herirla en lo más vivo, que sufriera como él había sufrido todos esos meses en que la creyó en brazos de Anthony. Tuvo que permanecer lejos de él, su deseo de matarlo fue inmenso y no podía hacerle eso a un hermano de armas, y menos si era por una mujer que no lo merecía.

Recordó cuando la conoció en España, donde estaban trabajando juntos en una misión. Ella no era virgen, ya había sufrido un desengaño con un oficial del ejército. Lonsdale se enamoró sin remedio, sabía que estaba fuera de sus cánones sociales, pero el magnetismo y la atracción sexual fueron más fuertes que cualquier convención y a los pocos meses ya eran amantes e inseparables. Su idilio duró varios años, aunque después de estar juntos en España, él se había ausentado del servicio y vuelto a Inglaterra por asuntos familiares, volvió a verla más de un año después, y lo reanudaron donde lo habían dejado. A pesar de los problemas, nunca tuvo dudas de que Eleonor era suya hasta que Anthony apareció en el panorama.

Todo pensamiento se disolvió como espuma al percatarse de que Maurice tenía cinco años. Un dolor de cabeza lo asaltó de pronto y no tenía que ver con alguna herida infligida durante su cautiverio, por un momento le faltó el aire y Eleonor dio un respingo en cuanto vio la expresión tormentosa que apareció en su rostro.

—Júrame que Maurice es mío —dijo en tono de voz engañosamente suave. Eleonor no se confiaba, conocía ese matiz, que era como la brisa cuando antecede la borrasca.

—Te lo juro.

Se quedaron callados, la tensión se extendió por toda la estancia. Lonsdale se acercó a la ventana y observó a los niños jugar a la pelota. Vio como Maurice trataba de alcanzarla, pero su edad y corta estatura lo ponían en desventaja respecto al par de chicos mayores. Analizó su aspecto con gesto concentrado. Eleonor tenía razón, el niño se parecía a él.

Se dio la vuelta y la encaró, con el rostro desencajado de la furia. La aferró del brazo.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?!

Eleonor lo miró, apenada y digna.

—Eres un lord, no habrías podido hacer nada. —Él la miró como si le hubiera dado un bofetón—. No es como si hubieras corrido a casarte conmigo y mi hijo tener la oportunidad de heredar el título.

La soltó como si quemara.

—¡Eso no puedes saberlo! —Se acercó de nuevo, con el rostro transformado por la ira—. ¡No soy un maldito degenerado o un irresponsable!

—Yo tampoco lo he sido, a mi hijo no le ha faltado nada.

—¡Permíteme que disienta! ¡Has estado de correrías por Francia y no sé qué países más en compañía de tu amante, cuando debiste estar en casa con ese pequeño! Eres una maldita egoísta, Eleonor.

—¡No te atrevas a juzgarme! —soltó, furiosa—. No te importaba mucho mi vida, pues te dedicaste a revolcarte con cuanta mujerzuela se atravesó en tu camino.

—¡Eres su madre! El niño tenía que estar primero.

Eleonor bajó el tono de voz.

—Ahora que lo sabes, ¿él será lo primero en tus prioridades?

Se acercó y la aferró de nuevo, con rabia.

—¡No tienes ni idea de lo que has hecho! Le negaste el derecho a su linaje, a su título. Le negaste su oportunidad.

Eleonor soltó una carcajada amarga y se separó de él. Su expresión daba miedo, temió que pudiera lastimarla.

—¿Qué sabe él de su padre? —Ella enrojeció—. ¡Dímelo!

—Le dije que había muerto en la guerra.

Lonsdale apretó los puños, tratando de aferrarse a una brizna de control.

—¿Qué te hice yo para que creyeras por un momento que un hijo tuyo sería menos valioso que un hijo nacido en un matrimonio de alcurnia? —indagó, consternado.

—¡Me trataste como a tu amante! —soltó, resentida—. Nunca mencionaste la posibilidad del matrimonio, disfrutaste de mi amor, mi juventud y mi vida. Te di todo, Stephen y ni una sola vez me hablaste de compromiso. No podías saber de la existencia del niño, me hubieras dejado y yo te amaba, aún te amo.

—No me vengas con tus ridiculeces. ¿Me amabas cuando estabas con Anthony?

Eleonor se acercó a él con los ojos oscurecidos por la rabia, las mejillas

teñidas de púrpura.

—No debería hacerlo, pero te lo juro por la vida de mi hijo que nunca me acosté con Anthony. Hubiera sido un consuelo, por el muro y la distancia que se había erigido entre nosotros, pero nuestros corazones estaban lastimados y habría sido un error. Si quieres seguir creyéndolo, no lo voy a refutar más, pero mira las ironías del destino. Anthony fue el hombre que me hizo sentir siempre como una dama. ¡Algo que tú no has hecho nunca!

La sorpresa en el rostro de Lonsdale fue tan inaudita que retrocedió, si había una sola mujer sobre la faz de la tierra capaz de infligirle daño, esa era Eleonor Bradley. Con la mano en alto, profirió:

—Si sabes lo que te conviene, desaparece de mi vista. ¡Ahora!
Eleonor huyó de la habitación.

CAPÍTULO 25

Las selectas salas de juego de White's estaban repletas de un público opulento, deseoso de arriesgar enormes sumas ante una carta o el giro de una rueda. Innumerables fortunas se habían perdido, tanto en sus salas de juego como por la cantidad de apuestas absurdas que denotaban la extravagancia de una sociedad que vivía ajena al sufrimiento humano. En el amplio mirador de la fachada, los lores del momento tenían por costumbre exhibirse para que todo el que pasaba los admirase. Más famoso que su sala de juegos y su mirador era el célebre libro de apuestas donde se habían establecido durante años los pronósticos sobre cuanto tema se llegara a discutir en sus mesas, desde la duración de un matrimonio, las probables fechas de defunción de algún familiar rico, el resultado de una carrera de caballos, hasta los pronósticos de la guerra.

Anthony, vestido de estricta etiqueta, degustaba un jerez y paseaba distraídamente su vista por la habitación. El meticuloso trabajo de inteligencia realizado iba achicando el cerco alrededor de su objetivo. A tono con el lugar, podría apostar que ya se encontraban cerca. Había concertado una cita con Alexander, al que acababa de encontrar inmerso en una partida de whist —juego en el que era todo un experto—, nada más y nada menos que con Woodgate, uno de los hombres más ricos de Europa y el principal sospechoso en la lista que barajaban de posibles cerebros a la sombra tras la cruzada del Camaleón contra ellos.

Dejó el vaso de licor en una mesa, cruzó los brazos y se dedicó a observarlos. A sus sesenta y dos años, Woodgate hacía gala de una gran clase y la más exquisita educación. Alto y delgado, con nariz prominente, cabello entrecano y ojos de un verde pálido, se conducía en el juego con estricta corrección y movía con parsimonia sus manos huesudas. Alexander tenía una razón para estar sentado frente a un posible enemigo. Las investigaciones de Anthony en Francia, aunque arrojaron escasos resultados en sus pesquisas sobre el Camaleón, sí lo hicieron descubrir datos muy interesantes: Woodgate era bonapartista furibundo y miles de libras de su propiedad habían ido a parar a las arcas de Napoleón; el hombre, que soñaba con el día de una

invasión a Inglaterra por parte del ejército francés, fue uno de los jacobinos ingleses que delató y secuestró a personas de la aristocracia francesa llegadas a Inglaterra durante el régimen del terror y las devolvió a su país natal donde la guillotina las esperaba. Había hecho mucho dinero durante la Revolución Francesa y se decía que tenía algunas ideas totalitarias en consonancia con el régimen de Bonaparte.

A Anthony le parecía curioso que Woodgate hubiera tapado sus huellas durante todo este tiempo, era inglés y sin título nobiliario, pero eso no le impedía codearse con lo más granado de la nobleza británica, gracias a los enormes préstamos a familias con título arruinadas por su estilo de vida, lo que le había ayudado a acrecentar su fortuna.

Un brillo en los ojos de su compañero le señaló que el juego iba a concluir, se fijó en las manos nudosas del hombre y Alexander tiró la última carta ganadora. Ignoraba a cuánto ascendía la apuesta, pero estaba seguro que era una cantidad considerable. El duque de Shuterland bebió de su vaso mientras Woodgate sacaba un pagaré y lo firmaba a su nombre. Entonces el hombre levantó la tapa de su anillo y como si recordara dónde se encontraba, la cerró enseguida, pero su contrincante alcanzó a ver la figura del águila. Le hizo una seña significativa a Anthony que inmediatamente sintió que le hervía la sangre. Era él, el maldito que había dado orden de cazarlos.

Alexander se levantó de la mesa y se despidió de su oponente.

—Deja esa cara, amigo —susurró por lo bajo al conde—, y muéstrate amable con él cuando pase por tu lado.

Anthony, al ver a Woodgate ponerse de pie y caminar en su dirección, le hizo un gesto con la cabeza y forzó una sonrisa. El hombre respondió a su saludo y abandonó el lugar.

—Vamos a seguirlo a él y a su secretario, Paul Traver. Dicen que es su hombre de confianza —propuso el conde.

—A Paul ya lo están siguiendo.

—¿Ya todos tienen la invitación al baile? —Levantó el vaso, respondiendo a distancia al brindis de un grupo que estaba sentado en una de las mesas de juego.

—Sí. —Alexander miró al grupo, eran jóvenes jugando altas sumas de dinero—. Dime que nosotros no nos veíamos como esos pobres diablos.

Anthony sonrió.

—No te quepa ninguna duda.

—Diablos, hay esperanzas de que mejoren al menos.

—Podría ser.

—He escuchado que lady Somerville tiene la casa de Jordan marchando como ejército prusiano.

Anthony se tensó. Estaba al corriente sobre todas las actividades de su esposa.

—Lo sé. —Miró al duque con un gesto que le indicó que no iba a hablar de ese tema.

El conde era un hombre habituado a tener todo controlado, sobre todo sus emociones. Durante los últimos días había experimentado la desagradable sensación de que no tenía control sobre nada. No podía hacer que su esposa lo amara, tendría que legalizar la separación y aún no había podido conjurar la amenaza sobre su cabeza y la de su familia y amigos. Tampoco sabía cómo enfrentarse a su madre y tendría que hacerlo. Había vuelto de sus pesquisas en Francia hacía tres días y estaba retrasando a propósito el momento de ir a verla, lo que no tenía ningún sentido.

Movió de manera imperceptible su cabeza mientras abandonaba su estado de abstracción y seguía el hilo de lo que le contaba su amigo.

Al día siguiente, a la hora del té, se presentó en la casa de su madre ubicada en Mayfair. Por lo que sabía de ella, los martes no recibía visitas ni acostumbraba a salir, decidió ir caminando desde su casa, mientras meditaba la mejor manera de abordarla.

Al trasponer la reja que daba al jardín, se encontró frente a frente con William Roulfe, el esposo de su madre, que salía en ese momento, un coche lo esperaba. Era un hombre imponente, alto, de ojos cafés y cabello negro. Anthony estaba seguro de que tenía ancestros escoceses.

—Buenos días —saludó.

El hombre no correspondió el saludo, le destinó un gesto severo y le dijo:

—Para mí eran buenos hasta usted apareció, milord. Mi esposa no puede atenderlo. ¿Qué desea? ¿Completar la labor que de manera tan encomiable inicio en Kent?

—No sé de qué habla...

El hombre se acercó con mirada furibunda, soltó el bastón y lo aferró de las solapas.

—Escúcheme muy bien, petimetre del demonio, no voy a permitir que lastime a mi esposa de nuevo, porque me importará muy poco pasar el resto

de mi vida en prisión por retorcerle el cuello con mis propias manos. — Anthony no se defendió. Se soltó como pudo y se arregló las solapas, algo en la expresión de William le dijo que cumpliría su amenaza—. Ella ha sufrido mucho con todo lo que ha pasado, nunca la vi tan feliz como cuando aceptó la invitación de Amanda, estaba tan ilusionada, tan segura de que todo se iba a arreglar y usted le robó esa emoción. ¡Usted la echó a patadas!

El hombre se acercó de nuevo para golpearlo.

—Vengo a disculparme —expresó Anthony en tono manso, conmovido por la defensa tan patente del pintor.

—Más le vale que lo haga, ella llegó destrozada de ese viaje y no permitiré que le haga daño de nuevo —le susurró, en tono fiero.

—Quédese tranquilo. Vengo a reparar mi ofensa y a suplicar su perdón.

Se dio cuenta de que, en su arranque de furia contra su madre, nunca pensó en cómo se había sentido ella y el remordimiento y la pena lo afligieron.

Entró en la casa, hacía muchos años no visitaba ese lugar que había pertenecido a su abuela materna y que Elisa heredó cuando la dama octogenaria murió mientras dormía. Al asumir Anthony el título y en vista de su deteriorada relación, se alegró de no haberla vendido.

—Benjamín —saludó al mayordomo—. ¿Cómo está?

El anciano, que fuera el mayordomo de la mansión de la ciudad antes de George, apenas farfulló un saludo.

—La señora condesa se encuentra en la salita azul.

Apareció un lacayo que, con semblante serio, lo acompañó hasta su destino. Su madre estaba de espaldas a él, arreglando un jarrón con lirios.

—Benjamín, dile a Tim que arregle el coche, voy a salir.

—Me temo que Benjamín está en la puerta, con ganas de echarme a patadas.

—¡Anthony! —La mujer soltó las tijeras y el lirio que tenía en la mano—. ¿Cuándo llegaste?

Se acercó a ella y le hizo una correcta venia. Elisa, con un gesto, lo invitó a tomar asiento.

—Llegué hace unos días.

El semblante de su madre lucía apagado, dejó la labor de las flores y se sentó frente a él.

—¿Cómo está Amanda? ¿Emmy y Damián?

—Todos están muy bien, ellos siguen en el campo —contestó en tono

ronco.

No quería preocuparla contándole del secuestro de Amanda o del lugar donde se estaba quedando. Le costaba bastante hablar, el remordimiento apenas lo dejaba pensar sobre la mejor disculpa. Transcurrieron unos segundos en silencio. Al fin se aclaró la garganta.

—Estoy furioso y cansado de vivir así —admitió—, me cuesta trabajo detener ese sentimiento. —Carraspeó—. Te debo una enorme disculpa.

A Elisa se le aguaron los ojos.

—Y yo lamento el sufrimiento que te causé —dijo ella. Se limpió la nariz con un pañuelo de encaje—. Nunca debiste encontrar esas cartas...

—Madre...

Anthony se levantó y caminó hasta la chimenea. Era doloroso para él recordar ese día, si no hubiera salido con su amigo de colegio y se hubiera quedado con él a lo mejor su padre no hubiera muerto esa noche.

—No —interrumpió Elisa—, tengo que decirlo. Al encontrar esas cartas te puse en una posición muy difícil, lidiabas con lo ocurrido a tu padre, eras un jovencito, la culpa fue mía, nunca debí aceptar la correspondencia de William siendo una mujer casada. Espero que no me odies.

Anthony la miró, apesadumbrado.

—No, madre, yo odio esas cartas porque me han hecho mantenerme alejado de ti y me duele lo que le pasó a mi padre, pero ten la certeza de que no te odio. Solo siento que ese día los perdí a los dos.

Elisa quiso acercarse para consolar y abrazar a su hijo, lo extrañaba, su lejanía le dolía como una herida en el pecho que se negara a cicatrizar. No quería perder más tiempo, quería verlo feliz y realizado al lado de la mujer que amaba, quería nietos y nietas para consentir, quería la vida.

—No pasa un solo día sin que le pida a Dios que borre tu dolor, que seas feliz, tu padre siempre vivirá en ti. Te quiero, hijo.

Anthony en dos zancadas estuvo a su lado.

—Yo también te quiero. —La abrazó con premura—. Te he extrañado mucho.

Elisa le devolvió el abrazo, luego estiró las manos y le acunó el rostro para mirarlo a los ojos.

—Tienes que arreglar las cosas con Amanda. —Le dio una palmada cariñosa y luego con una campana, llamó a un sirviente y pidió un té.

Anthony no quiso enturbiar el momento comentándole que se iba a separar de su esposa, no quería que nada empañara la felicidad que veía en

Elisa en ese momento. Ya habría tiempo para eso.

—No puedes hacerlo —gritó Eleonor, al entrar de manera brusca en la habitación de Lonsdale.

El vizconde despidió con un gesto al lacayo que le hacía el nudo de la corbata. Eleonor se quedó sorprendida al verlo, su postura estaba de vuelta tras sanar de las graves heridas, su rostro aún mostraba algunas cicatrices, que ella sabía desaparecerían con el tiempo, pero aún se le notaba el esfuerzo por permanecer de pie.

Hasta ese día había tenido la impresión de que Lonsdale se tomaba muy bien la noticia de que Maurice era su hijo, pues jugaba y charlaba con él dos veces al día, pero nada en su expresión evidenciaba que le tuviera especial cariño. Eleonor, recelosa, no les quitaba la vista de encima a ninguno de los dos, al vizconde por razones obvias, no confiaba en él, y al niño, porque estaba celosa de cada sonrisa y gesto cariñoso que le dedicaba a su padre. Tenía miedo, sabía que él podría quitarle a su pequeño y criarlo lejos de ella, pero lo que le había comunicado Jordan hacía pocos minutos era una locura.

Lonsdale se puso la chaqueta de color oscuro y con estudiada indiferencia le contestó.

—Puedo y lo haré, Jordan y yo nos hemos tomado muchas molestias, además de violar un par de leyes, para que mi hijo deje de ser un bastardo y pueda acceder al título. —Se acercó, señalándola con el dedo con gesto de advertencia—. Harás tu parte, así me toque llevarte a rastras al altar.

Eleonor se acercó a él con ojos desorbitados.

—Tú no te quieres casar conmigo —susurró, vulnerable.

—Quiero este matrimonio lo mismo que un ataque de almorranas, pero el deber para con mi hijo está primero.

—Stephen —dijo ella, moderando el tono, era una locura y no quería hacer algo de lo que él se arrepintiera el resto de sus días—. No es necesario este matrimonio. Podrás verlo cuando quieras, haré de él un hombre de bien, no necesitará un título para serlo.

Lonsdale la miró, irónico, y siguió en su arreglo. Eleonor sintió un nudo en el estómago, era tan guapo. Si accedía, hoy se haría realidad uno de sus sueños más preciados, pero eso no la haría feliz, no eran esas las circunstancias en las que hubiera deseado una boda con el hombre al que amaba desde hacía tantos años.

—Al contrario, querida. —El apelativo sonó vacío, sin un atisbo de

cariño—. Quiero que mi hijo tenga todas las oportunidades, estamos ante un mundo desigual. Como un bastardo no lo tendrá fácil, ni siquiera para acceder a una buena educación y no voy a permitir que alguien que lleva mi sangre ruede por el mundo sin título, dinero y oportunidades. —A medida que proseguía su discurso, iba levantando el tono de voz—. ¡Todo porque su madre es una maldita egoísta!

—¿Sabes lo que implica un matrimonio conmigo?

Él se acercó a ella y la aferró del brazo. Su voz era fría e impersonal; su actitud, rígida e implacable.

—Para ti, todas las oportunidades, serás vizcondesa, lo que muchas mujeres quieren, tendrás acceso a mi dinero para joyas, ropa y demás fruslerías. —Seguía elevando el tono de voz—. Pero lo más importante, me pertenecerás y te mataré a ti y al maldito que ose tocar lo que es mío.

—¿Y para ti? ¿Qué significará este matrimonio para ti? —preguntó ella, al ver que en los ojos de Lonsdale aparecía una expresión tormentosa.

Su rostro adquirió aún mayor rigidez; la fuerte boca se endureció, y a aquellos ojos azules, normalmente indolentes, asomó una expresión de indomable obstinación.

—Si esperas verme rendido de nuevo a tus pies, siéntate, porque la espera será larga. Este matrimonio será como un condenado dolor de muelas.

La soltó. Los ojos de Lonsdale cambiaron a un color más oscuro, el fuego en sus ojos le dijo a Eleonor lo que no le decía con palabras. Sentía algo por ella, así estuviera maquillado con una profunda rabia.

—El matrimonio se celebrará hoy y no hay forma de que Maurice pase por un hijo del matrimonio —insistió ella—. Las fechas no coincidirán.

—Ya te dije que Jordan y yo nos haremos cargo de eso. No tienes que saber nada más. —Abrió la puerta—. Ve a alistarte para la ceremonia, si deseas ir vestida así, para mí no tendrá ninguna importancia.

Eleonor estaba segura de que si se negaba, el vizconde se llevaría a su hijo y antes muerta que soportar otra separación de él. Al llegar a su habitación, se sorprendió cuando encontró a Amanda esperándola, junto a Maggie, su doncella. Encima de la cama había un hermoso vestido color lila, que podría lucir orgullosa en la ceremonia. Se acercó, confusa.

—¿Y esto? —preguntó, mientras tocaba la suavidad de la tela.

—Lo trajeron esta mañana, es precioso —afirmó Amanda—. Maggie y yo estamos aquí para ayudarte.

Lo ojos de Eleonor se llenaron de lágrimas. Se sentó en la cama con

cuidado de no arrugar el vestido.

—No creo que sea buena idea. Stephen me odia.

Amanda le pidió a Maggie que saliera un momento de la habitación y se acercó a ella.

—Tiene mucha rabia guardada, pero créeme, no te odia, tú no te das cuenta de cómo te sigue con la mirada cuando entras al salón y él está compartiendo con Maurice. Te mira con anhelo.

—Siempre he sido una mujer fría, centrada, es lo que me ha mantenido con vida, y he hecho cosas de las que me avergüenzo con tal de ganar. No soy una dama como tú.

—Me alegra. Somos muy aburridas.

Ambas soltaron una carcajada.

—Tú eres diferente y ahora veo por qué Anthony sufrió tanto sin poderte decir la verdad. —Eleonor tomó su mano—. Hubieras podido seguir odiándome y no lo haces.

Amanda sonrió.

—He estado celosa todo este tiempo y no solo de ti, de todo lo que ha tenido alejado a mi esposo de mí, no ha sido fácil cambiar mis sentimientos. El haber descubierto la verdad sobre lo ocurrido ha hecho que pueda estar aquí ayudando a prepararte para uno de los días más importantes de tu vida —dijo, mientras acariciaba la tela del vestido—. Sí eres la mujer inteligente que creo que eres, caminarás con orgullo hasta el altar y darás el sí. Ayudarás a sanar su corazón herido. Ya le has hecho un increíble regalo, no creas que entras con las manos vacías o con desventaja a este matrimonio. En tus manos ha estado uno de sus tesoros y créeme, si no lo ve ahora, lo verá con el correr del tiempo.

—Tengo miedo.

—Una mujer como tú, que ha experimentado cantidad de situaciones peligrosas, no puede tener miedo.

—En ninguna de mis misiones estaba mi corazón incluido —replicó ella.

Amanda desestimó su comentario con un gesto, como si estuviera espantando un mosquito.

—Todo saldrá bien, se ha tomado muchas molestias, el vestido es de una de las casas de modas más prestigiosas de la ciudad, no tengo idea cómo habrán sabido tu talla, me imagino que tomaron prestado otro de tus vestidos, y hasta envió por tu hermana y tu cuñado a Devon, ellos están abajo

esperando. Ayer el barón me pidió que ayudara a organizar una recepción para una docena de personas, pero yo hasta hoy no supe de qué se trataba. Tu futuro esposo vino a verme temprano, me pidió que te ayudara en tu arreglo y de manera velada, me sugirió que, más adelante, ayudara a introducirte en sociedad. Y quién mejor que yo, ¿no? Eso, más un par de comentarios en los oídos adecuados, y la historia de tu aventura con Anthony se desvanecerá en el aire. Haré entrar a Maggie.

Amanda se levantó de la cama. Eleonor le aferró las manos y la miró agradecida.

—De corazón, espero que se arreglen las cosas entre Anthony y tú. Sé que no lo tendré fácil con Stephen, me hará pagar caro todo lo ocurrido, pero ahora que lo pienso, pudo haberse deshecho de mí, en cambio me voy a convertir en su esposa en un rato. ¡Dios mío! —Se levantó con celeridad—. Más bien nos apuramos antes de que la razón vuelva a él y se arrepienta.

Más tarde se alegró cuando la vio aparecer del brazo de su cuñado rumbo al altar. La cara de Lonsdale no tenía precio. Ellos estarían bien.

Amanda se había esmerado en su arreglo personal, esperando que Anthony apareciera, pero por lo visto decidió pasar de la ceremonia de su compañero y por lo visto, de ella. Su paciencia llegó a su fin, al día siguiente en la tarde regresaría a su casa sin importar quién estuviera de acuerdo, sería la única forma de volverlo a ver.

CAPITULO 26

La mañana siguiente al enlace entre Eleonor y Lonsdale, Amanda emprendió su regreso a casa, más decidida aún después de recibir una carta del señor Bronson donde le explicaba que su esposo destinaba para ella una buena cantidad de dinero para su manutención, así como disposiciones para sus hermanas cuando se presentaran en sociedad. También le informaba que podría disponer de cualquiera de las casas como ella lo deseara, así como de la servidumbre y los carruajes. Todo eso significaba que su esposo aceptaba su separación y eso la sumió en la desesperación. Necesitaba volver a verlo y pedirle perdón una y otra vez hasta que la escuchara.

Había hecho los honores de la recepción por el matrimonio la noche anterior y esa mañana despidió a la pareja —que no había compartido habitación, según informes de Maggie—, que marchaba a establecerse por un tiempo en una de las casas del vizconde en el campo, donde este terminaría su recuperación. Los niños se habían puesto un poco tristes por la partida de Maurice y ella les prometió una visita en poco tiempo.

No fue fácil salir de la mansión Grey. Recurrió a su título nobiliario para amedrentar a Max Daniels tan pronto supo por Maggie que Jordan había salido de la casa, y con porte altivo, exigió un coche para salir con los niños, que estaban cansados del encierro. El hombre, que había aprendido a respetarla durante las semanas anteriores, le dijo en principio que no, pero Amanda alegó que no estaba prisionera y puesto que su esposo parecía haberse desentendido de ella, no creía que ningún asesino estuviera interesado en usarla para hacerle daño al conde.

Daniels trató de refutar sus argumentos, pero la mujer no dio su brazo a torcer, y él terminó claudicando. La despidió con un refrán:

—“Mantenerse en sus trece, para pasar a los quince, requiere obstinación y terquedad”. Y agregó—: No puedo obligarla a permanecer en la casa, lady Somerville, pero mi jefe y el conde me colgarían sino sale usted de aquí debidamente custodiada.

Salió con los niños, sin ningún tipo de equipaje. Maggie lo había dejado

listo en las habitaciones, ella enviaría a un sirviente más tarde. Se montó en uno de los coches disponibles y, custodiada por varios hombres al servicio de Jordan, llegó hasta su casa. Se había quedado tanto tiempo en la mansión Grey esperando a Anthony, porque no quiso darle motivo de preocupación, sabiendo que estaba en una misión delicada, pero su paciencia se había agotado. Necesitaba verlo y hablar con él, no podía dejar pasar más tiempo. Supo por la señora Jacobs que el conde se estaba quedando en casa, que pasaba todo el día fuera, regresaba para cenar y volvía a salir hasta altas horas de la madrugada.

En cuanto Charles volvió a la mansión Grey después de hacer un recado a Lady Somerville —que utilizó el subterfugio de pedirle un hilo especial para su bordado en una tienda específica de la calle Bond—, quiso darse contra las paredes por su estupidez. Después de discutir con Max y Jordan voló a la casa. Respiró tranquilo en cuanto la vio en el jardín. Ella, con semblante burlón, le preguntó:

—¿Conseguiste el color exacto que te pedí?

Charles apretó los dientes y con semblante desencajado se puso a su lado.

—Sí, señora. El conde me va a despellejar vivo por esto.

—No lo creo, no le importamos mucho.

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

—No sabe lo que dice, señora.

—Ve a comer algo, estás muy pálido.

—Permiso, señora.

Se alejó con gesto derrotado mientras Amanda continuaba su labor.

—Milady, ¿cuándo volverá el conde? —preguntó Emmy, mientras jugaba con Damián en el salón y ella revisaba el libro de las cuentas junto a la señora Jacobs.

—No sé, pero será pronto, querida, no te preocupes.

Era bueno estar de nuevo en casa, se dijo más tarde, mientras tomaba un baño en su tina de cobre. Maggie había echado pétalos de rosas y el cuarto olía de maravilla, esa noche se esmeraría en su arreglo personal, quería lucir hermosa cuando Anthony volviera a verla. Mandó a preparar sus platos favoritos, envió a la cama temprano a los niños y cuando fue a darles el beso

de buenas noches y a prometerles un paseo por el parque al día siguiente, notó a Emmy un poco apagada.

—¿Qué pasa, cariño?

—Quiero ver a mi mami.

Amanda no se sorprendió por el pedido de la niña. Al día siguiente lo solucionaría, no permitiría que sufriera por eso.

—Mañana iremos al refugio y preguntaremos por ella, luego la buscaremos para que vea lo linda que estás —le aseguró.

—Gracias, milady.

—De nada, preciosa, ahora de rodillas a rezar.

Ambos niños rezaron juntos al ángel de la guarda. Les dio su beso y le avisó a la niñera que ya podía entrar a acompañarlos.

Al bajar a cenar, se percató de que Anthony no había llegado, había mandado a arreglar el comedor como si fueran a recibir invitados, los candelabros resplandecían, los arreglos florales le daban elegancia al entorno.

Lo esperó sentada a la mesa durante una hora. Había evitado enviarle algún mensaje, para no ponerlo sobre aviso por si deseaba seguir rehuyéndola, pero estaba consciente de que alguno de sus hombres podría haberle informado. Los sirvientes la miraban de hito en hito, transcurrido ese tiempo, su orgullo la obligó a comer algo, aunque apenas le pasaba la comida. No tenía idea de qué iba a hacer, a lo mejor era su manera de decirle que no deseaba seguir con ella, a lo mejor la había abandonado. La ausencia de su esposo la perturbó, la soledad del comedor la cubrió como una negra premonición de lo que sería su futuro en lo adelante.

—Milady, ¿se siente bien? —preguntó la señora Jacobs.

Amanda negó con la cabeza, se levantó como en un limbo, imaginando lo que serían los años por venir sin Anthony, y se dirigió a su habitación.

—Me va a dejar, Maggie.

La mucama, al notarla tan abatida, trató de darle ánimo. Le desabrochó el vestido y le aflojó el corsé.

—Él volverá, es terco como una mula, pero no la va a abandonar. Lo presiento. —Le dijo, mientras la ayudaba a ponerse el camisón de dormir.

Se sentó en el taburete frente al tocador, la doncella le soltó el tocado y le cepilló el cabello hasta dejarlo desenredado y brillante. En cuanto la dejó sola, Amanda se dirigió a la habitación de Anthony. Tenía su habitual aroma a sándalo, a madera, ella encendió unas cuantas velas. Se sentó en su cama y acarició el cobertor, hojeó el libro que estaba encima de su mesa de noche,

Macbeth. Se arrebujó en la cama y cerró los ojos, la tensión sufrida durante semanas cayó sobre sus sentimientos y allí, en el cuarto de su esposo, lloró como una niña, no supo por cuánto tiempo. Se reprendía por inmadura, debió saber que todo lo que vivió con él antes del viaje era verdad, ya la amaba antes de partir a Francia y tener que guardarle un mundo de secretos debió resultarle muy difícil, por eso su trato distante y frío, quiso protegerse y protegerla. Anthony era el hombre de su vida, por eso su supuesta traición le había dolido tanto. ¡Y no era verdad! Se quedó dormida en medio de pensamientos funestos.

Anthony volvió furioso a la mansión después de tener unas palabras con Jordan, al enterarse por un mensaje de este de que Amanda había dejado la casa. Discutió después con Charles, que lo esperaba nervioso en el establo, por no haberle avisado con prontitud. A esa hora, un lacayo que reemplazaba a George le recibió las prendas y subió con premura la escalera. ¡Ya vería ella! ¡Ya lo escucharía! Esa mujer era como un dolor de muelas y si ese maldito asesino no acababa con él, ella lo haría con su tozudez.

Abrió la puerta que comunicaba su dormitorio y se asustó, la cama estaba lista para su descanso, pero no había rastro de ella, bajó las escaleras, todos los criados dormían, no estaba ni en la biblioteca ni en el salón. Con el corazón en la boca, preguntó por ella a los hombres apostados en las diferentes entradas, ninguno la había visto salir. Subió de nuevo y entró a la habitación de los niños, que dormían cada uno en su cama. Desesperado, entró a su cuarto a cambiarse para salir en su busca, y una corriente de alivio lo invadió al verla acostada en su cama, el último lugar donde pensó encontrarla.

Con pasos apagados por la mullida alfombra de Abusson se acercó sin dejar de mirarla. Las velas que se quemaban encima de la chimenea proyectaban sombras que favorecían el cabello y la piel de su esposa, subió al tablado que servía de base de la cama y se deleitó en su figura, una honda impresión lo asaltó, la misma de cuando volvió del continente y ella le destinó un trato frío. Quiso tocarla, pero detuvo el gesto a mitad de camino; quiso llamarla, que abriera los ojos y le dijera que lo amaba, que lo deseaba. Ni un solo día había dejado de pensar en ella. Disfrazaba su desengaño a fuerza de trabajo y licor, viviendo situaciones límite, hablando con los bandidos más poderosos de ese lado del océano y del otro.

Se alejó de ella y con pasos de gato y gestos mudos se deshizo del nudo de la corbata y de la chaqueta, se sentó en la silla al lado de la chimenea y se dedicó a velar su sueño.

Quería olvidar de tajo la última discusión, le dolía que ella no lo respetara ni confiara en él. Odiaba esa necesidad de poseerla. Mientras estuvo en el continente fue algo manejable, pero al volver, fue como si todo el sentimiento guardado tras un muro de contención se hubiera derrumbado de golpe al verla de nuevo. Cómo le dolía adorarla, tendría que construir un muro de nuevo, más fuerte, más grueso, tenía su orgullo y no iba a claudicar con facilidad, mucho menos rogarle por sus favores, aunque se moría por tocarla, por meterse debajo de su piel y ya nunca separarse de ella.

La vio revolverse en la cama y abrir los ojos, se asustó y luego, como si no pudiera creer que era él, los cerró de nuevo. Al volver a abrirlos se le nubló la visión por culpa de las lágrimas.

—¡Anthony! —Se sentó de golpe.

Se sostuvieron la mirada unos segundos. Él tenía muchas cosas que reprocharle, pero quedaron olvidadas al verla levantarse y acercársele, el fulgor de las velas le regalaba luces y sombras a su cuerpo, cuyos contornos se evidenciaban debajo del camisón. Ella se arrodilló a sus pies y apoyó la cabeza en su regazo. Anthony se quedó inmóvil y rígido, sus manos aferraban con fuerza ambos brazos de la silla.

Estaba resentido, furioso, pero al sentirla cerca, un calor conocido lo inundó. Ella era la única persona en el mundo capaz de llevarlo a experimentar en segundos un abanico de sentimientos; tenía el poder de elevarlo al cielo y bajarlo al centro del infierno con una sola de sus actuaciones o palabras, y eso era inadmisibile para un hombre como él.

Amanda levantó la mano para tocarlo, como si aún no pudiera creer que estuviera allí, le acarició las mejillas, acercó su mano a la cuenca del ojo para quitarle el parche, pero él no la dejó, de manera suave pero firme retiró su mano y a ella ese gesto le rompió el corazón. Podía ver que él estaba sujeto a emociones que no podía manejar y se revistió de paciencia y ternura.

—Mi amor, perdóname —dijo, con voz velada por la ternura.

—¿Qué debo perdonarte, Amanda? —No se atrevía a tocarla, necesitaba combatir ese instante de desconcierto con una actitud rígida e implacable. La necesitaba y su cercanía ya estaba haciendo estragos en él. El resentimiento se impuso al deseo, se la sacudió y se levantó de la silla, dándole la espalda. Ella se levantó también—. ¿El que me hayas desobedecido?

La chispa de ira se encendió enseguida en Anthony al imaginarla expuesta a un maldito loco. Se dio la vuelta y la aferró de los brazos, ya toda su contención liberada.

—¿Piensas que todo esto que está ocurriendo es un maldito juego?! —bramó en su rostro—. ¡Te encanta llevarme la contraria! ¡Debiste esperar hasta que fuera por ti!

—¡No ibas a volver! ¡Bronson y su carta me lo dejaron claro! Era la única manera de verte, de explicarte, de pedirte perdón. ¡Oh, Anthony, perdóname! —exclamó—. Fui tan injusta, tan dura contigo, que siento que no me conozco, ¡Desconfié de ti de una manera imperdonable!

Su voz quedó ahogada por las lágrimas. Guardó silencio unos momentos, tratando de serenarse. Miró a su marido con expresión de súplica, como si él la estuviera juzgando, sin darle una sola palabra de simpatía.

—¡Te expusiste! Y expusiste a mis hombres. ¡Te mereces una paliza!

Anthony ejerció presión en ambos brazos, hasta que ella soltó un quejido. A la tenue luz de las velas, Amanda vio bajo su párpado semicerrado una mirada ardiente, notó el gesto apretado de su boca; solo la fuerza de voluntad refrenaba aquella pasión desbocada.

Su instinto le aconsejó no darse por vencida, él se quedó quieto, ella lo desafió. Llevó las manos a sus hombros y su boca al oído. Sintió su respiración agitarse.

—Sé que me la merezco. Haz lo que tengas que hacer.

La separó como si quemara, luego profirió un insulto, la pegó a su cuerpo y la besó con una desesperación que encontró total reciprocidad en ella. Fue un beso feroz, hambriento, que hablaba de sufrimiento y de separaciones, de resentimiento, de posesión y pasión. Dejó de besarla unos instantes y Amanda percibió cómo su ardiente respiración le acariciaba la piel.

—No sabes de lo que hablas.

Ella volvió a llevar su mano al parche y esta vez no encontró resistencia. Le besó la cuenca y le dijo:

—Te amo, Anthony, y te amaré siempre.

Él le aferró la nuca y la devoró con más ganas, con más ímpetu, con más desespero. Necesitaba su rendición absoluta, la herida que sus palabras le habían infligido no curaría con facilidad, su espíritu arbitrario y combativo exigiría todo o nada. La llevó hasta la cama y le sacó el camisón, él se desprendió de la camisa y se bajó los pantalones con celeridad. Amanda

tembló de anticipación, un aura oscura circundaba a su esposo, nunca lo había visto tan fuera de control. Se quedó quieto unos segundos, con una mano masajeando su pene y la otra tocándole los pechos y el contorno del cuerpo. Amanda fue osada y abrió las piernas, él pudo ver su sexo en todo su esplendor, el brillo de su excitación.

—¿Qué hubiera ocurrido si ese malnacido hubiera dado contigo? —preguntó con tono de voz ronco y desesperado, ella trató de tocarlo, pero no la dejó.

—El malnacido estaría muerto —sentenció ella, en medio de un gemido, producto de las caricias de Anthony—, porque tú no lo dejarías vivir si algo me ocurriera.

Su jadeo apasionado lo enardeció más aún.

—¡Amanda!

No quería ver sus ojos, su amor, su pasión, quería controlarse, pero no podía. Le dio la vuelta y la puso a gatas, ella se dejó hacer.

—Perdóname —rogó, mansa.

Lo único que le importaba era retenerlo a su lado, demostrarle cuánto lo amaba, lo sabía herido, furioso y ella le daría todo lo que quisiera tomar.

Él la observaba y le acariciaba la columna hasta llegar a su cuello, era preciosa así, sumisa, en su cama, de rodillas, se moría por ella. Le habló al oído:

—Si fueras así de dócil en todo y creyeras en mí, no tendríamos estos problemas —dijo, al tiempo que le acariciaba con una mano los pezones y con la otra la redondez de las nalgas.

Nada quería más que hacerle el amor, experimentar de nuevo la dicha en medio de sus piernas, quería amarla por horas, lento y suave, duro y salvaje. Su perfume se le subió a la cabeza como el alcohol y la luz de las velas convertía su pelo en rizos de bronce con centelleantes destellos de oro. Recordar el peligro que podría correr fuera de la mansión Grey lo enfureció de nuevo, pero trató de controlarse.

—Me pregunto si te haces a una idea de todo lo que quiero hacerte en este momento.

Sus palabras, dichas de forma sensual, ocasionaron en ella estremecimientos de placer.

Jugó con sus pezones, llevó la mano a su sexo, estaba húmeda y suave, ella dejó escapar un gemido dócil y tembloroso cuando él movió un dedo en su interior. La aferró del cabello hasta que sus miradas se encontraron, sin

palabras, y volvió a devorarle la boca. Jugeteó con la húmeda entrada de su vagina con un dedo mientras le acariciaba con el pulgar el montículo de su sexo. Le besó el cuello y la espalda. Amanda respiró entrecortadamente.

—Anthony —susurró. El nombre sonó más como un gemido.

Él asestó la palma de la mano sobre una de sus nalgas en un golpe duro y seco, después sobre la otra. Amanda se sorprendió, pero no se quejó, estaba demasiado excitada por las caricias anteriores y algo dentro de ella, oscuro y pecaminoso, le permitió disfrutar de lo que acababa de hacer su esposo, que se excitó aún más al ver su reacción y como ella trataba de rozarlo y refregarse contra él, sus nalgas rojas producto del golpe... Acarició cada redondez con mimo, ascendiendo por su espalda hasta llevar las manos a su pecho.

—¿Me vas a desobedecer de nuevo? —inquirió sobre su columna, ocasionándole un escalofrío que abarcó su sexo hasta el ombligo.

La torturó con caricias esperando una respuesta. Amanda se arqueó con ímpetu mientras él empujaba un dedo dentro de ella sin descanso, llevándola mucho más al límite.

—No —susurró por fin, solo le importaba recuperarlo, curarle las heridas causadas por su rechazo—. No lo haré.

—Por supuesto que no lo harás —aseveró con seguridad.

Se acomodó entre sus caderas, se detuvo durante un breve instante antes de embestirla y se impulsó dentro de ella, reclamó de nuevo su boca como si el mundo fuera a acabarse. Sus movimientos se volvieron más profundos y pronto ella estaba recibéndolo, constriñéndolo, sacudiendo su caderas hacia arriba en su busca. Anthony se apartó de ese beso que le derretía la mente.

—Me extrañaste —afirmó, arrogante.

—No tientes tu suerte —contestó ella, ciñéndose más a él.

Le dio la vuelta sin apenas soltarla, necesitaba verle el rostro mientras se perdía en ella y se sorprendió, como siempre, de su tez sonrojada y del fuego en sus ojos. Y en ese instante supo que le perdonaría cualquier cosa, porque así era su amor, fuerte, desmedido, incontrolable. Sus caderas empujaban y se animaban debajo de él, y Anthony usó su peso para mantenerla en el sitio, dejándola sacudirse, forcejear y tensarse contra su cuerpo. La contenía sin permitirle apresurarse. Quería ser la roca firme contra la que ella se rompiera, la incitaba, acrecentando el placer, viéndolo florecer más ardiente y

apasionado cada vez. La hizo llegar al orgasmo no una, sino varias veces, su calor lo envolvió, exprimiéndolo, exigiéndole su liberación, pero él se contuvo, necesitaba tejer una red para poder atraparla, amarrarla para siempre. Cuando la vio yacer, floja y agotada, el placer lo golpeó duro y furioso, su miembro bañó las entrañas calientes y estrechas de su mujer, de su amor, se aferró a ella no supo cuánto tiempo, perdiendo toda noción de realidad y hasta olvidando quién era.

Anthony la admiró en silencio, los labios hinchados por sus besos, el cabello desordenado, la manera algo tímida con que lo miraba, la besó de nuevo, como si no hubiera acabado de saciarse de ella.

—¿Eres mío?

Se puso de medio lado con la cabeza apoyada en una mano.

—Traté de permanecer alejado, lo juro, pensé que este distanciamiento era la oportunidad que te daba para desterrarme de tu vida, cuando te vi dormir me dije que tenía que dejarte ir, pero en cuanto abriste los ojos y corriste a mí, fracasé de manera miserable.

—¿Enojado por sentirte así? —preguntó ella, decepcionada.

—Tú eres la única persona que puede hacerme enfurecer más que nadie en el mundo y en medio de ese arrebato, me haces sentir muy vulnerable.

—¿Quieres que vuelva a mi habitación?

Soltó un resoplido y se acomodó encima de ella, le acarició el contorno de la cara.

—Te amo tanto, no entiendes aún la dimensión de mi amor. Tú representas todo lo bueno que hay en mi vida, mis esperanzas, mis sueños, quisiera borrar esos tres años miserables de nuestras vidas, nunca haber lastimado tu corazón. Te amo.

Hundió el rostro en el cabello de ella, que lo acarició y le susurró todas las palabras de amor que llevaba guardadas en su corazón. Él levantó la cara.

—Tengo que contarte muchas cosas. No quiero guardarme nada más, quiero darte mi confianza, tan pronto agarremos al Camaleón, me retiraré y no me separaré más de ti. Quiero que te sientas segura.

—Tengo miedo de ese hombre.

—No dejaré que te haga daño. —Titubeó un momento, no quería ocultarle nada más—. Amanda mi amor, tengo que decirte algo: mi padre no murió en un accidente a caballo, él se suicidó. Me avergonzaba decírtelo.

Lo miró, sorprendida, y lo acarició con ternura. Se daba cuenta del enorme esfuerzo que estaba haciendo Anthony para abrirse a ella. Con voz

entrecortada, le relató todo. Lo ocurrido con su madre y la causa de su distanciamiento.

Amanda recibió las confesiones de su esposo como un maravilloso regalo, él le estaba dando la oportunidad de entrar en su mundo. Lo dejó terminar de hablar y luego le cubrió el rostro de besos.

—Me siento ahora mucho mejor, luego de haberte contado todo.

Amanda, a su vez, le relató lo ocurrido esos días en la mansión Grey, su acercamiento a Eleonor, los detalles del matrimonio, y la amistad de Maurice con el par de niños.

—Ya lo sabía, Jordan me tenía informado de todos tus pasos. Lo dejaste muy impresionado, si no me contentaba contigo, estoy seguro de que iba a empezar a cortejarte.

Amanda soltó una carcajada. Se sentía feliz, acababa de hacer las paces con su esposo, nada iba a enturbiar ese momento, ni siquiera el loco que andaba detrás de ellos. Anthony la contemplaba con ternura. Le relató cómo había seguido a Eleonor y como descubrió que él no había tenido nada con ella.

—No podía decírtelo, además, no me hubieras creído, pero te prometo que nunca más voy a poner mi labor por encima de lo nuestro.

Anthony se acomodó de nuevo a su lado, se puso serio de pronto.

—Hay otra cosa que debo contarte —dijo, con el ceño fruncido y tensión en su cuerpo.

—Dime.

—La madre de Emmy murió.

—¡Dios mío! —Amanda soltó un sollozo—. Pobre de mi niña, desde que regresamos a Londres la ha extrañado, debí llevarla de visita. ¿De qué murió?

—Tú no tienes la culpa. Ella ya estaba enferma cuando me contactó la mañana antes de viajar a Somerville Manor, le di dinero y mi administrador se hizo cargo de ella. Pero ya estaba muy mal, la calle la mató, el médico no pudo hacer gran cosa por ella, pero al menos vivió sus últimos días bien atendida y con la tranquilidad de que su hija quedaba en buenas manos.

Amanda lo miró, dejando patente sus sentimientos.

—Te admiro mucho, mi amor, te echas el mundo a las espaldas sin proferir una sola queja. Gracias por todo lo que haces por nosotros.

—Por ti, mi amor, quiero hacer muchas cosas por ti.

Se amaron dos veces más, sus corazones y sus pieles se perdieron en las

mieles del amor, el placer y el compromiso. Horas después, el cansancio los invadió. Anthony se acomodó detrás de ella y la sujetó por la cintura. Sus nalgas rozaban su miembro, ya calmado.

—¿Puedes dormir así?

Su pecho vibró con una risa silenciosa bajo el oído de ella.

—Deja que yo me preocupe de eso. Descansa un poco, mi amor, ya va a amanecer.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que podía hacerlo. Estaba tibia y relajada, acurrucada contra él, descansando en su fuerza. Por primera vez en mucho tiempo no estaba sola en la oscuridad. Él le daba calor, energía, sentido de pertenencia. Se durmió tranquila, mañana sería otro día.

CAPÍTULO 27

—Milord, milord —gritó Emmy, corriendo a abrazar a Anthony cuando lo vio en el pasillo rumbo al comedor donde ya se servía el desayuno.

—¡Princesa! ¡Milady! ¡Condesa!

Anthony se acuclilló a su altura y vio que Damián venía detrás con una gran sonrisa en su rostro. Sintió una enorme ternura, esos chicos se le habían metido en el corazón. Los abrazó sin importar el gesto de reprobación de la institutriz.

—Emmy, solo Emmy, milord, cuando sea mayor sabré lo que quiero ser.

—No me cabe la menor duda y déjeme decirle, señorita Emmy, que está usted preciosa y mucho más alta. Y el joven Damián —añadió, volviéndose hacia él— está convirtiéndose en todo un hombre.

Le revolvió el cabello al chico.

—Ya estoy hablando mejor —dijo la pequeña, haciendo énfasis en su acento menos marcado.

—Me alegro mucho, han hecho muchos progresos por lo que veo.

Damián se aclaró la voz.

—Me alegro de que esté de vuelta.

—Yo también —contestó él en tono afectuoso.

Los tres caminaron hacia el comedor. Amanda se había quedado descansando, y Anthony desayunó con los pequeños como en los buenos tiempos. Le prometió al chico ir cabalgar el fin de semana. Ellos le contaron que la condesa estaba enseñando a leer a Emmy, quien aprendía con rapidez y que le había dicho que contrataría un preceptor para Damián. Él había decidido que fuera Amanda quien le comunicara a la niña la muerte de su madre, su esposa era una mujer inteligente y sensible, lo haría mucho mejor.

Cuando pasó por su despacho vio sobre el escritorio la tarjeta de los Greystone. Esa noche era el baile en su mansión y tenía el presentimiento que el Camaleón haría su aparición, no desaprovecharía la oportunidad de actuar teniendo a Jordan, a Alexander y a él reunidos en un solo sitio.

Rememoró lo vivido con Amanda la noche anterior. Se sentía eufórico, no quería salir de su casa, ni de su habitación, ni de su cama, pero se impuso hacerlo porque la jornada se presentaba larga y tenían mucho que preparar

para esa noche.

Se despidió de los pequeños, que saldrían al jardín a jugar. Subió la escalera de dos en dos, encontró a Amanda en su habitación todavía, tomaba una taza de chocolate que le había llevado Maggie unos minutos antes. Se acercó a ella, le acarició la boca, mordisqueó su labio inferior y saboreó el dejo de la bebida caliente.

—No quiero que salgas de esta cama —dijo, apartándose para contemplarla mejor y el tono serio de su voz la sorprendió.

—Si tú tampoco sales, estaré encantada de quedarme todo el día aquí.

La miró con intensidad. Anthony era un hombre intenso en sus sentimientos, en sus pasiones y en sus ideales. Se acercó a ella, que dejó la taza de chocolate en la mesa.

—Es lo que quisiera yo también —dijo en su oído y se excitó al ver su pezones bajo el camisón transparente ponerse duros ante su roce, deslizó la mano por encima de la tela y los acarició—, pero no puedo, mi amor. Tengo asuntos pendientes. Prometo que nos tomaremos unos días los dos solos, escoge el lugar, quiero amarte sin restricciones ni obligaciones.

—Lo haré.

Amanda se sonrojó al sentirse excitada de nuevo por culpa de las caricias de Anthony.

—Después de todo, aún te sonrojas —observó él con ternura.

Ella sonrió sin decirle que recordaba cómo la había amado esa madrugada, que no veía la hora en que regresara para volverse a amar con ese ímpetu que los agotó la noche anterior.

—Eres preciosa.

Ella le acarició el cabello.

—¿Por qué no me convenciste de que no te acostabas con Eleonor?

Habían hablado de algunos temas, pero ese había quedado en el limbo.

—Lo intenté ese día que rompí la puerta, pero tú estabas demasiado herida por tantos secretos y no estabas dispuesta a creerme. Y yo... confieso que tu desconfianza me dolió y mi orgullo me impidió insistir. —Bajó la cabeza un segundo, luego la miró a los ojos—. Todo eso se acabó. Nunca más te guardaré un secreto, ya le he dado mucho a mi patria, ahora quiero dedicarme a mi esposa y a mi hogar.

—Si no lo hubiera descubierto, ¿me lo habrías dicho alguna vez?

—Sí —contestó, terminante.

—Gracias.

—¿Hablarás con Emmy? —Le acarició el cabello.

—Claro —asintió ella, algo incómoda y un poco angustiada.

Anthony, al ver su expresión, la cobijó en su pecho y se apresuró a tranquilizarla. Ella se adaptó al abrazo.

—Dile que no tendrá que preocuparse por nada, tendrá todo lo que desee. Recibirá educación y una oportunidad en el mundo para que ser feliz, al igual que Damián. No quiero menos para esos niños.

—Eres un hombre bueno, Anthony —murmuró Amanda.

Ese tono de voz cuando decía su nombre... Fue la misma inflexión de la noche anterior, cuando dijo que lo amaba. Si permanecía unos minutos más en su compañía, olvidaría sus deberes. Se levantó con dificultad de la cama, le dio un beso en la frente y salió a enfrentar su jornada.

Emmy preguntó por su madre por tercera vez esa mañana. Amanda había salido al jardín y cortaba una rosa mientras pensaba en la mejor forma de enfrentar el tema con la niña, quería hacerlo de la manera más dulce posible. Se acuclilló ante ella de modo que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Cariño, tu madre está con Dios en estos momentos.

Emmy frunció el ceño, parecía no entender.

—Yo quiero conocer a Dios. ¿Por qué no me esperó?

Amanda tragó el nudo de su garganta.

—Porque ella te amaba mucho y quería que te quedarás aquí con nosotros. Dios la llamó a su lado.

—¿La volveré a ver? —dijo, llorosa.

—No verás su cuerpo, pero... ¿Ves esa pequeña oruga? —le señaló el tallo de una planta. La niña asintió—. Mañana será una hermosa mariposa que volará alrededor de nosotros. Lo mismo hará tu madre, se transformó en un ángel que te cuidará siempre.

Cuando al fin comprendió lo que las palabras de Amanda significaban, la niña rompió en un llanto desconsolado y se aferró a la falda de la mujer. Damián, que estaba unos metros más allá jugando con uno de los perros, se acercó al notar que algo sucedía.

—¿Qué pasa?

Amanda iba a hablar, pero Emmy volvió un poco el rostro y miró al chico.

—Mi mamá está con Dios, como tus papás —dijo y siguió sollozando.

El chico se quedó contemplándola con los ojos muy abiertos, luego miró a Amanda, interrogativo, ella asintió, él bajó la cabeza.

—Lo siento —murmuró, incómodo.

La miraba llorar, angustiado. Él sabía cómo se sentía ella en ese momento, pero no encontraba la manera de expresarlo.

—No puede dejarme así —lloraba Emmy—. Quiero verla.

—Dios le dará permiso y ella vendrá a verte —aventuró Damián.

Amanda se quedó sorprendida, Emmy la soltó y enfrentó al muchacho.

—¿Cuándo? —preguntó, esperanzada.

—En tus sueños. Mis padres vienen a verme muchas noches.

Amanda movió la cabeza y se enjugó una lágrima.

—Así es. Y también estará contigo en todos los momentos importantes de tu vida, aunque no puedas verla. Como en este momento, en el que te digo que Anthony y yo queremos que siempre te quedes con nosotros. Sé que estás triste y puedes llorar lo que quieras, lo entenderemos, la amabas y la extrañarás. Pero ella estará feliz al ver que te quedas con nosotros y que seremos una familia.

La niña la miró con agradecimiento y volvió a aferrarse a ella.

—Anthony y yo te queremos mucho. —Los miró a ambos—. A los dos, los queremos muchísimo.

La niña se calmó a los pocos minutos. Amanda le limpió la cara con un pañuelo de encaje y ella también se limpió el rostro.

—Estarás bien, cariño.

El baile ofrecido esa noche en la mansión de lord Greystone era el principal evento de la temporada, a la fiesta de gala asistiría Su Alteza Real, el príncipe de Gales. Todos los que ocupaban un lugar en la alta sociedad estaban presentes. El suntuoso salón de baile, decorado con una profusión de flores y cientos de velas en artísticas lámparas que colgaban del techo, estaba lleno a rebosar. Los delicados compases de la música se mezclaban con las charlas de los invitados, el entrecuchar de las copas y la alegre risa de los asistentes.

En un espacio que daba al último rellano de la escalera, se encontraban el anfitrión y su esposa. Hombres elegantes y mujeres hermosas descendían por la escalera para integrarse al baile o al salón adaptado para los caballeros que deseaban jugar una partida de cartas o a los balcones, lugares preferidos

por las parejas de amantes y los calaveras que deseaban coquetear con alguna debutante.

El conde de Somerville apareció solo, vestido de rigurosa etiqueta, hubo varias miradas sorprendidas en cuanto el mayordomo pronunció su nombre, muchos se cuestionaban por qué se presentaba sin su esposa a la recepción de esa noche. Saludó con un gesto de cabeza a algunos conocidos y paseó la mirada entre los invitados hasta ubicar a Jordan, que estaba en una esquina del salón, charlando con uno de los ministros, y a Alexander, que en ese momento estaba entrando al salón de juegos.

Woodgate bailaba con una condesa, él era su principal objetivo esa noche, aún no tenían la certeza de que el Camaleón fuera a hacer acto de presencia. En medio del alboroto que se formó por la llegada del príncipe regente, seguido de su corte de amigos inseparables, Anthony se acercó a Jordan.

—Deberíamos sacarlo de aquí —dijo.

—¿Crees que el príncipe corra peligro?

—No lo creo, pero más vale prevenir. Aunque no nos hará el menor caso.

—Ese maldito del Camaleón es tan retorcido que no podemos descuidar ahora al príncipe. ¡Maldita sea! —exclamó Jordan—. Iré a los pisos superiores, desde ese balcón podré observar algún movimiento extraño. Revisaré en las habitaciones, el estudio y el salón de recibir visitas de lady Greystone.

—Yo me quedaré aquí abajo.

En ese momento, el mayordomo anunció la llegada de su esposa. Anthony empezó a sudar frío, una serie de sentimientos encontrados lo asaltaron al ver descender por la escalera a Amanda con un vestido que lo dejó sin respiración, era un traje azul cielo bordado con diminutas piedras que lo hacían brillar, su cabello estaba recogido en un artístico peinado con diminutos brillantes que le daban la apariencia de un hada. Era una visión demasiado arrebatadora para ser real. Quiso sacarla del lugar enseguida y se dijo que era por su seguridad: no sabían qué sucedería esa noche, tal vez habría algún tipo de enfrentamiento y no quería que su esposa corriera peligro. Pero también tenía razones egoístas. Notaba sobre ella la mirada de todos los hombres, hasta el príncipe no dejaba de mirarla, embobado.

Amanda dejó vagar la mirada por el gentío hasta que lo vio, fue consciente de su gesto sorprendido seguido por una mirada de admiración

que coloreó sus mejillas. Se acercó veloz a la escalera y la recibió en cuanto pisó el salón. La severidad de su gesto confundió a Amanda.

—¿Hay algo mal en mi atuendo? —Le hizo una ligera venia y extendió su abanico mientras lo miraba, arrobada. No quería que nada dañara la noche.

—Ojalá lo hubiera —frunció el ceño al ver a Nicholas, que venía directo a saludarla—. Una caterva de tipos está babeando por ti —soltó una risa amarga—. Y se enorgullecen de ser caballeros.

Amanda se quedó en silencio, algo confusa por el talante de su esposo. Deseaba disfrutar esa velada a su lado, bailar con él, que todo el mundo viera que entre ellos las cosas se habían solucionado. Fue toda una sorpresa el enterarse, cuando llegó con los niños de hacer una visita a su suegra, que su esposo había salido para el baile sin ella, pero no iba a reprocharle nada, ya conocía que Anthony todo lo hacía por una razón específica. Entonces decidió darle la sorpresa y aparecer en la fiesta, ahora no estaba segura de si había sido buena idea. Al notar sus dudas, Anthony dulcificó su expresión.

—Estás preciosa —le dijo, trasformando su gesto en una mirada llena de calor—. Me has sorprendido.

Amanda saludó con un cortés movimiento de cabeza a un grupo de debutantes que la saludaban y miraban a Anthony de hito en hito. Sintió orgullo, con parche incluido, su esposo seguía siendo unos de los hombres más guapos de la fiesta.

Antes de que el vizconde llegara a ella, Anthony la tomó por la cintura y la invitó a bailar, Amanda protestó, ya que no la había dejado saludar a nadie, pero él hizo caso omiso de su comentario. Danzaron por el salón, en medio de un grupo grande de parejas que daban vueltas al ritmo de la música. La fuerza con que su esposo la conducía la hacía sentir ligera, como si levitara.

La mirada del conde se oscureció de deseo, quiso llevársela para el jardín, encontrar un pasadizo, un lugar escondido donde pudiera demostrarle cuánto la deseaba.

Los pensamientos de Amanda iban por el mismo camino. Lo miró, seria.

—Estás muy guapo, mi amor y no sabes cuánto deseo que estemos solos otra vez.

—¡Amanda! —Se emocionó Anthony, que le apretó más la cintura acercándola a él—. Si piensas que porque estamos en una casa ajena, no puedo arrastrarte a un lugar escondido, es que no me conoces.

Ella sonrió.

—No estás siendo muy caballero —señaló, recordándole su comentario

anterior.

—Contigo no puedo serlo. Tienes algo que alborota en mí lo primitivo y eso no ocurre con nadie más.

Lo observó mirar a ambos lados, tenso, preocupado. Hizo un gesto imperceptible a alguien al ver a Woodgate pararse al lado de un enorme reloj.

—¿Qué sucede, Anthony?

Él la miró, preocupado, recordó su promesa de la noche anterior, no le ocultaría nada más.

—Mi amor, estoy aquí por trabajo. ¿Crees que te hubiera dejado sola? Aún tenemos muchas cosas de que hablar.

—No quiero distraerte de lo que viniste a hacer. En cuanto podamos nos pondremos al día, tengo muchas cosas más que contarte.

Escucharon las últimas notas del vals. Anthony la soltó sin dejar de mirar al hombre y caminaron por el salón saludando a las personas que encontraban en su camino.

—Estamos tras una pista, tal vez no sea nada, pero no deseo exponerte si las cosas se salen de control.

Ella apretó su mano.

—Lo entiendo. ¿Deseas que me vaya?

—Me gustaría que volvieras a casa. ¿Quién vino contigo?

—No te preocupes por eso, estoy bien custodiada. Para no levantar murmuraciones hablaré con Elizabeth y Nicholas un rato, no me mires así. — adujo ante su gesto celoso.

—Pensándolo bien, está bien que tu querido vizconde te acompañe.

Amanda puso los ojos en blanco.

—No es mi “querido” vizconde.

Anthony dejó a Amanda en manos de los duques de Lakewood y del vizconde Plymouth, y se dirigió a la sala de juegos, donde Alexander apostaba una suma considerable a las cartas con el príncipe regente, luego de ver que Woodgate se dirigía al mismo salón sin encontrarse ni hablar con nadie en particular.

Había entrado al salón sin problema, se había evadido del saludo a los anfitriones como solo él podía hacerlo. Nada en su elegante presencia lo diferenciaba de los nobles del lugar. Una sonrisa burlona apareció en su rostro al divisar al duque jugando cartas, nada más y nada menos que con

Prinny, como llamaban los vividores que lo acompañaban al príncipe regente, un hombre pendiente de modas, perfumes y vicios, un hombre que no tendría el poder que tenía si su padre no estuviera loco y si no hubiera hombres de la catadura de los que él deseaba liquidar esa noche. Observó el fiero rostro del líder asomado a un balcón. Qué espectáculo sería lanzarlo por la baranda y que se estrellara contra el brillante piso, su sangre salpicaría los vestidos de las damas... No, sería muy evidente y alertaría a los otros dos.

Su rostro se frunció al ver a la condesa de Somerville, pero se tranquilizó enseguida, ella no podía reconocerlo, no le había visto el rostro cuando la raptó y su presencia le sugería que los espías no sospechaban de él, pues sabía por experiencia propia cuán protector era el conde con su esposa.

Subiría al segundo piso, no tendría mejor oportunidad de atacar al barón que cuando se alejara del balcón. Lo vio hacerlo y sin perder tiempo caminó hasta las escaleras opuestas a la entrada y subió, no había nadie a la vista, a lo lejos escuchó el murmullo de una pareja de enamorados que retozaban detrás de una cortina.

Divisó a Jordan saliendo de una habitación, lo siguió con la mirada hasta que sus pasos lo llevaron a una puerta que el espía abrió, no sin antes mirar atentamente alrededor. El Camaleón, con una agilidad sobrehumana, se escondió detrás de una columna para no ser visto. Escuchó la puerta cerrarse. Se deslizó con pasos de pantera y la abrió sin hacer ruido. El lugar era una pequeña cámara con una puerta abierta que daba a un balcón, llegó a sus fosas nasales el olor a tabaco, cuando se asomó a la noche, una estela de frío lo golpeó, la pipa encendida había sido dejada sobre un grueso cenicero en el alfeizar. Iba a darse la vuelta, cuando una voz y la punta de un puñal en su espalda lo sembraron en su lugar.

—Por fin tengo el placer de conocerlo, Camaleón.

—No sé a quién esperaba, milord —habló, con voz cultivada—, pero soy un familiar de la marquesa, recién llegado de América.

—No mienta, maldito, llevo un buen rato observándolo, de usted solo tenemos un dato, la mirada de hielo que tiene, es su marca, lo que pasa es que no ha dejado a muchos vivos para que puedan confirmarlo.

El hombre soltó una carcajada.

—Entonces, máteme, porque si me deja un minuto más con vida, el muerto va a ser usted.

Fue el turno de reír de Jordan. Le aferró las manos a la espalda.

—Yo lo mataré cuando se me dé la gana y necesito información.

El Camaleón chasqueó los dientes.

—Ustedes los espías siempre con ese cuento. Es aburrido, ¿sabe?

Antes de que Jordan pudiera reaccionar, el Camaleón se soltó. Le arrebató el puñal, que tiró lejos, no podría degollarlo o quedaría salpicado de sangre. Lo atrapó por detrás y le puso el antebrazo en el cuello hasta asfixiarlo, por último le giró la cabeza, rompiéndole el cuello con una maestría y una velocidad diabólicas, el hombre cayó al piso.

El asesino entró en la estancia, se acercó a una mesa, le quitó el mantel que la cubría, enrolló el cuerpo en él, lo dejó detrás de una matera en el balcón y salió del lugar dispuesto a enfrentar a los demás.

CAPITULO 28

—Se nota que estás feliz —dijo Elizabeth a Amanda mientras caminaban alrededor de las parejas que bailaban. Habían dejado al vizconde bailando con una joven casadera que lo miraba embobada—. Parece que el aire del campo obró maravillas en tu cutis.

Ella sonrió.

—Arreglé las cosas con Anthony.

La duquesa levantó la ceja y su boca mostró un rictus frío.

—No entiendo, lo vimos con esa mujer.

Amanda se quedó callada unos instantes pensando en la mejor manera de abordar el tema y no revelar la verdad

—Elizabeth, eres mi mejor amiga y agradezco profundamente tu lealtad todo este tiempo, pero necesito que confíes en mí y en mi decisión de darle una nueva oportunidad a Anthony, lo he perdonado, lo ocurrido el día de la librería tiene una explicación que solo nos atañe a nosotros, espero que sepas comprenderme.

La duquesa se quedó callada unos momentos. Saludaron a una pareja que pasó por su lado, Amanda extendió la mano a una de las bandejas que sostenía un lacayo y tomó una copa de champán. La pieza de música llegó a su fin y el tono de las voces se hizo más evidente.

—Phillip insiste en que las cosas no son lo que parecen, tiene esa certeza que tú acabas de corroborar con tus palabras, no me quedará más que confiar en tu buen juicio y desear que todo vaya bien.

En ese momento se acercó el duque de Lakewood para invitar a bailar a su esposa. Amanda se quedó sola unos instantes y decidió que ya era hora de marcharse. Caminó hasta la escalera, respondiendo a los diferentes saludos, cuando una mirada que tenía grabada en el fondo de sus retinas la dejó quieta en su lugar. Fue como si un manto de hielo la hubiera cubierto entera. Aunque no había visto su rostro, no tenía dudas, el hombre que ahora la miraba con un deje burlón era el mismo que la había secuestrado en el campo. Su primer impulso fue gritar a los cuatro vientos que un asesino la perseguía. En cuanto vio a Anthony al otro extremo del salón, quiso tener alas para volar hasta él, porque sus pies no le respondían.

El conde algo debió captar algo en su expresión, porque caminó veloz hasta ella, pero un grupo de gente se le atravesó formando una masa compacta, que lo hizo que perder valiosos segundos, lo que le dio tiempo al Camaleón de alcanzarla.

—Nos volvemos a encontrar, condesa, y en mejores circunstancias, déjeme decirle que está muy bella esta noche. No pensé que me reconocería, pero ya que lo hizo, le pediré que me acompañe. Si no desea que su esposo sufra algún daño, simulará una sonrisa, como si le alegrara de verme y subirá conmigo de manera tranquila.

Su voz era tal como la recordaba, baja, dura, carente de emociones.

—¿Para qué?

—Sin preguntas —ordenó, tajante—. Gírese y suba conmigo, no abandone su sonrisa.

—Creo que voy a desmayarme.

—No me crea imbécil. Usted tiene el mismo deseo de desvanecerse que yo. ¡Camine! —murmuró entre dientes.

Amanda se quedó inmóvil apenas un instante e inmediatamente prosiguió su ascenso por la escalera. Cuando llegó al segundo piso, la mano del Camaleón le aferró el brazo y la llevó por el mismo pasillo al salón donde minutos atrás había matado a Jordan. El pasillo estaba vacío, el miedo de Amanda fue reemplazado por la ira.

—No caminaré más.

Una leve sonrisa apareció en el rostro del hombre, dándole a su rostro un aspecto más humano.

—Lo hará, por la vida de los que quiere, lo hará. —Desvanecida su sonrisa, hizo un gesto con la mano, invitándola a entrar a una habitación.

Anthony subió la escalera con el alma en vilo, como si estuviera condenado a muerte y viviera el último día en este mundo. Maldijo su suerte, no vio a Jordan por ningún lado, tampoco se fijó en Alexander, que en ese momento se asomaba por la puerta de la sala de juego y lo miraba con preocupación. La única visión que ocupaba su mente era el rostro de Amanda y su intensa palidez mientras subía la escalera del brazo de un desconocido. Tenía que ser él, nadie más se atrevería.

Al llegar al segundo piso, tanteó todas las puertas y miró en el interior de todas las habitaciones hasta que llegó a una que estaba iluminada de manera tenue. El tiempo apremiaba y necesitaba tomar por sorpresa al asesino, entró a la habitación contigua y saltó hasta el balcón de la otra. Allí

estaba el maldito Camaleón, no podía verle la cara, porque estaba de espaldas a él. Tenía a Amanda pegada a su cuerpo, con una pistola apoyada en la sien, esperando que él hiciera su entrada por la puerta. Se acercó con sigilo y escuchó lo que le hablaba.

—Fue muy auspiciosa su presencia, condesa. Los ingleses son tan previsibles y obvios en sus acciones...

Amanda no contestó nada. El color del vestido refulgía en la estancia.

Un bulto que sobresalía detrás de una matera le llamó la atención, lo examinó por encima y en segundos supo que el maldito había matado a su mentor. Quiso gritar de rabia.

Preso de la furia de un huracán, entró en la habitación.

—Todavía podemos sorprender —le dijo, mientras le daba una puñalada en la espalda. El hombre cayó de frente, dejando escapar el arma, ya en el suelo, trató de darse la vuelta, pero Anthony lo atajó con el pie.

—Coge la pistola, Amanda.

Le señaló el arma, que había quedado a pocos pasos de ella. Amanda obedeció como por reflejo, mientras Anthony se inclinaba sobre el Camaleón, aún tirado en el suelo. La puñalada había atravesado un pulmón, pero el hombre aún se removía, el maldito era resistente a pesar de su delgadez.

—No sé si sentirme decepcionado —resolló el asesino.

—¿A qué se refiere? —preguntó Anthony de mala manera.

—A que no me mató al instante y eso le complica un poco las cosas.

Aprovechando un segundo en que el conde disminuyó la presión de su pie sobre él, se levantó de golpe, y se lanzó sobre él. Se engarzaron en una lucha, rompieron muebles, porcelanas y cristales, Amanda notaba que su esposo trataba de llevar la pelea lejos de ella, mientras trataba de agarrar a su contrincante del cuello para acabar con él. El hombre le propinó un puño en el estómago, Anthony le devolvió el golpe.

Estaba asustada, con el corazón acelerado, pero no podía dejar de admirar a su esposo en acción. Contempló sus facciones, transformadas en un gesto duro, en esos momentos lo desconocía, pero aun así, era la estampa del guerrero en plena lucha. Admiró en él la fuerza, el valor y el ingenio de un hombre que siempre se salía con la suya, al verlo someter a uno de los hombres más peligrosos de Europa.

Alexander entró en ese momento y la rescató de la visión.

—¿Qué diablos...?

Anthony le puso una zancadilla al Camaleón y lo tumbó en el piso

cuando a paso renqueante trataba de llegar al balcón.

—¿Por qué demoraste tanto? —le gritó al duque, mientras agarraba al hombre por la elegante chaqueta y le daba la vuelta.

Este, con una sonrisa que no le llegó a los ojos, se acercó a ellos.

—Tuve que dejar ganar a Prinny para poder levantarme de la mesa.

Anthony puso los ojos en blanco, Alexander ya iba hacia el Camaleón con un puñal, cuando él se interpuso.

—Es mío.

Un estremecimiento recorrió a Amanda al escuchar el tono de voz letal de su marido. Lo vio apuñarlo en el otro pulmón.

—Esta es por Jordan. —El rostro de Alexander se oscureció de rabia.

“¡Jordan!”. Amanda hacía poco rato lo había visto, lo había saludado de lejos con una sonrisa, él le correspondió con un gesto cortés y serio.

Volvió a apuñalarlo en el pecho.

—Y esta es por atreverte a tocar a mi esposa, maldito hijo de puta.

El cuerpo ya sin vida del sicario cayó al suelo. Anthony se incorporó con talante cansado, como si hubiera llegado de un combate, de pronto todo el agotamiento de años se abatió sobre él, pero lo que más lo angustió fue que su esposa lo hubiera visto matar, de nuevo. Se negó a mirarla a los ojos mientras le comunicaba la muerte de Jordan a su amigo, que se derrumbó en una de las sillas y se tapó la cara con las dos manos.

Tampoco la miró a los ojos cuando habló con un sirviente e hizo llamar a sus hombres, que estaban apostados afuera, ni cuando les pidió a los anfitriones que interrumpieran el baile, que ya estaba por acabar. Buscaron a Woodgate por toda la casa, uno de los cocheros dijo haberlo visto salir minutos antes. Anthony le pidió al duque de Lakewood que llevara a Amanda a casa. Los anfitriones actuaron con prudencia, colaborando en todo, los pocos invitados que quedaron se fueron con la idea de que alguien se había indispuerto.

Esa misma noche, Anthony y Alexander sortearon la seguridad de la casa de Woodgate cerca de Hyde Park. Entraron a su habitación poco antes del amanecer. Cada uno se sentó frente a él, a ambos lados de la cama. El hombre se incorporó, sobresaltado. Alexander casi se le lanza encima, Anthony lo detuvo con un gesto. Nadie más que él deseaba esa venganza, llevaba en carne viva la herida por la muerte de su amigo y mentor, que había sido el reemplazo de su padre en muchos aspectos y aunque muchas veces lo

odió por las órdenes que tuvo que cumplir, siempre fue como de su familia y un ser muy querido para él. Pero tenía otros planes para el hombre que se encontraba en la cama.

—Sé que no son horas para recibir visitas, pero lo que tenemos que informarle es muy importante —le dijo.

Woodgate los miraba aterrorizado.

—Su amigo el Camaleón está muerto y sabemos que usted estaba detrás de todo lo que ocurrió —susurró Alexander, mordaz.

—No sé de qué hablan.

—Lo sabe muy bien, estuvo en el baile, pero puso pies en polvorosa cuando las cosas se pusieron difíciles para su sicario, que como verá, solo pudo cumplir una tercera parte de su misión.

Los dos lo miraron con tanta fiereza, que el hombre empezó a temblar.

—¡No pueden tocarme! Soy amigo de Prinny. Tengo negocios con la mitad de la nobleza.

—Lo sabemos —intervino el duque.

—Por eso no le pego un tiro en este momento —completó el conde—, tiene amigos poderosos y lo que ocurrió no podemos probarlo, pero créame que no saldrá impune de todo esto. Nos encargaremos de hacer justicia a nuestro jefe y también a todos los agentes muertos en manos de ese asesino.

El hombre estaba pálido y no dejaba de temblar.

—¿Qué van a hacerme?

—No le haré el favor de decírselo. Pasará el resto de su vida mirando por encima de su hombro y temiendo hasta de su sombra. No sabrá cuándo vendrá el golpe, podría ser envenenado con comida o bebida, apuñalado en algún recoveco de algún teatro o en la cama de Louise Vartan, la prostituta que frecuenta donde Madame Suzanne. O tal vez una caída del caballo lo dejará postrado en esta cama de por vida, pero de que le llegará su hora, llegará. Y no se moleste en contratar más sicarios, porque si algo nos llega a suceder a mis compañeros y a mí, las personas adecuadas sabrán que fue usted y ese momento llegará mucho más rápido.

Anthony se acariciaba el rostro con una pistola.

—¿Por qué no me matan de una vez?

Alexander lo miraba con gesto burlón. El tipo era un cobarde.

—Porque queremos darle la oportunidad de redimirse —expresó el conde—. Nuestro amigo —dijo, dirigiéndose a Alexander— quiere invertir parte de su dinero en las víctimas de la guerra. Construirá un hospital, un

colegio y un orfanato para los huérfanos de esos soldados que su manchado dinero y su maldita ambición puso en el continente. Además, resarcirá con mucho dinero, a las familias de cada agente muerto por culpa del sicario.

—¡Yo apoyé a nuestro gobierno! —protestó el hombre.

—Lo sabemos, así como apoyó a Napoleón diez veces más para que saliera victorioso.

El duque negó con la cabeza.

—Es mejor matarlo ahora.

El hombre, aterrado, se subía más la manta para cubrirse, las manos le temblaban.

—¡No! Les daré lo que quieran.

—Claro que sí. —Anthony se llevó la mano a la nariz—. Huelo a algo desagradable. —Ambos hombres se levantaron de un salto— ¿Todavía se hace en la cama, Woodgate?

Lo hicieron levantar, el olor a orines saturó la habitación.

—Lo dicho, sería mejor matarlo, ya no estoy para estas labores — insistió Alexander.

El conde lo llevó a su escritorio, le hizo redactar un poder amplio sobre una cantidad obscena de dinero, que tuvieron que reescribir varias veces, debido al nerviosismo del hombre.

—¡Esto es extorsión! —se quejó, cuando al fin firmó el documento.

—Llámelo como quiera —sonrió Anthony, guardando el papel—, yo lo llamo justicia divina.

—Podría revocar ese poder mañana temprano.

—Hágalo y ya sabe lo que le ocurrirá, aparte de que nadie le va a creer.

El hombre, con el pantalón mojado, se sentó en la cama y con mirada vacía, enfrentó su derrota.

—Quedaré en la ruina.

—Esa es la idea —aseveró Alexander.

Salieron de la habitación sin hacer el más mínimo ruido.

Amanda llegó a la casa escoltada por Charles, que desapareció tan pronto la dejó en manos del mayordomo, que le recibió el abrigo de piel y los largos guantes de satén.

—George, no debería estar levantado hasta tan tarde.

—No se preocupe, señora condesa, hoy sufro de insomnio, esperaré al

señor.

El anciano presentaba un aspecto recio y descansado, como si fueran las diez de la mañana, sin embargo, a Amanda no le gustaba abusar del personal.

—El señor demorará, George, vete a dormir.

—Como ordene, lady Somerville.

Maggie la ayudó a deshacerse del vestido, estuvo callada todo el rato, lo que la mucama atribuyó al cansancio, pero Amanda estaba preocupada. Después de lo ocurrido, Anthony había erigido un muro ante ella, se había negado a mirarla y solo le dirigió un lacónico “¿estás bien?”, con su mirada puesta en un punto lejano. Fue a su habitación, lo esperaría hasta la hora que fuera. Solo podía admirar la tremenda osadía de su esposo, por lo escuchado en el rato que estuvo en la estancia, habían acabado con uno de los asesinos más letales de Europa. Era un hombre valiente que abrazaba como escudo una lealtad fiera al honor y al servicio, sabiendo que enfrentaría cualquier peligro con tal de nunca quebrantarla. Ella ya lo había aceptado, sabía con quién estaba y no tenía miedo, lo amaba y lo amaría siempre, con sus matices, con esas sombras que lo llevarían a matar a cualquiera que amenazara a su vida, a su esposa y a su país. Si bien Anthony le había hecho un juramento, ella creía que en las actuales circunstancias no podría sostenerlo.

Cuando lo escuchó entrar en la habitación, ya casi era de día. Quiso acercarse a abrazarlo.

—Estoy sucio —dijo, alejándose de ella—. Deberías volver a tu habitación.

Amanda, un poco sorprendida, decidió esperar.

—No me iré.

Anthony se volteó y se quitó la chaqueta, se deshizo del nudo de la corbata, se quitó la camisa por encima de la cabeza y dejó las prendas en una silla. Se quitó el parche, mojó sus manos y se enjuagó la cara, el pecho, las manos, se refregó con un jabón, cuyo aroma a lavanda se esparció por el aire. Se secó con una toalla y luego la enfrentó.

—Siento mucho lo ocurrido a Jordan —dijo ella—. Sé cómo te debes sentir.

Anthony hizo un gesto de asentimiento.

—Gracias. —La miró de reojo—. Amanda, quiero que vuelvas a tu habitación, necesito descansar.

Le daba vergüenza mirarla, tan bella, tan limpia, tan pura y él era un

pecador que iría al infierno por todas las muertes que llevaba a sus espaldas. No olvidaba su reacción cuando mató a Montevilet, no soportaría su mirada de rechazo una vez más. Además, por su culpa había estado expuesta a ese maldito, si la hubiera sacado del baile enseguida, el Camaleón no la hubiera utilizado como peón de ajedrez en su macabro juego. No lamentaba haberle clavado el puñal al asesino, pero lamentaba que ella lo hubiera visto. Estaba manchado de sangre, así se hubiera acabado de lavar, ninguna cantidad de agua y jabón lavaría su alma. Ver a su esposa expuesta, hermosa y deseable solo le calentaba la sangre, era su premio después de la batalla.

Amanda por fin se percató de lo que le sucedía a su esposo. Se acercó y le acarició el rostro, el gesto tormentoso que vio en él le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Anthony, me has ofrecido el amparo de tu amor, tu respeto, tu decencia y hubieras ofrecido tu vida por mí de haberte encontrado en esa situación. —Lo sintió tensarse, pero ella no abandonó su caricia—. Eres un hombre de un brío indomable, un hombre que se oculta tras una comedia perfectamente representada por el bien de millones de personas para mantenerlos a salvo. Yo te admiro por eso.

Anthony la miró, incrédulo, se le movió un músculo en la garganta.

—Te expuse, no he sabido cuidar de ti. Lo prometí y no lo he cumplido.

—Has cumplido esa promesa las dos veces que he estado expuesta, porque eres honorable. —Elevó el tono de voz—. Nunca te culparé porque cumplas tu deber. Mi impresión la primera vez que te vi matar un hombre estaba sesgada por lo que creía de ti, y lo que te dije lo hice solo por herirte. Montevilet y el Camaleón merecían morir. Nunca utilizaré eso en tu contra o pensaré mal de ti. Debes creerme. En cuanto al futuro, no permitiré que afrontes más peligros como si tu vida no importara. A mí me importa. — Sintió bajar las lágrimas por sus mejillas, Anthony se apresuró a limpiarlas—. Te amo y no sabes cuánto te necesito.

—Te juro que nunca más te haré pasar por algo parecido —se apresuró a insistirle—, y no me refiero solo a lo de esta noche, sino al tiempo en el que creíste que no eras amada por mí. Yo también te amo y te necesito más — susurró, con voz rasposa y la mirada empañada de emoción.

La levantó en brazos y la llevó a la cama con celeridad.

Él se apoderó de su boca, apasionado, duro y ardiente, afirmando en cada beso su posesión, ya no habría vuelta atrás. Amanda no tenía el menor deseo de que las cosas fueran diferentes, se sumergió en el beso y abrió los

labios buscando con ansiedad su lengua. Lo sintió estremecerse al estrecharla con fuerza, la aplastaba contra su pecho, sus lenguas se unían y su respiración agitada se escuchaba mientras corrientes de excitación atravesaban su cuerpo. La ropa les estorbaba, se desnudaron con celeridad. Ella llevó la mano al pecho de él, sentía el retumbar de los latidos de su corazón. Estaba muy excitado, lo tocó y lo percibió más grande y potente que nunca. Lo escuchó respirar descontrolado. Se ofreció a él.

—Anthony.

Ahí estaba, ese tono de voz que lo haría ir por la vida de rodillas, le daría lo que quisiera, todo lo que anhelara y la haría feliz, se hizo esa promesa.

La acarició entera, unos preliminares ansiosos, solo quería asegurarse de que su mujer estaba lista, y sí, lo estaba. Le separó las piernas y se acomodó entre sus muslos, buscó la ardiente entrada que ansiaba y la penetra, ávido, como si fuera su último apareamiento y su vida fuera acabar después. Le hizo el amor, desesperado, la embestía una y otra vez, con un frenesí que no fue capaz de racionalizar, ella se arqueaba y le salía al encuentro una y otra vez cuando unas violentas contracciones se apoderaron de todo su cuerpo y con el deseo de tocar el cielo junto a él lo apremió para que la siguiera.

Después habría más encuentros, suaves, lentos y apasionados, pero en ese momento los dos necesitaban ir más allá de todo, la conexión, el celebrar la vida y por qué no, a lo mejor concebían a su hijo esa tempestuosa madrugada. Anthony emitió un sonido gutural, echó el cabeza hacia atrás, aún incrédulo por las sensaciones que lo llevaban a eyacular, la apretó más contra él, queriendo fundirse en una sola carne, sintió todos los músculos tensos mientras la embestía de manera desenfrenada y su orgasmo lo trasladaba al cielo.

—¡Buen Dios! Esto ha sido... increíble —expresó Anthony, en cuanto pudo pronunciar palabra, aún dentro de ella—. Te amo.

—Yo también te amo. No me cansaré de repetirlo.

—Ni yo de escucharlo.

Amanda se apoyó en su pecho y asintió con la cabeza, mientras escuchaba la respiración agitada de su esposo que le acariciaba el brazo. Por primera vez desde la vuelta de Anthony, se dijo que todo estaría bien. Aún había cosas por resolver, lo arreglarían, solo quería ser suficiente para el hombre guerrero que le había regalado la vida.

—Quiero ser suficiente para ti.

—Eres suficiente, siempre lo has sido y siempre lo serás.

EPÍLOGO

Somerville Manor, abril de 1817.

Anthony caminaba de un lado a otro por el pasillo del segundo piso de la mansión. Un nuevo grito de Amanda lo dejó azorado y frío, se recostó contra la pared, cerró los ojos y elevó una plegaria al cielo. La servidumbre andaba de puntillas y un silencio tenso se extendía por toda la casa. El duque de Shuterland, que acababa de llegar, subió la escalera de dos en dos, detrás venía un sirviente que llevaba una bandeja con una botella de licor y dos vasos.

—¿Se sabe algo? —preguntó, alarmado, después de los saludos, miró la puerta cerrada y luego a su amigo—. ¡Qué cara tienes! Estás más pálido que un muerto, nunca te había visto así.

Anthony se mesó los cabellos, había sucumbido a la moda y se los había recortado, ahora lucía como todos los dandis de su generación. Se paró frente a la puerta con las manos en la cintura, dispuesto a entrar a la fuerza. Alexander despachó al sirviente, sirvió una porción generosa de whisky en ambos vasos y le pasó uno a su amigo.

—Lleva así desde la mañana, nadie me dice nada, están el médico, la comadrona y mi madre, no voy a tener más hijos, lo juro. No puedo permitir que sufra más. —Bebió el licor de golpe—. Esta espera me está volviendo loco.

—Es una mujer valiente, todo saldrá bien. La naturaleza es sabia mi amigo déjalo en sus manos, en menos de nada tendrás a tu hijo o hija en brazos.

En ese momento, Damián y Emmy salieron de una de las habitaciones, un perro los seguía. Los niños habían florecido en ese año en que se habían integrado a la familia. El chico, alto y serio para sus doce años, iría a finales de mes a una escuela cerca de Londres, donde recibiría una completa formación académica, aunque Anthony sospechaba que se haría militar: amaba los barcos, las armas y se había hecho muy amigo de Charles, que le enseñaba todo lo que había que saber sobre la vida castrense. En cuanto a Emmy, se había convertido en una compañía excelente para Amanda, era

educada, inteligente y de temperamento decidido, adoraba a Anthony y esperaba con mucha ilusión el nacimiento del bebé.

—¿Ya nació? —preguntó Emmy, algo temerosa.

—No, preciosa, aún no —contestó Anthony.

Emmy se acercó a Damián, que esperaba con el ceño fruncido al lado de la puerta. Se le notaba asustado.

—Todo saldrá bien —se obligó a decir Anthony, aunque no estaba seguro de nada

Los niños creyeron sus palabras, como siempre. Los envió por galletas a la cocina, mientras Alexander servía otra generosa cantidad de whisky.

—Tendrás que calmarte, no puedes entrar tan angustiado en esa habitación.

“Angustiado”, esa no era la palabra, aterrorizado más bien, de perderla, de que la vida le arrebatara el cielo que, por fin, después de tantas dificultades, había encontrado. ¿Por qué demoraba tanto? Se sentó, para volver a ponerse enseguida de pie ante otro alarido. Espantado, aferró la cerradura de la puerta dispuesto a entrar a la brava en la habitación, sin importar las malditas convenciones, él tomaría con gusto el dolor de su esposa y lo haría suyo para que ella descansara. En ese momento, una de las empleadas salió y Anthony pudo vislumbrar a su esposa desmadejada, sudorosa y pálida en la cama, en otro lado unas vendas cubiertas con rastros de sangre, quiso entrar a la fuerza, pero su madre lo atajó, de haber sido un niño, estaba seguro que lo habría sacado de una oreja.

—La pondrás más nerviosa. Ustedes solo sirven para hacer bebés, aquí adentro estorban.

—Quiero verla —exigió, pálido—. ¿Qué es esa sangre?

Elisa se conolió de su expresión, pero no tanto como para dejarlo entrar. Su relación se había estrechado con el paso de los meses, y aunque había sido difícil aceptar la presencia del pintor en sus vidas, Anthony terminó por claudicar. El hombre llegaría a la mañana siguiente. Era un hombre culto y se notaba que adoraba a su madre. No podía pedirle más a la vida. El rostro cariñoso y comprensivo de la mujer le regaló una sonrisa.

—Es normal, hijo, tranquilízate, que falta muy poco —dijo, cariñosa, y le cerró de nuevo la puerta en las narices.

—Siéntate —ordenó Alexander—, o el que necesitará al médico serás tú.

Se sentó de mala gana, apoyó los codos en las rodillas y las manos a

ambos lados del rostro, nunca había experimentado nada igual: impotencia, miedo, sabía que el acto de traer un hijo implicaba mucho dolor, pero que su valiente mujer estuviera gritando así lo asustaba como nada, ni cuando enfrentó a sus enemigos ni en las misiones peligrosas había sentido algo parecido. Si Amanda moría en esa cama, él la seguiría.

Recordó el tiempo que había seguido a su reconciliación, los ajustes, las promesas, la felicidad y el día en que le dijo que estaba embarazada. Los meses que siguieron fueron otro milagro, ver cómo se le iba hinchando el vientre a su mujer, los antojos, los cambios de ánimo y las patadas, disfrutó cada minuto de la experiencia, adorándola con el alma, deseándola con una intensidad que aumentaba con el tamaño de su cintura. Cuando ya no pudieron hacer más el amor, se llenó de paciencia para consentirla, darle masajes, venerarla, y aunque era difícil contenerse, lo hizo por ella y su hijo.

Escuchó un último grito y luego un silencio sepulcral, seguido de un gorjeo que ganó resonancia. Su hijo había llegado al mundo.

—Vaya que tiene pulmones —aseveró el duque.

Anthony lo miró, extrañado. Había estado tan angustiado que ni siquiera se preguntó por la razón de su visita. Su madre abrió la puerta enseguida.

—¡Es un niño, hijo! —exclamó, emocionada—. Es precioso y grandísimo.

Anthony quedó en silencio unos segundos ante la enormidad del hecho y luego quiso abrir de nuevo la puerta.

—¿Y Amanda? ¡Quiero verlos! —pidió, con un tono de voz tembloroso.

—¡Ya lo harás! —lo reprendió la mujer—. No te preocupes, ella está bien, un poco cansada. En unos minutos podrás verlos.

El alivio le hizo flaquear las piernas. Miró a Alexander.

—Si viniste a convidarme a alguna misión, desde ahora digo no. No me separaré de mi esposa nunca más.

Alexander lo miró con un deje de ironía.

—No, amigo mío, voy de paso para la costa. Debo visitar una de mis propiedades—. Señaló con tinte preocupado.

—Tienes una propiedad allá, lo recuerdo. —Miró impaciente la puerta cerrada, hasta que escuchó pasos, se levantó de golpe, se arregló la camisa, se peinó con las manos y minutos después, temblando de emoción, entró en la habitación. Él solo tenía la mirada para Amanda, que lo recibió con una sonrisa. ¿Cómo podía sonreír después de tamaña experiencia?

—Anthony —lo llamó con voz débil pero clara.

Anthony, con una combinación de alivio, reverencia y dicha como no había sentido en su vida se acercó a ella, que sostenía a su hijo en brazos. Su esposa estaba bien. Todo iba a estar bien. Poco a poco, la habitación se fue vaciando y quedaron ellos tres. Ella tendió la mano hacia él y Anthony cayó de rodillas en el piso al lado de la cama.

—¿Sufriste mucho dolor?

Ella le regaló una mirada de sol.

—Lo olvidé en cuanto lo tuve en mis brazos.

Él la notó pálida, unas oscuras ojeras circundaban sus ojos, sin embargo, vio en ellos un brillo que no le conocía.

—Tuve tanto miedo, Amanda, yo... sin ti no podría vivir.

Ella le acarició la barbilla que estaba sin rasurar. Apartó la manta que cubría al bebé.

—Ya pasó todo mi amor. Mira, te presento a tu hijo. —Anthony, conmovido, le besó la mano, luego los labios y conteniendo la respiración, observó al bebé. Con los puños levantados, dormía, extenuado después de la dura labor—. Cárgalo. —Él negó con la cabeza—. Anda, tú puedes, grandulón.

—¿Y si se cae? —preguntó, ansioso y preocupado.

—No dejarás que eso pase —confirmó ella y con breves gestos le indicó como tomarlo.

Lo asombró la fe que tenía en él. Observó a la criatura que tenía en brazos, mientras una sensación que le estrujaba el pecho se apoderaba de él. Era su hijo, el hijo fruto del amor, el mayor regalo dado por su amada esposa. Observó sus rasgos diminutos, delicados, la tersura de su piel, la mata de cabello negro, la nariz recta, la boca como un botón de terciopelo rojo. Las manos grandes de dedos largos.

—Será igual a ti —dijo Amanda.

—No del todo. La nariz y la boca son tuyas —confirmó él, acariciándole el contorno del rostro.

—Es hermoso —Anthony lo acercó de nuevo a ella, besándole la frente y luego la besó en la boca. La miraba y miraba al niño, que escogió ese momento para soltar un berrido que lo dejó asustado. Cuando pegó la boca en el pecho de la madre, otra vez los invadió el silencio.

—Lo llamaremos Ian Anthony Jordan Morland —anunció, Amanda acariciándole la cabeza.

Anthony expresó su acuerdo en silencio. Pleno, dichoso y bendecido

contemplaba la íntima comunión entre madre e hijo, al tiempo que un instinto de protección crecía en su interior. Ese niño era suyo. “Mi hijo”, pensó, posesivo, y en comunión con el mundo. Amanda le sonrió y él pudo ver en ese gesto el resto de su vida. La familia crecería sana y feliz, tal como siempre lo imaginó.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Dios por regalarme este don. Mil gracias a mis queridas lectoras que hacen posible el que pueda dedicar todo mi tiempo a la escritura, sin su apoyo, sus recomendaciones y el boca a boca, no sería posible. Gracias a mi familia que me brinda todo el apoyo, a mi esposo por colaborarme para que yo pueda disfrutar de esta pasión. A mis queridas lectoras Beta y a mi incondicional amiga Aryam, por ayudarme cuando lo he necesitado. Gracias a Isa Quintín por su talento y el amor que le pone a cada trabajo, a mi editora Vivian Stusser por su dedicación, gracias, de corazón, gracias.

SOBRE LA AUTORA

Isabel Acuña C.

Nació en Bogotá, Colombia, tiene 52 años. Estudió Bacteriología, carrera que ejerció por más de quince años. Actualmente está radicada en la ciudad de Barranquilla, dedicada a su familia y a la escritura.

Es lectora desde que recuerda, de joven disfrutaba de las novelas de Julio Verne, Charles Dickens y una novela muy especial de Armando Palacios Valdés, llamada La Hermana San Sulpicio, que releyó durante toda su adolescencia y que fue el inicio de su amor por las novelas románticas. Lee todos los géneros literarios entre sus autores preferidos están Gabriel García Márquez, Sandor Marai, Florencia Bonelli y Paullina Simons.

Fue participante del taller literario José Félix Fuenmayor durante tres años y pertenece a un colectivo literario que publicará una antología de cuentos de sus participantes llamada A ocho tintas, en enero del 2017.

Publicó su primera novela **De vuelta a tu amor** en enero del 2013, en la plataforma de Amazon.

Publicó **De vuelta a tu amor/La unión** el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Unos meses después, publicó la novela **Entre el valle y las sombras**, en la plataforma de Amazon, el 25 de mayo del 2014.

La novela **Hermosa locura**, primer libro de la serie, **Un amor para siempre**, fue publicada en la plataforma de Amazon, el 25 de febrero del 2015.

El segundo libro de la serie **Un amor para siempre, Perdido en tu piel**, se publicó con Amazon, el 24 de agosto del 2015.

En septiembre 14 del 2016, publicó su novela **Tal vez en otra vida**, por la plataforma de Amazon.

En abril 26 del 2017, ocupó el primer puesto en el concurso **Eriginal Books 2017** en la categoría de novela romántica con la novela **Tal vez en otra vida**.

En mayo 4 del 2017 publicó su novela **En un beso la vida**, recibiendo muy buenas reseñas.

En noviembre 22 del 2017 publicó su novela **Giros del Destino**, conservándose en el top 100 durante varios meses.

Todas sus novelas han sido recibidas con entusiasmo y excelentes críticas, por parte del público que la ha leído alrededor del mundo a través del portal de Amazon, ocupando a pocas horas de publicadas los primeros puestos en dicha plataforma y convirtiéndose en Bestsellers por varios meses.

Participa de forma activa en las redes sociales y tiene un blog donde habla de literatura romántica y otros temas.